
Protegida
por el
MULTIMILLONARIO
YULE TRAVALON

Protegida por el MULTIMILLONARIO

YULE TRAVALON

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.



«El amor no da nada más que a sí mismo y nada toma sino de sí mismo.
El amor no posee ni quiere ser poseído.
Porque el amor basta al amor.
[…]
Y no penséis que podéis dirigir el curso del amor, porque el amor, si os halla dignos, dirigirá vuestro curso.
El amor no tiene otro deseo que alcanzar su plenitud.»

«El Amor», de Khalil Gibran, *El Profeta*.

Índice

Índice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Dentro de poco...
También te puede gustar...

Sinopsis

Matrimonio por contrato · Inmigrante vulnerable · Segunda oportunidad · Padre con un hijo enfermo · Secretos familiares · Pasión prohibida

Beatriz Rodríguez fue a Nueva York persiguiendo un sueño… y terminó atrapada en una pesadilla.

Inmigrante ilegal, vive con miedo a ser descubierta y deportada. De día se esconde; de noche se convierte en Sabrina, la mujer prohibida que enciende las fantasías más oscuras de los hombres poderosos que llenan *La Chica*, el club donde baila.

Nunca aceptó ninguna de sus propuestas indecentes… hasta que Héctor Mitchell apareció con una oferta imposible de rechazar: mucho más que un simple permiso de residencia, le promete dinero, independencia y una vida nueva.

Héctor Mitchell, multimillonario implacable y codiciado por toda la élite neoyorquina, jamás repite mujer. Pero cuando su padre, CEO de Mitchell & Smith, cae en coma, su mundo se tambalea: heredará todo… pero solo si demuestra que puede ser fiel a una sola mujer durante un año entero.

Lo que empieza como un acuerdo de conveniencia pronto se convierte en un vínculo peligroso. Para protegerla, Héctor tendrá que mostrar lo que jamás enseñó a nadie: sus secretos, su verdadero rostro… y lo más valioso que guarda bajo llave, su hijo Anthony.

¿Podrá un matrimonio por contrato convertirse en la pasión más arrolladora… y en un amor capaz de salvarlos a ambos?

Recomendado para mayores de 18 años.

Capítulo 1

Beatriz Rodríguez

Vine a Estados Unidos con un sueño.

Quería demostrarles a mis padres y a toda la gente que dudó de mí que yo era capaz de tener el mundo a mis pies, si así lo deseaba. Salir de Brasil era un sueño desde niña; Norteamérica siempre me pareció una tierra de oportunidades. Y aquí estoy, en Nueva York.

¿Pero qué he conseguido?

Ni una *Green Card*, ni mucho menos un visado de estudiante o de trabajo.

Vivo en la ilegalidad desde hace algunos meses.

Al principio logré sobrevivir limpiando casas y baños para familias adineradas, pero ahora de verdad gano un dinero considerable que me permite ayudar a mi familia en Brasil.

¿El mundo está en crisis? No para quien cobra en dólares, cariño.

Permíteme que me presente, por favor.

Me llamo Beatriz Rodríguez, tengo 22 años, soy del interior de Minas Gerais, en Brasil, y vengo de una familia muy conservadora, sencilla y tradicional.

Desde pequeña siempre quise ser famosa, o al menos «vivir bien» en una ciudad deslumbrantemente grande. Siempre soñé con que, al mirar por la ventana, hubiera algo más que hierba, vacas y montañas; que en lugar de eso estuviera el mundo moderno, digital, el verdadero siglo XXI. Yo quería la gran ciudad.

São Paulo no fue suficiente. Viví allí menos de un año solo para ahorrar dinero y venir a «pasar las vacaciones» en Orlando, que fue el lugar donde limpié muchísima mierda. Es decir, muchas casas de ricos. Y sus retretes también.

Entonces conocí al señor Brown, dueño de un club nocturno en Nueva York que se encaprichó conmigo y trató por todos los medios de llevarme a la cama, sin conseguirlo.

Y así fue como yo, la chica de una familia sencilla del interior de Minas, acabé en el club de striptease más famoso de las noches neoyorquinas: «La Chica».

Ahora sí vivo la vida que siempre quise.

Todo lo que tengo que hacer es escapar de la policía y de cualquiera que pueda deportarme, esquivar a los traficantes que insisten en que las chicas vendan drogas en el club y por la ciudad para sacar un dinero extra, y no meterme en líos.

Hasta ahora ha sido fácil.

Gano muy bien como stripper y trato de mantener mi salud mental.

Detrás de «Sabrina López», la carioca que seduce, baila y a veces deja que los guapetones atrevidos se pasen un poco de la raya, existe «Bia», la muchacha del interior, soñadora, que ya no necesita vivir en un cuarto húmedo en el fondo de la casa de alguien. Ni limpiar mierda.

Pequeño paso para Bia, gran paso para la humanidad, o algo así.

Ahora vivo en un piso con dos compañeras de trabajo, guardo dinero para pagarme una carrera en el futuro —aquí cuestan carísimo— y sigo luchando por conseguir mi tan ansiado permiso de residencia que me permitirá convertirme, por fin, en ciudadana estadounidense.

—¿No tienes miedo, Beatriz? ¿De que te deporten? —Hillary, mi compañera de piso y de trabajo, me unta aceite por el cuerpo para que esté lista cuanto antes y suba al escenario.

Antes de que abra la boca, Clair, mi otra compañera, me corta:

—Al menos ella tiene un plan B. Si todo sale mal y llegan a intentar deportarla, siempre le queda Brown, que le pidió matrimonio. Si se casa con él conseguirá los papeles y se acabaron los problemas. Total, dinero tienes, ¿verdad, Bia? —me observa con sus enormes ojos azules.

Sonrío tímidamente y sigo concentrada en mi maquillaje.

—¿Por qué no te casas con Brown? Vale que es mayor, pero tiene tanto dinero... —Hillary no se resigna a que yo esté «dejando escapar semejante oportunidad».

—Quiere que tenga un hijo —las miro a través del espejo.

Nunca habíamos hablado de eso antes, pero ahora que llevamos tres meses viviendo juntas y hemos cogido más confianza, creo que ya puedo contarlo.

—¡Dale el hijo al hombre! —Clair suelta una carcajada y me da una palmada en el hombro.

Yo no quería tener hijos. Al menos no con Brown.

Aunque estaba absolutamente segura de que nunca me faltaría nada ni a mí ni al niño, y de que jamás tendría que volver a trabajar en toda mi vida, la oferta no resultaba más tentadora que mi libertad.

Mi derecho a moverme y decidir era sagrado.

Tenía ese deseo ardiente dentro de mí: ser libre, soltera e independiente. ¡El matrimonio, los hijos y los compromisos me daban escalofríos!

—¡Sois unas idiotas! —termino de maquillarme y Hillary deja de embadurnarme.

—Es un madurito atractivo, nunca nos ha dejado faltar nada y parece que le gustas. ¿Qué es lo que siempre le dice a ella antes de subir al escenario, Clair? —Hillary se gira hacia su amiga.

—«Eres mi estrella, sal al escenario y haz que llueva dinero» —intenta imitar la voz y los gestos del hombre.

Acabamos riendo y la luz roja del camerino se enciende: es la señal de que debemos darnos prisa, porque nuestro show está a punto de empezar.

Hillary y Clair me ayudan a enfundarme el mono negro de látex y también colocan la máscara de mujer gato en mi rostro sin estropearme el maquillaje. Me calzo las botas altas negras y me doy una última ojeada en el espejo antes de salir.

—Yo me casaría con Brown si fuera para conseguir la *Green Card*, pero por suerte nací en Connecticut —Clair es la primera en salir.

—Bueno, yo soy solo una universitaria ganándome la vida —Hillary se retoca el pintalabios y se encoge de hombros.

—Él es mi plan B, chicas. Eso significa que sí, que es una posibilidad. Pero ahora mismo estoy centrada en otra cosa.

—¡Ah, tienes un plan A! —Hillary por fin cae en la cuenta.

—Y tú eres la universitaria, ¿no? —me burlo.

Hillary me pellizca y comprueba en el espejo si está lista para salir al salón a divertir a los ricachones, magnates y CEO de las grandes empresas de Nueva York y de toda América. Todos terminan viniendo aquí en busca de un espectáculo, una noche inolvidable y la tentación más dulce que puede ofrecer el La Chica.

—¿Cuál es tu plan A? —pregunta.

—Apañármelas sola. Soy una mujer independiente, llegué aquí sola y voy a sobrevivir sola —hincho el pecho, arqueo el trasero y salgo.

No sin antes escuchar a mi compañera soltarme a la espalda:

—Esto es América, baby. Nadie sobrevive solo.

Héctor Mitchell

Esto es arte.

Siluetas bien dibujadas, pechos generosos, culos grandes y suculentos, hambrientos, cuerpos preparados para deslumbrar y dejar que la imaginación vague por el lugar hasta encontrar un objetivo.

Yo tenía muchos objetivos.

Me las follaría a todas, si fuera posible en fila; sería un placer dejarlas anestesiadas y suplicando por más.

Escuchar, como ya he escuchado tantas veces, que ellas deberían pagarme por ser devoradas por un macho de verdad. Pero yo insisto en pagar, el dinero aquí no es problema.

Alex, mi asistente, se encoge mientras pasa junto a las camareras, como si nunca hubiera visto un par de pezones en su vida. Y ellas se contonean, insinúan, muestran que darían cualquier cosa por llevarse a un chico como él a las salas más privadas.

—Eres un flojo —empiezo a reírme cuando se sienta a mi lado.

—¿De todos los sitios en los que podíamos reunirnos, un club de striptease?

—No «un club de striptease», querido, ¡el mejor del país! ¡Quizá de toda América! —alzo mi vaso de whisky y siento el líquido avivar mi paladar. Solo queda por detrás de esos culos.

Levanto un billete de cien dólares para Valerie, una de las chicas más veteranas del local. Ella acude enseguida hacia mí, se coloca entre mis piernas y empieza a bailar sensualmente de

rodillas. Me aferra los muslos con las uñas y sube despacio, mirándome como si fuera a devorarme allí mismo.

—Héctor —Alex, el aguafiestas, me llama.

—Eres una buena chica —acaricio el rostro de Valerie y le indico que se levante.

Antes de que se marche, deslizo el billete de cien dólares en su braguita, no sin antes palmearle el culo y verla irse contoneándose y mirándome desde la distancia.

—Héctor —la voz de Alex denota preocupación—. ¡Tu padre ha entrado en coma y se ha abierto el testamento! —me reprende.

Sigo mirando al frente, distraído por los cuerpos femeninos. Para calmar el cosquilleo en los ojos, doy un trago generoso de la bebida ardiente y dejo que la garganta me arda.

Giro el rostro hacia el lado contrario de donde está el muchacho flacucho y trajeado, resoplo y solo vuelvo a mi posición cuando sé que mi cara refleja únicamente la satisfacción de estar en ese antro de perdición. Es decir, permanece indiferente, analítica y seria.

—Lo siento —su voz suena más cordial—. Yo no quería... no quería...

Levanto la mano para hacerlo callar. Él insiste:

—Sé que estás sufriendo a tu manera —se atreve a posar la mano en mi hombro, pero enseguida la retira, se hunde en el respaldo y finge que va a distraerse con las chicas.

Por eso contraté a este chico. Tiene una fragilidad humana que me recuerda al Héctor adolescente.

En realidad, no fue por eso. Antes contraté a doce secretarias. Ninguna resistió. Yo mucho menos. Fue consensuado, ruidoso y demoledor.

En serio, tuvieron que reformar mi despacho después de una de las sesiones con Caroline. Ah, Caroline...

Pero mi padre siempre fue de mano dura. Quería un hijo perfecto, un hombre ejemplar, el estereotipo de quien pondría la empresa y la familia por delante sin titubear.

Yo siempre elegía a las mujeres. Como dicen, la carne es débil. Bueno, la mía se pone bien dura. Y sedienta. Y fuera de control.

Aflojo el nudo de la corbata negra, pero no me abro la americana. Sigo observando el espectáculo y vigilando a Alex de reojo.

—Puedes hablar. Lo dejó todo a mi madre y nombró a Geoffrey como CEO —cojo la botella de whisky cuando pasa, sirvo una copa, la dejo en la bandeja y me bebo el resto directamente de la botella.

Alex tiembla. Evita mirarme.

—¡Habla, hombre! —golpeo con el puño cerrado en el hueco del sofá que nos separa.

—E-e-el... —el maldito tartamudea. Lo complica todo aún más.

Mi familia, junto con los Smith, es dueña de una de las mayores empresas de energía de América. Dinero, poder y tu padre de setenta y cinco años, uno de los dueños del imperio, en coma no son una buena combinación. La familia Smith llevaba tiempo queriendo devorar nuestra parte.

Y ahora había llegado el momento...

Mi padre repetía sin descanso que yo era inmaduro para un hombre de treinta años, que difícilmente podría mantener la Mitchell & Smith bajo control, sobre todo en un mercado como el nuestro.

Aun así, siempre fui su mano derecha, su confidente y su amigo. Siempre estuve a su lado, siempre me entregué y di mi vida por él, intentando imitarlo en todo lo posible.

Pero como todo Aquiles, yo también tengo un talón.

Y ese talón tiene cuerpo, boca, pechos, culo... y esta noche va enfundado en látex.

—Buenas noches, señor Mitchell —ella se gira como una gata, mostrando sus curvas. Sabe que con eso puede sacarme cien dólares más fácil que nuestra gran Norteamérica subyugando a países del tercer mundo.

—Buenas noches, Sabrina —mi labio casi tiembla.

Mis ojos resultan más felinos que el disfraz; la miro como si mi único propósito fuera hacerla gritar y perder el sentido.

Sabrina y yo llevamos siendo buenos desconocidos unas semanas. Ya tenemos un nombre para llamarnos, ella sabe que me vacío los bolsillos con solo verla bailar, y yo sé que lo que quiere son unas palmadas.

Y es ese espacio de suposiciones e imaginación lo que lo hace todo más interesante.

—Espero que lo disfrute esta noche —se inclina, sus labios quedan cerca de mi rostro y yo deslizo tres billetes generosos entre sus pechos.

Luego se aleja con sensualidad, haciendo que sus nalgas suban y bajen al caminar mientras va a seducir a otro ricachón.

Le doy un golpe con el dorso de la mano en el pecho a Alex, que casi echa los pulmones por la boca.

—¡Dios! —se dobla intentando respirar.

—Respóndeme cuando se te solicite —tomo la botella y bebo mientras sigo con la mirada a la ladrona de mi atención seduciendo a otro.

—El testamento... el testamento... —intenta recordar.

—Pero no ha muerto, ¿verdad, Alex? —lo observo de reojo.

—Está en coma —mi secretario intenta regular la respiración —. Pero mientras no recupere plenamente sus facultades, lo que rige son los derechos inscritos en su testamento.

—De acuerdo —dejo los labios pegados al gollete de la botella, dispuesto a escuchar el veredicto.

—E-e-el... —Alex vuelve a tartamudear y yo estoy a punto de soltarle un par de golpes.

Pide un minuto, se quita la corbata y se abanica, intenta respirar, pero parece una misión imposible. Entonces lo agarro con fuerza del cuello de la camisa blanca y arranco el primer botón, así consigue llenar los pulmones de aire.

—El señor Mitchell lo dejó todo para usted.

Aunque lo escucho, esa información queda flotando en el aire y me distrae todavía más.

—También lo nombró para el cargo de CEO de Mitchell & Smith —revela.

Eso sí que es sorprendente.

Me debato entre las palabras de mi padre y esa acción tan inesperada. Aunque éramos extremadamente cercanos y precisamente por serlo, yo sabía que dejaría todo a mi madre y que nombraría a Geoffrey, el maldito hijo del señor Smith que ya había muerto y que llevaba años ansiando ese puesto para sí.

Pero ese tipo, Geoffrey, no estaba en condiciones ni de dirigir una churrería, mucho menos nuestra empresa.

—Mi padre ha enloquecido —fue mi conclusión, y otra vez levanté la botella para beber del cuello aquel líquido ardiente—. Ha perdido por completo la cabeza. Voy a exigir que revisen ese maldito testamento.

—El testamento se escribió hace diez años y se ha ratificado cada tres meses; la última vez fue hace dos semanas —soltó Alex.

—Estarás de broma —dejé caer la cabeza hacia atrás.

—Pero para que se cumpla el deseo del señor Mitchell, hay una condición.

¡Ahí está! ¡La trampa!

—¿Qué? —pregunto, sin la menor esperanza.

—Su padre escribió que quería verlo superar su debilidad con las mujeres...

—Novedad...

—Así que la condición es que se case.

—Ni de coña —disparo de inmediato.

—O todo pasará a la familia Smith.

Me atraganté y escupí la bebida, llamando la atención de los que estaban más cerca. Miré fijamente a Alex y él se apartó de golpe, encogiéndose en la ilusión de mantenerse a salvo.

—¿Todo qué? ¿Dinero? ¿Propiedades? ¿Accio...?

—Todo —respondió, manteniéndose en esa postura rara—. Su madre me pidió que lo encontrara y lo llevara con ella, quiere hablar con usted.

—¡Claro que quiere hablar conmigo! —subí un poco la voz.

¿Mi padre había perdido el juicio? ¿Yo era el que bebía y él el que se emborrachaba?

¡Qué situación de mierda!

—Levántate, Alex, ¡vamos!

—¿«Vamos»? —se puso de pie enseguida.

—¡A ponerle remedio a esta mierda!

Capítulo 2

Beatriz Rodríguez

Otra noche más: quinientos dólares más.

A veces saco más, a veces mucho menos.

En todos los casos, lo primero que hago cada mañana es ingresar la mitad en la cuenta bancaria de mi madre.

Beatriz Rodríguez es muy distinta de Sabrina.

Para empezar por la ropa: me gusta salir con sudadera y chaqueta, vaqueros y, en algunos casos raros, con chándal o incluso con pijama. Al fin y al cabo, estamos en Nueva York y aquí eres tú quien construye su estilo.

El mío varía entre: «soy una joven becaria de una revista de moda» y «es lo que hay por hoy».

También soy tímida.

Sí, lo sé, suena surrealista pensar que una stripper sea tímida, pero yo lo soy. En el arte del flirteo soy como una puerta sin cerradura. Y cuando los hombres —o las mujeres— me miran demasiado, acelero el paso y salgo corriendo en cuanto puedo. ¿Y si es la policía y acabo deportada?

También soy virgen.

Vale, vale, este es el momento en que dejas de creerme y abandonas lo que estoy contando. Pero si algo sirve de consuelo, digamos que no soy virgen, porque Bob, mi fiel compañero de batalla, un vibrador de tamaño modesto pero con una velocidad e intensidad fuera de lo común, ya se encargó de eso.

En serio, como Beatriz no tengo ni idea de qué hacer.

Sabrina, en cambio, sí. Ella es atrevida, sabe posar, mover el culo, caminar con sensualidad, seducir a los hombres solo con una mirada que mezcla el «soy inocente» con el «déjame cumplir tus deseos».

Lo que separa a Sabrina de Beatriz es una máscara. Ella es el personaje perfecto.

Y, claro está, las cuentas por pagar, las facturas a punto de vencer y el alquiler.

Mientras las demás chicas salen con clientes, se acuestan con ellos y repiten la jugada, yo soy «intocable». Y quizá por eso soy tan valiosa.

Todos desean a Sabrina, todos sueñan con tenerla, precisamente porque nadie puede traspasar los límites con ella.

—¡Buenos días! —saludo a uno de los hombres que frecuenta el La Chica y me echo a reír al darme cuenta de que ni siquiera sabe quién soy sin todo aquel disfraz.

Porque eso es lo que soy: una fantasía. Sin rostro, con un cuerpo siempre bien delineado, un objeto, un susurro perverso, un deseo que jamás se sacia y por eso regresa, regresa y regresa...

Ningún hombre allí dentro, salvo Brown, ha visto mi cara. Y nunca dirían que una chica con vaqueros, chaqueta negra y coleta podría ser su mayor fantasía nocturna.

Empujo el carrito de la compra y sigo curioseando los productos de las estanterías. Dios, cómo me encantaría comer algunas cosas... pero para mantener este cuerpazo tengo que renunciar a mis antojos. Así que, en lugar de helados, galletas y pastas, lo que llena mi carrito son frutas, carnes y algunos yogures light.

—Ya estoy de camino —una voz grave, firme, que bendice mis oídos, me llama la atención.

Sigo el sonido por el pasillo y me detengo a pocos pasos de que acabe la gran estantería de cereales. Lo veo.

Un hombre alto, de hombros anchos, vestido de manera impecable y con el último modelo de móvil pegado a la oreja en plena llamada. Su puño tatuado con una calavera me hace suspirar; su barba perfectamente recortada, que endurece aún más sus facciones, me hace olvidar dónde estoy y qué demonios estaba haciendo.

Sus ojos azul grisáceo miran al frente con firmeza, la mandíbula tensa, parece irritado.

—No, Anthony no va a venir —dice con determinación—. Pero podemos ir a visitarlo si usted quiere.

Me apoyo en el carrito y lo observo.

El señor Héctor Mitchell me arranca un suspiro.

Y es él quien siempre me deja las mejores propinas.

Debería ser yo quien pagara por tener a ese hombre insinuándose conmigo.

Sabrina es atrevida: ella se acerca a él, recoge un buen billete y se marcha lo antes posible, porque hasta la valentía tiene un límite... él tiene pinta de pocos amigos, y ese traje tan ceñido al cuerpo deja claro que es más fuerte de lo que yo imaginaba. ¿Cómo podría enfrentarme a un hombre así? Me deja sin aire solo con mirarme.

Justo cuando me imagino al señor Mitchell tocándome y acercándose, recupero el juicio y Sabrina se aleja lo más rápido posible.

¿Y qué puedo hacer yo, una chica corriente? Solo quedarme aquí, atrapada por el encanto de su cuerpo, de su porte, de su voz... me queda observarlo, inclinada sobre el carrito, viéndolo ser mi fantasía matinal... mientras quizá, en una posibilidad remota, yo sea la suya por la noche.

Quiero decir, no yo: Sabrina.

Ese es el problema de encarnar un personaje. Nunca vas a saber si el hombre de tus sueños se interesa por ti o por la fantasía.

Mira el tamaño de esa mano. Mira el tamaño de ese zapato. Mira el bulto en el pantalón azul marino. Mira cómo... mira cómo me mira.

Nuestras miradas se cruzan y yo permanezco entera, porque no soy más que una idiota que se quedó parada mirando al hombre de sus sueños hablar por teléfono. Yo sé quién es, y él no tiene ni idea de quién soy yo, y eso resulta incluso divertido.

—Debo llegar en media hora, cuarenta y cinco minutos como máximo —vigila la hora en su reloj de pulsera y sigue mirándome.

Y esa es mi vida. Ser una mujer sin papeles en Estados Unidos por la mañana y un juguete sexual intocable por la noche.

Saco el móvil que vibra en el bolsillo.

—¿Dónde estás? —la voz de Clair deja claro que está en apuros.

—Estoy en el Walmart, ¿por qué?

—Necesito dinero.

—¡Cobraste anoche y aún es de mañana! ¿Qué hiciste con el dinero? —odio usar este tono de mujer responsable, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Darle dinero, no.

—Es urgente. Cuestión de vida o muerte —dice desesperada.

—Hablamos en casa —cuelgo.

El señor Mitchell avanza hacia mí, con pasos lentos, los ojos fijos en los míos, ese aire serio y concentrado que también adopta en su sillón del club. Y yo sonrío, por dentro me carcajeo: es bastante divertido cruzarse con estos tipos en el mundo real y poder mirarlos sabiendo que soy su dulce perdición.

Y el señor Mitchell también es una perdición.

—Buenos días —dice como quien inicia una charla con un desconocido para preguntar dónde está la sección de bebidas.

Su mandíbula masculina se tensa, su mirada oscila siempre entre la indiferencia y el análisis; el simple hecho de que ese hombre respire cerca de mí hace que el aire se sienta un poco más caro y valioso. Él desprende un olor, una presencia, y tiene una mirada que me dice que yo no soy nada.

Y aun así me dio los buenos días.

—Buenos días —respondo, con la lengua implorando por lamerme los labios.

—Tu cara es preciosa, Sabrina —me aprieta la barbilla con el pulgar y el índice—. No deberías esconderla.

Y al decirlo, sigue hasta el final del pasillo, donde lo espera su inseparable escudero, al que vi en el club la noche anterior.

Lo sé porque acabo de girar el cuello sin mover el cuerpo, como Samara en *The Ring*.

El tipo acaba de descubrir la identidad secreta de Batman.

Y lo único que puedo hacer es mirarlo mientras se aleja sin volver la vista atrás.

Pero recuerdo perfectamente cómo me sostuvo la mirada hasta el fondo de los ojos y pareció atravesarme.

Ahora estoy cabreada conmigo misma por haber sido descubierta —y asustada, claro—, y también excitada por sentir su toque.

¡Mierda!

Héctor Mitchell

Mi madre me abraza largamente y no da señales de soltarme.

No la culpo. Debe de haber dormido aquí y solo Dios sabe lo duro que es pasar la noche en un hospital y contemplar al amor de tu vida rodeado de máquinas, sin grandes esperanzas de recuperarlo.

—Anthony debería estar aquí —es lo que me dice después de casi cinco minutos abrazados.

—Yo también te he echado de menos, mamá —la suelto despacio, aunque sigo sujetando sus manos.

—Rebecca vino con marido e hijos, Laurel vino con el novio, ¿por qué no trajiste a mi nieto? —golpea el suelo con el pie.

Rebecca y Laurel son mis hermanas, la primera la mayor, la segunda la menor. Y Anthony, por si aún no quedó claro, es mi hijo de once años. Sí, tuve un hijo a los veintidós.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no sale de la mansión para venir aquí? —la observo de arriba abajo para comprobar que está bien, y lo está. Mi madre goza de una salud envidiable—. Además, está con Amanda, está seguro y bien.

—Nunca ha salido —frunce la nariz y se aparta; al mencionar a Amanda parece más tranquila—. Deberías sacarlo de esa burbuja de cristal que lo protege, al menos para despedirse de su abuelo —evita mirarme.

—No seas dramática, mamá, papá va a salir de esta —intento reconfortarla con una sonrisa, pero ella mantiene la mirada distante.

—¡Espero que salga! —su voz suena exasperada—. ¡De lo contrario lo perderemos todo!

—Mamá...

—Tu padre siempre fue ese hombre genial, bueno con el dinero y loco. ¡Completamente trastornado de la cabeza! —su voz sigue en ese tono alterado.

—¡Mamá! —esta vez me río en lugar de reprenderla.

Ella mira las paredes, las máquinas, luego a mi viejo ahí, acostado, sereno, en una paz que merecía, pero no de esa manera.

Mi padre trabajó desde muy joven y nunca se detuvo. No me permitió sustituirlo porque no se cansaba de gritar a los cuatro vientos que yo no estaba preparado.

Y ahora me ponía entre la espada y la pared: o estaba preparado o lo perderíamos todo.

—Seamos realistas, Héctor —mi madre me miró, no como una madre a un hijo, sino como dos adultos que saben que pueden perder toda la fortuna que tienen si se enfrentan—. Se ha burlado de nosotros. Te dio una misión suicida.

Guardo silencio y me acerco despacio a la cama, paso la palma de la mano por el brazo de mi padre.

—Me pregunto hasta hoy si fuiste capaz de amar a Serena —su voz sale amarga.

—Amé a Serena —susurro mientras miro todo aquel aparato tecnológico que intimida solo con estar ahí—. Ella me dio lo más precioso del mundo...

—Pero murió en el parto —su voz no mejora, parece que quiere cargar todo sobre mis hombros—. Y tú, que ya eras lo bastante problemático, ¡te convertiste en esto!

—Mamá... —niego con la cabeza.

—Sé sincero, Héctor —me agarra del brazo—. ¿Tú? ¿Casarte? ¿Sabes de cuánto dinero estamos hablando? ¿Sabes cuántos bienes, acciones y lo que significa el poder sobre la empresa? Aunque

consigas una mujer, van a vigilarte. Van a estar encima. Van a sacar tus trapos sucios, demostrar que vas a burdeles, casinos, prostíbulos. ¡Seguro que hasta te has vuelto ateo!

Me doy cuenta de que soy lo bastante fuerte porque contengo la risa. Sería peor si me riera. Pero aun así, es malo.

—¿Y aceptarías? ¿Un matrimonio arreglado? Solo es un año, Héc —ahora me sujeta el brazo con cariño—. Apenas 365 días. Es poco tiempo. Quizá él despierte antes... —su voz suena esperanzada —. Dios mío, ¿por qué estamos siendo castigados?

Respiro hondo, mi cabeza está llena de cosas en este momento.

Primero, mi padre. Da pena verlo en ese estado.

Era un hombre enérgico, ni siquiera parecía tener más de cincuenta, todavía tenía aliento para vivir al menos tres décadas más. Y al verlo así me doy cuenta de cuánto lo amo y de cuánto lo decepcioné. Que más de una vez no renuncié a mis vicios ni siquiera para engañarlo un poco y mostrarle que sí era un buen hijo, o al menos intentarlo.

No se trataba de mí. Se trataba de él.

Yo era el único hijo varón y él se culpaba demasiado por no haberme «criado bien». Éramos muy cercanos, mucho más de lo que a mis hermanas les habría gustado ser con él... y todo lo que hice fue frustrarlo.

En segundo lugar, mi madre, que no me dejaba tener un momento a solas con mis propios pensamientos. Hablaba de dinero, de joyas, de lo estúpido que había sido mi padre y de por qué quería castigarnos de esa manera...

Y en tercer lugar, por supuesto, mi hijo, Anthony. Nació prematuro, no pude sostenerlo en brazos, su madre se fue... con miedo a perderlo como perdí a Serena, lo protegí del mundo, de

todo y de todos, criándolo lejos de toda la locura y el bullicio de la gran ciudad.

Al menos Amanda, una antigua amiga mía y de Serena, se ofreció a cuidar de él. Desde entonces no he tenido mucho de qué preocuparme.

—Si consiguieras una buena mujer, Héc, sé que una de buena familia no va a funcionar, así que que sea una de la calle mismo —la voz de mi madre sonó amarga en esa parte—. Una cualquiera, de ese tipito que te gusta... ¿no crees, Héc? ¿No harías un esfuerzo por nosotros? ¿Por tu padre? ¿Por Anthony?

Dios, daría lo que fuera por tener un segundo a solas con mi propia cabeza.

—Está bien que tengamos dinero para vivir con cierta dignidad durante un tiempo... —ya cambió de tema.

Ese «durante un tiempo» al que se refiere son los millones de dólares que cada uno de nosotros tiene por «mérito propio». No te dejes llevar por su drama.

—Pero aun así... es Geoffrey... él se quedará con el imperio y con todo nuestro dinero...

—Mamá —carraspeé y después solté la palabra como un trueno.

Se calló y se quedó mirándome; mi madre nunca fue una mujer religiosa, pero tuve la impresión de que estaba aferrada a un rosario.

—Ya tengo a una mujer en mente —revelé.

Mi madre casi pegó un grito de victoria, pero se contuvo, gracias a Dios y al sentido común.

—¡Qué maravilla! ¡Dios mío, mis oraciones! ¡Mis oraciones han sido escuchadas!

—No lo celebres todavía.

—¿Por qué? —la felicidad se desvaneció tan rápido como había llegado.

—Porque no basta con que yo la tenga en mente, ella tiene que aceptar.

—Ah, aceptará —mi madre torció el gesto—. Es una mujer, y debe de ser de esas, una cualquiera. Tú eres un hombre bien nacido, rico, futuro dueño de un imperio energético. ¿Quién se atrevería a rechazarte?

Es una madre, ¿ves? Todas son así.

—Estamos en el siglo XXI, mamá, no en el XVI.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que ella puede rechazarme, tiene derecho a elegir.

—Es Amanda, ¿verdad? —se muestra incluso esperanzada—. Sé que vosotros dos...

La interrumpo con una mirada seria. Ella se aparta y empieza a maquinar para sí misma cómo sería tener a Amanda como nuera.

—La conocerás a su debido tiempo.

—¡No tenemos tiempo, Héctor!

La vuelvo a mirar con severidad y me despido de mi padre, después de hacerle un largo cariño en su cabeza canosa.

—Entonces deséame suerte.

Capítulo 3

Beatriz Rodríguez

Salí más temprano de casa hacia el trabajo por dos motivos: primero, Clair, que me había decepcionado a un nivel estratosférico.

Me confesó, después de mucho presionarla, que se había metido en algo turbio, que tenía una gran deuda que necesitaba pagar y que los narcos la estaban obligando a recoger más droga para vender a sus clientes.

El segundo motivo fue que el señor Brown me había exigido presentarme en La Chica antes de la hora habitual.

—Dime que traes buenas noticias —solté un bufido en cuanto llegué al local, un bar con una barra larguísima, un escenario principal y varios sofás con sus propios tubos de pole dance.

El señor Brown apagó el cigarrillo y me recorrió con la mirada.

—No sabes lo sexy que estás vestida así… y cabreada.

—¿Así cómo?

—Chaqueta de cuero, vaqueros...

—Brown, no me vengas con tonterías —golpeé la barra con el bolso y me senté en un taburete con un respaldo corto. —¿Por qué me has llamado?

El señor Brown no era muy hábil con las palabras, no cuando tenía otros intereses, y conmigo los tenía. Se manejaba mejor pagando o dando órdenes; hablar de igual a igual era un terreno que no dominaba.

—¿Has pensado en mi propuesta?

—No he tenido tiempo —mentí. No quería perder aquel trabajo y sabía que él podía ser la denuncia que me cortara las alas.

—Está bien —su rostro dejó entrever derrota.

Seamos justas aquí, al menos. Brown era una buena persona.

Y aunque necesitara desconfiar de sus intenciones para protegerme, sabía que, de alguna manera, le caía bien y no quería hacerme daño.

—Durante estos tres meses que llevas aquí en La Chica no te he obligado a nada. Y ya te lo dije: hombres importantes vinieron a verte, a desearte... políticos, grandes empresarios, religiosos —arqueó una ceja—. Nunca te he forzado a nada...

—«Pero» ... —anticipé enseguida el quid de la cuestión.

—Han ofrecido una buena cantidad por un espectáculo privado. Apenas media hora. Te quedas con la mitad; es más de lo que has ganado en todos estos meses. O incluso en años.

Fue mi turno de arquear una ceja. ¿De cuánto dinero estábamos hablando?

—¿Tengo que hacer algo en ese show? —encogí los hombros y miré a mi alrededor.

—Solo lo que quieras...

—De acuerdo —me relajé un poco al encoger los hombros. Encarnar a Sabrina me hacía sentir más suelta. Y lo único que quería era despejarme y escapar de problemas que ni siquiera eran míos. —¿Cuándo es el show?

—Ahora —me sostuvo la mirada como si eso hubiera estado claro desde el principio. No lo estaba.

Por suerte, una mujer precavida vale por cien hombres… aunque una desprevenida, distraída y con vértigo crónico equivalga apenas a diez o veinte.

Ya estaba bañada, perfumada y lista para matar. Al fin y al cabo, cuando se trataba de ir a La Chica tenía que estar a la altura para cerrar cualquier negocio.

Y sabía que sabría controlar la situación en ese show privado.

Bueno, yo no… pero Sabrina podría conseguir cualquier cosa.

—Voy a arreglarme —cogí el bolso y me dirigí al camerino.

—Sabes que siempre podrás contar conmigo y con el club —dijo Brown, quedándose atrás.

En el camerino me puse todo el atuendo de *Catwoman* e incorporé a Sabrina. Salí de allí poderosa, indomable, segura.

Brown me indicó en qué sala privé estaba el ilustre invitado y yo entré ya con la voz sedosa, melosa, con el porte de una mujer que parece saber hacerlo todo sin haber hecho nunca nada.

—Buenas noches, señor. Le aseguro que serán los treinta minutos más provechosos de su vida —entré en la sala oscura, con una tenue luz señalando el escenario.

Caminé con pasos felinos y me senté en el escenario, volviéndome por completo hacia aquel millonario que había pagado mucho por mi tiempo.

—Buenas noches, Sabrina —su voz me erizó toda la piel. Era él.

—Señor Mitchell —extendí la mano y encendí la lámpara que estaba frente a él; así pude ver su rostro masculino.

Él sonrió de lado, las hendiduras de sus mejillas se marcaron. Me mordí el labio y recogí la mano sobre el regazo. O lo intenté.

Me atrajeron hacia encima de la mesa y, cuando mi corazón desaceleró y recuperé el cien por cien de mi concentración, me di cuenta de que estaba tumbada boca arriba, con un hombre sentado frente a mí, los codos apoyados en sus propias rodillas, las manos entrelazadas, la barbilla sobre el puño.

El señor Mitchell me miraba como si yo fuera un banquete servido.

—¿Prefieres que te llamen Sabrina o Beatriz?

Mis ojos se abrieron de par en par, los suyos se iban cerrando.

¡Estaba acabada!

Héctor Mitchell

La vi incorporarse con cautela, asustada, y sentarse en la mesa, de frente a mí. En ese instante ya no veía a la desinhibida y nuevo icono sexual del Nueva York nocturno y secreto, sino a la chica que se escondía detrás de la máscara.

—No pareces tan segura ahora —observé.

Sabrina alzó los ojos tímidamente, como si le hubieran arrebatado el personaje. Y, joder, estaba mucho mejor así.

Tras la máscara de la mujer joven y poderosa, llena de sí misma y con el poder de rechazar a cualquier hombre, ahora podía ver su verdadero rostro. Una muchacha, solo una muchacha. Parecía pintada por un artista muy enamorado en pleno éxtasis de su amor.

—¿Qué quiere usted?

Intentó recuperar la pose, pero era difícil. Imposible, a decir verdad, y más aún delante de mí. Altivo, serio y con aire de dueño del mundo, me había sentado con los hombres que gobiernan el planeta. Y aunque intentara reproducir la misma postura intimidante, no podía esconder que, detrás de esa armadura, yo era simplemente… un fan.

Tantos cuerpos y mujeres en la noche, todas llenas de cirugías, silicona y escondidas tras armaduras de falsas bellezas y artificios… pero aquella chica era un manantial de belleza genuina.

Quería ser salvaje, fuerte, fingir una pose que llamaba la atención de inmediato, pero quien tuviera la curiosidad de mirarle a los ojos más allá de su culo y de sus pechos podía darse cuenta de que esa no era exactamente ella.

Era, sí, una parte deliciosa de un todo, pero no era ella.

—Aún no me has contestado. ¿Prefieres Sabrina o Beatriz? —insistí.

Respiró hondo. Quitarse aquella máscara fue como quedarse desnuda. Sabía quién era yo… ¿quién no lo sabría?

Pero yo también sabía quién era ella.

Había ido hasta el fondo en todo lo que podía averiguar sobre la joven Beatriz Rodríguez, de esa tierra hermosa llamada Brasil, allá en el sur de América.

Como ya he dicho, soy solo un fan. Con dinero, buenos detectives e interés.

—Beatriz —decidió, mirándome con seriedad.

—¿Mal día? —le ofrecí mi vaso de whisky con hielo.

Lo tomó y lo examinó. Pasó los labios por el borde del vaso, dejando allí su pintalabios. Aspiró el aroma cálido de la bebida y dio un sorbo. Un segundo después giró el rostro y lo escupió todo, tosiendo con fuerza.

—Un día pésimo —se limpió la boca con el brazo—. Han descubierto mi identidad secreta y mi compañera de piso está metida en drogas con gente muy peligrosa. Creo que es la manera de la vida de decirme que esta vez no, que mejor vuelva a Brasil y lo intente en la próxima reencarnación.

Permanecí serio, completamente concentrado en sus labios mientras se movían. Recuperé el vaso y saboreé el líquido mientras la miraba, sin apartar la vista.

Desde el primer instante en que la vi comprendí que Beatriz era el tipo de mujer que debía analizarse con paciencia, porque los detalles se pierden… y cuando los detalles se pierden, no queda nada.

—Estoy aquí para resolver tus problemas —le ofrecí la copa de nuevo.

Ella la rechazó, aunque se sintió tentada de tomarla.

En el juego de la vida, la parte que se divierte con dinero, sexo y poder va justamente de eso: no importa si al final se acepta o se rechaza, lo importante es sentirse tentado.

—¿Qué vas a hacer? ¿Darme un millón de dólares y una *Green Card*? —se burló.

—Ya te di el millón de dólares —crucé las piernas y la miré con seriedad, aun bajo su gesto de incredulidad—. La *Green Card* puede ser negociable.

—¿«Negociable»?

¿Ves? Tentada.

—Al igual que tú, señorita Beatriz, yo también tengo mis problemas. Pero me esfuerzo en cómo resolverlos y por eso estoy aquí.

—¿Y yo puedo resolver tus problemas? —fue su turno de cruzar las piernas.

No me quedaba otra opción que hablar claro.

—Soy heredero de...

—...Una megacorporación de energía —me interrumpió, mirándome como si supiera lo suficiente para intimidarme o impresionarme.

—Lo que la señorita no sabe es que mi padre es un hombre sádico y bastante desequilibrado, aunque un excelente padre —hice una pausa para beber—. Y en su testamento me lo deja todo. No a mi madre ni a mis hermanas, no a ningún otro miembro de la familia, solo a mí. Y se ríe en mi cara cuando añade la cláusula de que debo casarme para recibir lo que me corresponde. Y permanecer junto a esa persona al menos un año.

—¿Y qué piensas hacer? —se inclinó, apoyando los brazos sobre sus muslos.

—Estoy aquí, ¿no?

Era una pregunta retórica y ella solo me sostuvo la mirada.

—¿Y qué quieres de mí?

Beatriz descruzó las piernas y dejó que sus manos se deslizaran por el látex que moldeaba su cuerpo a la perfección.

—Quiero ofrecerte tu *Green Card*.

Beatriz soltó una carcajada; yo guardé silencio mientras ella se divertía.

—No puedes hablar en serio...

Me mantuve con el rostro imperturbable.

—Aunque nos casemos, la *Green Card* no saldrá de inmediato. Aún tendré que esperar bastante tiempo hasta que todo se arregle.

—La burocracia, para un hombre como yo, es un simple detalle. Puedo garantizarte que al cabo de un año tendrás tu residencia permanente y una cuenta bancaria bien abultada para disfrutar de tu experiencia en América.

Ella se mordió el labio y bajó la mirada, dejando entrever que podía considerar la propuesta. ¿Lo ves? Estaba tentada.

La palabra secreta que abre caminos es: tentación.

Beatriz miró a su alrededor, jugueteó con los dedos, evitó mirarme durante largo rato.

—Necesito pensarlo.

Y yo no necesitaba nada más.

—Piensa también en que ya no tendrás que vivir en la clandestinidad, con miedo a ser deportada en cualquier momento...

—¿Pero cómo tú…?

—Hice mis deberes —me puse en pie y acomodé la ropa para que quedara ajustada al cuerpo—. Haz los tuyos —le entregué una tarjeta con mi número.

—¿Voy a tener una tarjeta de crédito sin límites? ¿Podré viajar libremente por el país? ¿Tendré que acostarme contigo? —disparó las preguntas.

Normal. Eso mostraba que ya había empezado a hacer los deberes.

Qué chica tan eficiente.

Apoyé el zapato, un elegante modelo italiano de cuero negro, sobre la mesa, justo en el espacio que habían dejado libres sus muslos, e incliné mi cuerpo para examinarla de cerca. Esta vez no le sujeté el mentón con los dedos, sino con toda la mano. Acaricié su precioso rostro, subí los dedos hasta la nuca y la vi estremecerse en pequeños espasmos cuando la masajeé.

—¿Tarjeta de crédito sin límites? Sí. ¿Viajar libremente por el país? Por supuesto, serás mi mujer, no una prisionera. ¿Y dormir conmigo? No, por desgracia no —la recorrí con la mirada de arriba abajo.

—¿No?

—Lamentablemente me resulta incómodo compartir la cama mientras duermo —retiré la mano de su nuca—. Pero si lo que querías preguntar es si vamos a follar con fuerza, como los dos animales salvajes que sabes que somos...

Abrió los ojos de par en par, asustada.

—*Puedes apostar que sí.*

Capítulo 4

Beatriz Rodríguez

Aunque no necesitara seguir trabajando aquella noche —ni la semana, ni el mes, quizá ni el año—, cumplí mi turno para no dejar tirado al señor Brown.

Al fin y al cabo, Clair y Hillary no aparecieron. Así que las demás chicas y yo tuvimos que cubrir esa falta, aunque aquella noche no estuviera tan animada como las otras.

—Tienes que dejar de hacer eso o te mato —me susurró Valerie al oído.

Me giré despacio para encararla.

Valerie había sido la antigua «estrella que hacía llover dinero» antes de mi llegada. Una rubia, llena de cirugías, con una expresión imposible de descifrar: no se sabía si estaba enfadada, a punto de correrse o con media cara paralizada.

—¿Dejar de qué, Valerie? —pregunté.

—De robarme a los clientes —rezongó—. El mundo puede ser peligroso, Sabrina. No hagas las cosas más difíciles de lo que ya son.

Puse los ojos en blanco y hasta desistí de ir a bailar para un cliente; ella me empujó, se me adelantó y caminó directo hacia el ricachón.

Todos los hombres que frecuentaban La Chica eran ricos y poderosos, pero pocos resultaban realmente atractivos. Y entre los atractivos, Héctor era sin duda el número uno de la lista.

Con esos ojos grisáceos, los hombros anchos y la mano tan firme como generosa, me hacía suspirar sin haber tenido siquiera la

oportunidad de una intimidad mayor conmigo. Y eso ya bastaba para dejarme hipnotizada.

El resto de los hombres, en comparación con él, eran como un equipo de segunda, suplentes. Ricos, poderosos, llenos de ego y descaro. Pero su presencia no tenía comparación: Héctor hacía que el salón se detuviera cuando entraba.

¿Por qué me había elegido justamente a mí para ese contrato de matrimonio?

—Ve tú —volvió Valerie, con la voz cargada de amargura—. Te quieren a ti.

Me encontré de frente con el rechoncho y el calvo. Puse mi mejor sonrisa y di un paso al frente.

—Siempre te quieren a ti —murmuró Valerie a mis espaldas, en un tono intimidante.

Después de bailar para aquellos dos hombres de nota dos y de encantar a los demás que estaban en el club, conseguí que Brown me dejara marchar antes. Me entregó un cheque de medio millón de dólares, lo guardé en el bolsillo de los vaqueros y regresé a casa tarde por la noche en taxi.

La calle estaba desierta, todo en silencio, ni una estrella en el cielo.

¿Era de verdad eso lo que quería para mi vida? ¿Bailar para hombres poco atractivos y verlos intentar sobrepasarse conmigo?

Vale que de vez en cuando aparecía un Kevin, un Derik o un Héctor, pero eran más la excepción que la regla.

¿Qué era lo mejor para mí?

Así, distraída y perdida en mis pensamientos, entré en el edificio de siete plantas habitado por gente de clase media y subí hasta el quinto piso, donde estaba mi apartamento.

Saqué la llave del bolso antes de salir del ascensor y caminé por el largo pasillo hasta llegar a la puerta de mi casa… que estaba abierta.

—¿Hay alguien en casa? —pregunté en cuanto me quedé frente a la entrada—. ¿Hola? —asomé la cabeza por la puerta.

Conseguí mantener la calma por fuera, aunque por dentro estaba en pánico.

Todo estaba patas arriba.

La cocina americana que compartía espacio con el salón era un auténtico caos: la cocina desarmada, la nevera caída en el suelo, la lavadora destrozada. ¿El sofá? ¿La tele? ¿Las macetas? Apenas quedaban restos, migajas de lo que habían sido...

Y, para ganarme el diploma de loca rematada, entré.

Despacio, de puntillas, un pie detrás del otro.

—¿Hill? —susurré, atenta a cada rincón—. ¿Clair?

Rebusqué en el bolso y saqué el aparato de descargas eléctricas, preparada para electrocutar a quien se pusiera delante, pero no apareció nadie.

—¿Clair? —volví a llamarlas—. ¿Hill...?

Al llegar al cuarto de Clair, vi su cuerpo en el suelo, ensangrentado.

Tropecé hacia atrás y, con la poca cordura que me quedaba, salí de allí lo más rápido que pude.

Me lancé dentro del ascensor y apreté el botón de bajar frenéticamente.

De repente, el pasillo que antes era solo un pasillo se había convertido en una escena de película de terror.

Estaba rígida, apenas podía pensar en lo que ocurría, solo podía golpear con el dedo el botón de bajar, desesperada por salir

de allí.

Cuando la puerta se abrió, me arrojé dentro con toda mi fuerza y di gracias a Dios al sentir que se cerraba y empezaba a descender.

En la planta baja, seguí mi camino sin mirar atrás.

Apreté el bolso contra mi cuerpo, aproveché para sacar los documentos y el móvil y guardarlos en el bolsillo; lo demás era un mero detalle.

Caminé deprisa, doblé dos esquinas y, cuando estaba a punto de sacar el aparato de descargas al darme cuenta de que me seguían, sentí una mano fuerte agarrarme del brazo.

Casi electrocuto a mi amiga.

Hillary temblaba y miraba a los lados, asustada.

—Han venido... —miraba a cada rincón.

Me arrastró hacia un callejón, y debo confesar que tuve aún más miedo que antes. Hillary se agachó y escondió la cara entre las piernas.

—Han venido y la han matado...

Guardé silencio, sin saber qué decir. Solo acaricié su cabello mientras miraba a mi alrededor.

—Saben que trabajamos en La Chica —fue difícil entenderla porque tropezaba con sus propias palabras.

—¿Y qué con eso? —me agaché.

—Lo saben… saben dónde encontrarnos...

—¿Quiénes son? ¿Y por qué irían detrás de nosotras? —necesitaba entender.

¿Era peor quedarme en la oscuridad o saber lo que realmente pasaba?

—¡Dímelo, Hill! ¿Estás bien? ¿Te han hecho algo?

Se quedó catatónica, balanceando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, como una niña.

La sacudí; no me gustaba nada estar ahí en plena calle. Las noches de Nueva York suelen ser frías y no es buena idea que dos mujeres estén solas así...

—¿Quiénes son? —insistí.

—Los tipos que le dieron la droga a ella… vinieron a cobrar la deuda… ellos la… ellos la...

—Lo vi —la libré de tener que decírmelo.

—Saben que trabajamos en La Chica —repitió, como un disco rayado.

—¿Y qué importa que sepan que trabajamos allí?

Hillary levantó los ojos y me miró, aterrada.

—Creen que nosotras ayudábamos a Clair.

Mierda. Todo jodido.

—Ella les cogió mucho, era una deuda de cinco cifras… era dinero de verdad...

Retrocedí un paso.

—¡Van a venir a cobrarnos a nosotras también! —no lloraba, pero seguía en ese estado deplorable.

—Hill, tenemos que salir de la calle. No podemos escondernos en un callejón —miré alrededor y, como no pasaba ningún taxi, pedí uno con una llamada rápida.

—¿Para qué huir? ¡Nos van a encontrar!

—¡Hill! —la zarandeé con fuerza—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—Pero el maquillaje caro... la ropa...

—¡Olvídate de eso, mujer! —la levanté y la empujé contra la pared—. ¡Tengo experiencia escapando, ¿vale?! ¡Voy a sacarnos de esta!

Ni siquiera sabía si iba a conseguir librarme de aquella mierda, pero tenía que calmarla de algún modo.

—El taxi ya viene… ¿me sugieres algún sitio a dónde ir?

Se quedó en silencio, mirando al vacío.

Cuando llegó el coche, abrí la puerta trasera y la empujé dentro. La prudencia no es precisamente mi segundo nombre, así que sí, se dio un golpe en la cabeza, pero nada grave.

Le tiré tres billetes de diez al taxista y solté:

—Conduzca lo más lejos posible de aquí, por favor.

Héctor Mitchell

Era tarde por la noche y aún tenía una decena de documentos que leer y firmar. El móvil sin sonar, sin una novedad concreta sobre mi propuesta... Beatriz era una mujer realmente difícil y parecía empeñada en mantenerse intocable.

Hacía bien en huir de mí. En su lugar, yo también lo haría.

Así que me concentré en el papeleo sobre la mesa hasta que el teléfono vibró.

Aunque me incorporé erguido y sereno por fuera, por dentro el corazón me retumbaba con fuerza, respirar se hacía cada vez más difícil.

Apreté los dientes, ese pésimo hábito, y vi cómo la mandíbula se tensaba en el reflejo frente a mí.

Pero no era ella. Qué decepción.

—Hola, Amanda —contesté sin mucho entusiasmo; aun así era necesario hacerlo.

—¿Estás ocupado?

—Siempre lo estoy. ¿Qué pasa? ¿Anthony está bien?

—Sí, ha dormido como un ángel. La fiebre está bajando... —respiró hondo—. ¿Puedes abrirme la puerta?

¿Qué? ¿Qué hacía ella aquí?

Estiré todo el cuerpo y caminé despacio hasta la puerta para destrabarla. Lo único que vi fue la pared del pasillo adornada con un cuadro de un artista latinoamericano y las luces encendidas.

Asomé la cabeza por la puerta y...

Cerré los ojos y aparté el rostro al ver a Amanda delante de mí. Pero ella fue más rápida y me robó un beso fugaz, luego se abalanzó contra mi cuerpo, desabrochando ya mi camisa blanca.

—Eh —la reprendí, sujetándole las manos con firmeza para apartarlas después—. ¿Qué haces aquí?

—Te echaba de menos —dijo con simplicidad.

No era tan simple.

—Amanda, me llamaste antes diciendo que Anthony estaba enfermo y que tenías que cuidarle. ¿Y ahora estás aquí? ¿Qué te pasa? —no cambié la expresión de reproche.

—Te necesitaba —lo dijo con un tono meloso, convencida de que ablandaría mi hielo.

Nunca se rompió; fui yo quien fingió porque necesitaba desahogarme.

De nuevo avanzó. Su mano suave apretó el bulto de mi pantalón e insinuó ir más allá, pero yo permanecí inmóvil, de pie, sin permitir que sus jueguecitos me sacaran de concentración.

—He oído que tienes una decisión importante que tomar —reveló.

—Es cierto.

—Estoy aquí para ayudarte a tomar esa decisión —sonrió.

Y no solo sonrió. Bajó la tira del vestido negro, las dos, en realidad, y empujó la prenda hacia abajo. Analicé su cuerpo como lo haría una radiografía y nada más. Entonces buscó una retórica más convincente: se quitó el sujetador.

—Entiéndelo, Héc —dijo con voz melosa—. Te necesito —bajó aún más el vestido.

Yo no estaba precisamente listo para la réplica. Pero el teléfono ayudó.

—¿Diga? —llevé el aparato a la cara.

—¿Es mal momento? —la voz femenina me hizo suspirar más que aquella desnudez.

—Para ti, no —mantuve toda mi seriedad mientras Amanda intentaba abrirme la cremallera. Estaba más lanzada de lo habitual… ¿qué le pasaba a esa mujer?

—Te necesito —dijo Beatriz al teléfono.

Miré hacia el aire acondicionado. No podía ser eso. Incluso con camisa social, chaleco y chaqueta, un escalofrío profundo me recorrió la espalda. El vello de mis brazos se erizó al instante y hasta sentí que la pupila se me dilataba.

Miré alrededor, alerta, caminé rápido de regreso al despacho, cogí la cartera y el abrigo del perchero e ignoré a Amanda, que aún intentaba insinuarse.

—¿Dónde te encuentro?

—Te paso la dirección por mensaje. Si puedes venir rápido, te lo agradezco —su voz me preocupó. Sonaba asustada y acorralada, y eso me hizo moverme con más rapidez.

—Ya voy de camino —cerré la puerta de casa tras de mí y entré en el ascensor.

Capítulo 5

Héctor Mitchell

Dos días después.

Una mezcolanza de sentimientos se apoderó de todos nosotros: familiares, miembros de la alta dirección de Mitchell & Smith y accionistas. Mi padre, Gregory Mitchell, había sido un CEO intachable. Sabía cómo satisfacer al mercado, al consejo y a las múltiples familias implicadas en la empresa.

Su coma inesperado y su testamento descarado habían dejado a todos en estado de frenesí y asombro.

¿Cuál sería el futuro de una de las mayores empresas de energía del mundo?

—Héctor —Geoffrey me estrechó la mano con aire de quien acababa de ganar una apuesta que yo jamás había hecho.

Nos conocíamos demasiado bien. Y si yo era una mala opción, él era la no-opción.

Mientras yo gastaba mi dinero y mi tiempo libre en mujeres, alcohol y disfrutando del mundo, Geoffrey se gastaba el dinero que no era suyo y había metido a la empresa en varios escándalos por ser un niño mimado que ni siquiera era el primero en la línea de sucesión.

Mi padre quería humillarme, no había otra explicación.

¿Decir que lo dejaría todo a ese pedazo de mierda si yo no aceptaba sus condiciones? Eso era demasiado. Mi padre había perdido el juicio.

—Geoffrey —mantuve una expresión *blasé*, mientras él parecía divertirse.

No sé con qué.

—Tu padre te ha tomado el pelo, ¿eh? —susurró en mi oído—. Lo bueno de todo esto es que ya puedes entregarme todo en bandeja y así mantenemos una relación más amistosa.

—Tienes la polla tan minúscula que las mujeres deben usar pinzas para poder cogerla, si es que de verdad son tu terreno, y aun así no te lo estoy echando en cara —le lancé una mirada rápida mientras mi voz salía suave, sin pausas.

Gruñó. No esperaba nada distinto de un animal como ese.

—Tus bromitas no van a salvarte ahora.

—Imagínate qué triste debe de ser vivir con una polla tan pequeña —me giré hacia Alex, que estaba detrás de mí—. Seguro que de ahí viene esa necesidad de querer demostrar todo el tiempo algo que nadie sabe qué es. Freud lo explica —me burlé y volví mi atención a la mesa.

Todos vestían de riguroso negro. Los abogados de la empresa, de los Smith y de mi padre hablaron largamente entre ellos hasta que nos concedieron su ilustre presencia.

Mi madre, mis hermanas, los miembros del consejo y el clan Smith ocupaban el gran salón; la mitad estaba sentada conmigo a la mesa, la otra se repartía por la estancia, murmurando, distrayéndose, conspirando... no sé qué hacían ni me importaba.

Amanda, por alguna razón, también estaba allí. Aunque un montón de gente se interponía entre nosotros, me di cuenta de que quería mantener el contacto visual. Solo en ese instante recordé que había estado en mi casa antes, pero cuando volví ya no estaba.

—Cof, cof —el señor Theodore Greeves, un hombre calvo, con el rostro corroído por los años y el carácter dudoso tras décadas de

trabajo, abogado de la empresa, tomó asiento en su silla y nos llamó.

Todos se agruparon alrededor de la mesa, sentándose o quedándose de pie, a la espera del veredicto.

—El difunto señor Smith acordó que el liderazgo de la empresa quedaba asegurado en el señor Gregory Mitchell, que mantenía buenos contactos dentro del gobierno y amistades sólidas en el mercado. Y la familia coincide en que la voluntad del difunto señor Smith debe prevalecer...

Mi madre lo celebró. En el momento equivocado.

—Sin embargo, el señor Mitchell propuso un desafío. Reconoció, sí, que su heredero tiene capacidad para dirigir Mitchell & Smith, siempre y cuando fuese capaz de presentar una relación sólida y duradera, siendo específico: un matrimonio. Y que este durara al menos un año. Como el testamento fue ratificado hace dos semanas, el señor Mitchell sabía que su heredero no estaba casado y no tenía conocimiento de ninguna relación seria que mantuviera el señor Héctor Mitchell entonces ni ahora.

Geoffrey soltó una risita que lo hizo parecer aún más ridículo.

—El consejo interno votó...

Geoffrey hinchó el pecho.

—Y estuvieron de acuerdo en que el señor Mitchell sí está preparado para dirigir la empresa.

El imbécil se encogió. Parecía el palito flácido que una vez nos mandó por error al grupo de WhatsApp del consejo.

En serio, si lo pierdo todo a manos de este idiota, no respondo de mí.

—¿Se siente usted capacitado para dirigir esta empresa, señor Mitchell? —Theodore me examinó por detrás de sus gafas de culo de botella.

—Nací capacitado —respondí.

Geoffrey imitó mis palabras con los labios y puso cara de retrasado.

Mirad bien a quién quiere mi padre poner al mando de la empresa... tiene que ser una broma.

—Díganos entonces, señor Mitchell, ¿cuándo nos presentará a la señora Mitchell, su futura esposa? —Theodore me miró con más seriedad que antes.

—Sí, Héctor, dinos cuándo tú, esa máquina de profanación y fornicación, vas a adaptarte a los estándares tradicionales, conservadores y monógamos para demostrar, así, que eres apto para cumplir los deseos de tu padre, dirigir la empresa y quedarte con la pasta —disparó Geoffrey contra mí.

Lo ignoré.

Amanda, que ya no se escondía entre el grupo de personas, me coqueteó. Me sostuvo la mirada con descaro y se insinuó mientras yo me preparaba para hablar ante los ilustres miembros de Mitchell & Smith.

—Señoras, señores —me levanté tras saludarlos—. He estado al lado de mi padre en los momentos más difíciles y decisivos de Mitchell & Smith. He podido aprender, descubrir y entrenar el liderazgo en múltiples ocasiones cuando él viajó a Europa, África y Oriente; he dirigido las finanzas de esta empresa y, junto al consejo —señalé a los responsables, que de inmediato se sintieron honrados de ser mencionados—, hemos más que triplicado nuestro patrimonio.

Geoffrey puso los ojos en blanco.

—Estamos en pleno siglo XXI, en la era de la información rápida, donde el mundo nos observa, aún más aquí, en el mundo libre. Todos tienen los ojos puestos en Mitchell & Smith, que hoy marca el estándar de calidad en energía, apostando cada vez más

por lo sostenible y llevando tecnología tanto a países del primer como del tercer mundo...

—Acorta el discursito, que todavía no eres el CEO —saltó Geoffrey, inmaduro como siempre.

—Agradezco la confianza en mí y les prometo que no voy a decepcionarles —cerré mi discurso y me senté.

Fui aplaudido. No por mi principal competidor.

—Sí, Héctor, corta el rollo. ¿Cuándo vas a presentarnos a la mujer? Sin mujer, no hay cargo ni dinero —disparó directo y grosero.

Amanda echó hacia atrás su melena rubia y se insinuó un poco más. En el peor momento posible.

—Perdónenme el retraso —la puerta de la sala se abrió.

Una mujer de un metro setenta, cabello castaño cobrizo ondulado caído hacia un lado y ojos grandes y llamativos entró. Un vestido negro ceñido realzaba sus curvas; llevaba un bolso de mano elegante y caminaba hacia la mesa como si fuera la mismísima profesora de etiqueta y porte.

Los que estaban de pie se apartaron para abrirle camino; su perfume de jazmín se apoderó del aire, secó la boca de todos y me la llenó de agua. Con cada paso hacía que las mujeres se encogieran y los hombres inflaran el pecho un poco más.

—Espero no haberles hecho esperar —se detuvo frente a la mesa y me sostuvo la mirada.

—No hemos esperado, amor. Has llegado justo a tiempo.

—Perfecto —sus tacones repiquetearon contra el suelo mientras avanzaba hacia mí, llenando con ese sonido todo el silencio provocado por la sorpresa general.

Nos encontramos al otro lado de la mesa; sus manos acariciaron mis hombros y bajaron hasta la corbata, apretándola con suavidad.

—Señoras y señores, tengo el honor y la satisfacción de presentarles esta pieza única, exclusiva y rara, hecha a medida y por encargo.

—¡Para! —me dio un golpecito en el pecho.

—Beatriz Rodríguez —pronuncié con gusto.

Miré a Geoffrey con la satisfacción de quien puede burlarse de su polla diminuta y de su derrota en una sola fracción de segundo.

Ah, qué deliciosa era esa sensación.

Llené la boca para poner la guinda al pastel:

—También conocida como «mi mujer».

Beatriz Rodríguez

Hace dos días.

Quería haber tenido más tiempo para decidir sobre la propuesta del señor Mitchell.

Pero cuando me di cuenta, lo único que tenía a mi alrededor era una amiga paralizada por el shock, el miedo a que hombres me siguieran los pasos y ningún hogar más allá de la habitación de un hotel de tres estrellas.

Llamé al señor Mitchell, que me atendió con mucha atención y enseguida me recibió en su apartamento de Long Island; uno de sus chóferes privados me llevó hasta allí.

—Has venido a cerrar el trato, eso espero —fueron sus primeras palabras cuando nos vimos.

Estaba impecablemente atractivo, solo con una camisa blanca de vestir que marcaba sus músculos y con ese aire de que cada minuto perdido conmigo era demasiado valioso, así que había que aprovecharlo.

No iba a hacerlo esperar.

—He venido a cerrar el trato —dije de una vez.

Con una sonrisa ladeada, el señor Mitchell me entregó una copa de cristal con bordes dorados.

Antes de que abriera el champán, lo interrumpí.

—Hay una condición más.

—Dímela.

—Necesito que proteja a una amiga mía... y a mí —me encogí de hombros.

—¿Protegerla? —se acercó, medido en sus pasos, no en su encanto.

Me rodeó, observándome de cerca.

—Juro que no fui yo quien empezó el problema, pero no vale la pena juzgar a la culpable, porque ella está... ella está... —empecé a perder la mirada en el vacío.

—¿Ella está qué? —su voz grave me sacó del trance.

—Muerta —me tapé la boca al decirlo.

El señor Mitchell se apoyó en el sofá negro y me miró con seriedad. Su mirada, tan dura y cerrada, me dejaba paralizada y, al mismo tiempo, extasiada, sin saber qué hacer más que devolverle la mirada y suplicar ayuda. Al darse cuenta de que estaba petrificada allí, de pie, extendió su mano, me sujetó con firmeza del brazo y me atrajo hacia él.

Quedé entre sus piernas, con la vista clavada en el suelo, reviviendo todo lo que había visto en el antiguo apartamento.

—Llegué a casa y ella estaba muerta... me dijo que había cogido algunas drogas para vender a unos clientes, pero luego Hillary y yo descubrimos que había cogido mucho más, no pudo pagar, también tomó otros tipos de droga, tampoco los vendió... entonces la mataron —me tapé la boca y empecé a sollozar.

El señor Mitchell rodeó mi cintura con una mano y con la otra me acarició la espalda, atrayéndome hacia él.

Su cuerpo grande, cálido y protector me tranquilizó de inmediato.

—Ellos creen que Hillary y yo estamos metidas en esto... pero nosotras...

—*Shhh* —me pidió, rozando con la nariz la manzana de mi rostro, que se encendió al instante; sentí cómo ardía.

—Van a buscarnos y matarnos... y no tenemos nada que ver con eso... no puedo volver al club, porque saben que allí pueden encontrarnos, tampoco regresar a aquella zona... ¡mi vida se ha acabado!

Sus dedos se aferraron con más fuerza a mi cuerpo y me quedé perdida entre el llanto y ese calor casi asfixiante. Estar pegada a aquel hombre me estaba dejando ardiendo, sin aliento.

—Voy a proteger a tu amiga y a ti —su voz grave murmuró al pie de mi oído. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Gracias —apoyé las manos en sus hombros.

—Pero necesito que asumas el papel de mi mujer de inmediato —ese nuevo susurro me dejó las piernas flojas.

—Estoy aquí para eso —me ofrecí sin dudar.

—Pero necesito más que teatro, Beatriz —oír aquel hombre pronunciar mi nombre me hizo girar los ojos e imaginar cosas...—. Hacer que este matrimonio de mentira funcione será difícil, sobre todo con miradas sedientas de mi riqueza encima de nosotros dos...

—Seré toda tuya —dije. ¿Tenía alguna elección?

—Entonces tienes mi palabra de que nada te ocurrirá a ti ni a tu amiga —sus dedos apretaron mi piel, pero después aflojó la presión y me permitió apartarme.

Me sentí confundida.

—¿No me deseas? —toqué su rostro—. ¿Ahora?

Mitchell me miró como si luchara consigo mismo. Aún no lograba descifrarlo ni entenderlo... parecía impenetrable. Un hombre fuerte, poderoso, sin duda lleno de secretos, que al mismo tiempo que me enloquecía me dejaba desconcertada. Sus dedos sobre mi

cuerpo decían una cosa, pero sus ojos tan serios e indiferentes eran un gran misterio.

—No. No ahora. Te mereces descansar y poner tus pensamientos en orden. Todo a su debido tiempo...

Asentí. Fue un gesto muy amable por su parte pensar un poco en mí en aquel momento.

—¿Cuándo nos casaremos? —pregunté.

—¿Cuándo estarás lista para casarte? —devolvió la pregunta, su voz grave tan cerca de mi oído que tuve que aferrarme a sus hombros para no perderme y dejar que mis piernas flaquearan.

—Cuando usted quiera —concluí.

—Eres muy buena con las respuestas —me evaluó; su mano pesada cubrió prácticamente el lado derecho de mi cara y sus dedos recorrieron hasta llegar a mi nuca—. Te conseguiré tu tarjeta de crédito ilimitada, tu libertad y todo lo que haga falta —dijo Mitchell como un auténtico hombre de negocios.

Bueno, yo no era una mujer de negocios. Era del tipo provocadora que había aprendido en pocos meses a volver locos a los hombres.

—Haré todo lo que usted quiera, señor Mitchell.

Héctor Mitchell

Dos días después.

Al entrar en el despacho del director ejecutivo —o sea, el CEO — de Mitchell & Smith, vi a Beatriz de espaldas. Estaba apoyada en el gran ventanal que mostraba el mundo civilizado allá afuera, lleno de colores, tecnología y transeúntes.

En el último piso de aquel edificio altísimo era realmente placentero contemplar el mundo desde arriba; todo parecía diminuto frente a lo que el imperio representaba.

—¿Es aquí donde vas a pasar tus días? —me preguntó con su voz dulce.

—Sí.

—Si hubiera sabido que era todo esto, habría exigido más. Sabía que era algo grande, pero viéndolo desde aquí, parece que mis pensamientos eran demasiado pequeños... —fingió un resoplido y luego giró apenas el rostro para mirarme—. Es broma, ¿vale?

Pegué mi cuerpo al suyo y acaricié sus brazos, después su vientre bajo, subiendo con cautela hasta sus pechos.

—Pídeme lo que quieras, señorita Rodríguez, estoy aquí para atenderte a la altura en la que he sido atendido.

Beatriz dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en mi pecho. Su trasero generoso empezó a ponerme duro, pues lo balanceaba suavemente contra mi entrepierna.

—Cuando llegue el momento adecuado quizá sepa qué pedir...

—¿Vas a hacerte la misteriosa? —murmuré en su oído.

Beatriz amagó con apartarse, entonces la sujeté con más firmeza. Mi palma subió un poco más allá de sus pechos y se cerró suavemente en torno a su barbilla.

—¿Qué están diciendo sobre la boda? —cambió de tema, sus ojos grandes y codiciosos, reflejados en el cristal, seguían a los coches nuevos que pasaban por la avenida.

—No me importa. Ahora estoy más concentrado en la luna de miel...

Beatriz rió y ronroneó, se movió con más fuerza, volviendo la situación imposible; rechiné los dientes por el dolor de la erección contra el pantalón ajustado y le agarré la cintura, apretando su culo grande para aliviar mis espasmos.

—¿Y qué has decidido sobre la luna de miel? —me provocó. Su voz cambió, sus ojos se cruzaron con los míos en el reflejo y dibujó una sonrisa de mujer de negocios.

—Podría empezar aquí —sugerí.

—Por mí perfecto —tiró el bolso sobre la silla y se giró hacia mí.

La levanté del suelo y la senté sobre la mesa principal, con las piernas abiertas, subiendo aquel maldito vestido ajustado hasta sus muslos gruesos.

Mi dedo, ávido de saciar parte del deseo, se deslizó contra la braguita de encaje y luego la arrancó de un tirón.

—Eres deliciosa —las palabras escaparon de mi boca.

Acaricié su carne rítmicamente, siguiendo los gestos de su rostro y aumentando el ritmo conforme Beatriz se iba perdiendo en el toque.

—No sabes cuánto he esperado por esto —confesé.

No nos habíamos sentado a definir los pormenores del acuerdo. Lo único que sabíamos era que yo tenía intereses y ella

también. Y para que aquello sobreviviera un año —malditos y deliciosos 365 días— tendríamos que follar. Mucho follar. Follar hasta quedar mínimamente saciados.

Y yo era insaciable.

Todo fue espontáneo y natural. Me entraron ganas porque ella me provocó.

Fue ella misma quien tiró de mí para besarme y se entregó en mi boca. Empezó tímida, curiosa, pero poco a poco se acostumbró a mi intensidad, a mis mordiscos en sus labios y a mi lengua colándose para acariciarla.

Cuando sentí que estaba menos tensa y más rendida, me agaché con los ojos fijos en su rostro, que mostraba total sorpresa, y le enseñé que la lengua podía dar cariño en otros lugares.

Beatriz se aferró con fuerza a la mesa, echó el cuerpo hacia atrás y abrió las piernas un poco más.

Hundí la cara y la boca entre sus muslos, empapándome de ese sabor delicioso con el que había soñado noche tras noche, provocado por su andar y sus movimientos sensuales.

Succioné su clítoris y lo chupé despacio, intensamente, arrancándole suspiros que no hacían más que crecer.

Mis manos apretaron sus muslos y la recosté sobre la mesa, dándole más comodidad, y le solté una palmada en el culo al girarla de lado.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Es un buen comienzo —respondió mimosa, justo como a mí me gustaba.

—Estás empapadita, Bia —mis dedos extendieron toda su humedad por la zona, aprovechando para excitarla aún más, volverla loca, en frenesí.

—Yo... yo... —intentó decir, pero se perdió con mi toque.

—Ahora tienes que dejarme mojado a mí también, así será más fácil —la provoqué.

Ella se giró despacio sobre la mesa y se topó de frente con mi polla ya dura, brillando, chorreando el líquido preseminal.

—Es grande... —examinó mi miembro y luego me miró.

—Por eso tienes que ser una buena chica y dejarlo bien mojado, para que entre fácil, deslice mejor y no te haga daño... —le acaricié la nuca y aproveché para acercarla con disimulo hacia mi erección.

Beatriz abrió mucho los ojos a medida que se acercaba. Al tener mi polla delante se quedó muda, sin saber qué hacer.

—¿Vas a decirme que nunca has visto una polla en tu vida? —bromeé y la balanceé, haciéndola reír, lo que pareció aliviar un poco la tensión.

—Pero es muy grande... va a doler de todas formas... —constató.

—Entonces será mejor dejarla bien mojada, nena —terminé de empujarla por fin hacia su premio.

Beatriz rozó la glande con sus labios rojos y abrió una pequeña rendija en la boca para besarla. Su lengua, curiosa, salió y con la punta probó la suavidad del inicio del miembro.

Le gustó. Se metió toda la glande en la boca y succionó sin parar, aumentando la fuerza de las chupadas, dejándome casi sin control en las piernas.

—Despacio —pedí y saqué la cabeza de mi polla de su boca húmeda.

—Lo siento... estoy un poco nerviosa... y ansiosa... —desvió la mirada.

—¿Por qué? —pregunté instintivamente.

—Porque... nada... solo lo estoy —creyó que podía esquivar el tema sujetando mi miembro y masturbándolo.

La detuve, aunque pareciera una buena idea.

—Dímelo —gruñí.

—Es que... bueno... no hemos tenido tiempo de hablar, pero...

—Te encanta dar vueltas, ¿eh? —le apreté la barbilla.

—Soy virgen —confesó.

Aquello aclaró muchas cosas y lo volvió todo mucho más interesante.

—¿Virgen? —me relamí los labios.

—¡No te burles de mí! —cruzó los brazos de inmediato y se sentó sobre la mesa.

—No me estoy burlando —rodeé su cintura y la atraje hacia mí, bajándola de la mesa.

Apreté su cuerpo contra el mueble y junté la punta de nuestras narices; era curioso verla «desde arriba» con el rostro inclinado hacia abajo.

—Es en serio... yo soy... —mordisqueó su labio inferior.

Deslicé mis dedos índice y corazón entre sus piernas.

—Está bien, te creo —traté de tranquilizarla—. No tienes por qué ponerte tensa ni preocuparte... ¿no quieres?

—Yo... yo...

—Estás hinchada, nena —soplé sobre sus labios—. Empapada, el corazón acelerado, las pupilas dilatadas... tu cuerpo sabe que lo desea, es tu mente la que te hace sentir perdida...

Asintió.

Se movió sobre mis dedos, se aferró con fuerza a mi pecho y empujó la cadera hacia abajo, como si así pudiera lograr que la penetrara. Pero no iba a ser así, no todavía.

—Despacio —volví a soplarle sobre los labios—. Despacio...

La levanté del suelo y la recosté de nuevo sobre la mesa. Le abrí las piernas y muslos y froté la glande hinchada, dolorida de lo dura que estaba, desesperada por su cuerpo, por follarla de una vez después de tantos días atrapado en su encanto...

Pero ella era virgen, joder. No merecía la brutalidad, no en ese momento.

—Enséñame cómo te tocas —le pedí.

Al principio se mostró confusa. Luego perdió un poco el miedo y empezó a acariciarse despacio, aumentando la intensidad conforme se excitaba más, hasta pegar la espalda contra la mesa y empezar a moverse.

Entre sus dedos ágiles y las mordidas que se daba en los labios como si quisiera arrancárselos, froté la cabezona de mi polla contra los suyos. En el frenesí de su deseo animal terminé penetrando superficialmente su carne hinchada y ansiosa, pero me contuve.

Me controlé todo lo que pude para dejarla cómoda y no la vi tensa en ningún momento.

Se retorció, gemía sin parar y, cuando estuvo a punto de correrse, aparté sus dedos y hundí la glande en su coño, en un vaivén rápido, mientras mi índice y corazón masajeaban con destreza su clítoris, pero sin llegar hasta el fondo.

Beatriz liberó su flujo y perdió el aire. Yo no dejé de empujar solo la glande dentro y fuera, hasta que llegó mi turno de estallar.

—Vístete, que tenemos un almuerzo familiar —saqué el pañuelo de mi traje para dárselo.

—Tú... tú no... —se mostró confundida, era evidente—. Gracias —susurró.

Tras verla limpiarse superficialmente, noté que aún había un poco de su líquido escurriéndose.

Hundí de nuevo la cara entre sus piernas y lo sorbí todo hasta el final; luego sujeté su cuello y subí por su cuerpo escultural para mirarla de frente.

—No tengas tanta prisa, Bia. Aún nos quedan 365 días.

Capítulo 6

Beatriz Rodríguez

Con el señor Mitchell fuera de la sala, me recompuse de la mejor manera que pude.

La parte interna de mis muslos hormigueaba. Las piernas me fallaban al dar algunos pasos.

Mi mente no conseguía pensar en otra cosa que no fuera ese deseo difícil de controlar, esa sensación deliciosa que mi cuerpo conservaba de haber sido acariciado, chupado y rozado en una primera penetración.

Volví a enfrentarme al mundo exterior, apoyé la mano en el cristal para mantenerme en pie y, aun intentando distraerme, me resultaba imposible librarme de la idea insensata de salir a buscarlo por los pasillos, por cada planta, y sentarme con fuerza sobre esa polla enorme.

—He perdido la cabeza —tuve que admitir.

Cogí el móvil para comprobar cómo estaba Hillary; solo así lograría distraerme.

Héctor Mitchell

—¡No habías dicho que tenías una prometida! —mi madre me miró de arriba abajo.

—La última vez que nos vimos no la tenía.

—Ah, entonces solo eran novios —buscó la respuesta más simple para dar por zanjado el asunto.

—Digamos que yo era espectador de ella.

—¿Espectador? —me evaluó con mirada clínica.

—Sí, espectador.

—¿Como un admirador?

—Exactamente, mamá.

—Oh, parece algo con lo que podemos lidiar —me dio una palmada en la espalda y siguió caminando—. Bueno, ya me estaba acostumbrando a la idea de que fuera Amanda, pero… en fin… Vamos, ¿dónde está la chica? ¡Tus hermanas ya se adelantaron y fueron al restaurante!

—Necesitó un momento para llamar a sus padres o algo así.

—¿Es mexicana? —su mirada se volvió severa.

—Brasileña, mamá.

Puso cara de vinagre. Pero sabía que, si confirmaba su idea de que Beatriz era mexicana, se infartaría o fingiría un infarto solo para dejar claro lo mala que era esa idea.

—¡Si tu padre no se muere y despierta, cuando despierte lo mato yo misma!

—¡Mamá!

—¡Voy a cambiarle la pastilla azul por veneno! —sacó el bolso y salió por la portería.

Beatriz llegó unos minutos después. Caminaba despacio, con pasos tímidos, pero el rostro erguido, los hombros hacia atrás, ese aire altivo de quien desfila.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Han ido delante, vamos —le ofrecí mi brazo.

Ella miró, volvió a mirar y lo repitió una tercera vez. Entonces pasé su brazo por el mío y la saqué de allí.

Beatriz Rodríguez

Hillary estaba bien. Bueno, si es que podemos decir que alguien que solo conseguía quedarse tumbada, viendo cualquier cosa en la tele y atiborrándose de chocolate para mantener la cordura está bien, entonces Hillary en realidad estaba de maravilla.

Hicimos una videollamada rápida y pude verla: sus ojeras, su mirada vacía, el miedo inminente ante el más mínimo soplo de viento golpeando la ventana.

Preferí colgar y concentrarme en mi papel allí: ser la mujer de Héctor Mitchell.

Fuimos a un restaurante de lujo en Manhattan y allí pude reencontrarme con la familia Mitchell, a quienes ya había visto en fotos y cuyos nombres había estudiado.

La más serena, de mirada tranquila y juvenil, era Laurel, la hermana pequeña de Héctor. La de expresión más severa y enérgica, que imitaba a la perfección el tono de la madre, era Rebecca, la hermana mayor, que no dejaba de dar órdenes a sus hijos para mantenerlos bajo control.

La señora Mitchell, aunque con rasgos duros y amargos, me miró con cierta amabilidad y creo que hasta esbozó una sonrisa al verme.

Los demás eran los hijos de Rebecca, su esposo, el novio de Laurel y dos hermanos de la señora Mitchell, un hombre y una mujer ya mayores y muy callados.

—Qué familia tan guapa —los elogié al sentarme junto a Héctor.

—Bueno, ha llegado el momento tan esperado. Familia, esta es mi mujer. Bia, esta es mi familia.

Saludé con la mano y primero los más jóvenes me devolvieron el saludo, luego Laurel, después la madre y Rebecca. De los dos mayores no estaba muy segura, pero casi que habría que llamar a urgencias, porque no parecían muy vivos.

—¿Cuándo os vais a casar? —preguntó Laurel, muy simpática.

—Avisaré cuando todo esté listo.

—¿Y qué sería que algo saliera mal? —Rebecca arqueó una ceja.

—Los preparativos… organizar una ceremonia pequeña y modesta… montar una boda puede ser lento y complicado. Bueno, nunca me he casado… —tuve que reír al final de la frase.

—No digas tonterías —la señora Mitchell carraspeó con el agua de su vaso—. Tenemos dinero, no tendrás que preocuparte de nada. Contrataremos a los mejores para organizar la boda del año.

—Ella dijo que quería algo sencillo y modesto, mamá —la reprendió Laurel.

—Pero somos los Mitchell. Nada es sencillo ni modesto para nosotros —replicó con severidad y volvió a dar un sorbo de agua.

—¿Dónde piensan pasar la luna de miel? —Laurel volvió a mirarme.

Me cayó bien; en las fotos ya se notaba que era simpática, pero en persona era casi un ángel en mi vida. Me hizo sentir menos tensa entre tantas caras largas.

—En nuestra mansión de los Hamptons —respondió Héctor de inmediato, y yo lo miré.

—¿No es demasiado pronto para…? —la señora Mitchell pareció incómoda.

—No, no lo es. La mansión es grande y Beatriz podrá conocer la playa, las casas de grandes artistas, quizá hasta se cruce con alguno de ellos…

La señora Mitchell no parecía muy contenta con la idea y yo no entendí por qué. De cualquier modo, seguí sonriendo y asentí con la cabeza a todo lo que Héctor decía.

—¿No viajaréis? —preguntó Laurel.

Los adolescentes celebraron cuando llegaron los entrantes: ensalada fresca con marisco. A los adultos les sirvieron vino blanco y a los más jóvenes, refrescos.

—No. Tengo mucho trabajo por delante, no voy a irme de aquí. Sé que Geoffrey no se dará por vencido, intentará algo, y necesito estar presente y preparado cuando lo haga.

—Nuestro padre ha perdido la cabeza… —Rebecca usó un tono fúnebre.

—No estoy de acuerdo —replicó Laurel, que desprendía una ligereza en el alma—. Creo que fue una petición genuina y desesperada para que Héc dejara de ser devorado por el mundo y volviera a la familia…

—Ay, Laurel, siempre tan romántica —la reprobó Rebecca.

—Por cierto, ¿cómo os conocisteis? —la señora Mitchell clavó la mirada en Héctor—. No recuerdo que lo hayas contado.

—No lo conté, nadie lo había preguntado.

—Pues te lo pregunto ahora. ¿Cómo os conocisteis?

—En un concierto.

—Ah, ¿a Beatriz le gusta el rock and roll? —la señora Mitchell pareció menos agria, lo cual significaba que no me miraba como si quisiera cortarme en pedazos con el cuchillo que tenía en la mano.

—No, mamá. La conocí en un club de striptease —aclaró Héctor.

La mujer escupió el agua en la cara de su nieta. La chica se levantó a toda prisa y salió corriendo hacia el baño.

—Debía de estar perdida, me imagino, y buscó ayuda en ese lugar insalubre.

Héctor se echó a reír.

—Mamá, Beatriz es la stripper más solicitada de las noches neoyorquinas.

Héctor Mitchell

Mi madre se puso aún más pálida de lo que ya era. Aunque el maquillaje de primera categoría intentaba imitar un leve rubor en sus mejillas, ni la calidad ni el precio exorbitante consiguieron impedir que perdiera el color.

—¿Una stripper? —me miró con frialdad.

—Si tengo que pasar tanto tiempo con alguien y voy a estar vigilado como si llevara un cinturón de castidad en las pelotas, ¿no sería mejor casarme con alguien que de verdad me interesa y eclipsa con facilidad a cualquier otra mujer?

—¿Una stripper? —fue el turno de Rebecca de preguntar, después del silencio incómodo que siguió a mi comentario.

—¿La riqueza de nuestra familia está en manos de una… stripper? —mi madre tragó en seco.

—Por eso es tan importante que la conozcáis, que la tratéis bien y convivamos en armonía. Al fin y al cabo, tendremos mucho tiempo para compartir.

—¡Héctor, es solo un año! ¡Un año! —Rebecca me reprendió —. ¡Podrías haber aceptado a cualquiera de las mujeres que mamá lleva años intentando endosarte! ¿Una stripper? ¡Amanda, pobrecilla! ¡Amanda!

—¿Quién es Amanda? —Beatriz me miró, confusa.

Yo sabía perfectamente por qué Rebecca decía aquello. Para ellas era mucho más cómodo creer que la mejor solución era mantenerme con alguien a quien sabían que podían controlar y que, además, intentaría controlarme a mí de todas las formas posibles.

Pero si iba a casarme —por segunda vez—, que fuera con alguien deslumbrante y sin ninguna conexión con mi familia.

Y, si era posible, que las dejara a todas con los pelos de punta y con la sensación de andar pisando huevos.

Bueno, encantado: esa era Beatriz.

—Una stripper con nombre. Beatriz. Mi mujer.

Todos cogieron sus copas de vino blanco y bebieron un sorbo. Mi madre entregó la suya a su nieto y, cuando llegó mi sobrina, le pasó directamente la botella.

—¡Tú y tu padre habéis perdido la cabeza y habéis decidido arruinar a esta familia! —gruñó mi madre.

—¡Mamá! —traté de advertirla, pero su temperamento era como un vendaval: cuando llegaba, resultaba imposible contenerlo.

—¡Tú y tu stripper lo vais a echar todo a perder!

—¿Están monetizando la palabra «stripper»? No dejan de repetirla —Laurel cogió la botella de las manos de Jessi y se sirvió otra copa—. Si es así: stripper, stripper, stripper, stripper y stripper. Ah, una más: stripper. Y ahora que ya hemos cumplido la cuota, mal que bien, Beatriz me parece una chica muy simpática y de buena índole.

—Y al menos no es mexicana —Rebecca frunció la nariz.

—Dios mío, ¿dónde está el muro que aquel hombre nos prometió? —murmuró mi madre, bajando la cabeza.

—¿Qué has dicho, mamá?

—He dicho que si esa es nuestra opción, no nos queda más que aceptarla. Podría ser peor, mucho peor —empezó a mirar a los demás comensales.

Sí, podría ser peor: como una inmigrante viviendo ilegalmente en el país.
O alguien perseguido por traficantes que habían asesinado a su

compañera de piso.
Pero no le iba a dar ese gusto.

—¿Y tu familia colombiana viene a la boda? —mi madre soltó la puya, como de costumbre.

—Brasileña —la corrigió Laurel.

—No lo sé… mis padres son de interior, nunca han viajado en avión… y un trayecto tan largo desde Brasil hasta Estados Unidos podría resultarles un poco traumático.

—Sin duda —asintió, pero con desdén—. Mejor que se queden en Argentina.

—Brasil —Laurel puso los ojos en blanco.

—Lo que sea —se limpió los labios con la servilleta—. De verdad esperaba que pudiéramos salir de esto fácilmente… pero tu hermano ha demostrado que ha perdido por completo la cabeza. Lo mejor sería entregárselo todo a Geoffrey de una vez y ahorrarnos la humillación.

Noté el malestar de Beatriz. Yo estaba acostumbrado a ese carácter desde niño, pero ella había caído de paracaídas en medio de aquella guerra.

Le cogí la mano que descansaba en su regazo y la apreté con dulzura. Ella me miró, algo triste y sorprendida por mi gesto inesperado, así que intenté poner mi expresión más alentadora. Quería mostrarle que estaba allí con ella y que todo saldría bien.

—Lo siento mucho —susurré.

—No pasa nada —me susurró de vuelta.

—Haz un esfuerzo al menos —mi madre volvió a reclamar nuestra atención, subiendo el tono. Esta vez se dirigió a Bia—. Toda una familia depende de ti. Recuérdalo día y noche. Y quizá así, por la misericordia de Dios, no destruyas esta familia.

—No permitiré que uses ese tono con mi mujer —gruñí.

—Es una puta.

—Stripper —la corregí—. Y ahora, mi mujer —fui tajante—. Respétala.

Mi madre apartó el rostro. Bia apretó mi mano por debajo de la mesa.

—De esta familia dependo yo, únicamente yo. Si hay exigencias, que recaigan sobre mí. No permitiré que vuelvan a usar ese tono con mi mujer, ni que intenten humillarla, denigrarla o burlarse de ella, ya sea delante de mí o a mis espaldas —repliqué con dureza.

Mi madre parecía tener la respuesta en la punta de la lengua y, ¿sabes qué? Yo también.

—Al final, todo pertenece a Geoffrey o a mí. Y como heredero absoluto, haré que la respeten, por las buenas o por las malas. Y espero que podamos vivir en armonía durante todo este tiempo.

Mi madre fingió no haber escuchado y empezó a charlar con Rebecca de cualquier cosa. Mis tíos siguieron con esa mirada vacía y los adolescentes se dedicaron a llamar la atención de su padre.

—De verdad te gusta, ¿verdad? —Laurel llamó mi atención.

—¿Y cómo llegaste a esa conclusión?

—Nunca habías plantado cara a mamá así —rió.

—Antes o después iba a tener que hacerlo. Y ha llegado el momento.

—Y todo se ha vuelto más fácil porque te gusta —insistió ella.

—Puedes apostar a que sí —respondí.

Capítulo 7

Beatriz Rodríguez

—¿Un qué, hija mía? ¿¡Un multimillonario!? —mi madre grita por teléfono.

Tengo que apartar el aparato de mi cara y cerrar los ojos para recuperarme del pitido agudo que me retumba en el oído.

—¿Cómo que llamas de un día para otro y dices que te vas a casar? ¿¡Y con un multimillonario!? —mi madre intenta bajar el tono, lo que en su caso significa que sigue hablando alto, solo que no con la boca pegada al auricular.

—Mamá, tranquila, es difícil de explicar —me masajeo las cejas con las yemas de los dedos.

—¿Qué ha pasado? —oigo la voz de mi padre de fondo.

—Beatriz se va a casar. Con un tal multimillonario —mi madre repite la información como si fuera un mantra.

—¿Es cantante de rancheras o qué? —mi padre arrastra las erres en las palabras.

—Héctor, mamá. Se llama Héctor Mitchell —intento corregirla.

—No es cantante de rancheras, es ese tal Michel —mi madre habla claramente con mi padre y luego vuelve a dirigirse a mí—. ¿En qué trabaja ese hombre? ¿Es un hombre de bien? Beatriz Rodríguez dos Santos, ¿en qué lío te has metido, hija mía? ¿Estás en problemas? —parece oler mis desgracias desde Minas.

—No, mamá, estoy bien, tranquila —miento y trago saliva—. Héctor es un gran empresario del sector energético, búscalo en Google, se llama Héctor Mitchell.

—¡Marcos, enciende el Google para mí! —mi madre llama a mi hermano—. ¡Un hombre que se llama Michel en estos tiempos no puede traer nada bueno!

—¿Encender el qué? —escucho la voz del adolescente al fondo.

—¡El Google, enciende el Google!

—El portátil, quiere decir —Marcos contesta con desgana.

—¡Ay, muchacho! ¡Enciende el Google! —oigo el ruido de una bofetada.

—¡Vale, mamá!

—Busca a un tal multimillonario, Héctor Michel —dice sofocada y resopla contra el auricular.

—Mitchell, mamá —la rectifico.

—«Mitîeu» —repite ella.

Espero en la línea, impaciente, mientras mi madre investiga sobre mi repentino prometido y vuelve a gritarme al oído:

—¿Pero qué hombre es este, Beatriz?

—El hombre con el que me voy a casar —respondo con una sonrisa en los labios y pasándome la lengua por ellos, como si pudiera verme.

Hay un breve silencio y luego escucho a mi madre pedirle a Marcos que haga clic en otras fotos.

—¡Dios mío, es guapísimo! —concluye.

—Sí que lo es.

—¡Y multimillonario! —dice exaltada.

—Vale, mamá, ya todo el mundo entendió que Héctor tiene mucho dinero. ¿Venís a la fiesta de la boda o no?

—¿Estás loca, hija mía? ¡Si casi no viajo ni en autobús, mucho menos en avión! —seguro que se persignó y miró la imagen de la Virgen en ese momento—. ¿Cuándo venís vosotros aquí?

—Uf, mamá, va a ser complicado… Héctor es un hombre muy ocupado —me escudo en las ocupaciones de él para no tener que decir en voz alta que vivo ilegalmente en el país y que, si voy a Brasil, será deportada, y nada más.

—¿Y cómo conociste a ese multimillonario?

—Héctor, mamá. Llámale Héctor.

—El Héctor multimillonario —repite, parece que se le atascó el disco duro y ahora no deja de repetir esa palabra—. ¿Cómo os conocisteis?

—Digamos que yo trabajaba en un sitio al que él solía ir. Y así nos conocimos y nos acercamos…

—¿Y cuándo va a ser esa tal fiesta de boda?

—La semana que viene.

—¿¡Ya!? —me grita al oído y mis tímpanos piden clemencia.

—Ya, sí. Te pido tu bendición, mamá.

—Me está pidiendo mi bendición para casarse con el multimillonario —mi madre se lo dice a mi padre, por lo visto.

Dios mío, ¿cuándo se acostumbrará al nombre del hombre y dejará de quedarse con el dinero? Aunque, claro, la culpa fue mía: empecé la llamada diciendo que tenía una sorpresa, que estaba prometida y que me iba a casar con un multimillonario … seguro que mi madre todavía está contando los ceros que hacen a alguien multimillonario.

—Tu padre ha dicho que lo aprueba. Pero él tiene que venir luego al interior de Minas, porque nosotros no vamos a ir a ese sitio vuestro. ¡No se puede ir en autobús! —concluye.

—Está bien, mamá.

—Te estás portando bien ahí en esas Américas del Norte, ¿verdad? ¿Todo va bien?

Miro de reojo a Hillary y veo a mi amiga pegada a la televisión, gimiendo ante cualquier sonido de llamada y balanceando el cuerpo hacia delante y hacia atrás lentamente. Se está recuperando de todo el shock, aún falta mucho para que vuelva a estar centrada, pero al menos ha dejado de desbordarse y ahora siente que está a salvo.

—Sí, mamá —miento—. Te quiero y quiero mucho a papá.

—Nosotros también te queremos.

Héctor Mitchell

La pantalla negra del móvil se encendió. Otro mensaje.

«Dime que todo esto no es más que una broma. No te vas a casar con una prostituta, ¿verdad, Héctor?»

Mi madre todavía no ha aceptado el hecho de que Beatriz es la mujer que elegí.

Desde nuestro último encuentro, hace cuatro días, ha estado plantando señoritas de la alta sociedad neoyorquina en mi edificio, en mi trabajo, incluso en los restaurantes que frecuento.

Las mujeres se insinúan, dejan claro que están muy interesadas y que podrían ser buenas candidatas para pasar 365 días casadas conmigo, o al menos hasta que mi padre despierte y se ría en mi cara.

Pero Beatriz no es una opción desechable. Hay algo especial en ella.

La tensión entre nosotros es genuina, una chispa que prende y arde dentro de mí, que me aparta por completo de mis obligaciones y me hace pensar que no estaría tan mal vivir con una sola persona durante tanto tiempo.

Una eternidad, en realidad; un año con una única mujer parece un suicidio. Pero ella hace que parezca que va a pasar volando.

Desde que éramos «buenos desconocidos» había algo especial entre los dos, solo que yo no sabía qué era.

Ella no se insinuaba, no juraba amor ni intentaba convencerme de nada. Solo cogía mi dinero, rara vez me dejaba tocar su cuerpo y me provocaba con la mirada, como si una noche

con ella valiera toda mi fortuna y aun así yo siguiera debiéndole unos cuantos millones.

—Necesito saber qué es lo que quieres —escucho una voz fuera de mi cabeza.

—Quiero follármela. Con mucha fuerza —sigo mirando al vacío.

Alex carraspea ruidosamente, incluso tose y abre los ojos como platos.

El cura, el organizador de la ceremonia y mi fiel escudero me observan entre la completa sorpresa y el juicio. El organizador me miró con calma, y eso hizo que me cayera aún mejor.

—Beatriz quiere una ceremonia sencilla, discreta, solo con mi familia y amigos íntimos —carraspeo y voy al grano todo lo posible.

—¿Serían cuántas personas?

—Cincuenta, como máximo —le doy la seriedad e importancia que merece ese detalle.

—Muy íntima, entonces —anota el hombre en una carpeta y empieza a hacer cálculos.

—Tu padre esperó mucho por esto —dice el padre Anselmo, dedicándome una sonrisa paternal y amable—. Anhelaba el día en que superarías a tus propios demonios, tu pasado trágico, y te abrirías de nuevo a un amor sano.

—Es stripper, padre —apoyo la mano en su hombro.

Si hay que decepcionar a un hombre de Dios, mejor hacerlo de inmediato.

—¿Una… una… una qué, hijo mío? —el cura se queda desconcertado.

Así, Alex y yo dejamos atrás a un organizador con su carpeta, ocupado haciendo cálculos de invitados, comida, espacio y demás, y

a un cura hablando solo —o posiblemente con Dios—, completamente pasmado.

—Eres excéntrico. Y me pregunto: ¿por qué no una secretaria de confianza? ¿Alguna de esas chicas que se arrastran detrás de ti desde las citas a ciegas? ¿Por qué no una mujer decente, de familia tradicional? ¿Por qué no Amanda? Hace años confiaste a tu hijo a ella, teníais un romance, hasta donde yo sé. ¿Por qué no ella?

—Porque ahora soy el dueño de este imperio —lo miro sin mostrar emoción—. Soy el jefe de mi familia y de la empresa —lo examino con la mirada, juzgándolo por cuestionar mis decisiones—. Y esa mujer me remueve por dentro.

—¿Te remueve?

—Intenta cubrirse con una malicia, una perversidad y una hipersexualidad que claramente no le pertenecen… ella… es pura…

—¿Pura? ¿Una stripper? ¿Una…?

—Hasta es virgen —murmuro.

Alex casi se cae. Un hombre adulto, de pie, sin nada detrás para hacerlo tropezar, y aun así tambaleó.

—No jodas —rió con desdén.

—Es única de tantas formas —crucé los brazos—. Es inocente…

—¿Inocente?! —no disimula el impacto.

—Inocente. Exactamente lo opuesto a todo lo que yo soy.

Capítulo 8

Beatriz Rodríguez

Recibí a los abogados de Héctor en el apartamento que él me había dado. Leí nuestro acuerdo varias veces y me tranquilizó mucho darme cuenta de que todas mis exigencias estaban aseguradas allí.

Él no imponía ninguna condición absurda y dejaba claro, bien subrayado, que me protegería por encima de todo y que no permitiría que sufriera abusos físicos, psicológicos ni de ningún otro tipo. Eso fue la guinda del pastel.

Me puse nerviosa, sí, el día en que lo vi avanzar sobre mi cuerpo.

Tener otras manos distintas de las suyas sobre ti puede resultar muy invasivo la primera vez, y me asusté.

Incluso en el «La Chica» había límites, y yo era la fantasía de todos aquellos hombres porque podía provocarlos, pero ellos nunca podían sobrepasar las fronteras establecidas.

Sabía que tarde o temprano tendría que perder mi virginidad «de verdad» o «de manera convencional/tradicional», pero, como toda buena chica de pueblo, esperaba que fuera especial.

En su despacho, encima de la mesa, no parecía nada especial. Pero me quedé jadeante, empapada; cuando lo vi apartarse casi le rogué que me tomara de una vez.

Pero me respetó, consiguió dominar su propio instinto, dar un paso atrás y me mostró que todo ocurriría a su debido tiempo.

Así fue como Héctor empezó a volverse especial.

Tenía miedo, sí, de casarme por contrato y acabar siendo abusada o quién sabe qué cosas horribles podrían pasar en una situación así.

Pero el contrato dejaba claro: sin abusos psicológicos, sexuales ni de ningún otro tipo.

Y dejaba, obviamente, también claro y subrayado que el sexo no era opcional. Como esposa de Héctor tenía que cumplir todas las funciones que se me asignaran, incluida esa.

Lo poco que conocía de él me dio confianza en que nada malo iba a suceder.

Firmé.

Dejé mi rúbrica, devolví una de las copias a sus abogados y recibí mi tarjeta ilimitada. La guardé en el bolso como si fuera una joya rara.

—¿No habría sido mejor casarte con Brown? —Hillary decidió soltar por fin su inquietud.

Me di cuenta de que llevaba tiempo guardándoselo, que quería preguntármelo desde hacía rato, así que la dejé hablar sin presión.

—¿Por qué me preguntas eso? —retruqué.

—No es un hombre tan refinado como Héctor, pero podría habernos protegido. Y ya lo conocíamos, sabíamos de su carácter... tenías la certeza de que con él no habría abusos, solo tendrías que darle un hijo...

—No sé si quiero tener hijos —crucé los brazos—. No sé si estoy preparada para ser madre —fruncí la nariz.

—Pero, amiga, ¡ese era el precio de tu *green card*!

—Me pareció mucho más tentadora la propuesta de un año de casada con una tarjeta sin límites y otros caprichos —confesé.

En realidad, era mucho más que eso. Héctor era guapo, tenía ese aire de hombre moderno, de gran ciudad, empresario de éxito y jefe de miles de personas. Y, al mismo tiempo, parecía conservar un punto bruto, salvaje e indomable como un hombre del campo.

Me daba escalofríos. Me dejaba despierta por las noches pensando en lo bueno que sería superar mis miedos y entregarme...

—Pero Brown...

—Hillary, empiezo a pensar que la interesada en Brown eres tú.

Hill gira la cara y finge que ni le he hablado, se queda absorta en su serie de asesinatos.

—¿Después de tu boda nos iremos a vivir a los Hamptons? —me pregunta minutos después, como si ya hubiera olvidado las últimas partes de la conversación.

—Sí, tiene una mansión de lujo allí. Y tú te vas a portar bien, ¿eh? Nada de hacerte la loca.

—Dios mío, qué disparate... un día estábamos en Brooklyn compartiendo piso y ahora vamos a ser vecinas de celebridades...

—Pues sí... un día estábamos las tres, juntas, trabajando en un club nocturno y no sé en qué momento todo se torció —me incorporé en el sofá.

—Clair necesitaba dinero... empezó a meterse en cosas turbias... —dijo Hillary con un tono infantil, incluso encogiéndose—. ¿Tú crees que siguen detrás de nosotras? ¿Será que aún corremos peligro? Cuando saliste a ver al señor Mitchell, ¿sentiste que alguien te seguía? —soltó las preguntas una tras otra.

—Fui escoltada por guardaespaldas, no tuve ni tiempo de fijarme en la gente a mi alrededor.

—¿Y lo de la boda? —decidió cambiar bruscamente de tema —. ¿Estás ilusionada?

Ilusionada no era exactamente la palabra... pero sí me sentía más segura con todo. Casándome con Héctor dejaría de estar en situación ilegal. Tendría dinero para disfrutar de la vida en Estados Unidos y estaría completamente protegida y a salvo. Me sentía en paz, o al menos, en proceso de estarlo.

Oí el sonido de un nuevo mensaje en el móvil y lo cogí para mirar.

Era Héctor.

«Me han informado de que todo está listo para la fiesta de boda. En cuanto quieras revisar los detalles y ver si te parece bien, avísame. Quiero verte.»

—¿Es tu dueño? —provocó Hillary.

—Él no es mi dueño —retruqué.

—Te hace firmar un contrato y todo. Seguro que ha puesto exigencias rarísimas.

Lo peor es que no. Y eso me tenía completamente intrigada.

«Cuando quieras, solo ven a buscarme», le envié.

«Ya voy de camino», recibí como respuesta.

—Pues eso. Esposas, látigos, mordazas, que te cuelguen... esas cosas que los hombres poderosos quieren con chicas vírgenes —dije.

—Lo sé, he visto Cincuenta sombras de Grey, tía —concluyó Hillary, pegada de nuevo a la tele.

Héctor Mitchell

Pongamos las verdades sobre la mesa. Beatriz era deslumbrante enfundada en látex y máscara, con ese aire de no tener pudores y estar dispuesta a todo.

Pero con chaqueta de cuero y vaqueros me dejaba sin aliento.

El rostro tan sereno, la mirada que escondía una leve sonrisa, la manera dulce y educada con la que se comportaba delante de mí como si aún fuéramos dos buenos desconocidos y estuviéramos en un flirteo eterno... no necesitaba mucho más.

Después de años de locuras, gente y actos artificiales, lo único que quería era algo real.

Y Beatriz era justo el tipo de persona real que llevaba mucho tiempo buscando.

—¿Un sitio para cincuenta invitados, habías dicho? —su voz eclipsó incluso a John Legend.

Parpadeé varias veces y redoblé mi atención en el tráfico.

—Exactamente como sugeriste —encontré sus ojos y esbocé un intento de sonrisa; debí de fracasar estrepitosamente. No era un gesto natural en mí, así que forzar una sonrisa solo conseguía endurecer aún más mi cara y dejarme con un aire más serio.

De un modo extraño, aun así, ella lo percibió, o al menos yo creo que lo percibió, que lo intenté, por lo menos.

—Gracias —sus mejillas se elevaron y se tiñeron de rubor.

—Hagamos de esto algo sencillo para los dos —las palabras me salieron completamente formales.

Llegamos al lugar donde debía celebrarse la fiesta, pero enseguida me informaron de que la dirección se había cambiado a otro salón de eventos.

Molesto y con ganas de gritarle a Alex, le pedí a Bia que llamara sin parar hasta que contestara. No hubo respuesta.

—Quizá pasó algo... una fuga, un problema... —trató de justificar el error de los demás para calmarme.

—Yo lo llamo incompetencia —tuve que puntualizar—. ¿Cómo fue la conversación con tu familia?

Beatriz pareció levemente tensa. Empezó a apretar los dedos y a mirar de un lado a otro.

—Están ilusionados, pero no podrán venir —se giró bruscamente hacia mí—. Pero quieren conocerte, preguntaron cuándo irás...

—Encontraré la forma de ir a ver los negocios en Brasil y los visitaré —mis palabras no parecieron aliviarla—. ¿Ha pasado algo? ¿Tu amiga está bien?

—Está bien, de verdad. Todo está bien.

—Pareces un poco... alterada —no conseguí encontrar una palabra mejor.

—Impresión tuya.

No tardamos en llegar al nuevo salón. Ya en el aparcamiento me dieron ganas de darme de cabezazos contra el volante de la rabia por aquel cambio inesperado. ¿Alex me había asegurado esa misma mañana que todo estaba listo y ahora lo habían cambiado deprisa y corriendo?

—En el contrato —Bia captó mi atención—. Se hablaba de que no habría abusos, de ningún tipo...

Me quité el cinturón de seguridad y me giré hacia ella, para prestarle toda mi atención.

—Sí.

—Y no especificaba cuándo o cómo tendríamos que... ya sabes...

—Ajá.

—Entonces, ¿cómo va a ser?

—¿Cómo va a ser qué? —arqueé una ceja.

—Dijiste que habría sexo salvaje o algo así. Y en el contrato no se especificaba cuándo estaría obligada a acostarme contigo...

—Porque no tienes por qué estar obligada —concluí.

—Entonces... bueno... ¿cuándo lo vamos a hacer? —desvió el rostro hacia la ventana.

—Cuando tú quieras hacerlo —concluí, me parecía bastante obvio.

—Y... bueno... hum, ¿y tú? ¿Cuándo vas a querer hacerlo?

—Quiero hacerlo desde la primera vez que te vi, hace tres meses.

Ahora sí se sonrojó. De verdad.

—Debo confesar que me sorprendió. Pensé que... ya sabes... por las pelis y los libros encontraría un contrato pormenorizado, lleno de detalles sobre esposas, azotes, que me colgaran, con los ojos vendados... —se encogió—. Esas cosas...

—¿Y querías que esas cosas estuvieran en el contrato? —retruqué.

Beatriz abrió la boca para hablar, pero prefirió callarse. Se hundió en el respaldo y miró hacia el lado opuesto.

Yo, por mi parte, busqué el otro lado de su rostro y la atraje de nuevo hacia mí, para que nos encaráramos.

—La vida es como un juego de cartas —le expliqué—. Todas las cartas están sobre la mesa. O en las manos de los jugadores. Y ellos juegan como les conviene.

Beatriz Rodríguez

Era difícil sostener la mirada de Héctor.

Fuera del personaje yo era mucho más sosa y pequeña de lo que me gustaría.

Simplemente me volvía tímida, rígida, no sabía bien qué decir ni cómo actuar... necesitaba controlar eso con urgencia. Insinuarme con ese «otro yo» que había creado en mi cabeza y que había podido ejercitar en el La Chica era pan comido.

Pero incluso cuando buscaba a Sabrina dentro de mí, con Héctor resultaba complicado.

Y él seguía ahí, serio, analítico, concentrado. Los ojos fijos en los míos, siguiendo cada gesto de mi rostro, su respiración parecía querer robar la mía y sus palabras me dejaban medio aturdida.

—¿Y qué es lo conveniente para ti? —pregunté.

Joder, casi un minuto para formular una pregunta y voy y suelto la maldita obviedad.

La mano de Héctor se cerró en forma de cuenco sobre mi rostro y me acarició lentamente. Cerré los ojos, atrapada en aquel contacto que empezaba dulce y enseguida se volvía intenso, como el estallido de una explosión.

—Ya he visto a Sabrina algunas veces —dijo—. Me resultaría conveniente ver a Beatriz, a mi mujer, y vivir bien con ella durante un año. Tengo todas las cartas en mi mano, bebé. Así que todas las posibilidades están sobre la mesa. A menos que quieras poner restricciones, te adelanto que mi juego es sin límites.

El escalofrío fue real. Recorrió toda mi columna.

La mano firme de Héctor me atrajo y yo fui, ciega, hacia él. Sentí su aroma fresco colarse en mis fosas nasales y casi temblé cuando sus labios se encontraron con los míos. Intenté sujetarle el rostro, pero de inmediato atrapó mi mano contra el asiento junto con mi cuerpo.

Héctor Mitchell

Beatriz dio un salto en el asiento, yo solo giré el rostro con toda la calma del mundo.

Alex golpeaba frenéticamente el cristal del coche, con los ojos desorbitados, ya anticipando la carta de despido.

Cuando nuestras miradas se cruzaron dejó de golpear la ventanilla y se apartó. Bajé el vidrio sin prisa y esperé sus palabras.

—¡No me despida! —fue lo primero que salió de su boca.

—¿Eso es una súplica o una orden? —retruqué.

—¿Que no me despida...? —intentó cambiar el tono.

—¡Suéltalo ya, Alex! —estuve a punto de golpear el volante.

—Fue su madre, es obvio.

Beatriz y yo nos miramos. Después volvimos la vista hacia Alex, que dio unos pasos hacia atrás y susurró, desde lejos:

—Quiere una boda faraónica.

Beatriz Rodríguez

—¡Mama! —rugió Héctor tan fuerte que se me erizó toda la piel.

Su voz retumbó en aquel salón faraónico, de proporciones sorprendentes y adornado con piezas de oro, finos cristales y joyas raras.

Mientras seguía a Héctor, boquiabierta por el lugar, vi a la señora Mitchell coordinando a dos decenas de personas, indicando dónde debían colocarse los arreglos florales cuando llegaran y reorganizando la posición de las sillas.

En serio, con lo poco que había caminado ya había visto al menos unos cuatrocientos asientos.

—¿Qué está pasando? —inquirió Héctor.

—Preparativos de una boda —respondió su madre con sequedad, sin ni siquiera mirarlo.

—De mi boda —replicó él.

Ella guardó silencio, siguió señalando a los ayudantes cómo quería la ornamentación.

—¿«Cincuenta invitados»? —se burló—. Cincuenta invitados es lo que necesita mi hermana.

—Usted no tiene derecho —Héctor respiró hondo y se mantuvo firme.

—¿Que no tengo? —se giró despacio. Una mirada fuerte, tan firme como la de él, sin miedo a plantarle cara—. El dinero es mío.

—Mío —la corrigió de inmediato.

—Tuyo. Hasta que la prostituta traiga el caos a esta familia y le entregue todo a Geoffrey en bandeja de plata. Piensa en ello de esta manera, Héctor: esta es nuestra despedida del maravilloso mundo de los poderosos en el que estamos metidos. Vamos a gastar al menos un 10% de todo el dinero. Después no lo volveremos a ver.

—El dinero no es suyo para decidir eso —se mantuvo firme y sereno, su postura era envidiable.

Y yo allí, la «prostituta», entre una mujer que tenía todo el derecho de ver cómo su fortuna se le escapaba de las manos hacia la incertidumbre de un matrimonio concertado, y mi defensor.

Jamás imaginé que alguien me defendería así.

—Héctor, vas a arrepentirte amargamente de esto. No dudo de tus cualidades para dirigir la empresa, pero ¿casarte con una ramera? ¿Una... una... cualquiera?

Abrí los ojos de par en par.

—Stripper —dijo Héctor con tanta calma que hasta a mí me sorprendió—. Mi mujer.

—Tu mujer no tiene familia, debe de ser una desdichada de la calle, por eso quieres humillar a nuestra familia y exigir que solo haya «cincuenta invitados». ¿No podré disfrutar de la fortuna de mi marido? ¿Al menos una última vez? —la mujer seguía afilada como un cuchillo.

Héctor se giró hacia mí.

¿Quieres saber la verdad? Lo tenía en la punta de la lengua.

«Héctor, esto es un error, tu madre tiene razón. No deberías confiar en una completa desconocida que puede hacer desaparecer tu fortuna. Elige a otra, alguien de buena familia, cásate con ella. Cualquier mujer se sentiría honrada de ser tuya, y yo no merezco ese privilegio. Por favor, acepta mi ruptura del contrato y no me castigues. Solo déjame ir...»

—Mira a tu alrededor —sus palabras, al llegar a mis oídos, me hicieron olvidar todo lo que bullía en mi cabeza.

Caminó a mi alrededor, el carísimo traje rozando mi barata chaqueta negra. Sus ojos claros, con una calma envidiable. Y yo allí, una tonta, en medio de aquella guerra familiar sin saber qué hacer más allá de buscar buenas excusas para marcharme.

—¿Es esta la boda que quieres? —murmuró.

El salón era precioso. Debía de haber costado un dineral.

Las mesas, las sillas, la platería y la decoración... jarrones, estatuas, incluso los arreglos de flores artificiales como «prueba de color» debían valer más que todo lo que yo tenía en mi cuenta —y eso que acababa de recibir medio millón.

Era el sueño de cualquier mujer.

Pero no el mío. No en aquellas circunstancias.

Si se tratara de una boda con amor verdadero, con conexión y complicidad, lo aceptaría. ¡No sería tan loca como para negarlo!

Pero tenía que admitir que la señora Mitchell tenía razón en algo: yo era la desconocida, la intrusa, las tijeras que fácilmente podían cortar el hilo de todo aquel tapiz.

—¿Cómo sabes que no la contrató Geoffrey para destruirte? ¿Cómo puedes ser tan estúpido como para permitir que una mujer tenga dominio sobre ti? —rugió furiosa a sus espaldas.

Pude oír su voz. No pude verla.

Héctor se colocó delante de mí y me cubrió. Sujetó mi rostro con ambas manos y levantó mi mirada hacia la suya.

Me miró con esa imponencia, exhalando toda la masculinidad que tenía solo en la mirada. Tuve que morderme el labio.

Y el gesto no fue lo bastante sutil. Su pulgar descendió hasta mis labios y los presionó como si quisiera entrar en mi boca. Yo lo habría permitido.

—¿Es esta la boda que quieres? —repitió.

—No creo que necesite una boda —me costó horrores poder decirlo, apenas me salía el aire—. Es un matrimonio concertado y no quiero sacarle más dinero a tu familia...

—Sabes que de algún modo será también tu dinero —murmuró.

Aclaremos algo. Que los hombres te lancen billetes de cien dólares por verte mover el cuerpo da una sensación casi orgásmica, porque te hace sentir valorada.

Pero ver que un hombre te pone por encima de su propia fortuna y te trata como a un ser humano... eso sí... eso me removió por dentro.

—Creo que deberías elegir a otra... —intenté decir. Que conste que lo intenté.

Héctor presionó su pulgar contra mis labios e impidió que siguiera hablando.

Su rostro, el marco y el cuadro más bellos que había visto en mi vida, se acercó. Su boca tomó la mía sin permiso y si antes estaba sin aliento, ahora ya ni sentía el suelo bajo los pies.

Me puse de puntillas y casi me desmayé al notar esa manaza agarrarme de la nuca y arrastrarme contra su cuerpo musculoso, cálido y acogedor.

Me quedaría atrapada en ese abrazo una eternidad o dos, si pudiera.

Tan aturdida, tan confusa, tan perdida en mis pensamientos estaba que, cuando aquel beso intenso y lento terminó, yo todavía seguía el hilo mental.

—...a otra mujer... —solté, intentando recomponerme. Era difícil.

—¡Héctor, tú no...! —estalló su madre.

—Dime lo que quieres —exigió él, ronco, con los ojos serios y un aire casi hosco al mirarme.

¿Yo quiero a ti? ¿Qué diría en una ocasión así? «¿Tómame por completo, llámame tuya y hazme olvidar a qué hemos venido aquí?»

—Creo que tendremos mucho que celebrar cuando la fortuna sea definitivamente tuya, sin preocupaciones ni contratiempos... cuando yo ya no sea un peligro para ti, tu familia y tu dinero —fue mi respuesta.

—Eres el tipo de peligro que me empeño en enfrentar, señorita Rodríguez.

Me sentí halagada. Y encendida.

—No habrá fiesta —anunció Héctor en voz alta.

Todos los que trabajaban allí se detuvieron de inmediato.

—No tienes derecho a hacerme esto. ¡A ti mismo, Héctor! —dijo su madre enfurecida—. Mírate. ¡Mírala a ella! ¿No lo ves? ¿No lo tienes escrito en la cara, Héctor?

Él se giró hacia mí y entornó los ojos. Si antes creía que me estaba analizando, ahora aprendí lo que era ser observada.

Los ojos grisáceos de Héctor recorrieron todo mi cuerpo, desde los pies enfundados en botas negras hasta el pelo recogido en una coleta desordenada. Estaba lejos de ser la mujer ideal, el estándar refinado que cualquiera podría esperar.

Aparte de eso, aprovechada era algo que estaba muy lejos de ser.

En silencio, Héctor se volvió hacia su madre y la encaró con esa expresión de quien está en control y no necesita exaltarse, porque sabe perfectamente lo que hace.

—Eres ciego, como tu padre —bramó ella—. Haré todo, absolutamente todo, para impedir esta boda.

—Sé que lo harás —le respondió con una calma inusual.

—Muy bien, ¡entonces prepárate!

—Ya me he preparado —Héctor elevó el tono de voz para captar su atención, justo cuando ella le daba la espalda.

Ella se giró con calma y lo encaró, como si estuviera lista para escupir su última amenaza.

Antes de que lo hiciera, su voz la sobrepasó:

—Por eso Bia y yo ya nos casamos, hace unos días.

La desarmó de un modo que ella no esperaba.

Yo había guardado esa información, no se la conté a mis padres ni siquiera a Hillary porque él me lo pidió. Pero ahora, por lo visto, ya era de dominio público.

—No hay nada más que hacer, salvo elegir un bando en el que quedarse —Héctor caminó con calma hacia la mujer incrédula, asustada, completamente impotente ante el hecho.

—Has destruido esta familia, Héctor —fue tajante.

—Beatriz ahora forma parte de la familia —a diferencia de ella, Héctor no se alteró. Mantuvo el tono equilibrado y la mirada serena, incluso al confrontarla—. Y actuando de esta forma, eres tú quien está destruyendo la familia.

La réplica no llegó. La mujer simplemente se marchó de allí, furiosa, dejando un rastro amargo tras de sí.

—Gracias —fue todo lo que logré decir cuando él se colocó a mi lado.

Sentí su mano en mi cintura, atrayéndome contra su cuerpo grande y cálido. Incliné la cabeza lo suficiente para escuchar su corazón latir a toda velocidad.

—No me lo agradezcas. Te prometí que iba a protegerte de cualquier cosa. Y de cualquier persona. Solo estoy cumpliendo mi parte de este contrato.

Capítulo 9

Héctor Mitchell

—Tu madre me llamó anoche, muy tarde —me informa Amanda.

Lleva un vestido negro muy ceñido al cuerpo, adornado con pedrería que baja desde el hombro izquierdo hasta la cintura del lado derecho, como una banda. Aunque lleve gafas de sol, sé que sus ojos verdes me espían y dejan ver una inquietud que no logra contener.

—Espero que no la haya molestado —soy parco con las palabras mientras reviso mi lista de tareas en la tableta.

Apenas he asumido el mando de la empresa y ya tengo reunión con la gente del gobierno.

—Ella nunca molesta... solo está preocupada —su mano se posa en mi brazo.

Sigo repasando toda la información que necesito en el dispositivo y alzo una ceja al notar que he terminado de organizar mi día y ella aún no me ha soltado.

—Mi madre siempre está preocupada. Y si hablamos de dinero, digamos que debe de estar entre la histeria completa y el desmayo.

—Te quiere, Héctor, y quiere preservar a tu familia.

—Lo sé.

—Si lo sabes, ¿por qué te casaste con esa mujer sin avisar? Sabes el impacto que eso tiene en la vida de todos los...

—Amanda —su nombre salió de mi boca y noté cómo se estremecía y me miraba como una perrita perdida. No encajaba con su estilo; Amanda solía ser fatal, extremadamente segura y sexy, siempre lograba desconcertarme con su escote y me envolvió un tiempo con sus insinuaciones. Pero ahora... ahora no era más que eso. Un alzar de cejas—. Pensé que me habías pedido vernos por Anthony.

—¡Es por Anthony! —ratificó.

Respiré aliviado, imaginando que no había perdido el tiempo.

—¿Cómo que pretendes presentarle a la chica?

—Es mi hijo.

—Héctor, es un matrimonio de fachada. Con fecha de caducidad.

—¿Qué quieres decir?

—Anthony no necesita ser engañado ahora, justo ahora que estaba mejorando. Ha evolucionado, está menos deprimido, menos dependiente de la medicación... estaba reaccionando bien a todo hasta que descubrió, no sé cómo, que ibas a casarte otra vez y...

—¿Y? —la palabra se me escapó como un soplo.

—Perdió el control. Está muy mal. Se ha enfermado. Y no quiero ser yo quien le dé la noticia de que ya te has casado y estás intentando sustituir a su madre...

—Nadie sustituirá a Serena —gruñí, incapaz de contener mi furia—. Ella fue única —lo dije más para mí mismo que para ser escuchado—. Beatriz no se casó conmigo para ocupar el lugar de nadie, sino para ser mi mujer.

Amanda era pésima disimulando. Incluso con las gafas oscuras seguí el movimiento de sus ojos llenos de desprecio. Sonreí por dentro, me humedecí los labios y entregué la tableta a Alex.

Solo en ese momento me di cuenta de que el coche ya se había detenido, y no era por el tráfico. Ya estábamos en Mitchell & Smith.

—Tu madre dijo que había mujeres más aptas para el papel —Amanda no perdió la oportunidad y lo soltó justo cuando yo salía del coche.

Asomé la cabeza dentro del vehículo y la miré directamente a los ojos.

—La elegí a ella entre todas las que estaban aptas.

—Pero ella...

—Amanda —volví a llamarla, sin alterar el tono de voz, y vi cómo se estremecía—. Tu papel es preparar y cuidar de mi hijo. Si no te sientes apta, estás despedida.

—¡Estoy apta! —contestó de inmediato, claramente ofendida.

Ofendida, por supuesto. No por haber puesto en duda su capacidad, eso estaba claro.

—Entonces prepara a Anthony. Va a conocer a Beatriz.

Beatriz Rodríguez

—¿Qué hace la mujer de un multimillonario? —Hillary se rascó los labios con la cuchara con la que comía helado.

—¿Qué hace la mujer de un hombre? —le devolví la pregunta con buen humor.

—¿No te dio instrucciones?

—Claro que me dio instrucciones —me apoyé en la encimera. De inmediato recordé nuestra conversación.

Héctor me entregó una tableta a través de la cual mantendríamos contacto y recibiría todas las órdenes necesarias para el día a día. Cuando y dónde almorzaríamos, reuniones, eventos y fiestas en las que debía estar presente, e incluso situaciones en las que tenía que acudir a la empresa para dar imagen y aparecer frente a los abogados, demostrando que estábamos juntos y todo iba bien.

—¿Y en medio de ese guion, cuando tendrán tiempo solo para ustedes? —se metió una generosa cucharada de helado de vainilla en la boca.

—Hum... bueno, esa información no está en el «guion». Es solo un contrato. Soy como una actriz, una *escort*, con citas programadas durante un año.

—Vale, ¿y cuándo folláis? —Hillary se echó a reír.

Cerré el bote de helado y la reprendí con la mirada.

—Cuando él quiera —intenté dar la respuesta más segura.

—¿Y cuando tú quieras?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me quedé paralizada con esa pregunta. ¿Y cuando yo quisiera? ¿Tenía la libertad de ir a por él? ¿De saciar mis deseos?

—Yo... bueno, yo...

—No puedes acostarte con otros tíos, ¿verdad? —Hillary hizo una pausa—. Como si tú te acostaras... —se echó a reír a carcajadas.

Me dieron ganas de coger el bote de helado y lanzárselo.

—Y él tampoco puede con otras mujeres. Pero Héctor es un hombre muy codiciado, rodeado de mujeres de alta sociedad como buitres... ¿y si pasa? ¿Y si él...?

—Si rompe el contrato, lo pierde todo —un sabor amargo me subió a la boca.

Solo pensarlo ya era horrible por varios motivos.

Primero, porque sentiría que había fallado en algo, aunque hasta entonces, en todo lo que había leído con cuidado, no estaba obligada al sexo. Como el propio Héctor dijo, ese asunto era como «tener todas las cartas en la manga».

Segundo, porque si él lo perdía todo yo estaría jodida en una escala Richter difícil de medir. Me meterían en la cárcel, me deportarían o vete a saber qué más podría pasar a estas alturas.

—Y dime, ¿por qué demonios te casaste en secreto y no me lo contaste?

—Porque hicimos un trato. Héctor me protegería de todo a partir de ahora y yo sería la mujer que él necesitaba.

—¿Y te sientes protegida?

—Bueno, hay cuatro hombres en el pasillo. Otros cuatro abajo. Sin contar a los que ni siquiera he identificado —tuve que encogerme de hombros—. ¿Y tú? ¿Estás mejor? ¿También te sientes segura, Hill?

—Sí, lo estoy... —abrió el bote de helado y se metió otra cucharada—. Y, cielo santo, ¡qué bueno está comer, amiga!

Reímos juntas y seguí preparando mi café.

—Pero, ¿y respecto a él...? —la voz de Hillary me robó la atención, aunque no dejé de preparar mi desayuno.

—¿Qué pasa con él?

—¿Estás siendo la mujer que él necesitaba?

Héctor Mitchell

—... Algunos ingenieros de Xi'an, Pekín y Shanghái vendrán el próximo fin de semana para mostrar los resultados de nuestras investigaciones aplicadas allí en China —Douggie, el jefe del departamento de Relaciones Públicas, terminó de darme la noticia mientras volvíamos de una reunión con los hombres del gobierno—. El preinforme parece muy satisfactorio, deberías estar contento —sentí la palma de su mano golpearme la espalda.

—Lo estoy, gracias, Douggie.

Nos despedimos antes incluso de llegar al ascensor. Saco la tableta que había cargado conmigo todo el día solo para ver si tenía noticias de ella. Ninguna notificación.

¿Debería ponerme en contacto? ¿Visitarla? ¿Comprobar que todo estuviera bien y en orden?

Sabía que había almorzado con representantes de los centros benéficos a los que hacíamos donaciones, pero después de eso no tuve más noticias de Beatriz.

Ni siquiera el jefe de seguridad me había actualizado. Su último informe era de las cinco de la tarde y ya eran las siete.

—¿Todo en orden por aquí? —pregunté a Mike, el recepcionista de mi planta, cuando pasé junto a él.

—Todo en orden, jefe.

—Mike, si ya has terminado, puedes irte a casa.

—Gracias, señor. ¡Hasta mañana!

Conté los pasos hasta llegar a la puerta de mi despacho. Aproveché para observar los marcos con fotos de mi padre junto a expresidentes de los Estados Unidos, con otros gobernantes de

países donde teníamos presencia y con otros hombres importantes. En algunas aparecía yo también. Realmente echaba de menos tenerlo cerca, compartir los logros y recibir un poco de su amor paterno.

Aunque solíamos discutir cuando se trataba de mujeres, mi padre era, por encima de todo, mi mejor amigo. Y esa sensación de tenerlo y al mismo tiempo no tenerlo era asfixiante.

Entré en el despacho oscuro y ni siquiera me molesté en encender las luces. Solo necesitaba recoger una carpeta con algunas inversiones de Mitchell & Smith para ponerme al día durante la noche y listo.

No tardé en darme cuenta de que algo no iba bien allí dentro.

Chasqueé los dedos y las luces se encendieron de inmediato.

Ah, sí, faltaba mi silla, no estaba detrás del escritorio. ¿Dónde demonios estaba esa maldita silla...?

Mi cabeza giró lentamente por la sala hasta detenerse en la butaca presidencial, situada en el centro.

Sentada en ella había una mujer hermosa de grandes ojos brillantes, con un batín negro de encaje sujeto por un lazo flojo sobre el cuerpo.

—Buenas noches, señorita Rodríguez.

—Buenas noches, señor Mitchell —sus ojos resplandecieron y una sonrisa felina se dibujó en sus labios.

—Sabes que también eres la señora Mitchell, ¿verdad? —dejé la carpeta de documentos sobre la mesa.

—Puedes apostar que sí.

—Me preocupé, te olvidaste de actualizarme sobre tu paradero. ¿Cómo fue tu día? —ya me adelanté desabrochándome los puños de la camisa de manga larga.

—Aburrido. Pero todavía no ha terminado —se removió despacio en la silla, restregando ese culo grande contra mi asiento.

Mierda. Qué guapa era. De látex, de cuero y vaqueros, de encaje... desnuda.

Estaría aún más guapa sobre mí. Saltando, llorando, suplicando por un poco de aire.

—¿Señor Mitchell? —su voz, mi hechizo favorito, me sacó del trance.

—¿Hum?

—¿Cómo fue tu día?

En ese instante intenté tirar de la memoria cualquier información del día, pero nada acudió. Fue como abrir armarios pesados que al final estaban vacíos.

—Ha empezado a ponerse interesante.

Capítulo 10

Beatriz Rodríguez

El corazón no se me subió solo a la boca. Lo sentí en los pies, por las piernas, los muslos, en la cadera, en las manos, en los brazos, en los pechos, en el cuello y, sobre todo, en la boca.

Al final, mi cuerpo entero era solo corazón.

Héctor ni siquiera me había tocado, en realidad se acercaba lentamente, como un depredador acorralando a su presa, y ya me faltaba el aire.

A diferencia de mí, él no se desnudó. Se acercó imponente, con su ropa elegante y cara, se situó detrás de la butaca presidencial y se quedó allí.

Casi solté un gritito cuando la mano fuerte de Héctor bajó por el cuero del sillón y luego sentí el calor en mi hombro, en mis pechos, hasta ver cómo sus dedos hábiles deshacían el lazo del batín de encaje. Suspire, perdida entre el deseo y el miedo absoluto de lo que ese mismo deseo podía provocarme.

—Estás impecable. Pareces una obra de arte, hasta debe de ser un pecado sacarte de esa posición y desnudarte —su voz me llegó al oído, tan cerca, haciéndome ronronear contra la butaca.

—No finjas ser el buen chico. Sé que no te importan los pecados —tuve que reír, pero era de puro nervio.

—Tienes razón —las manos fuertes de Héctor volvieron a subir por mi pecho, y cuando llegaron a la altura de mi cuello, se detuvieron.

Esperé sus palabras como si fueran sentencia, pero la descarga eléctrica que recorrió mi cuerpo no vino de su voz, sino de sus dedos, que masajeaban mi trapecio, mis hombros y mi cuello.

Casi me desmayé, me sentí drogada, completamente perdida en la sensación de aquella mano firme presionando, masajeando, empujando y tirando de mi piel.

—Eres bueno en esto —confesé.

—Tengo atributos mejores.

Ver la silla girar y detenerse frente a aquel hombre escultural me dejó sin aliento. No supe qué hacer.

Héctor, en cambio, me ayudó.

Agarra el batín de encaje y me empuja a ponerme de pie, luego me aprisiona contra la pared y avanza. Sentí el cuerpo fuerte del hombre aplastándome y ya me perdía en los pensamientos más impuros que pudiera tener.

Lo deseaba. Tenía miedo, era algo nuevo, un hombre avanzando todos los pasos conmigo era aterrador. Pero Héctor me transmitía seguridad, me sentía verdaderamente excitada, y el clima entre nosotros era tan placentero. No me sentía tonta siendo Beatriz Rodríguez y desnudándome. Me sentía fuerte. Era una parte de mí que había guardado o ignorado. Y era bueno descubrir que tenía ese lado.

—Si significa algo para ti, me he preparado psicológicamente —reí como una tonta—. Y esta noche no es Sabrina la que tienes delante. Solo Bia.

En pocas ocasiones había visto a Héctor sonreír. Verlo sonreír con los ojos, definitivamente, nunca lo había visto.

Fue un gesto sencillo, pero pude percibir que se sentía feliz, y eso me alivió mucho más.

Terminé de desnudarme por completo y acaricié su rostro a tientas.

En respuesta, casi de inmediato, Héctor me sujetó la mano y la empujó contra la pared.

Y entonces me besó con fuerza, ahogándome en sus labios, poniendo a prueba los límites de mi corazón, a punto de estallar.

Héctor Mitchell

Me sentí como un maldito adolescente.

Primero avergonzado, luego incapaz de evitar la excitación y, después, ciego, sin racionalizar, avanzando, dejándome llevar por mis instintos, viviendo al animal que había dentro de mí.

Beatriz desató algo arrasador en mí.

Había mantenido a la bestia encerrada desde la primera vez que la vi y no pude tenerla.

Dios, ofrecí tanto dinero al señor Brown, pero él dijo que no dependía de él, solo de ella.

Soñé, imaginé, golpeé paredes por no tenerla. ¿Cómo podía ser tan difícil una mujer?

Y allí estábamos. Ella entregada a mis mordiscos, yo entregado a su cuerpo.

Mis manos, como manos de adolescente, fueron con hambre, con intensidad, ansiosas por sentirla, por vivir aquel instante como si el mundo pudiera acabarse en ese mismo momento. Y mi respiración entrecortada delataba lo hambriento que estaba de Beatriz.

La abracé por la cintura y la besé como si fuera a perderla en ese mismo instante. Fue tan verdadero, tan intenso, que entreabrí los párpados para ver cómo reaccionaba. Y ella sonreía. Tan calma, serena, casi inmóvil. Pero sonreía.

¿Qué demonios me estaba pasando?

Solo era una mujer. Hacía mucho que ya no era un adolescente ni un virgen… ¿por qué me faltaba el aire? ¿Por qué me estaba volviendo tonto?

Me quité la chaqueta, luego la levanté y la dejé con las piernas enroscadas alrededor de mi cintura.

Mientras besaba sus pechos, su bajo vientre y su cintura, desabotoné la camisa y la dejé en el suelo.

Ese contacto entre nuestros torsos desnudos me encendió del todo y me volvió loco.

La sujeté por la nuca, dividido entre las ganas de masajearla, domarla y dejarla completamente despeinada.

Me abalancé sobre sus pechos con ansia, mirándola fijamente mientras la veía retorcerse, frotarse contra la pared, moverse en mi regazo como si hubiera perdido el control de su propio cuerpo.

Dios, aquello era demasiado bueno.

Entre mis chupetones y las caricias de mi lengua en sus pezones, Beatriz bajó de mi regazo, completamente sin aliento, pegada a mi cuerpo, sus uñas clavadas en mi piel y su voz débil pronunciando mi nombre.

Éramos, los dos, en ese instante, como adolescentes descubriendo algo nuevo.

Aproveché para respirar un segundo, y en ese mismo segundo ella se arrodilló, abrió mi bragueta y sacó mi polla.

Tragué saliva, luego golpeé con los puños la pared al sentir su boca caliente y suave envolviendo mi miembro.

Tuve que estirar el cuello, respirar hondo y soltar un gemido.

Beatriz me demostró, allí, que no era solo mi imaginación.

Ella lo sabía y me estaba volviendo loco de verdad.

—Beatriz… —la llamé, sin saber bien por qué.

Como respuesta, sentí su voracidad.

Me engulló, me chupó con intensidad, me obligó a encorvarme contra la pared y a recuperar el aliento.

Bajé el rostro para comprobar —si es que había algo que comprobar— y allí estaba ella, mirándome, con esa cara de quien sabe que no es inocente y que no va a parar tan pronto.

Beatriz Rodríguez

Yo había hecho un guion. Solo era necesario fingir y darle placer, salir de allí y sentirme con la tarea cumplida.

Sencillo, ¿no?

Claro, todo parece sencillo cuando está en la cabeza.

Cuando los cuerpos se encuentran, las bocas se pierden y los corazones hallan un ritmo para latir juntos, sin embargo, la sencillez se desvanece.

Mi intento desesperado por cumplir con mi papel convirtió aquella noche en algo increíble.

—Me estás volviendo loco —escuché la voz de Héctor, muy baja.

En el momento en que hice ademán de incorporarme para oírlo mejor, me sujetó por la nuca y me calentó con su cuerpo, guiándome por la sala como si aquello fuera meramente un baile.

Después escuché el estrépito de todas las cosas de la mesa cayendo. Y yo me senté sobre aquel mueble helado.

—Te quiero —nunca había sido tan firme. Para alguien que tenía miedo, aquello era el certificado de una valentía absoluta o de la locura más grande.

—Ya me tienes —sentí sus dedos recorrerme el rostro, el cuello, hasta aferrarse con firmeza a mis pechos.

Al segundo siguiente, con la descarga que atravesó mi cuerpo, me arqueé por completo. Sentí la punta de la lengua de Héctor masajearme en un lugar muy sensible, en realidad, el lugar exacto para darme placer.

Caí lentamente hacia atrás hasta que mi cabeza encontró la mesa y mi cuerpo se perdió entre los chupetones y los avances que la lengua de aquel hombre era capaz de hacer. Y lo que ella no podía, lo hacía con los dedos.

—¡Dios mío! —me agarré del propio cabello y cerré los ojos.

Me perdí en el trance, en la delicia de sentir su boca besarme con tantas ganas, con tanta intensidad, que ya me resultaba difícil sentir las piernas. Parecía que de la cintura para abajo estaba anestesiada, inmovilizada y, sobre todo, lista.

Palpé la mesa lisa buscando algún apoyo, pero al final no encontré nada. Tuve que hacerla crujir con mis uñas desgarrando la madera, tal era la fuerza. Primero permanecí con los ojos bien cerrados, apretados, mientras el dolor lacerante se apoderaba de mí. Cuando me atreví a abrirlos, perdí aún más el aire.

Héctor debía de estar acostumbrado a verme desnuda o embutida en un traje de látex. Yo no estaba acostumbrada a ver su cuerpo, siempre protegido por esas ropas elegantes.

Su pecho estaba perfectamente definido, musculoso, con vello corto que descendía por su abdomen marcado señalando el camino de la felicidad. Y qué felicidad.

Una felicidad torturante, lacerante y agridulce.

Me mordí el labio inferior intentando soportar aquel dolor, casi lloré al darme cuenta de que, conforme respiraba, parecía incluso empeorar.

—Héctor —lo llamé, sin saber siquiera por qué, pero lo llamé.

—Tranquila, bebé —se inclinó sobre mí y el aire que quedaba en mis pulmones se esfumó.

Quedé atrapada en aquel rostro iluminado por la gran ventana y la ciudad tecnológica allá afuera.

Acaricié su rostro, lo sujeté del cuello, en movimientos completamente aleatorios, como si me faltara oxígeno en el cerebro para entender aquellas órdenes.

—Necesitas respirar —oí su voz tan acogedora que me calentó por dentro.

Sentí una de sus manos en mi espalda y la otra bajo mi nuca; me dejé llevar hacia su cuerpo y lo abracé. No sé si fue la decisión más sabia, porque con ello sentí la presión de su miembro desgarrándome aún más.

—Héctor —volví a llamarlo, de un modo más desesperado.

—Respira —me pidió.

Sentí su beso en mi cuello, y poco a poco sus labios fueron recorriendo mi piel con más intensidad, dejando chupetones allá donde tocaba.

—Respira hondo, tranquila, confía en mí.

Lo apreté contra mí, con la desesperación de no querer dejarlo ir y al mismo tiempo con la lucha interna de querer librarme de aquel dolor lo más rápido posible.

—Está bien si necesitas un poco más de tiempo...

—Te quiero ahora —le agarré el rostro, desesperada, y besé sus labios con aún más fuerza.

El beso fue una buena válvula de escape para dejar el dolor en un segundo plano. Un minuto después de aquella situación, encima de su cuerpo, junto a la gran ventana que mostraba la ciudad afuera, allí estaba yo, cabalgando sobre el hombre, dejando su piel toda marcada con mis uñas y completamente sedienta de un poco más.

Bueno, no tanto, pero al menos, un poco más de él.

Entonces me repuso sobre la mesa como un buen banquete y Héctor me devoró, sin demora. Sus ojos grisáceos brillaban con la

escasa luz del ambiente y su mano fuerte recorría mi cuerpo sin parar, apretándome, arrastrándome hacia sí, haciéndome suya.

Qué sensación tan extraña.

Primero el dolor absoluto y la desesperación, luego la sensación de querer un poco más y no dejarlo parar, hasta quedarme anestesiada encima de la mesa pensando en lo bueno que sería repetirlo más veces.

—Ahora puedes ir más fuerte —mis mejillas ardieron hasta el infinito al decirlo.

—¿Cómo? —replicó Héctor.

Yo sabía que estaba siendo delicado solo para no hacerme daño. Pero ahora creía que podía aguantar un poco más...

—Puedes darme más, por favor.

Vi su ceja poblada arquearse. Su mano se aferró con fuerza a mi pierna y me arrastró hacia abajo, tensando aún más mi cuerpo al hacer que su polla entrara todavía más.

—Te gusta sorprenderme —rió, sacando casi todo, muy despacio.

—Eres un perro —preparé las uñas contra la mesa—. Solo acaba conmigo.

—Ah, repite eso —su voz ronca pidió, con el glande hinchado frotándose contra mi clítoris.

—Acaba conm... —ni siquiera pude terminar la frase.

Perdí todo el aire y solo conseguí gritar cuando él vino entero contra mí. Y cuando digo entero, quiero decir que con el impulso con el que Héctor avanzó, prácticamente subió a la mesa y se lanzó sobre mi cuerpo, devorándolo por completo.

Héctor Mitchell

Qué mujer tan loca.

Y loco, en realidad, era yo. Como si no bastara con estar allí, con su voz llenando mis pensamientos, su imagen en mi cabeza, su perfume envenenándome… consiguió tener toda mi atención, mi entrega, mi excitación real.

Beatriz se mereció cada beso, cada gesto, cada azote que recibió en ese culo.

—Vas a necesitar una mesa nueva —evaluó ella, cuando se puso el albornoz, se arrastró por la sala y se cubrió con el abrigo negro femenino.

—No, déjala ahí —miré la mesa toda arañada, parecía una travesura de niño. Tal vez lo fuera—. Así está más bonita.

—Ahora que he cumplido con mi deber, me voy —dijo.

Me divertí viéndola prácticamente cojeando de un lado a otro de la sala.

—Beatriz —la llamé—. He estado pensando… hasta ahora hemos pasado poco tiempo juntos… ¿quieres cenar conmigo?

—¿Una cena? —se sorprendió.

—¿Por qué ese tono? —arqueé una ceja. Terminé de ponerme la camisa blanca.

—¡No estoy vestida de manera adecuada para una cena! —protestó.

Tuve que reír. Encontré la chaqueta y me la puse.

—Dime dónde quieres cenar y llamo para que cierren el lugar solo para nosotros dos.

No sé por qué puso cara de asombro.

—Estás vestida de manera adecuada para mí. Y eso es lo único que importa.

Capítulo 11

Beatriz Rodríguez

En un restaurante de lujo en West Village llamado Magnum Imperium, Héctor y yo atravesamos un salón completamente vacío de clientes, con los empleados alineados, observándonos como si fuéramos los dueños del mundo.

Bueno, Héctor lo era, supongo.

El maître nos condujo hasta la mesa, en una terraza con vistas a los edificios llenos de color de la zona, y allí nos quedamos, él y yo, en un silencio cómplice mientras nos entregaban las cartas y los camareros permanecían a nuestro alrededor.

—Su mejor champán, para empezar, y tráigame algo afrodisíaco —Héctor cerró la carta y se la entregó a uno de los camareros.

Solo así conseguimos un poco de intimidad, y respiré aliviada.

—Este es el momento oportuno para conocernos un poco más.

Dios, ¿cómo podía ser tan guapo ese hombre? Ni parecía el mismo que había estado encima de mí, sudado, con las venas marcadas, ese brazo fuerte sujetándome la…

—¿Bia? —su voz grave me erizó la piel.

—Sí —respondí de inmediato.

Aunque hacía algo de frío, abrí el abrigo y dejé que se viera parte del camisón de encaje solo para provocarlo.

Debo admitirlo: era divertido ver cómo sus ojos brillaban como joyas, recorriendo mis pechos, subiendo luego hasta los míos, y repitiendo el mismo movimiento sin descanso.

—¿Qué no descubrieron sus hábiles detectives sobre mí que aún necesita saber, señor Mitchell? —disparé, sintiéndome la última flor del jardín.

—Sus miedos, sus sueños, sus perspectivas de vida… por qué Norteamérica, por qué Nueva York, por qué *La Chica*… son muchas preguntas, señora Mitchell.

Jaque mate.

Que me llamara «señora Mitchell» me provocó una sensación nueva, jamás experimentada.

Era una mujer casada. Con un multimillonario.

Un multimillonario *buenorro* que me había dejado prácticamente anestesiada y… bueno, mejor lo dejamos aquí.

—No es una historia emocionante —le advertí.

—Aun así me permitirá descubrir otra faceta suya. Y es lo único que quiero.

Sin darme cuenta, descubrí que estaba sonriendo. Endurecí el gesto y miré a mi alrededor.

Esperé a que sirvieran el champán y colocaran sobre la mesa la sopa o el caldo de marisco.

Héctor despachó enseguida a los camareros y volvió a centrar toda su atención en mí mientras me servía el champán.

—Nací en una ciudad del interior de Brasil, en una familia grande, conservadora, de mente cerrada…

—Y quiso el destino que se convirtiera en stripper —me tendió la copa.

—Quiso la ocasión y el miedo a ser deportada que me convirtiera en stripper —lo corregí sin dudar.

Él asintió y me mostró con la mirada que quería escuchar más.

—Me había preparado para entrar en Psicología en la USP, al menos esa fue la versión que les di a mis padres. ¿Sabe qué es la USP, verdad? Es la Universidad de São Paulo.

—Lo sé —el señor Mitchell sorbió el líquido despacio sin apartar los ojos de mí.

—Pero preferí venir aquí, probar suerte, buscar algo grande… huir de mi pasado.

—¿Huir? —pronunció la palabra con lentitud.

—¿Por qué no me cuenta usted algo inesperado sobre sí mismo ahora? —empecé a juguetear con mi pelo.

—Fui capitán del equipo de…

—Claro que lo fue —murmuré.

—¿Perdone? —Héctor arqueó una ceja.

—¡No, no, no estoy dudando de ti en absoluto! Mi tono fue más en plan: claro que fuiste capitán del equipo de la facultad, jefe de los scouts, el primero de la clase, el rompecorazones de la universidad, algo así...

—Sí, la verdad es que fui todo eso —sus labios se curvaron en una fina sonrisa y terminó la copa de espumoso—. Tuve un hijo.

Ese asunto llevaba días flotando en el aire. Yo ya había escuchado la mención, pero nunca había salido directamente de su boca.

Y tenía que dejar claro de inmediato que el contrato decía que yo debía ser esposa, no madre. ¡Dios, no estaba preparada para ser madre!

—Con el amor de tu vida, apuesto —solté.

—En realidad, no. Bueno, tal vez —se encogió de hombros—. Era mi mejor amiga. Ella quería tener un hijo, eligió al tipo equivocado, un imbécil que la decepcionó, así que me ofrecí… yo también quería un hijo.

—Vaya —no pude ocultar la sorpresa.

Yo ya me había montado toda una telenovela mexicana en la cabeza y ¿era eso?

—Con el tiempo nos enamoramos, claro —volvió a encogerse de hombros—. Pero yo seguía saliendo con otras chicas y ella con otros tíos...

—Qué modernos...

—Murió en el parto —su tono fue amargo. Héctor me miró con seriedad—. Aquella noche mi padre necesitó mi ayuda y fui enseguida a atenderlo. Serena se hizo daño, nunca se supo cómo. Los médicos dicen que se cayó. Pero logró llegar al hospital, aunque inconsciente, y dio a luz a Anthony.

—¿Cómo consiguió…?

—Amanda. Una amiga suya.

—Huuuum —prolongué la vocal mientras hacía girar el espumoso en la copa—. ¿Y Serena no pudo decir qué pasó? ¿Y el bebé...?

—Anthony nació prematuro, aunque es un campeón, siempre fue muy frágil. Y eso me destrozó porque era mi hijo y yo no estuve allí para ayudarlo cuando me necesitaba...

Abrí mucho los ojos. Detrás del estereotipo del hombretón que me había creado en la cabeza, parecía que había un corazón latiendo ahí dentro.

—Me culpé y me culpo todos estos años... podría haber hecho más por él...

Si Héctor ya había empezado a conquistarme en nuestro encuentro anterior, ahora se llevaba un nuevo pedazo de mí. De verdad no imaginaba que hubiese un ser humano tan genuino detrás de ese rostro serio, de esos músculos, de esa mano que te aprieta el cuello y...

—¿Cómo está él? —pregunté.

—Enfermo, como siempre —su voz salió algo quebrada—. Anda muy poco, habla poco, Anthony es extremadamente antisocial, encerrado en su propio mundo...

—¿Autista? —me rasqué la barbilla.

—No... solo... depresivo y frágil...

Extendí mi mano y la posé sobre el dorso de la suya, intenté regalarle mi mejor sonrisa, sin saber si sería suficiente.

Héctor Mitchell

Nunca me había abierto sobre mis debilidades.

Decir todo aquello me dejó la garganta pesada, no era el ambiente que quería crear. Pero era permitirle entrar en mi intimidad y ver lo que no dejaba que nadie más viera.

—Así que por eso tienes ese aire de súper protector —analizó ella.

—Debe de ser por eso —respiré hondo y empecé a tomar el caldo de mejillones y gambas—. ¿De qué estabas huyendo? —volví a la cuestión que ella no había respondido.

Bia arqueó las cejas, completamente sorprendida. Removió el caldo varias veces y miró a su alrededor. Cuando estaba a punto de hablar, la interrumpí:

—No hace falta, si no quieres.

Pareció que le había quitado cien kilos de encima al decir eso.

—Espero que venir a América te haya puesto un paso más cerca de tu sueño.

—Creo que ya he cumplido muchos sueños —rió—. Los míos y los de otras personas...

—Seguro que sí —me limpié los labios con la servilleta y reímos juntos.

Bia incluso escupió el caldo de tanto reírse, y aquello me contagió.

Cuando menos lo esperé estábamos riendo como dos idiotas, sin saber ni de qué. Y aun así seguía con la mano sobre la mía.

—Debo aprovechar la ocasión para entregarte esto —con la mano libre saqué una cajita del bolsillo y la puse sobre la mesa.

Abrí la cajita y le mostré las dos alianzas de diamantes.

Beatriz se quedó paralizada, completamente sin reacción, mirando del anillo a mí una y otra vez.

—Preferí que nuestra boda no se expusiera antes para que tuviéramos unos días de paz lejos de todo… prensa, familia, empresa, abogados, Geoffrey… espero que estos días te hayan ayudado a poner tu vida en orden...

—Me ayudó —su voz salió débil—. Héctor... esto es... esto... no sé si puedo aceptarlo...

—Acéptalo —le sujeté la muñeca con la mano izquierda y deslicé el anillo de boda con la derecha—. Fue hecho para ti. Es único.

—Gracias...

—Igual que tú eres única.

Beatriz Rodríguez

Mis labios temblaron.

No tuve la boda de mis sueños, con mil fotografías y invitados elegantes, un pastel gigantesco y todos los honores que la tradición exige...

Solo firmé unos papeles y ya.

Recibir el anillo fue una sorpresa inesperada. Y más aún ese anillo.

Y escuchar aquellas palabras...

—Eres un inconsciente —lo miré fijamente a los ojos—. ¿Cómo eres capaz de casarte justo conmigo, Héctor? —apoyé la barbilla en la mano que descansaba sobre la mesa.

Él rió con tantas ganas que me resultó contagioso. Sonreí sin darme cuenta, otra vez.

—Conozco a todas las señoritas de buena familia de Nueva York y de otros estados también —dijo, no como alguien que presumiera de ello—. Herederas de multimillonarios, CEO's, políticos, burócratas, los dueños del país...

—Y entonces fuiste a un club de striptease y decidiste elegirme a mí —me reí.

—Aunque no pudiera ver tu rostro, siempre podía ver tus ojos —dijo, y ya me faltaba el aire en ese instante—. Ojos de quien ha trabajado duro, ha tenido que esforzarse mucho y ha sufrido para llegar hasta aquí.

—Sí, esa soy yo.

—Sí, yo también —volvió a llenar su copa—. Por eso eras la elección perfecta.

—¿Y viste todo eso solo mirando mis ojos? —puse la mano en la cintura.

—El culo y las tetas marcadas por el látex ayudaron — apremió el trago de golpe.

Capítulo 12

Beatriz Rodríguez

Un mes y medio había pasado desde mi boda con Héctor cuando estalló la bomba: nuestra situación salió a la luz.

Me alegraba de que hubiéramos tenido ese corto tiempo de secreto para conocernos mejor, disfrutarnos el uno al otro y vivir sin la presión del público ni las miradas de desconocidos.

Y como todo lo bueno dura poco, una bonita mañana de miércoles desperté y el edificio donde vivía con Hillary estaba rodeado de paparazzi y curiosos.

Los periódicos anunciaban que el codiciado multimillonario, CEO de la mayor empresa energética del país, Mitchell & Smith, se había casado en secreto con una bella y misteriosa brasileña.

Uy, qué amables fueron con el epíteto.

Hillary, gracias al cielo, estaba mejor. El susto había pasado, el miedo había dado lugar a la seguridad, gracias a los ocho hombres fornidos que nos custodiaban día y noche, y ella había engordado unos kilitos de tanto comer helado de vainilla.

—¿Y si nos encuentran? —Hillary gritó por la casa tras sacar la cabeza por la ventana.

Ay, se le había ido la olla otra vez…

—Bia, ¿y si… y si…? —ya empezaba a tirarse de los pelos.

Le solté una bofetada bien de telenovela mexicana para traerla de vuelta al presente.

—Amiga, respira. ¡Loca, no entres en pánico otra vez! —casi me arranco yo el pelo.

—Ahora entiendo por qué había mantenido en secreto el inicio de este matrimonio… quería protegerte, no de los paparazzi… sino de que te encontraran esos bandidos…

Y ella que se creía inteligente, pobre…

—Amiga, relájate…

—Vámonos. Dile que viajemos, que nos gastemos todo ese dinero recorriendo ciudad tras ciudad por todos los Estados Unidos hasta que acabe tu matrimonio.

La sujeté por los hombros y la sacudí. Echarle un cubo de agua helada o darle otra bofetada sería demasiado agresivo.

—¡No puedes perder el control otra vez, calma! ¿De verdad crees que se van a meter con nosotras sabiendo de quién soy mujer?

Hillary no quedó convencida con la respuesta. Empezó a caminar en círculos, desesperada.

Ella había mejorado, le pagué a un buen psiquiatra para que hiciera cuatro sesiones. No sé qué le hizo el doctor Blake, pero en las últimas semanas esta mujer estaba como nueva, como si le hubieran dado al botón de «reiniciar» de la máquina.

Ahora, con mi cara en televisión, más de cien cámaras apuntando a la ventana de mi piso y mi nombre corriendo por los cuatro rincones del mundo como la esposa de un magnate, Hillary volvía a sus tiempos oscuros.

—¿Qué te parece si nos vamos a los Hamptons?

—¿Qué? —me miró asustada. Creo que ni siquiera me escuchó.

—Héctor tiene una mansión allí, es un sitio muy grande, según me dijo… está lejos de todo, rodeado de naturaleza, con

muchos guardias; al fin y al cabo, es allí donde vive su hijo… ¿no te sentirías más segura lejos de todo esto?

—Sí… sí, puede ser… —asintió.

—Todo va a salir bien, amiga. Voy a llamar a Héctor.

Héctor Mitchell

Di todo de mí para que esa información tardara lo máximo posible en llegar al público.

Mantuve la rutina, no di pie a conversaciones sobre mi estado civil, pero fue imposible evitar que la noticia se filtrara.

Todo el círculo interno y la alta dirección de Mitchell & Smith sabía que llevaba casi dos meses casado. Y en realidad solo a ellos y a los abogados les interesaba mi estado civil.

No sé cómo se enteraron, pero mi vida se volvió un infierno aquel miércoles. Apenas podía dar cinco pasos sin ser bombardeado con preguntas, con flashes y con el frenesí de la noticia recién salida del horno, y, por supuesto, todos la querían en exclusiva.

La noche del miércoles Bia y yo hablamos, y acepté que sería bueno que pasara un tiempo en la mansión de los Hamptons.

No oculté que me incomodaba tener a Hillary allí, al fin y al cabo, no era la persona más equilibrada del mundo, hasta donde yo sabía. Y mi hijo vivía allí, no podía ponerlo en peligro.

El viernes fui con ellas a la mansión.

Estaba bastante apartada de todo, su extensión era admirable: un bosque, un lago y un viejo jardín sin flores desde hacía más de diez años rodeaban la construcción.

Hillary pareció recuperar el juicio al respirar aire puro. Se quitó los zapatos, corrió por el césped y se lanzó hacia el pórtico de entrada, donde una decena de empleados nos esperaba.

Bia y yo también bajamos del coche, mucho antes de llegar a la mansión, y fuimos caminando. Cada momento con ella era increíble.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. La que perdió la cabeza fue ella —rió Bia, con ambos brazos enganchados en los míos—. Confío en tu protección.

Le sujeté la barbilla y besé su frente. Era una buena chica.

—Haz que se comporte. Aquí no hay lugar para sus crisis —fui severo.

—Tienes mi palabra. Si no logro controlarla, prometo que nos iremos.

—No tienes que irte —gruñí.

—Es mi amiga... y quedó traumatizada... necesito cuidarla.

—Entiendo.

—Héctor —me llamó. Solo escuchar mi nombre en su boca hacía que una sensación extraña se apoderara de mi cuerpo. Sin darme cuenta, la atraje más hacia mí—. Con mi nombre circulando por todas partes, ¿no hay ningún peligro? Yo vivía aquí de forma ilegal hasta hace unos meses...

—Ya lo solucioné todo, tranquila —pasé mis dedos por los mechones de su nuca, acaricié lentamente su cuello y la vi acurrucarse contra mí con dulzura.

El mundo se detuvo en ese instante.

Quedamos atrapados en ese abrazo, ignorando el tiempo, dejándolo deslizar su arena infinita, sin preocuparnos por la espera que habíamos creado.

Bia acercó sus labios a mi cuello y yo incliné la cabeza, muy despacio, para encontrarla.

Si antes la sensación había llegado como un choque, ahora fue como una puñalada. Mi sangre hirvió, me sentí asfixiado dentro del traje, tuve que contener mis manos porque estábamos a la vista de una decena de empleados curiosos en la puerta de entrada, y de otra decena dentro de la mansión, observándonos tras las ventanas.

—Gracias —murmuró contra mis labios—. Prometo que no seremos ningún peligro para tu hijo.

—Bienvenida a la casa, bebé —la apreté contra mí y luego hice algo difícil, algo que jamás hubiera imaginado que dolería tanto.

La solté de mi abrazo y la vi adelantarse.

El corazón se me encogió, la respiración se quebró y mis dedos sudaban fríos.

Los guardé en los bolsillos del pantalón y seguí hacia la construcción.

Beatriz Rodríguez

Cuando alguien te dice que tiene una «mansión» imaginas una casa muy grande. Pero nada, absolutamente nada, me había dado la verdadera dimensión de aquella propiedad; era enorme.

La construcción tenía dos plantas, columnas blancas en la fachada, ventanales gigantes cubiertos con cortinas color burdeos. Los demás detalles quedaron en segundo plano, porque, a medida que me acercaba, me sorprendía la postura de las diez personas que nos esperaban.

Todos erguidos y serios, vestidos con un uniforme negro y guantes blancos cubriéndoles las manos. Al frente estaba una mujer de unos cincuenta años con un moño bien recogido; a su lado, una mujer alta, rubia, con un vestido negro que enmarcaba unas curvas muy llamativas. Esa debía de ser Amanda.

—Bienvenida a la mansión, señora Mitchell —la mujer mayor avanzó hacia mí y me saludó—. Soy Yone, el ama de llaves de la casa, todo queda bajo mi cuidado. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Yo soy Beatriz —le tendí la mano y la estreché—. ¡Estaba deseando conocer el lugar!

—Y nosotros de conocerla a usted —esbozó una sonrisa parca, casi inglesa, que se borró enseguida—. Ellos son el personal de la mansión —señaló a las personas a su espalda—. La cocina, la limpieza, la seguridad, las camareras y la atención del señor Anthony, todos a su disposición.

—Muchas gracias, Yone. Espero no causarles molestias.

—Estamos aquí para servirla, señora Mitchell.

Aunque reservada con la sonrisa y muy centrada, Yone me pareció una buena persona. Era una mujer de cabello negro, muy corto y ondulado, no mostraba señales de cansancio y tenía una forma firme de sostenerme la mirada.

—Señor Mitchell —volvió a sonreír al saludarlo, con un gesto menos parco, aunque el gesto desapareció enseguida.

—¡Yone, cada vez que regreso está más joven! ¿Ha descubierto la fuente de la juventud? —Héctor se acercó y la saludó.

—También es un placer verlo —miró a Hillary con cierta incomodidad.

—Es mi amiga... se quedará con nosotros mientras yo esté aquí.

Yone asintió con cuidado, no sin antes recorrerla con la mirada, de los pies descalzos de la exstripper hasta su cabello que volaba con el viento. Parpadeó, giró el rostro y fijó la vista en dos muchachos algo enclenques dentro del uniforme.

Ellos corrieron enseguida hacia el coche que se había detenido a varios metros de distancia; por lo visto iban a buscar el equipaje.

—¿Desea conocer la mansión, señora Mitchell? —Yone me miró fijamente.

—Será un placer —la seguí.

Subimos las escaleras hasta llegar a la puerta y, justo cuando nos detuvimos delante, vi a la rubia contonearse hasta Héctor.

Le tocó el brazo de una forma bastante íntima y se demoró en el beso que le dio en la mejilla, casi rozándole los labios.

En ese momento fue instintivo. Di un paso al frente, lista para ir hacia ellos.

Mi sangre hirvió. Borboteó. Sentí que iba a explotar.

¿Podía sentir aquello? No nos amábamos, no estábamos enamorados, al menos yo no lo sabía… pero teníamos un contrato. Él era mío, yo era suya y no podíamos pertenecer a nadie más.

—¿Dónde está Anthony? —oí la voz seria de Héctor, y me alegré al comprobar que no le dio confianza a aquella mujer, aunque tampoco se apartó de ella.

Estaban tan cerca que… no sé, podían sentir la respiración del otro, imagino.

—Se ha despertado indispuesto. Durmió poco anoche, ya sabe, Anthony no lleva bien los cambios… y traer a esa mujer aquí es lo que yo llamo un gran cambio, si me permite —se echó el pelo hacia atrás y me lanzó una sonrisa falsa.

Serpiente.

Ganas de pisarle la cabeza.

—Ella es mi mujer —Héctor la miró un segundo y luego siguió su camino hacia mí—. La mansión también es suya ahora.

Un alivio temporal me recorrió.

Que no duró mucho.

La serpiente traicionera y yo nos cruzamos con una mirada breve.

Que, para quien nunca haya visto la MMA en televisión, ya advierto que suele acabar con mucha sangre, golpes… y como mínimo un ojo morado.

Capítulo 13

Héctor Mitchell

Anthony dormía, así que no me entretuve en la habitación. Comprobé que todo estuviera en orden, sonreí como una tonta al notar que dormía con tanta serenidad que sería un pecado despertarle y me dirigí a la biblioteca.

Abrí la puerta y carraspeé para indicar mi presencia. Caminé con calma sobre la alfombra roja, inspeccionando las grandes estanterías de madera barnizada que guardaban tomos, enciclopedias, libros antiguos y modernos sobre todo tipo de temas, y encontré a un hombre sentado en uno de los sofás negros.

—Perdón por el cambio de planes. Sé que eres un hombre ocupado, muchas gracias por venir.

—No te disculpes, estoy acostumbrado a los cambios de planes —una leve sonrisa apareció en el rostro del hombre.

Ethan Evans era el tipo de hombre al que no quería tener como enemigo. Bajo aquel sombrero fedora negro y las gafas oscuras se ocultaba el responsable de la seguridad, el sigilo y el almacenamiento de datos y archivos en el mundo online. Trabajaba protegiendo a los grandes bancos, al propio gobierno y a empresas como Mitchell & Smith.

También era, por ese mismo motivo, un excelente hacker. Podía infiltrarse en cualquier fortaleza, descifrar cualquier código, espiar a cualquier mortal.

Y todo ello siendo ciego.

—¿Cómo está Valentina?

—Está bien, gracias por preguntar. ¿Y tu Bia? —replicó.

Mi Bia...

Qué extraño, qué nuevo y qué nudo en el estómago me producía pensar así...

—Espero que aquí se sienta segura —me senté frente a él en un sillón—. De hecho, para eso estamos aquí. Para hablar de seguridad.

Ethan se recostó en el sofá y esbozó una sonrisa que rozaba la burla.

—La mansión es impenetrable. Mis hombres se aseguraron de que todo el perímetro fuera seguro y sugerí a tu jefe de seguridad que duplicara el personal, sobre todo en el turno de noche. Espero que no te moleste.

—Una decisión tuya es como una decisión mía —asentí—. Pero no se trata de eso, no de esa seguridad —hice una pausa mientras miraba a mi alrededor; aquel lugar me traía buenos recuerdos—. ¿Has conseguido averiguar qué pasó aquella noche? ¿De verdad la chica fue asesinada por el narcotráfico?

Ethan respiró hondo.

—Héctor, es difícil asegurarlo. Sabes que mi área no es el análisis ni la construcción de perfiles para comprender las prácticas de pequeños traficantes, pero yo diría que aquello no tenía que ver con drogas.

—¿Entonces con qué? —pregunté, intrigado.

—No lo sé —lo dijo con una satisfacción y una calma que me desarmaron. Menos mal que no podía ver mi expresión—. Sin embargo, esto puede abrirnos nuevas pistas. ¿Quién sabía los términos del testamento? ¿Ya tenías en mente casarte con Beatriz en aquella época?

No necesité pensar mucho.

—Creo que... fue exactamente el día en que le propuse el contrato a Bia... —fruncí el ceño—. ¿No creerás que...?

—¿Quién sabía los términos del testamento? —repitió la pregunta—. ¿Y quién sabía que ibas a buscar a la chica?

—Muy pocas personas. Tendré que hacer una lista. ¿Qué sospechas?

Ethan sacó su propio móvil, puso la huella y dio una orden para que el aparato abriera un archivo.

—Nada en el FBI. No fueron los tipos del gobierno, no fue un ajuste de cuentas.

—¿Y sobre Bia? —pregunté, preocupado y ansioso.

—Nada en el FBI, tampoco había nada en el departamento de inmigración, ni siquiera antes de que me pidieras arreglar su situación.

Asentí con calma.

—Entonces no es cosa del gobierno —respiré aliviado.

—El narcotráfico tiene un método para actuar, Héctor. Y la policía, cuando quiere incriminar a los narcos, también tiene su propio método. No fue ni lo uno ni lo otro.

—¿Qué entonces?

—Héctor, creo que estamos tratando con asesinos a sueldo.

¡Solo alguien como Ethan podía pensar eso! ¡Era una locura! ¡Un absurdo! ¡Algo surrealista!

Y, al mismo tiempo, extremadamente posible.

—¿Así que necesitas los nombres de quienes sabían de mi posible acuerdo con Bia?

—Voy a por todos ellos. Los hackearé. Revisaré todos sus mensajes, llamadas, conversaciones, correos electrónicos, me meteré en sus carpetas pornográficas, lo escarbaré absolutamente

todo. Volvemos a la casilla de salida. Pero mis instintos me dicen que esto fue planeado. Y que no querían matar a la tal stripper, a Clair. Ellos fueron a por tu mujer, Héctor.

Abrí los ojos de par en par y me levanté del sillón.

Solo la mínima idea de perderla me provocó un horror que ni siquiera recordaba la última vez que lo había sentido.

En realidad, sí lo recordaba.

—Confío en ti. Haz lo que sea necesario.

Ethan se levantó y nos dimos la mano. Lo acompañé hasta la puerta de la biblioteca.

—Y, Héctor —me llamó—. Me he enterado de que unos investigadores de China vendrán a entregar los resultados de unas aplicaciones que hicieron...

—Sí.

—Hay un espía entre ellos. Un problema nacional. No vayas a esa reunión, pero no la canceles. Deja que todo fluya, pero no te presentes. Los hombres del gobierno estarán allí para atraparlos.

—De acuerdo —asentí y, antes de que se fuera, lo sujeté con fuerza del brazo—. ¿Y mi hijo? —murmuré.

Ethan sonrió.

—A tu hijo le gustan los videojuegos de disparos y, en las últimas semanas, ha investigado bastante sobre lo que significa tener una madrastra —me dio una palmada cordial en la mano—. Ha estado viendo muchas series sobre familias...

—¿Tú crees que él...?

—No creo que tu hijo sea un sociópata ni uno de esos chavales que cogen un arma y matan a todo el mundo —su expresión se volvió seria—. Solo creo que Anthony necesita una madre.

—¿Una madre?

—Sí. Pero mis instintos me dicen que aún no se ha dado cuenta de eso.

Ethan me dio una palmada en el hombro y se marchó.

—Y este es su cuarto —Yone abrió la puerta doble y me mostró una habitación digna de un hotel de cinco estrellas.

Mis ojos brillaron al ver aquella cama enorme, el armario empotrado en la pared, el tocador... Dios, ¡ahora tenía un tocador! La habitación tenía jarrones sobre columnas, flores de todos los colores llenaban el espacio.

Un gran ventanal, con la cortina color burdeos abierta, mostraba una fuente en el jardín trasero y un camino de ladrillos que conducía hacia algún lugar detrás de unos muros cubiertos por un tipo de planta trepadora, no sabía exactamente cuál.

Caminé por la estancia y me senté en la cama mullida, me dejé caer de espaldas e imaginé las deliciosas noches que dormiría allí como un bebé...

Hasta que recordé que Yone seguía conmigo y me incorporé enseguida.

Entonces vi un cuadro grande con una pintura muy realista. Una mujer de cabellos negros y ojos intensos, grandes, verdosos, labios finos y rosados. En el retrato aparecía desnuda y solo se veían su cabeza, cuello y pechos. Me quedé mirando fijamente la pintura y Yone se acercó a toda prisa.

—¡Dios mío! Perdóneme, señora Mitchell, yo había pedido que retiraran esto... —se disculpó nerviosa.

—Yone, espera —pedí—. ¿Quién era ella?

Yone pareció incómoda. Insistió en retirar la pintura, pero lo impedí.

—Serena era pintora. Este es uno de sus autorretratos... —sus mejillas se encendieron y mantuvo esa expresión como si fueran a despedirla en cualquier momento.

—Era preciosa.

Al decir aquello, la mujer me miró de un modo distinto.

La sonrisa ya no fue contenida como la primera vez y sus ojos brillaron.

—Lo era, sí. Una buena mujer. Estuvo poco tiempo con nosotros, pero iluminó esta mansión...

—¡Y muy talentosa! —sonreí al retrato como si la propia Serena pudiera escuchar mi elogio—. ¿Dónde están las demás pinturas suyas? —pregunté mirando alrededor.

—Esta y otras tres están en este cuarto. Las demás desaparecieron... nadie supo nunca adónde fueron a parar...

Asentí.

—Me estás mirando de un modo distinto ahora, Yone... —nuestros ojos se encontraron y ella desvió la mirada enseguida.

—No, perdone, no debería...

—No, no te disculpes —dije con firmeza—. Es solo que... parecías un poco incómoda con mi llegada...

—Señora, yo...

—Yone, escúchame, por favor —pedí—. Tú eres la gobernanta de esta casa. Tú estableces las reglas, dices cómo funcionan las cosas y mantienes todo en perfecta armonía. Sé que soy la intrusa. Sé que estoy invadiendo vuestro mundo y...

—Señora, discúlpeme...

—No, escúchame —insistí con más firmeza—. Me imagino que, a primera vista, debiste preguntarte qué clase de persona soy...

Ella respiró hondo, visiblemente tensa.

—Soy una chica de campo. Nací en una granja, siempre rodeada de familia. Creo que aprendí a ordeñar una vaca antes de saber escribir.

Yone rió y yo también.

—Sé cocinar. Sé lavar la ropa. Sé arreglar la casa también. Si necesitas ayuda, por favor, dame tareas, quiero sentirme útil aquí.

—Señora Mitchell, esas tareas no pueden ser realizadas por alguien de su envergadura. Tenemos gente aquí para servirla —Yone volvió a adoptar su porte de gobernanta.

—Lo sé y os felicito por el trabajo —sonreí con amabilidad—. Aun así necesito que sepas que estoy a tus órdenes. No he venido aquí para que Serena sea olvidada ni para reclamar nada... soy alguien como tú, alguien que lucha por sobrevivir y que cree estar haciendo lo correcto...

Yone entrecerró los ojos. Noté que estaba confundida y no la culparía.

—No sé lo que han dicho de mí ni lo que habéis pensado de mí... pero estoy aquí para sumar, no para restar. Y por favor, Yone, por favor, cualquier malentendido, cualquier chisme, cualquier diferencia que tengamos, te lo ruego, resuélvelo conmigo.

—Por supuesto, señora —todavía usó un tono formal que me incomodó.

Pero no podía culparla. Era evidente que esa era la verdadera Yone, siempre con un aire de defensa.

Seguí mirando distraídamente a mi alrededor.

—Oímos decir que usted era stripper.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, se tensó de inmediato, se quedó rígida, evitando incluso mirarme.

—Lo era —tuve que reír—. Mi trabajo consistía en conquistar a los hombres...

—Y por lo visto conquistó a uno muy importante —replicó.

—Héctor es más que un hombre importante, ¿sabes, Yone? Es un hombre excepcional.

Reímos juntas.

—Yo lo vi nacer, crecer, ir a la universidad y convertirse en ese hombre excepcional, ¿sabías? —me miró con dulzura—. Vine a trabajar aquí cuando tenía apenas dieciocho. He cuidado de esta mansión tanto tiempo que parece una parte de mí...

No pude evitar emocionarme; yo era así, una blandengue cuando se trataba del pasado.

—He visto gente venir... irse... guardo tantos secretos, tantos recuerdos, he visto nacer... y morir...

Aquello me puso la piel de gallina, lo confieso.

—¿Y ahora crees que viste a una usurpadora entrar por la puerta principal? —la confronté, aunque con ternura. La sonrisa permaneció dibujada en mis labios.

—Sí, señora, tuve esa impresión cuando la vi por primera vez —confesó.

—Espero poder demostrar día a día que no soy esa mujer.

—Usted no tiene que demostrar nada —Yone se acercó y me tomó las manos—. Así, mirándola de cerca, una que ya ha vivido, se da cuenta de que está muy lejos de serlo.

—Llámame Bia, por favor. Señora suena muy raro.

—Bia —me llamó.

No sé de dónde sacó el valor para decirlo, pero me recorría un escalofrío y me sentí profundamente emocionada. Yone apretó con fuerza mis manos y no tuvo intención de soltarlas. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, en un susurro suplicante, dijo:

—Cuide bien al señor Mitchell y a su niño.

Capítulo 14

Héctor Mitchell

No podía quedarme más tiempo en la mansión, por desgracia. Aunque fuera fin de semana, había mucho que hacer en Mitchell & Smith y tenía que volver.

Regresé al cuarto de Anthony y lo encontré dormido, una vez más.

Me senté en la cama unos minutos y arreglé su manta.

Hasta dormido se parecía a mí: dormía de lado, aferrado con fuerza a la almohada, el rostro casi escondido.

Me tumbé un instante y miré al techo. Luego lo abracé de lado y apoyé mi rostro en su espalda.

—Hijo —murmuré, sin saber si me escucharía en sueños—. Papá está muy feliz —tuve que reír de mí mismo; ¿en qué mundo diría eso en voz alta?—. Dale una oportunidad a Bia, ¿sí? —besé su cabeza—. Espero que ella cambie tus días como cambió los míos —recé en silencio.

No quise apretarlo demasiado para no despertarlo, pero me demoré en el último beso sobre su cabeza antes de levantarme.

Lo miré por última vez antes de salir del cuarto. Anthony seguía durmiendo como un ángel. No parecía el preadolescente que ya empezaba a dar tanto trabajo.

Al salir de la habitación me topé con Amanda.

En realidad, chocamos de frente.

Ella cayó contra mí y la sujeté con firmeza.

—Perdona, vine a comprobar si estaba bien —se apresuró a explicar.

—Lo está. Aún duerme —dije y ya me disponía a seguir mi camino.

—¿Ya te vas? ¿Cuándo vuelves?

—El jueves o el viernes, avisaré a Yone y ella te lo transmitirá.

—Héctor —Amanda me llamó y me agarró del brazo—. Tienes mi número, llámame si lo necesitas —y me guiñó un ojo.

—Gracias, Amanda. Te llamaré, si hace falta —sonreí.

Amanda se lanzó contra mi cuerpo; aquella acción no me era desconocida, sabía muy bien lo que quería.

Estaba en sus ojos, en sus manos que me sujetaban con tanta ansia, en sus labios que guardaban muchas palabras que no se atrevía a decir.

Le negué ese beso.

Fui bastante racional en ese momento.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —rió para suavizar el tono de la pregunta.

—No puedo —reafirmé—. Y no quiero —concluí.

—¿Qué ha pasado, Héctor?

Amanda y yo habíamos sido amantes intermitentes durante muchos años.

Saciábamos las necesidades del otro cuando era necesario y nada más.

Ella ya no era necesaria, no en ese sentido.

Solo no la apartaba de mi vida porque cuidaba de Anthony como si fuera su propia madre.

—Está bien —sus manos se apoyaron en mi pecho, encima del traje—. Te esperaré. Siempre te espero.

Hice ademán de acercarme y besarle la frente. Pero no sentí que fuera correcto. No conmigo, no con ella, mucho menos con Bia.

Asentí y le di la espalda, seguí mi camino.

Toqué tres veces en la puerta del cuarto de Beatriz y ella no abrió. Giré el picaporte, la puerta estaba sin llave y asomé la cabeza en la habitación.

¿Todo el mundo en aquella casa había decidido dormir?

Entré sin hacer ruido y repetí el mismo ritual que en el cuarto de Anthony.

Me senté en la cama, la observé dormir unos segundos, miré el antiguo cuarto de Serena y vi su pintura.

Beatriz se giró de golpe y me sujetó con fuerza del brazo.

—¡Qué susto! —casi gritó.

—No quise asustarte —la miré, preocupado.

—Está bien —respondió, aún agitada. Se incorporó en la cama y se quedó mirando al vacío.

—¿Tuviste una pesadilla? —aparté un mechón de su hermoso rostro y me acerqué lentamente.

—No... no exactamente... —su voz se desvaneció cuando recibió mi beso.

La atraje hacia mí y enseguida sentí sus dedos curiosos y traviesos deslizarse bajo mi chaqueta, pellizcarme los pezones por encima de la camisa y apretar mi erección.

—¿Y tú eras la chica tímida? —reí.

—¿Puedo comprar un tubo de pole dance y ponerlo en tu cuarto? —me miró con aquellos ojos suplicantes. ¿Cómo negarle el mundo a esa mujer?

—Ah... eh... claro.

—Vas a tener una sorpresita cuando vuelvas —su mano apretó mi muslo, así que fue mi turno de apretarla a ella, atraerla hacia mí como si nuestros cuerpos pudieran fundirse en aquel abrazo.

—Para recordar los viejos tiempos, imagino.

Bia me dio un manotazo en el hombro.

—¿Viejos tiempos? ¡Si no han pasado ni dos meses! —soltó una carcajada—. Y me encanta bailar. Me quita el estrés. Y además es un buen ejercicio físico.

—Compra lo que necesites —le guiñé el ojo izquierdo—. Ahora tengo que irme.

—¿Ya? —puso morritos.

Sentí mis mejillas arder. No pude contener la sonrisa.

—Ya —me esforcé por decir, apenas podía sentir mis pómulos —. No pongas esa cara, bebé. Pronto estaré de vuelta.

Bia se apartó de mi regazo y me vio recomponerme, levantarme y despedirme.

—Puedes visitarme cuando quieras, señora Mitchell.

—Oh, menos mal que me lo permites —ironizó.

—Yo te aconsejaría quedarte unos días más aquí, hasta que los paparazzi dejen en paz tu imagen.

—No lo harán. Créeme, en Brasil cuando estalla un chisme así... —puso los ojos en blanco.

—Entonces solo nos veremos dentro de una semana.

Bia volvió a hacer aquel puchero. Me daban ganas de cogerla en brazos.

—Échame de menos.

—Ya lo estoy haciendo —cruzó los brazos.

—Y sobrevive —bromeé.

—Ah, ya he pasado por cosas peores, esto va a ser pan comido.

Beatriz Rodríguez

Después de que Héctor regresó a la parte más concurrida de la ciudad, terminé de conocer la casa. Luego fui a ver a Yone y preguntarle si necesitaba que hiciera algo.

—¡De ningún modo, señora! ¡Todo está en orden!

—Estupendo. Entonces, ¿en qué puedo ayudar? —insistí.

—Pero señora, nosotras...

—Por favor, Yone, quiero ayudar. Es una oportunidad para poder conoceros.

—No sé bien qué podría hacer usted...

—Bia, ¿recuerdas? Me llamo Bia.

—Sí, señora Bia... bueno... yo...

—Yone, mientras piensas en algo, dime una cosa. No vi al hijo de Héctor en el almuerzo y aún no ha salido de su cuarto. ¿Cuándo lo veré? —me senté frente a ella.

—Bueno, señora, el chico Mitchell no sale de la habitación. Toma sus comidas allí dentro.

—¿En serio? —no oculté mi sorpresa—. ¿Y no os parece extraño?

—Bueno... lleva mucho tiempo siendo así. Así que a ninguno nos extraña.

—Hum... ¿y qué le gusta comer? Podría prepararle algo especial para la cena, ¿qué te parece?

Yone me dedicó una amplia sonrisa. Creo que al notar mi interés por Anthony se sintió más segura y contenta de tenerme

cerca ayudando, y eso era justo lo que yo necesitaba.

Quería sentirme parte, hacerme presente, ayudar en lo que fuera posible.

Así que fuimos a la cocina y preparé una lasaña a la boloñesa bien jugosa. Como me sentía algo oxidada, pedí ayuda a mi madre, que enseguida me fue guiando por videollamada.

Se quedó completamente horrorizada al descubrir que la cocina de la mansión era más grande que nuestra casa en el interior de Minas.

El lugar era realmente enorme.

Con horno de leña, varios fogones, neveras, congeladores y todo tipo de aparatos que una cocina necesita, parecía equipada para una fiesta de gala con doscientos invitados.

Y así seguimos, mi madre asombrada, yo manchándome entera y compartiendo confidencias con Yone, Hillary desaparecida, seguramente en su cuarto, y los demás empleados algo intimidados por mi presencia al principio. Pero los conquisté antes de que la lasaña saliera del horno, y eso era lo que importaba.

En la cena me senté a la mesa junto con Hillary y Yone, que negó mil veces y solo se sentó porque no dejé de insistir. Ninguna señal de Anthony.

—No vendrá —Amanda se sentó a la mesa junto con la noticia.

Dios me perdone, pero no podía tragar a esa mujer.

—Está bien, se la llevo yo —me ofrecí.

—No quiere —dijo con un tono completamente áspero y, diría yo, hasta grosero—. No quiere verte y mandó decir que «no quiere ninguna mierda que venga de ti».

Yone se quedó boquiabierta.

—Es un preadolescente, tiene las hormonas a flor de piel, vamos a darle un descuento al chico —Amanda se rió como si aquello fuera una travesura infantil y probó mi lasaña—. Uf, menos mal que no la quiso, ¿quién ha hecho esta porquería? —se levantó, tiró tenedor, servilleta y todo sobre el plato—. Necesito enjuagarme la boca, con permiso.

Me encogí en la silla, completamente sorprendida por su reacción.

¿Había quedado tan mala?

Hillary no tuvo el valor de probar, así que Yone fue la víctima. Comió con miedo, masticó despacio y, cuando tragó, dejó la palidez a un lado y abrió una sonrisa enorme.

—Está riquísima, señora... Bia.

—¿Será que la parte de ella no quedó buena? —fue mi turno de probar.

Mira, no fue porque yo la cociné, debo resaltar que conté con la ayuda de mamá y la supervisión de Yone. ¡La lasaña estaba deliciosa!

—¿El personal no viene a cenar? —pregunté a la gobernanta.

—Oh, no, señora... Bia —siempre tropezando con la forma de dirigirse a mí—. Los empleados no pueden sentarse a la mesa...

—Qué horror. ¿Quién dijo eso? —le pregunté.

Nos quedamos mirándonos un largo rato. Al parecer, ella no sabía la respuesta.

—Bueno... ha sido así desde... ¿la Edad Media? —rió—. ¿Desde la época de Egipto? —entonces reímos juntas—. Sinceramente no lo sé. No es su casa, es la casa de los Mitchell —se justificó.

—¿La casa de los Mitchell en la que vosotros pasáis más tiempo que ellos? Están aquí todo el día y ¿no pueden sentarse en

esta mesa enorme a cenar? Vamos, Yone, haz una excepción, no hay nadie más aquí, llama al personal para que coma.

—Está usted aquí. Usted es la dueña de la casa —volvió a justificarse.

—Entonces, como dueña de la casa, pido que vengan a comer, por favor.

—¿Señora, está segura?

—Bia, solo Bia —insistí—. Llámalos a todos, por favor.

—Sí, señora.

—Y, Yone, guarda un trozo de la lasaña que hice, ¿sí? Guárdalo para Anthony, por si cambia de idea...

Ella sonrió con dulzura.

—Por supuesto, señora.

Y así, cenamos.

La mesa se llenó, todos probaron de la comida que ellos mismos habían preparado y nos divertimos compartiendo historias del pasado.

Conté que una vez me caí del caballo, Yone recordó cuánto quería a Serena y lo amable que era, y no paró de elogiarme, diciendo que yo conseguía ser aún más amable que ella. Me pareció un poco exagerado, pero igual lo agradecí.

Al final ayudé a recoger la mesa y regresé junto a Hillary, que estaba en el vestíbulo mirando por una de las grandes ventanas.

—¿Qué ha sido eso ahora? —masculló.

—¿Qué? —miré por la ventana.

—No, no afuera —su tono seguía siendo gruñón—. Tú. Invitando a esa gentuza a comer en la mesa con nosotras, haciéndote la sirvienta y cocinando la comida favorita del crío...

Me mordí el labio inferior. ¿Qué había hecho mal?

—Eres su mujer, joder. No la criada. Tiene como siete cocineras, diez personas para limpiar la casa, cinco hombres para cargar cosas, unos treinta guardias... ¿y tú quieres mezclarte?

—No veo qué tiene de malo —me detuve a pensarlo un momento—. Me gusta sentirme útil.

—¡Te estás rebajando! Despierta, amiga, ¡tú eres la cima de la cadena alimenticia aquí! Ni siquiera deberías tener que mirarlos. Ellos son... empleados —Hillary puso una cara de asco.

¿Será que había olvidado que éramos strippers? ¿Que era exactamente así como los demás nos veían, o incluso peor?

Me despedí de Hillary para no calentarme la cabeza y subí a mi cuarto.

Intercambié algunos mensajes con Héctor para asegurarme de que estaba bien y le conté la aventura de mi primer día como señora Mitchell en aquella casa.

Él solo se rió y dijo que yo era un encanto, insistiendo en que no necesitaba hacer aquello.

Expliqué mis motivos y él estuvo de acuerdo, pero me pidió que dejara trabajar a los demás y que hiciera poco, muy poco, casi nada.

Y así fue que, después de un día agotador y de buen trabajo —además, yo estaba tan feliz de hacer algo—, me dormí.

O mejor dicho, intenté dormir.

Me desperté unas horas más tarde con un ruido bastante macabro.

Era una especie de lamento, viento, algo ruidoso y al mismo tiempo aterrador. Fue una sensación horrible.

Me escondí bajo el edredón y, cuando el ruido cesó, corrí a encender la luz.

Entonces el ruido volvió y yo volví a meterme corriendo bajo el edredón.

¿Qué demonios era aquello?

Miré el móvil: eran las doce y media. Qué macabro. Qué siniestro. ¡Qué rabia! ¿No podía haber sido a las nueve, después de la cena? ¡Maldita sea!

Salí de la habitación para ir hasta donde estaba Hillary y ver si también había oído aquello, pero por el camino casi me dio un infarto con el ruido.

Me pegué a la pared y recé a Dios, pidiendo que, si había llegado mi hora, fuera rápido y sin mucho dolor.

No pasó nada.

—¿Qué es esto? —murmuré.

Caminé por la mansión a oscuras, con las pocas luces naturales que se colaban por rendijas de las cortinas e iluminaban algunos pasillos.

En algún momento, no sé cuándo, decidí seguir el ruido.

¿Fue una locura? ¿Un instante de completa insensatez?

No lo sé, solo sé que fui.

Y cuanto más me acercaba, menos parecía viento o lamento y más algo comprensible.

Ahí sí que casi me muero del susto.

Vi una ventana entreabierta y el viento golpeando contra ella; el crujido del marco y el golpeteo eran escalofriantes. Al menos una parte de aquel alboroto quedaba explicada.

Cerré bien la ventana y seguí mi camino de regreso al cuarto.

Entonces fue más nítido: escuché un llanto.

Me di la vuelta, todavía dudando de mi propia cordura, y seguí el sonido. ¿Por qué demonios tenía que ir? ¿Por qué no volvía a la habitación, ponía música relajante y dormía? Era más fuerte que yo.

Avancé por cinco largos pasillos y solo me detuve cuando escuché con claridad:

—¡No me desobedezcas! —la voz era femenina y muy firme.

—¡No! —se oyó una voz más infantil.

—¡No te atrevas a actuar contra mí, mocoso! ¡Sabes las consecuencias!

Entonces el llanto volvió.

No era un llanto de rabieta ni para llamar la atención. Era un llanto de desesperación. Y yo sabía perfectamente diferenciarlo.

—Cuando vuelva por la mañana quiero ver este plato vacío —reprendió.

Después escuché unos chasquidos y el llanto se intensificó.

El chico armó un escándalo, gritó de dolor.

Pensé, lógicamente, que llamaría a su padre. ¿Hay algo más común que eso? Pero no lo hizo. Solo lloró.

Al darme cuenta de que Amanda salía de la habitación, me escondí detrás de una de las cortinas y recé para que aquella víbora no me viera.

Y no me vio.

Se marchó, con el *tac tac* de sus tacones alejándose, y me dio un poco de paz.

Bueno, no tanta paz así, porque al fin y al cabo había un lamento desgarrador en aquella habitación.

¿Y entonces, qué hacer?

¿Marcharme, dormir y fingir que no había pasado nada? ¿Entrar, intentar comprender la situación y conocer a Anthony?

Y la pregunta que no me dejaba en paz: si yo era la «dueña de la casa», ¿por qué era yo la que estaba escondida detrás de una cortina?

Qué locura.

En la duda, entré en la habitación.

No fui educada, perdón mamá, no llamé a la puerta.

Giré el pomo y espié por el pequeño hueco que la puerta me permitía.

Vi dos lámparas de lava, una a cada lado de la cama, que teñían la habitación de una luz rojiza que, debo admitir, resultaba siniestra.

Una parte de mí me pedía cerrar la puerta del infierno y salir corriendo. La otra me obligó a estirar el pie, entrar y cerrar la puerta.

El niño se escondió bajo el edredón.

Empezó a llorar bajito y, a medida que me acercaba, era evidente que temblaba.

¿Se pensaría que yo era Amanda?

—Hola —dije en voz baja, con el tono más reconfortante que pude, incluso levantando la mano como si saludara—. No soy Amanda...

Eso hizo que el niño dejara de temblar, aunque no de llorar.

—¡Vete!

Me quedé quieta en el mismo sitio. Tenía razón, debía irme, estaba invadiendo su intimidad. Pero era más fuerte que yo.

—Está bien... solo quería saludarte...

—Ya lo hiciste. ¡Vete! —insistió.

El rechazo. Claro que no esperaba un abrazo, un beso de bienvenida ni saltos de alegría. Pero tampoco esperaba, desde luego, ese tono de desprecio.

—¡He dicho que te vayas! —sacó la cabeza de debajo del edredón y me fulminó con la mirada, furioso.

Respiraba agitadamente, los hombros subían y bajaban, las lágrimas le corrían por el rostro.

Preferí no imaginar cómo sería Anthony para dejarme sorprender al verlo. Y era igual que su padre, y aun así me sorprendí.

Tenía la piel muy clara, los ojos grisáceos de Héctor, aunque más grandes, mucho más inocentes, y por supuesto, húmedos. Era algo más enclenque de lo que habría imaginado para un hijo de Héctor.

Tenía la cara roja, y desde donde estaba podía ver que el hombro estaba marcado, como si le hubieran pegado con un cinturón en la espalda.

—¡Vete! —ordenó una vez más.

Anthony tendría que perdonarme, pero yo era la adulta. Y no me iba a ir.

No sin respuestas.

—Me llamo Beatriz. Creo que tú...

—¡Sé quién eres! —dijo completamente alterado—. ¡Tú le robaste a mi padre!

Di un paso atrás. ¿Qué? ¿Yo qué?

—¡Ya no me quiere por tu culpa! —me condenó.

Ni siquiera me dio tiempo a contestar.

—Ant... —intenté.

—¡Tú eres la mujer mala que vino a destruirlo todo! —escupió.

Cogió el portátil que estaba sobre la cama y lo lanzó con todas sus fuerzas contra mí.

Por suerte, o por desgracia, el aparato cayó a medio camino.

Entonces Anthony y yo nos quedamos mirándonos como dos pistoleros del lejano oeste antes del duelo, esperando a ver quién dispara primero y acierta al otro.

—Si yo soy la mujer mala, ¿qué es la mujer que te hizo esto? —le pregunté.

Desarmado. Bang bang.

Anthony se quedó completamente cortado. Me miró, bajó los ojos y luego miró el portátil caído.

Por un instante pareció que su furia disminuía.

Entonces fue mi turno.

Di un paso hacia delante.

—¡No! —rechinaron sus dientes.

Nos miramos fijamente. Como dos enemigos declarados de octavo de la ESO que se encaran en el comedor cuando se dan cuenta de que, por mucho que uno se crea superior al otro, siguen estudiando, comiendo y usando el mismo baño.

Di otro paso más hacia él.

—¡Te lo prohíbo! —dijo con un tono muy autoritario.

Recordaba mucho a su padre.

—¡No me vas a hacer daño! ¡No me vas a hacer daño! ¡No lo permito!

Repetía aquello más para sí mismo que para mí. Y mientras tanto, recogí el portátil del suelo, lo puse en la cama y me senté a su

lado.

Anthony, con sus ojos enormes —solo superados por los míos, que eran más expresivos—, me miraba como si yo fuera su peor pesadilla. La peor mujer del mundo. Como si prefiriera ver al mismísimo diablo con la camiseta de la selección alemana con el 7–1 bordado en la espalda, y no a mí.

—Vete... —esta vez no lo gritó, lo pidió. Como un ruego de piedad.

Nuestros cuerpos estaban separados apenas por unos centímetros. Y, Dios, el chico temblaba de verdad.

—No me voy a ir, Anthony —tuve que decepcionarle en ese instante—. No puedo. No quiero. No he venido a quitarte a tu padre. No he venido a destruir nada. No he llegado aquí, Anthony, para hacerte daño —expliqué con calma, conteniendo mis emociones y mi miedo.

Él siguió temblando y mirándome.

Después se lanzó contra mí.

Todo lo que hice fue cerrar bien los ojos y esperar a que el dolor apareciera de algún sitio.

Y apareció.

Eran sus pequeñas uñas clavándose en mis brazos.

Anthony me agarró de un modo inexplicable. Me sujetó como si yo fuera su único apoyo de supervivencia en medio de la tragedia del Titanic y de las aguas heladas. Su cuerpo se derrumbó en mi regazo con desesperación, como si me pidiera absolutamente todo, y yo me sentí insegura, preguntándome si podía darle lo que quería... o lo que necesitaba.

Lloró.

Era un llanto que pedía auxilio. Era desesperado.

Pero estaba en mis brazos, aferrado a mí, con la cabeza escondida en mi regazo, el cuerpo temblando.

—Ayúdame —suplicó entre sollozos.

—Estoy aquí —acaricié su cabello con ternura.

—Tengo hambre —temblaba.

Capítulo 15

Beatriz Rodríguez

Me gustaría, de corazón, decir que Anthony dejó de llorar y que todo salió bien.

El chico no paró. Lloró, lloró y lloró tanto que me quedé sin reacción.

Durante un rato lloré con él, me dejé arrastrar por el momento y las lágrimas me corrían por la cara. Luego intenté recomponerme, pero él no lo hizo. Estaba bien, necesitaba tiempo. Se aferró a mí, en la misma posición, y lloró todo lo que tenía que llorar.

Aquello se alargó mucho.

—Tienes que beber agua —miré alrededor y vi una jarra encima de una mesa.

—No —me pidió, impidiéndome levantarme.

Y volvimos a la casilla de salida. Nos quedamos allí, en completo silencio, acompañado de vez en cuando por algún sollozo, una tripa que gruñía y la respiración entrecortada del niño.

—He preparado tu plato favorito hoy y me han dicho que no querías comer —dije con el tono más suave que encontré, porque si repetía las palabras que había oído...—. ¿Qué cenaste?

—No cené.

—¿Y por qué no cenaste?

Anthony no me respondió.

Se tumbó boca arriba y se quedó mirando al techo.

Era demasiado orgulloso, igual que su padre. No daría su brazo a torcer. Jamás me pediría comida.

—¿Quieres que te traiga la lasaña? —pregunté, y se me escapó una sonrisa tonta; era bonito verlo aferrado a mi mano.

Asintió.

Cuando fui a levantarme, me sujetó, dividido entre mi presencia y el hambre.

—Es un momento. Voy y vuelvo enseguida, ¿vale?

Le costó decidirse, pero me dejó ir.

Hice el menor ruido posible, aunque el maldito microondas soltó ese pitido insoportable cuando calenté la lasaña. Puse una ración generosa en el plato, llené hasta arriba el vaso más grande que encontré de zumo y lo llevé al cuarto del niño.

Comer no es la palabra. Anthony devoró, como si llevara días sin probar bocado.

Comió tanto que acabó mareado, se tumbó de forma torpe y se quedó con los ojos entrecerrados.

—Estás cansado, ¿verdad? —pregunté.

—Ajá...

—¿Qué hiciste en todo el día?

—Dormí.

Qué chico más raro, de verdad.

Ahora era mi estómago el que rugía y no había quedado ni rastro de lasaña. Miré alrededor y vi el plato de sopa que, por lo visto, él se había negado a comer. No era la comida más apetitosa que había visto en mi vida, ni tampoco la peor... pero podía competir de tú a tú con lo peor, sí.

—Duerme, ¿de acuerdo?

—Vale.

El chico había comido tanto que quedó en un estado de hibernación.

—Si quieres, mañana vuelvo, a una hora en que nadie nos vea, ¿de acuerdo?

Asintió y se quedó dormido sujetando mi mano.

En cuanto su sueño se hizo más profundo, cogí aquel plato de sopa y lo devoré igual, porque tenía hambre. Y era hambre de verdad, porque para comer aquella cosa tan horrible realmente había que estar muerta de hambre.

Dejé el plato vacío sobre la mesa, cogí el que había sido una lasaña y el vaso de zumo, y me fui a la habitación. Ni fuerzas tuve para llegar a la cocina.

Y entonces sí, me dormí.

Héctor Mitchell

Beatriz no me respondió.

Llamé diez veces el sábado, por la mañana, por la tarde y por la noche, y nada.

Por desgracia tenía tantos compromisos que no podía volver a la mansión. Yone me tranquilizó, diciendo que ella se había esforzado bastante el día anterior y que había decidido tomarse el día para descansar.

¿Pero entonces por qué no me contestó en todo el domingo?

—Vamos, Bia, contesta —golpeé el suelo con firmeza.

Nada. Absolutamente nada.

Anthony estaba bien, la tal Hillary también, y ella dormía como la mismísima Bella Durmiente.

¿Qué demonios...?

El lunes estaba listo para ir a la mansión y averiguar qué había pasado.

Entonces Beatriz me contestó.

Yone la había llevado al hospital: estaba deshidratada, muy mal, conectada al suero, incapaz de beber o comer nada, como si tuviera la garganta cerrada.

Fui corriendo al hospital.

Ignoré los compromisos, dejé que Alex y el vicepresidente de Mitchell & Smith resolvieran los problemas y fui a su encuentro.

Beatriz estaba pálida, parecía haber perdido unos cinco kilos y su expresión no era la mejor.

—¿Puedo quedarme a solas con ella? —pedí, y el médico lo respetó; sacó a Yone y a Hillary de la sala—. ¿Estás bien? —le tomé la mano.

Asintió.

Iba a decir algo, pero me tembló el labio.

No podía perderla. Joder. Justo ahora que...

Justo ahora que había abierto un pedazo de mi vida, algo que no había compartido con nadie desde Serena, ¿tenía que darme un susto así?

—¿Qué pasó?

—No lo sé —hablaba con dificultad.

Y yo no iba a forzarla, ni de lejos.

—Bia, no puedes esforzarte. Ya te lo dije, tengo muchos empleados por eso, son ellos quienes hacen todo el trabajo. No hace falta que...

Me interrumpió.

—Quise hacer algo especial para Anthony.

Me quedé sin palabras.

Yo, que había sido entrenado para tener siempre una respuesta en la boca.

—Hiciste lasaña a la boloñesa —dije.

La emoción apareció de no sé dónde, pero apareció.

Yo era quien le hacía la lasaña a la boloñesa, pero de eso hacía tanto tiempo... Dos años, creo. La última vez que la preparé...

Era el plato que a su madre le encantaba y que comía todo el tiempo durante el embarazo.

—¿Y qué le pareció? —pregunté.

—Le encantó —rió—. Se lo comió todo.

Bia cerró los ojos. Era evidente que estaba cansada.

Al menos sus latidos se mantenían en un ritmo estable, así que no me alarmé.

—Voy a dejarte descansar —besé el dorso de su mano. Luego su frente—. Por favor, no seas terca, hazme caso. No te esfuerces, ¿de acuerdo? Has estado en un lugar donde el viento es más frío por la noche, te exigiste demasiado, descansa y todo saldrá bien.

—Gracias, amor —dijo, y volvió a cerrar los ojos.

Amor.

Que me llamara amor.

La primera vez después de tantos años.

De una manera genuina, altruista e inesperada.

Aquello me removió mucho más que oír mi nombre en su boca, más que el placer de verla y sentirla gemir, entregarse a mí...

Fue único.

Me quedé allí una hora más, lo máximo que pude, hasta que Alex me llamó desesperado, suplicando que fuera a arreglar unos cuantos desastres.

Gajes del oficio.

Fue difícil dejarla en la cama del hospital, pero sabía que estaba en buenas manos. El doctor Pietro había sido mi compañero en la facultad, cursamos juntos una asignatura, y yo sabía que podía confiar en él. Siempre tuvo un carácter íntegro y responsable, incluso en la etapa más loca de un universitario americano.

—Avíseme de cualquier cosa —lo encaré, con su bata blanca y el pelo rubio engominado hacia atrás—. Cualquier información que quede entre Bia, Yone y yo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Le sujeté el brazo a Pietro.

—¿Está embarazada? —arqueé la ceja.

—No, eso no. Pero aún estamos analizando la sangre para algunas pruebas —dijo con la mayor profesionalidad.

—Bien. Manténgame informado.

Beatriz Rodríguez

¿Dónde estoy?

Hay un hombre vestido de blanco aquí.

Oigo su voz de manera borrosa, confusa y extraña.

El hombre me abre la pupila y me irrita cuando me obliga a mirar una luz muy fuerte. Hace lo mismo con el otro ojo.

Aun así, me mantengo inconsciente. O no del todo... mi cabeza parece funcionar, de algún modo.

—Curioso —dice al enfermero a su lado, que toma nota de todo.

—¿Qué es curioso, señor?

—Ha sido envenenada —dictamina—. Pero si todos comieron lo mismo esa noche, ¿qué lo provocó?

—¿No sería inyectado? —el enfermero se acerca, el médico lo detiene.

—No hay marcas en el cuerpo.

El enfermero lo anota en la tablilla.

—Quienquiera que lo haya hecho, realmente quería tumbar a la señora Mitchell.

¿Perdón? ¿Tumbarme? ¿Quién querría tumbarme?

Ah, claro, solo mi suegra, su hija y un buen puñado de señoritas de la alta sociedad a quienes arruiné el futuro con el multimillonario del sector energético. Poca gente como para preocuparme.

—¿Y qué es lo curioso? —insiste el enfermero.

—Sea como sea que esta mujer haya sido envenenada, la dosis sería capaz de matar a un niño —afirma.

Estoy inconsciente, pero se me eriza toda la piel.

—Entiendo —el enfermero anota en la tablilla.

—La señora Mitchell es una mujer muy fuerte y sana, gracias a Dios. Aguantó el golpe.

—¿Le diremos algo a ella? —pregunta el enfermero.

—Solo al señor Mitchell —informa el médico—. Un caso así es grave y él debe estar al tanto. Asegúrese de que la señora Mitchell consuma muchas vitaminas; vamos a centrarnos en mantenerla bien hidratada.

—De acuerdo.

—Y... —hace una pausa dramática—. Redoblaremos el cuidado con cualquier alimento o bebida que la señora Mitchell vaya a consumir aquí —su tono con el asistente es severo—. Si es necesario, que alguien pruebe la comida antes que ella.

—Sí, señor —el enfermero se muestra sorprendido, pero termina de completar toda la información.

Al minuto siguiente el médico sale de la habitación y yo vuelvo a dormir profundamente un rato después.

Solo consigo preguntarme si Anthony está bien.

Capítulo 16

Beatriz Rodríguez

Mi recuperación tardó más de lo que yo quería.

Todavía pasé diez días en el hospital. Y cuando volví a la mansión de Héctor en los Hamptons, tuve como una especie de recaída. No sé si fue el clima, un poco el trauma o vaya a saber qué, pero me dejó en cama todo el día.

Y Héctor se quedó conmigo todo el día, sentado al lado de la cama, observándome como si fuera mi propio médico.

Se aseguró de que comiera, bebiera y me ayudó a ir al baño.

Fue bastante humillante. Me sentí muy avergonzada, debo admitirlo.

—No fue para esto que te casaste conmigo, ¿verdad? —intenté disimular el dolor con una pizca de humor.

—¿De qué estás hablando? —replicó con esa seriedad cariñosa suya.

—No para cuidar de una mujer enferma —me reí de mi propia desgracia—. Tú necesitabas...

—No seas tonta —Héctor me dio un leve pellizco en la mano —. ¿Estás segura de que no quieres volver al hospital?

—Segura.

—Allí te trataron bien, ¿verdad?

—Sí.

Héctor asintió con cautela; era evidente que me estaba analizando.

—Me casé contigo porque vi algo especial. Una desconocida increíble que podía ser mi amiga y compartir cosas conmigo.

Aquello fue muy amable por su parte.

—Y compartir significa abrirse y contar secretos.

Asentí.

—Ahora que estamos aquí, me gustaría preguntarte algo. No me lo tomes a mal.

Fruncí una ceja.

—¿Consumes drogas, Bia?

—¿Qué?

—Tranquila, no te estoy acusando de nada.

—No, claro que no, mi compañera de cuarto murió por eso. ¿No te acuerdas?

—Sí, lo sé. Y partiendo de esa base... ¿antidepresivos? ¿Los tomas?

—No, no los tomo. ¿Debería?

No conseguía enfadarme ni tensarme con él. Además, el tono de Héctor era menos inquisidor y más preocupado. Aun así, en el fondo me quedaba un regusto amargo, como si me juzgaran por algo que no recordaba haber hecho.

—El médico cree que tuviste una sobredosis de antidepresivos o que fuiste envenenada.

—Hmmm...

—¿Consigues recordar algo de ese día? —preguntó, y negué con la cabeza—. ¿Segura, Bia?

—Solo que llevé lasaña a Anthony y después me fui a dormir...

Héctor asintió.

—Descansa.

—Yo no intenté matarme, Héctor —necesitaba decirlo. No sé, no sé si fue él quien dio a entender eso o si estaba loca—. No me tomé un montón de antidepresivos, ni siquiera tengo receta para comprar esos medicamentos...

Héctor me sostuvo la mano con ternura y acercó su rostro al mío.

—Confío en ti.

—Gracias.

—No olvides lo que acordamos.

—Nada de esforzarme, de cargar peso ni de andar merodeando por ahí de noche, lo sé —puse morritos.

—Buena chica. Tienes que cuidarte.

—Quiero mejorar. Quizá así vuelvas a destrozarme como aquella vez —se me escapó, y me puse toda roja.

Héctor rió y empezó a hacerme cosquillas.

—Sabes... desde entonces no lo he vuelto a hacer... y tengo ganas —le sujeté del brazo.

—Sí. Yo también llevo la misma abstinencia.

Me quedé de piedra cuando lo confesó, y creo que mi expresión lo dejó bastante claro.

—Creo que ya conoces los términos del testamento de mi padre. No puedo acostarme con otras mujeres.

—Estoy alucinada de que no hayas buscado la manera de escaparte alguna vez —me reí, aunque por dentro no me hacía

ninguna gracia.

—Lo perdería todo si cometiera un desliz así —me besó en la frente, y aquello me hizo sentir especial.

Entonces Héctor se levantó; yo sabía que tenía que ir a ocuparse de asuntos en Mitchell & Smith.

—Me lo imagino. Tu padre estaba un poco loco, ¿no? Un paso en falso y pierdes toda la fortuna y el cargo en la empresa... —dije.

—Tú también formas parte de ese todo, Bia. No lo olvides.

Me saludó con la mano y salió por la puerta.

Cené en la cama, leí un libro en el Kindle, regalo de Héctor, y poco a poco me fui quedando dormida.

Héctor prácticamente me aisló: por el momento solo Yone y él podían verme. Ni siquiera me encontré con Hillary después de volver a casa.

Así que, sola en la habitación, sin nadie con quien hablar —al fin y al cabo, la pobre Yone también necesitaba descansar—, me dormí.

En algún momento de la noche me desperté asustada, me incorporé de un salto en la cama.

El pelo y hasta los vellos que no tenía se me erizaron al ver una sombra en la oscuridad.

Entonces Anthony encendió la linterna del móvil apuntando a su cara y ahí casi me muero del susto.

—¿Quieres matarme de un infarto? —lo reprendí, aunque con un tono cariñoso—. ¿Y estas son horas de levantarse de la cama?

—Dijiste que volverías «mañana» y nunca volviste —dijo.

Contuve la respiración y me quedé paralizada, la boca entreabierta, con el gesto completamente sorprendido mientras lo miraba en su pijama azul marino de naves espaciales y estrellas

fugaces. Era una noche muy fría, sus mejillas estaban bien sonrojadas... parecía una escena sacada de una película o de una novela americana.

Bueno, claro, estábamos en América.

—Tuve unos contratiempos...

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Sin saber muy bien qué decirnos.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

—No, claro que no. Ven aquí.

—No pensaba irme de todas formas —Anthony se encogió de hombros—. Si tú no respetas mi privacidad, yo no respeto la tuya. Aquí estamos en América —dijo con la nariz en alto y se subió a la cama.

Se tumbó y me abrazó, pegándose a mí.

Y yo, rígida como una tabla, me quedé quieta, sin saber muy bien cómo reaccionar.

—¿A qué hora tienes que despertarte mañana para ir al colegio?

—No voy al colegio —me explicó—. Son mis tutores los que vienen a darme clase.

Claro, como si este futuro pequeño CEO fuera a ir a la escuela con los mortales, ¿no? Qué ingenua soy.

—Ajá... ¿Y cómo han sido estos días por aquí? ¿Has comido bien?

—No.

—¿No?

—Cuando como, sobre todo por la mañana, me entra mucho sueño. Entonces solo me despierto por la noche, cuando ya no queda nadie despierto —explicó.

Qué cosa más curiosa.

—Yo estoy despierta por la noche.

—Sí —me abrazó con mucha fuerza.

—¿Y qué has hecho entonces?

—Desde aquel día hago lo mismo que tú. Robo comida por la noche, bien escondido, para que nadie se dé cuenta —me explicó—. Y voy comiendo durante el día. Tiro la comida que me dan al váter. Y finjo que duermo todo el día.

¡Madre mía, qué niño tan listo! Me quedé pasmada.

—No es robo si eres el dueño de la casa, ¿verdad?

—Tú eres la dueña de la casa —replicó; no parecía del todo cómodo, pero tampoco lo veía como la peor opción.

—Entonces te prometo que no te van a detener por robar comida en tu propia casa, ¿vale?

—Gracias.

Abracé a Anthony con fuerza.

Nunca tuve mano para los niños, ni siquiera sabía dónde estaba el botón de apagado cuando hacía falta. Pero era imposible no compadecerse un poco de aquel chico.

—Esa es mi madre —señaló el cuadro.

Asentí de inmediato.

—Era muy guapa —comenté.

—Sí.

—Anthony, ¿qué te parece si vamos a robar comida abajo ahora mismo?

—Yo ya he robado la mía, pero voy contigo para ayudarte, ¿vale?

—Vale.

Y me abrazó con mucha fuerza.

—Te gustan los abrazos, ¿eh? —le hice un lento cariñito en la cabeza.

—Antes de ti no tenía a nadie a quien abrazar.

Dos delincuentes, un niño de diez u once años y una mujer adulta, bajaron las escaleras a escondidas. Miraron de un lado a otro para asegurarse de que no los vieran y, de puntillas, se dirigieron a la cocina.

Abrieron una de las neveras y revisaron qué resultaba apetecible para robar aquella noche.

Hasta que la luz se encendió.

—Yone —suspiré aliviada, con la mano en el pecho, todavía paralizada, aunque divertida con el jueguecito junto a Anthony.

—Beatriz —sonrió tranquila—. Escuché un ruido y vine a ver qué era...

—Ah, sí.

—En realidad, creo que Yone también venía a robar comida —valoró Anthony.

Y así, tres personas completamente distintas se sentaron en los taburetes de la cocina a comer: una mujer de más de cincuenta, yo con veintidós y Anthony con sus once.

Yone preparó un té y se comió unas galletas, yo me conformé con agua y una de las comidas en táper que habían preparado especialmente para mí, y Anthony tomó un poco de cacao caliente y se quedó dormido.

Mejor que durmiera, así quizá lograba regular su horario.

—¿Sabes cuánto tiempo llevaba sin salir de la habitación? —me preguntó Yone.

No tenía ni idea.

—Más de seis meses.

¿Cómo podía ese niño tener toda aquella casa a su disposición y pasarse encerrado tanto tiempo?

—¿Y cómo era antes? —pregunté.

—Siempre fue muy introvertido, callado y reservado. Se movía entre la biblioteca y la habitación, aunque pasaba mucho más tiempo en la biblioteca —explicó—. Por desgracia, en los últimos meses se fue aislando más y más... y cuanto más intentábamos acercarnos, más se alejaba.

Asentí; era suficiente para hacerme entender la situación.

—Creo que has conseguido cambiar algo —me felicitó.

Yo no lo veía así.

Al menos, no quería esa responsabilidad. Me daba miedo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No te has fijado en cómo te mira?

No, no me había fijado.

—Es como si... tú pudieras entenderlo... como si pudieras ayudarlo... Todos sabemos que Anthony no quiere decir qué le duele, pero de algún modo ha sentido que tú lo sabes. Confía en ti.

—¿Por qué piensas eso, Yone?

—Vaya, vosotros dos estabais aquí antes que yo. Narrando algo como si fuera un cuentecito... —me mostró lo que quería decir —. El niño Mitchell no es como los demás. Siempre fue muy adulto, maduró demasiado pronto, no haría ese tipo de cosas... Parece que tú despiertas lo mejor de él...

Negué con la cabeza.

Claramente aquello la incomodó.

—¿Qué ocurre, señora Mitchell?

Respiré hondo. Observé toda la cocina para asegurarme de que no había nadie más allí.

—No soy capaz de despertar lo mejor en nadie. Mucho menos en un niño...

—Bia... —me tomó de la mano.

Ese fue el combo que me desarmó. Estar frágil después de haber sido envenenada, que me llamara por mi nombre y que alguien me sostuviera la mano. Listo, quería derrumbarme. Pero no quería despertar a Anthony.

—Necesito admitir que tengo un poco de miedo —hice un puchero y tragué el llanto.

Yone arqueó una ceja, mirándome con compasión.

—Yone, algo muy grave está pasando...

—¿Qué, señora Mitchell?

—Anthony claramente está sufriendo algún tipo de abuso...

Ella no pareció nada sorprendida. Solo tragó saliva y siguió mirándome.

—Entonces se ha dado cuenta —murmuró.

Abrí los ojos de par en par.

—¡Yone!

—En mi defensa, debo decir que ella ejercía cierto poder sobre el señor Mitchell —se apresuró a dejar claro que no tenía nada que ver con aquello—. Ha estado dominándolo todo durante tantos años que muchas otras personas, yo incluida, ya dejamos de luchar. Es en vano.

—¿Y crees que yo tengo fuerzas para luchar contra ella? —seguí con los ojos desorbitados.

—Si me permite decirlo, señora Mitchell, usted ha anulado el efecto que ella tenía sobre él —entonces Yone esbozó esa sonrisa inglesa, escueta y fugaz, que dura menos de un segundo y se borra enseguida—. Me sorprende que lo haya notado tan rápido...

No quería, nunca lo había dicho en voz alta, pero...

—Yo también fui abusada de niña.

La expresión de la mujer pasó de compasiva a horrorizada, para luego volver a un gesto más afectuoso. Se levantó y me sostuvo la mano.

—No fue abuso psicológico, fue... fue...

—Shhh —pidió ella—. Señora Mitchell, debe descansar. Por favor...

—No puedo permitir que ese niño sea abusado, Yone —la miré fijamente a los ojos—. ¿Sabe qué hice toda mi vida después de que abusaran de mí? Intenté huir de todo. Del pasado. De mí misma. Cuando me gradué y conseguí algo de dinero, huí a São Paulo. Pero aun así me sentía como una nómada...

—Bia —me abrazó con fuerza.

—No conseguí encontrar un hogar en ningún lugar al que fui... sentía asco de mí misma... me sentía sucia, pesada, despreciable... veía a todos los hombres a mis pies y eso me hería; solo lo hacía por dinero, para poder vivir la ilusión de tener una vida increíble y poder decir que había vencido...

—Bia —me llamó de nuevo.

Ni me di cuenta de que estaba llorando a mares.

—Está bien —me abrazó—. Ahora ya está todo bien...

Seguí sollozando, atrapada en aquel abrazo que me dio cierto alivio, luchando contra los recuerdos que me arrastraban al abismo.

Ser abusada por alguien tan cercano, alguien que debería defenderte y en realidad se aprovechó...

—Todo cambió en mi vida cuando apareció Héctor —confesé —. Desde el primer instante siempre me trató como... una persona.

—Él es así con muy pocos —apuntó ella.

—Claro que hubo atracción y todo lo demás... pero... cuando estuve con él por primera vez... —empecé a negar con la cabeza—. Fue como enterrar el pasado y por fin sentir que ya no estaba sucia, ¿sabes?

—Bia —me llamó Yone—. Eres, de lejos, una de las personas más increíbles que ha entrado en esta casa. El señor Mitchell te eligió, y eligió bien. Debió de ser la mano de Dios.

—Solo fue casualidad —repliqué.

—A veces es bueno tener un poquito de fe, Bia. Y creer que incluso en las líneas torcidas Dios dibuja nuestra vida.

Asentí.

—Piensa que fue tu pasado tan doloroso el que te trajo hasta aquí. En el tiempo y lugar exactos para impedir otros abusos... Porque solo una persona como tú podría sentirlo y tener la fuerza para detenerlo. Así que no te aferres más a tus heridas...

—Eres muy buena con las palabras, Yone...

—¿Sabes? Llega un momento en la vida en que te das cuenta de que tienes casi la obligación de proteger a los más jóvenes, o al menos de darles apoyo, frente a lo que ya te pasó a ti. Y Anthony está aquí. Te necesita. Todos lo hemos intentado, pero ella era más fuerte. Ya no lo es. No contigo aquí.

—Gracias por tus palabras, Yone.

—Es lo mejor que consigo a la una y media de la mañana, señora.

Quise revelarle a Yone, en ese instante, que Amanda había intentado matar al niño. ¿Por qué? No lo sé. Pero lo había intentado. Yo lo sabía. La dosis que había puesto en aquella sopa era para tumbar al chico de una vez.

Pero me lo guardé para mí.

Capítulo 17

Héctor Mitchell

Yo dediqué toda mi vida a aquella empresa. Y en el cargo más alto de ella, me di cuenta de que había hecho poco, casi nada; Mitchell & Smith me necesitaba.

Ahora tenía que trabajar por mi padre y por mí. La jornada era pesada, necesitaba estudiar, leer, firmar los documentos, asegurarme de que las negociaciones fueran beneficiosas para todos los implicados, sobre todo para las dos familias fundadoras.

Tratar con socios, investigadores e incluso con el gobierno y sus enemigos era fácil. Lo difícil era lidiar con Geoffrey Smith.

Apenas llegué a mi despacho el martes, escuché la puerta abrirse y cerrarse a mis espaldas.

—Debería despedir al equipo de seguridad —anoté en voz alta y me giré para encararlo.

—No puedes impedirme entrar y salir de la empresa de mi familia —replicó Geoffrey.

—Sí que puedo —me humedecí los labios y lo miré de arriba abajo—. Espero que tengas un buen motivo para atormentarme a estas horas de la mañana.

—Lo tengo —dijo Geoffrey, indignado.

—¿Y bien?

—Atormentarte a estas horas de la mañana. Ese es el motivo.

Puse los ojos en blanco, me dejé caer en la butaca presidencial y lo miré con todo el desprecio que podía reunir en mis

ojos. Geoffrey merecía cada gota de mi desdén.

—¿Nunca te has preguntado por qué tu padre me puso como segunda opción en el testamento?

—Ya empezamos —me puse a revolver los papeles, viendo que no era más que otra de sus tonterías.

—Sé que no soy el más capacitado para dirigir Mitchell & Smith. Pero Gregory tenía una deuda conmigo, Héctor.

Seguí fingiendo que no estaba allí. Geoffrey arrastró la silla frente a mi mesa y se sentó.

—Una empresa no se compone solo de un buen líder y de su mano derecha, con talento para tratar con la gente y cerrar negocios —Geoffrey hablaba claramente de mi padre y de mí—. También se compone del hombre que permanece en la sombra ofreciendo juegos, distracciones y prostitutas a nuestros socios en los encuentros organizados por Mitchell & Smith.

—No vales nada —murmuré.

—Invertí una pasta considerable en las diversiones secretas que la empresa ofrecía a los peces gordos. Y no me fue devuelto. Tu padre me dijo que me pagaría todo en seis meses y aquí estamos: seis meses han pasado y él ya no está.

—Espero que tengas el recibo —me burlé.

Geoffrey respiró hondo. Sabía que podía reírme de él cuanto quisiera, pero cuando se trataba de dinero, ahí hablábamos de pelea de pesos pesados.

—¿Sabes qué es lo que no vale nada, Héctor?

—Estoy ansioso por que me ilumines —saqué uno de los contratos millonarios de la carpeta de prioridad para leerlo.

—Las mujeres.

Fue más fuerte que yo: levanté el rostro y lo encaré durante un segundo entero. Después volví al documento y me rasqué la

barbilla con el dorso de la mano.

—Mujeres que fingen amarte y te engañan, diciendo que harán todo por ti, cuando en realidad lo único que hacen es cobrar bien por ello.

Alcé los ojos, pero mantuve la cabeza inclinada. La tensión en el aire dejaba claro que aquella conversación no iba a terminar bien.

—Te admiro, nunca lo he ocultado. Eres un mito, el rey del lugar, la estrella, allá donde vayas. Tienes carisma, buena presencia, sabes manejar el dinero, a la gente...

—Gracias.

—Pero tienes un pésimo gusto para las mujeres...

Dejé el documento a un lado y apoyé los codos sobre la mesa, con la barbilla en los puños cerrados.

—Es ridículo ver cómo te aferras a un cuento de hadas. Ese vacío que llevas dentro, esa sensación de ser una mierda, que intentas llenar pagando a mujeres para que hagan lo que quieras con ellas... y claro que ellas se aprovechan, porque las mujeres son unas sanguijuelas.

—¿Cuál es tu problema, tío? —pregunté con calma para que pudiera procesar aquella pregunta tan difícil.

—Mi problema, Héctor, es que conozco tu punto débil. Y tengo un mapa de cómo destruirte. Pagaste a una mujer para que fuera tu puta del momento y ella te está exprimiendo el dinero, hasta que encuentre a otro a quien exprimir...

—¿Alguien como tú?

—Puedes apostar que sí —Geoffrey se levantó.

—¿Sabes, Geoffrey? Siempre pensé que tu problema era la polla pequeña. Pero ahora, mirándote bien de cerca, he visto lo que de verdad falla en ti.

—Estoy ansioso por escucharlo —hizo una imitación cutre de mí.

—Eres tan pequeño, tan infeliz, tan inmaduro e inseguro de ti mismo, que necesitas rebajar a los demás para que estén a tu altura y así sientes alivio al comprobar que no eres un inútil en soledad.

—Solo quiero mi dinero.

—¿O si no?

—O las cosas van a empezar a descontrolarse, Héctor.

—Te admiro en eso y solo en eso, Geoffrey. Te comportas como si no tuvieras miedo de morir. Un hombre valientemente estúpido.

—Digo lo mismo de ti. De tu padre. Y de esa puta de mierda tuya.

Beatriz Rodríguez

Me recuperé poco a poco.

Para no dar pistas de que algo se estaba saliendo de control, Anthony y yo seguimos con aquella rutina en la que fingíamos tener a la cobra bajo control y nos encontrábamos de madrugada para comer, ver algo juntos, leer una historia antes de dormir o simplemente comprobar cómo estábamos.

Mi mayor preocupación era cómo demostrar que aquella mujer había atentado contra la vida del chico.

No veía la manera de hacerlo.

Así que actué con cautela y dejé que los días pasaran, no sin vigilarla de cerca, seguir sus pasos y asegurarme de que Anthony no se hiciera daño.

Cuatro días después, cuando ya estaba completamente recuperada, decidí tirar la casa por la ventana.

Si yo era realmente la dueña de la casa, podía hacer lo que quisiera, ¿no?

Abrí las cortinas del cuarto de Anthony en cuanto salió el sol y lo vi dar un salto de la cama.

—Espero que hayas dormido bien —me acerqué a él y me senté en la cama—. Las cosas van a ser diferentes a partir de ahora, Anthony. Voy a tomar el control de todo.

El chico me miró medio adormilado, sin entender del todo lo que estaba pasando.

Le pedí que fuera a lavarse la cara y los dientes, y lo esperé fuera de la habitación.

—¿Qué está pasando? —salió en pijama, frotándose los ojos —. ¿Los rusos han invadido el país? —bostezó.

—Vamos a desayunar.

—Tengo unas galletas en el cuarto, podemos comer antes de que ella llegue.

Aquel ser era tan abominable que hasta pronunciar su nombre pesaba, por eso lo evitábamos.

—Nada de galletas. Vamos a tomar un desayuno de verdad, ven —le tomé la mano y bajamos a la cocina.

Las cocineras se quedaron boquiabiertas al ver al joven Mitchell de pie en la cocina, un lugar en el que jamás lo hubieran imaginado.

—¡Qué sorpresa tan agradable, señor! —lo colmaron de atenciones—. ¿Qué quiere desayunar?

Anthony me miró, como si me pidiera una sugerencia.

¿Qué iba a sugerirle?

Me agaché en cuclillas y lo miré muy seria.

—Me dijiste que todo lo que habías comido en los últimos meses te había sentado mal, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Me quedaba con mucho sueño y sin ganas de nada. Y también un poco feliz, sin motivo aparente. Pero después volvía a estar triste otra vez.

—A partir de ahora vas a prepararte tú mismo la comida.

Abrió los ojos de par en par.

—No hablo de nada complicado —le tomé las manos—. Te enseñaré a freír huevos, cocerlos, hacer tostadas...

—¿Y para la comida y la cena? —preguntó, curioso.

—Eso lo haré yo. Pero desde hoy nada de vivir solo a base de galletas, ¿vale? Necesitas alimentarte con cosas sanas. Si dudas o te da pereza, cómete una fruta.

—Está bien —respondió sin mucho entusiasmo—. ¿Me ayudas entonces a freír los huevos?

—Sí, ven, verás lo fácil que es.

Anthony ya era mayor y debería saber valerse por sí mismo. Claro que tenerlo todo en bandeja lo había malacostumbrado, pero aquello era por su propio bien. Él mismo sabía que no podía confiar en aquella mujer, mucho menos en la comida que le daba.

Y yo iba más allá en mi paranoia: ¿y si había otras personas implicadas con ella en hacerle daño al chico? Tenía que prepararlo y hacerlo independiente.

—¿Ves qué fácil es? —lo felicité cuando terminamos—. Eres muy inteligente y despierto, aprendes rápido. Y ahora, cada vez que tengas hambre, puedes venir y prepararte algo.

—Yo solo voy a tomar la leche o la mermelada que ellas estén usando —me confesó Anthony al oído.

—Aprendes rápido las cosas.

El resto de la mañana lo pasé en la biblioteca, observando de lejos cómo recibía clases de matemáticas y biología. Aproveché para coger algunos libros que podía leer sola y luego con él antes de dormir.

—¡Estoy muy feliz de que el joven señor Mitchell esté bien despierto y animado hoy, señora Mitchell! —el profesor de matemáticas no ocultaba su alegría—. No lo veía así desde hace… seis meses, creo.

—Espero que sea así a partir de ahora —respondí.

—¿Puedo darle una sugerencia?

—Claro, señor.

—El señor Mitchell y su hijo solían jugar al béisbol en la parte trasera de la propiedad. A ambos siempre les gustó mucho, pero hace tiempo que no los veo practicar. Creo que podría echar una mano para que eso volviera a ocurrir...

—Gracias por la sugerencia, lo haré, sí.

Así que pasé la tarde buscando la pelota y el bate de béisbol, pero no los encontré en ningún sitio.

Yone me confesó que Amanda los había tirado.

Entonces me empeñé en ir a una tienda de artículos deportivos y volver. Aunque fue una escapada exprés, me llevó unas horas.

Cuando regresé, había un ambiente extraño en la casa.

Subí las escaleras con cierta prisa, corrí por los pasillos, tuve que quitarme los tacones para ir más rápido y vi a ese ser que no podía ser humano intentando forzar la puerta del cuarto de Anthony.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —solté las bolsas y fui hacia ella.

—Necesito entrar —me miró como si no tuviera que darme explicaciones.

Oh, claro que me las debía.

—¿Y puedo saber por qué necesita entrar la señorita?

—Ya ha pasado la hora de que el señor Mitchell tome su medicación. Se vuelve muy inestable si no la toma.

—Bien. A ver cómo te lo digo, Amanda... no va a tomar ningún medicamento.

—¿Y quién lo dice?

—Yo. ¿No viste que mi boca se movía? —arqueé una ceja.

—¿Y con qué autorización? ¡He cuidado de este niño desde que volvió del hospital hace once años! ¡Soy casi como una madre

para él!

Oh, una furia ardió dentro de mí...

De no ser por la educación que me dieron mis padres, le habría dado una bofetada a esa mujer.

—Soy la madrastra. La esposa de su padre —respondí a la altura—. Debo valer un poco más que la casi madre —dibujé una sonrisa ladeada.

Amanda se puso morada.

Salió como un tractor, dispuesta a arrasar con lo que se cruzara en su camino.

Apenas puse la mano en el pomo, la puerta se abrió. Anthony me miró, algo pálido y asustado, y se asomó al pasillo para asegurarse de que aquella persona horrible ya se había ido.

—Has desaparecido —me mostró su enfado, puso mala cara y se fue a la cama.

Entré, cerré la puerta del cuarto y me acerqué a él.

—He comprado estas cosas.

—¿Qué es todo eso? —ni siquiera me prestó atención.

—Míralo tú mismo.

Anthony lo hizo con lentitud. Cogió las bolsas con total desinterés y echó un vistazo al contenido deportivo. Un segundo después abrió una sonrisa enorme y sacó enseguida la caja que contenía el bate de béisbol, la pelota y el par de guantes.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó, emocionado.

—Tu profesor de matemáticas dijo que te gus... —ni siquiera alcancé a terminar la frase. Se lanzó sobre mí con una intensidad tan repentina que casi me caigo de la cama.

Nos quedamos abrazados, yo completamente feliz por haber seguido el consejo del profesor al instante y aún más feliz al ver la

alegría de aquel niño desbordar.

Puede parecer una tontería, pero verlo sonreír de aquella manera era como ver la primavera del mundo.

—Y he comprado tres juegos. Uno para ti, otro para tu padre y otro para mí.

Anthony se rió.

—Con uno era suficiente. Una persona sujeta el bate, otra lanza la pelota y otra se coloca detrás con el guante...

—Entonces vamos a montar un equipo más grande —sugerí —. Con Yone, Hillary y algún amigo tuyo.

Anthony sonrió. Sus dedos pequeños se deslizaron por mi brazo hasta encontrar mi mano.

—No tengo amigos —dijo en voz baja.

El ser humano sufre de algo curioso que es la perspectiva.

Fíjate: cuando alguien padece cualquier cosa, inmediatamente se inferioriza, piensa «vaya, qué desgraciado soy, qué inútil» y empieza a dar vueltas en torno a su propio problema, como un perro persiguiéndose la cola.

Lo curioso es que cuando otro ser humano ve a alguien padecer, aunque sufra de lo mismo, no se concentra en dar vueltas a su propio problema, sino en la solución.

Por eso es importante exteriorizar los problemas en voz alta para que alguien los escuche.

Si tú no eres capaz de encontrar la solución, alguien lo será.

—¿Qué te parece si salimos a recolectar amigos por ahí?

—¿Cómo así? —se quedó intrigado.

—La casa es muy grande... mucha gente trabaja en ella... ¿y si encontramos algún amigo? —sugerí.

—No quiero ser amigo de esa mujer —Anthony dejó claro de una vez por todas que había un límite.

Y yo estaba de acuerdo con él.

—¿Pero y tu profesor de matemáticas? Fue él quien lo sugirió.

—¿El señor Krabs? —puso una mueca.

—Fue el señor Krabs quien dijo que sería bonito verte jugar otra vez. Dijo que te hacía feliz. ¿No crees que ese es un buen primer paso para ser un amigo?

—Sí.

Me parecía gracioso que Anthony tenía eso de Héctor: sabían ser monosilábicos y, aun así, muy encantadores.

—Entonces mañana, cuando el señor Krabs vuelva, ¿le preguntamos si quiere ser tu amigo?

—Sí. Pero si sale mal, digo que la idea fue tuya.

Capítulo 18

Héctor Mitchell

Mi regreso a la mansión de los Hamptons iba a ser el viernes.

Iba a serlo, en pasado, porque tuve que volver a toda prisa.

En medio de una reunión importante el miércoles, el móvil no dejaba de sonar. Como era Amanda, lo silencié y dejé que uno de los directores de departamento continuara con su exposición sobre las investigaciones que habíamos hecho en Europa con algunas energías renovables.

Aun así, la pantalla volvió a encenderse una, dos, tres veces.

Como era imposible concentrarme en la reunión con aquello, pedí disculpas y contesté el teléfono, extremadamente irritado.

El resultado fue mi regreso urgente a la mansión.

Amanda pintó un escenario apocalíptico que recordaba al meteorito que extinguió a los dinosaurios.

Escuché disparates, llanto, gritos; consiguió asustarme de verdad.

Dijo que Anthony corría peligro, que estaba siendo maltratado y obligado a hacer cosas que no quería, que lo estaban privando de ver al médico y otras cosas que me pusieron los pelos de punta.

—Alex, si no conduces más rápido te despediré.

—Señor, si voy más rápido nos multarán —me advirtió.

Pasé todo el viaje intentando llamar a Beatriz, pero no respondía. Yone, mucho menos. Tuve que aflojarme el nudo de la corbata porque ya me costaba respirar.

Estuve a punto de salir del asiento trasero y pisar yo mismo el acelerador.

—Ya estamos llegando, señor, tranquilo.

—¡Corre, Alex, corre! —ordené.

El coche se detuvo frente a la mansión y salí de inmediato, con el teléfono pegado a la cara, llamando a Beatriz.

—Por favor, contesta este maldito teléfono —supliqué.

Subí las escaleras y fui directo a su habitación. Nada. Vacía, cama hecha, todo en orden.

Avancé a grandes zancadas hasta el cuarto de Anthony y me sobresalté al ver las cortinas y las ventanas abiertas, el portátil no estaba sobre la cama sino en el escritorio, y las lámparas que solían estar a los lados ya no estaban allí.

Entré de puntillas buscando cualquier detalle fuera de lugar, pero todo parecía perfectamente normal. Demasiado normal, de hecho.

Y por la ventana tuve la respuesta a toda mi tensión.

Allí estaban: Anthony, Beatriz, Yone y unas seis personas más, aparentemente divididos en dos equipos según el color de la ropa.

Anthony parecía animado. Debo confesar que, al verlo así, me pregunté cuándo había sido la última vez que había visto a mi hijo de pie.

En todas las visitas que le hice últimamente estaba dormido. Solo recibía pésimas noticias del médico: que estaba muy enfermo, frágil, que necesitaba descanso y cuidados...

Y allí estaba, ignorando la medicina moderna, con un bate de béisbol en las manos.

Contuve la respiración cuando Yone lanzó la pelota. La vi, en cámara lenta, dirigirse hacia Anthony.

Cuando la golpeó de lleno, vibré.

—¡Eso! —celebré con el puño cerrado, y al segundo siguiente recuperé mi postura sobria, completamente rígido y analítico, con una sonrisa contenida al verlo en tan buena forma.

Mi corazón estalló de alegría.

Una sensación de paz, tranquilidad y plenitud recorrió mis venas.

Por lo visto, mi hijo no estaba tan enfermo como decía el médico.

Y no había dinero en el mundo que pudiera pagar su sonrisa al saltar frenéticamente por haber ganado aquella partida.

Salí del cuarto y volví al pasillo, caminando despacio, ya que el Armagedón no había sucedido allí, y llegué al vestíbulo de la mansión. Vi a un Alex completamente sofocado y a una Amanda histérica.

—¡Ahí estás! —gritó—. ¡Alex no sabía decirme dónde estabas! —y se lanzó a mis brazos.

—Amanda, recupérate —la ayudé a ponerse en pie y me aparté—. ¿Qué te pasa? ¿Has perdido el equilibrio mental? —fruncí el ceño.

—¡Héctor, no tienes idea de lo que está pasando!

En lugar de exponer lo que había visto, preferí que hablara ella.

—¡Tu hijo ya no toma la medicación, no come comida saludable! ¡Ella lo atiborra de porquerías, le prohíbe tratarse, le estropea los estudios, la rutina, el sueño! ¡Está acabando con tu hijo!

—¿Ella quién? —pregunté con curiosidad.

—¿Cómo que quién? ¡Tu nueva mujer!

—Ah, Beatriz —respiré hondo. Por un momento pensé que era Yone la que había perdido la cabeza y, por lo que la conocía, era bastante sensata—. Tiene nombre, se llama Beatriz —dije aliviado mientras ajustaba el nudo de la corbata.

—¡Lo está poniendo en serio peligro, Héctor! ¡Fíjate, hoy le impidió estudiar y lo obligó a quedarse bajo el sol! Tú sabes que no puede agotarse, es un niño frágil.

—Examinaré la situación de cerca —dije.

Alex y Amanda me siguieron hasta la parte trasera de la propiedad.

Caminamos sin hacer ruido, al menos Alex y yo. Amanda venía refunfuñando todo el camino, señalando miles de errores que, según ella, se estaban cometiendo, y yo, sinceramente, no le presté atención.

Cuando llegamos a donde estaban todos, Anthony corría por las bases, pero al verme se detuvo de golpe.

El juego siguió, atraparon la pelota y la lanzaron por las bases, y así él perdió aquel turno.

Al final, todos se detuvieron y me miraron, se quedaron blancos como el papel.

Beatriz intentó calmarlos y vino hacia mí.

—Dijiste que venías el viernes...

—Quise darte una sorpresa —dije, tocando su rostro—. ¿Te pusiste protector solar?

—Sí. Y Anthony también. De hecho, todos —respondió.

—Muy bien. ¿Cuánto tiempo llevan jugando?

—Ah... mucho rato —rió; creo que prefirió no asustarme.

—¿Ese es el señor Krabs? —entrecerré los ojos para ver mejor.

—Sí, sí que lo es —rió. Parecía una niña a la que habían pillado haciendo algo prohibido.

—¡Te lo dije, Héctor! ¡Mira este desastre! ¡Es inadmisible! —Amanda alzó la voz.

—Es inadmisible, sí —asentí.

Ella siguió refunfuñando y yo me quité el caro traje y la corbata. Abrí los botones de los puños de la camisa blanca de manga larga y me los arremangué hasta el bíceps.

Anthony se quedó bastante asustado y sin reacción.

—Lo inadmisible es que no me hayan llamado para jugar —reproché.

—¡Puede ocupar mi lugar, señor! —Yone corrió hacia mí—. Tengo tantas…

—Negativo, Yone —puse la mano derecha en su espalda y con la izquierda ya estaba empujando a Bia—. Tú vas a jugar. Quiero verte ganarme.

—¡Señor Mitchell! —ella fingió un tono de ofensa que no me engañó.

—¿Dónde consiguieron los bates, las pelotas y los guantes? —pregunté mirando a toda aquella gente—. Hola, señor Krabs —saludé con un gesto.

—Señor Mitchell —me devolvió el saludo.

—Yo los compré —reveló Bia.

—No dejas de sorprenderme —le masajeé la nuca y la vi estremecerse lentamente.

—Aproveché que salí a la calle y compré otra cosa —susurró.

—¿La barra de pole dance?

—¿¡Te acuerdas de eso!? —rió.

—Cariño, es en lo único en lo que he pensado —le apreté la barbilla—. ¡Alex! —lo llamé—. Cancela todo de hoy hasta el viernes.

—¿Señor? —Alex corrió hacia mí, desconcertado.

—Cancela todo.

—Pero, señor, tenemos una reunión importante con el presi...

—Ahora tengo un partido con mi hijo —lo interrumpí—. Y después tengo asuntos con mi mujer.

—Sí, señor —sacó el móvil y empezó a hacer las llamadas necesarias.

Me acerqué a Anthony, que seguía clavado en el mismo sitio desde que yo había llegado.

—¿Estás bien, campeón?

Asintió.

—¿No quieres ir a descansar?

—No.

—¿Puedo jugar con vosotros?

—Es un juego solo para amigos —Anthony siguió mirándome. Luego miró a Bia y volvió a clavar sus ojos en mí—. ¿Quiere ser mi amigo?

El simple hecho de escuchar su voz me conmovió. Hacía mucho tiempo que ya no sabía lo que era oír hablar a mi hijo.

En esa fracción de segundos empecé a preguntarme cómo podíamos haber estado tan distantes el uno del otro, incluso estando tan cerca…

—Sería lo más importante de mi vida —me puse en cuclillas y lo miré.

Le acaricié las mejillas enrojecidas, respiraba profundamente, no sé si por el cansancio o por otra razón.

Anthony era exactamente como yo. No sabía expresar sus sentimientos. No sabía abrazar, no sabía mostrar amor, no sabía cómo mantener contacto humano.

Culpa mía, por supuesto.

Esperé un abrazo de mi hijo, pero yo no era nadie para exigírselo.

Ya a esa edad era muy formal, evitaba cualquier tipo de intimidad o cercanía, incluso conmigo.

Anthony me dio la espalda y volvió a su base.

—¡Solo no pierdas! —advirtió—. Quien pierda hará la cena.

Los Mitchell ganaron. Hacían un buen equipo.

Y cuando digo los Mitchell, me incluyo, porque estaba en el mismo equipo que ellos. Bueno, al menos en el juego demostramos que podíamos formar un buen grupo.

Héctor tuvo que resolver asuntos urgentes y fue el primero en marcharse.

Yo fui con Anthony, que parecía bastante inquieto.

—Has sudado mucho. Creo que vas a dormir toda la tarde —intenté sacar conversación.

—Estoy bien.

—Hum, ¿y cómo estuvo? ¿Le diste las gracias al señor Krabs por permitir que hoy no hubiera clase de matemáticas y pudieras jugar?

Giró la cabeza buscando al profesor. El hombre venía bastante atrás, así que Anthony le hizo un gesto con la mano y gritó:

—¡Señor Krabs, muchas gracias!

Al segundo siguiente volvió a caminar a mi lado, inquieto.

—¿Quieres decirme algo, Anthony?

—Sí.

—Entonces dilo —me preparé para la bomba.

Frunció la boca y siguió caminando, sin decir nada. Empezó a dar patadas al aire y a fruncir el ceño.

—¿Estás bien? —tomé su mano y me agaché.

Se preparó para responderme, pero a medio camino desistió.

Dejó que Yone y el señor Krabs nos alcanzaran y adelantaran, al igual que otros empleados de la mansión y los guardaespaldas.

Cuando ya éramos los últimos por allí, Anthony me miró con sus ojos azul grisáceos que brillaban como diamantes.

—¿Crees que a mi padre le gusto? —intentó ocultar con todas sus fuerzas lo incómodo que se sentía al hacer aquella pregunta.

La pregunta fue inesperada. La respuesta era obvia, pero aun así me perturbó.

—Claro que a tu padre le gustas, él te quiere —apreté su mano—. Eh, mírame —sonreí y le acaricié el rostro—. ¿Sabes cuántas personas hay en el planeta Tierra?

—Siete mil millones, pero en la India y en China sigue naciendo mucha gente —dijo, con ese aire de niño inteligente capaz de retener cualquier dato.

—Y de esos siete mil millones de personas, y de todos los niños que nacerán en la India, en China y hasta aquí en Estados Unidos, tú eres la persona más importante para él. Te ama incondicionalmente, haría cualquier cosa por ti.

Anthony asintió, pero sin mantener contacto visual conmigo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué esa pregunta, Anthony?

—Solo quería saber —intentó justificarse—. No le digas que lo pregunté, por favor.

—Está bien, tienes mi palabra —le prometí con el meñique.

—Confío en ti. Tú fuiste mi primera amiga.

Capítulo 19

Héctor Mitchell

Resolví todos los compromisos pendientes y eso me llevó el resto del día.

De verdad quería pasar un rato con Bia y Anthony, y más aún juntos; por lo que parecía, se habían llevado muy bien y eso me hacía inmensamente feliz.

Me di una ducha a conciencia, me puse el albornoz negro sobre el cuerpo y fui a comprobar cómo estaba mi hijo.

Anthony dormía, como de costumbre. Entré con rapidez, recogí el poco desorden que vi y salí hacia la habitación de Bia.

Ya anochecía afuera, el tono azul oscuro que cubría el cielo y oscurecía el bosque y los alrededores de la finca era algo que me gustaba. Vi cómo se encendían las luces exteriores y comprobé a los guardias por las ventanas mientras caminaba en dirección al cuarto de mi mujer.

Llamé a la puerta una, dos, tres veces, la llamé por su nombre, pero no obtuve respuesta.

Entonces giré el pomo y abrí la puerta con suavidad, preocupado por no despertarla.

Bia no estaba dormida.

La luz eléctrica estaba apagada, pero innumerables velas iluminaban la estancia. Ya fuera en el suelo, sobre los muebles o en el marco de las ventanas, pequeños puntos de luz se unían para crear un ambiente titilante, que jugaba con las sombras que

danzaban al compás de las llamas cuando el viento se colaba por la rendija de las ventanas.

Bia también bailaba.

Estaba muy concentrada en lo que hacía, por eso cerré la puerta tras de mí en completo silencio y me quedé quieto, observándola.

Cualquier ruido que hiciera allí no llamaría su atención, ya que llevaba puestos unos auriculares inalámbricos.

Mientras escogía bien mis pasos para no pisar las velas y llegar hasta la cama para sentarme y disfrutar del espectáculo privado, Beatriz permanecía entregada a sus movimientos calculados.

Era hermoso ver cómo su cuerpo se estiraba, cómo sus curvas se marcaban aún más, cómo su piel brillaba de sudor por el esfuerzo. Sus manos se aferraron a la barra, subió hasta casi rozar el techo y empezó a girar suavemente, como si la gravedad no existiera, como si no tuviera miedo a la altura ni a caer.

Eso era lo que me hipnotizaba de esta mujer.

Y verla únicamente con un top que cubría sus pechos y un diminuto short me hacía todavía más adicto a ser su espectador. Aunque en realidad, no era solo un espectador. Era su hombre.

Beatriz jadeaba intentando seguir la letra de la canción mientras bajaba y volvía a subir, cortaba el aire y se doblaba como si fuera de goma.

En una de esas bajadas cogí el móvil que estaba sobre la almohada y detuve la música.

Ella resbaló rápidamente hasta el suelo y cayó sentada, un poco aturdida; me miró como si hubiera visto un fantasma.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para querer soltarte unos cuantos billetes de cien —sonreí de lado.

Bia extendió el brazo y se levantó apoyándose en la barra. Apoyó la espalda en ella y sonrió también.

—No sabes lo feliz que estoy...

—¿Por verme bailar?

—Claro, sin ninguna duda —me levanté y di unos pasos en su dirección, casi patinando por los huecos libres entre las velas—. Lo que vi hoy más temprano fue...

—Una ruptura total de las reglas, imagino.

Puse mi dedo en su boca para callarla. Beatriz abrió los labios y lo engulló.

Esa mujer sabía cómo volverme realmente loco.

Chupó mi dedo mientras sus pupilas se dilataban a medida que mi rostro se acercaba hasta que nuestras respiraciones se encontraron.

—No dejas de sorprenderme —murmuré.

—Entonces, ¿por qué no me sorprendes tú un poco? —soltó mi dedo y rió.

Ya que estaba mojado, nada más justo que deslizarlo bajo su top y pellizcar su pezón con cierta intensidad, lo suficiente para que Bia echara la cabeza hacia atrás y luego se inclinara hacia mí, con las manos en mis hombros y las uñas descendiendo por mi albornoz.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Olvídalo, no lo aceptarías —negó con la cabeza, se quitó los auriculares y los lanzó sobre la cama.

—Pídelo —murmuré.

—Desde que nos conocemos, siempre bailo para ti.

—Sí, eras stripper —señalé.

—Baila para mí —esta vez fue ella quien se acercó y mordió mi labio inferior.

—No sé bailar —repliqué de inmediato.

Bia rió y siguió mirándome.

—¿Qué es tan gracioso? —le sujeté la barbilla, impidiendo que apartara el rostro y se explicara.

—Tú sabes bailar —dijo como si formara parte del tribunal de mi defensa de tesis.

—¿Ah, sí, señorita Rodríguez? —reí.

—Soy la señora Mitchell, ¿lo has olvidado? —sus uñas se colaron bajo mi albornoz y arañaron mi pecho.

Joder. Qué bien se sentía eso.

Poder escucharla, poder sentirla, verla mirarme asustada y, al mismo tiempo, arriesgándose a explorar algo nuevo.

—Abrázame —pidió.

La envolví contra mi cuerpo, los brazos por encima de sus hombros, casi cubriéndola por completo. Sentí sus manos rodeando mi cintura y su cuerpo moviéndose muy despacio.

—La manera en que tu cuerpo se mueve cuando estás tan cerca... e incluso dentro de mí —bajó la voz en la última parte—. Eso también es un tipo de baile. Y eres bueno en ello. Sabes menear las caderas, mover el torso, agitar el cuerpo... y lo haces sin darte cuenta.

—¿Y qué más quieres? ¿Que me suba a la barra de pole dance? —reí.

—Si tus bracitos son lo bastante fuertes, hasta podrías intentarlo —levantó el rostro y arqueó las cejas.

—Niña, no me provoques.

Beatriz se soltó de mis brazos y caminó hasta la cama, cogió el móvil y puso música a sonar por el altavoz.

—Vamos, sé que estás deseando bailar para mí.

—Estoy deseando follarte.

—Al final es casi lo mismo —se quitó el short despacio hasta quedar desnuda, y en el segundo siguiente cruzó las piernas—. La única diferencia será la distancia entre nuestros cuerpos.

—No sé si soy bueno en eso de bailar.

—Menos mal que tienes a una profesional para ayudarte, ¿no, señor Mitchell?

Quería provocarlo, eso era un hecho.

Ver a Héctor mirarme fijamente y empezar a mover los brazos despacio, seguido del cuerpo, me pilló por sorpresa y casi me hizo reír. Era realmente muy gracioso.

Pero entonces se quitó el albornoz y se quedó solo con los bóxers negros.

Ahí sí que la cosa se puso seria y sudé en frío.

Los músculos de sus bíceps se contrajeron cuando se aferró con fuerza a la barra y giró despacio, intentando equilibrarse y mantenerse en el aire.

Fue torpe y, al mismo tiempo, extremadamente sexy, sobre todo al ver todo su cuerpo esculpido iluminado por la luz de las velas.

—Guau —casi aplaudí.

Héctor no tardó en ganar confianza y hacer acrobacias más difíciles que me dejaron con la boca abierta. Luego pensé que, al practicar deporte y tener tanta fuerza, aquello debía de ser algún tipo de estiramiento bastante habitual para su cuerpo.

Pero la danza acabó convirtiéndose en mi total concentración en su cuerpo definido, contrayéndose y sudando poco a poco, con los músculos cada vez más hinchados y el torso brillando.

—Vale, eres fuerte de verdad —me di por vencida.

En teoría aquello debía ser divertido y yo poder reírme a carcajadas, pero me dejó sin palabras y excitada.

Y completamente tensa cuando apoyó los pies con firmeza en el suelo y empezó a avanzar hacia mí.

—¿Ah, ya no vas a bailar más? —puse morritos.

Héctor acarició mi rostro con la palma de su mano y se irguió sobre mi muslo, con el abdomen marcado moviéndose tan cerca de mí, su olor amaderado impregnando la habitación y mis pulmones, mis ojos obligados a mirarlo y al mismo tiempo tentados de recorrer de cerca cada milímetro de ese cuerpo. Cuerpo no, obra de arte.

—Estoy bailando para ti, nena —murmuró.

A partir de ahí empecé a gemir.

Ya no controlaba la respiración, mi cuerpo de repente comenzó a entumecerse y mis manos quedaron atrapadas por las suyas, más grandes y más fuertes, obligándome a sentir sus músculos mientras Héctor bailaba cada vez más cerca, rozándome, impregnando mi piel con su calor, su olor, su deseo.

—¿Qué pasa? —todavía tuvo la cara dura de preguntar.

—Me vuelves loca.

—Fuiste tú quien lo pidió...

—Entonces no pares —me aferré a su cuerpo y sentí cómo sus brazos me atraían.

Me colgué de su cuello y fui transportada por la habitación hasta la barra de pole dance, donde me dejó y empezó a bailar a mi alrededor como una serpiente que hechiza a la flauta.

Sus manos me embrujaron, arrancándome el top, sujetándome con firmeza del cuello y devolviéndome los sentidos, despertando mi cuerpo con caricias, tirones, apretones y pellizcos.

Fue difícil no rendirme. Nuestros cuerpos eran imanes que se atraían.

—Haz eso otra vez —murmuró, su mano prácticamente cubriendo la mitad de mi rostro.

Chupé su dedo índice esta vez mientras lo miraba y sentía su cuerpo frotarse contra el mío en un intento de encender alguna chispa. La hoguera ya estaba preparada, alta y desbordándose.

Héctor esbozó una sonrisa descarada cuando su dedo salió de mi boca y recorrió mi cuerpo hasta llegar a un lugar que me hizo estremecer.

Al principio me apoyé en sus hombros, perdida en aquel masaje firme, intenso y placentero que me regalaba.

—Héctor —gemí, clavando las uñas en su piel y arrastrándolas despacio.

—Fuiste tú quien me pidió que bailara —me susurró al oído.

Mi cuerpo reaccionaba con espasmos, la respiración se volvía cada vez más entrecortada, el bajo vientre empezó a arder. Era sed, era hambre, era un deseo por él que, una vez despertado, solo podía saciarse teniéndolo por completo, sintiéndolo como si fuera la primera vez.

Estiré las manos hacia atrás y, en cuanto me sujeté a la barra, subí despacio, impulsándome hacia arriba. Lo rodeé por la cintura y lo mantuve pegado a mí, el sonido de fondo reducido a un mero detalle, porque nuestros cuerpos parecían tener una sintonía propia.

—Me haces querer ser tuya... completamente tuya... —murmuré.

—Cariño, no sé si te has dado cuenta —Héctor rió y me sujetó del mentón—. Ya eres mía.

Se bajó los bóxers y sentí, justo entre mis piernas, aquel bulto.

Cada vez que se frotaba contra mí y me hacía sentir su polla en mi ingle, mordía mi labio, me retorcía, dispuesta a suplicar si era necesario.

Héctor se agachó y yo bajé con él; lo vi rebuscar en el bolsillo del albornoz y, al minuto siguiente, ya llevaba el preservativo puesto.

Cuando volvió a erguirse y yo subí con él, sentí mi bajo vientre arder aún más.

Mi cuerpo volvió a retorcerse con fuerza y cerré los ojos al sentir toda la presión penetrarme y su cuerpo firme envolviéndome, arrancándome el aire que guardaba en mis pulmones.

Jadeé, condenada por mi propio placer, atrapada en mi lujuria y domada por aquella fuerza que controlaba mis movimientos y reclamaba mi cuerpo como suyo.

Esta vez Héctor fue intenso desde el principio y nuestros cuerpos se movieron realmente como en una danza.

Sentí su cintura contonearse despacio mientras me penetraba, mis manos soltaron la barra de pole dance y encontraron apoyo en su cuello, haciéndome abrazarlo y entregarme única y exclusivamente a su cuerpo caliente, duro y mío.

Estuve a punto de soltar un alarido cuando lo vi agarrar con firmeza mi pecho y llevárselo a la boca. El chupetón fue tan largo e intenso que tapó mi boca para silenciar mi grito.

—No despiertes a toda la casa —me pidió.

Ni siquiera bailando me retorcía tanto. También, necesitaba moverme sobre aquel cuerpo para aprovechar cada parte de él. Y era delicioso sentir los músculos de mi hombre, su calor, su corazón acelerado, sus manos ansiosas marcándome con huellas rojas y terminando de adormecerme con la forma en que me follaba sin descanso.

Como si no fuera suficiente quedarme suspendida en el aire sostenida solo por él y sentir mi cuerpo arder por dentro, Héctor empezó a masajearme sin descanso y, en la primera oportunidad que encontré para gemir, fui callada de nuevo, esta vez por sus labios.

Mi boca fue devorada a base de besos húmedos y mordiscos, me perdí en sus brazos en las más diversas formas de placer y sentí cómo la respiración se volvía cada vez más inestable hasta que todo mi cuerpo se estremeció y me aferré a él por completo; ya no sentía las piernas y estaba mareada.

Como si no bastara haber tenido un orgasmo espectacular, Héctor me tumbó en la cama y se colocó encima de mí, presionándome contra el colchón, reclamando cada gota de cordura que me quedaba, dividido entre la forma en que se contoneaba sobre mí, frotándose contra mi pubis y a lo largo de mis nervios, y la intensidad de sus embestidas, que no cesaban hasta notar que ya estaba completamente sin aire.

Incluso después de terminar aquella deliciosa danza, nos costó separarnos.

Nos quedamos abrazados, escuchando cómo el corazón del otro iba recuperando la calma y, cuando eso ocurrió, vimos cómo las velas se apagaban una a una hasta que solo quedó el resplandor de la noche entrando en la habitación.

—¡Di algo! —pedí y reí nerviosa.

Llevábamos diez, veinte o treinta minutos mirándonos en la oscuridad... el tiempo se había vuelto una ilusión mientras estábamos juntos.

—Eres perfecta.

Era difícil rebatir un argumento tan sólido.

—Gracias por protegerme y cuidarme —deslicé las manos por los brazos de Héctor—. Hacía mucho tiempo que no me sentía así...

—¿Así cómo?

—Como en casa. En medio de la familia...

La penumbra del cuarto no consiguió ocultar la sonrisa de Héctor. Sabía ser encantador incluso en la oscuridad.

—¿Y a qué debo dar las gracias? ¿Por haber traído un poco de vida de nuevo a esta casa?

—Solo estoy cumpliendo mi papel.

—Pues sabes cumplir tu papel demasiado bien —Héctor volvió a abrazarme y me sentí aprisionada entre sus brazos. No había nada de lo que quejarse.

—Antes de que te vayas, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Hazla.

Me quedé un poco más en aquel abrazo y luego me solté despacio, de forma coqueta, como él decía que yo solía ser; cogí el móvil y apagué la música, empecé a trastear con una aplicación.

—Creo que tú y Anthony os habéis distanciado un poco últimamente...

—Sí, así ha sido.

—¿Por qué os habéis distanciado?

—Es una larga historia...

—Sin prisa, Héctor, tengo toda la noche.

Capítulo 20

Beatriz Rodríguez

El fin de semana pasó volando y la noche del domingo Héctor tuvo que volver a sus obligaciones.

Pensé que después del partido de béisbol Anthony y Héctor volverían a acercarse, y no entendía por qué no los había visto juntos después de aquello.

Cuando le pregunté a Héctor por Anthony, me respondió que su hijo estaba dormido. Eso, tres veces seguidas. Me pareció bastante extraño.

La noche del domingo fui a visitar a Anthony a su cuarto; ya no necesitaba hacerlo a escondidas, me importaba poco si Amanda nos encontraba.

—Pensé que estabas dormido...

—Estoy leyendo —bajó el libro y me miró.

—Tu padre vino a verte tres veces. Dijo que en las tres estabas dormido...

—Debí de quedarme frito —contestó rápidamente y volvió al libro.

—Anthony, ¿recuerdas lo que me preguntaste el miércoles? —me senté en la cama y lo encaré.

Se hizo el desentendido y siguió leyendo.

—Me preguntaste si yo creía que tu padre te quería...

Contuvo la respiración y pasó una página, fingiendo que no prestaba atención a lo que yo decía. Por desgracia, su cuerpo lo delataba: de repente se tensó, quedó paralizado en la cama y empezó a pasar las páginas como si eso hiciera que el tiempo corriera más rápido.

—Sigo con curiosidad por saber de dónde viene esa pregunta —empecé a hacerle cosquillas en el pie por encima de la colcha—. Pero esperaré a que me lo digas por voluntad propia, ¿de acuerdo?

Anthony bajó el libro y me sostuvo la mirada unos segundos. Cuando estaba a punto de volver a su lectura, veinte páginas después de donde lo había dejado, le quité el libro de las manos.

—¡Eh! —protestó.

—Ya es hora de dormir —me tocaba ser la adulta—. Y te he traído esto —le entregué un pequeño móvil.

Era un teléfono sencillo, sin nada atractivo como los de las últimas generaciones, pero contenía algo muy valioso.

—¿Has viajado a la prehistoria para conseguir esto? —rió.

—Más o menos... hay algo grabado ahí dentro. Quiero que lo escuches cuando te sientas preparado, ¿vale?

Sus ojos brillantes me miraron con un punto de miedo.

—Buenas noches y que descanses. Y si me necesitas, mi número es el primero que aparece en ese móvil.

—¿De verdad tienes que irte?

—Sí. Nada de quedarte despierto toda la noche, mañana tienes un día ocupado. Cuando salga, echa el pestillo.

—Está bien.

Me incliné hacia su rostro y le di un beso en la frente.

No fue premeditado, ni siquiera lo había pensado; fue un gesto mecánico y, en cuanto me di cuenta de lo que había hecho,

salí del cuarto prácticamente petrificada.

No sin antes comprobar que Anthony estaba un tanto desconcertado y atónito con aquel aparato antiguo entre las manos.

Y quizá se quedaría aún más asustado con lo que escucharía.

Cuatro días antes.

—Anthony nació prematuro —Héctor me miró fijamente—. Perdí a Serena aquella noche y no pude coger a mi hijo en brazos durante mucho tiempo. Solo podía verlo, tocarlo a veces con un dedo y rumiar por dentro el hecho de que ni siquiera podía sostenerlo para protegerlo de todo a su alrededor. Era muy frágil y enfermizo, tenía miedo de estropearlo todo, así que respeté el protocolo desde el principio...

—¿Y cuando fue creciendo? —pregunté.

—Había otros problemas, Bia...

—¿Anthony tenía problemas?

—No, mi padre —Héctor se puso mucho más serio en ese momento—. Tenía un hijo y un padre de los que ocuparme. Ambos enfermos.

Le tomé la mano en ese instante.

—Me convertí en el brazo derecho de mi padre y viví para Mitchell & Smith desde el día en que entendí que todo podía venirse abajo si yo no estaba cerca para ocuparme de las cosas... y sí, debo admitir que quizá descuidé un poco el crecimiento de Anthony... pero no lo quería en el centro de la ciudad, lo quería lo más lejos posible, protegido, con todo lo que necesitara y educado por los mejores profesores que el dinero pudiera pagar.

—Te preocupabas por él —dije.

—Lo amaba desesperadamente, Bia. Pero sin saber qué hacer... tenía miedo de acercarme y de, de algún modo, volverlo aún más frágil o enfermarlo...

—No habrías hecho eso...

—Es el efecto del mundo en el que vivo. Todos acaban enfermos. Y yo quería a Anthony lejos de todo, para preservar lo mejor de él. Hacer que creciera distinto a mí, mejor que yo, mejor que todas las personas que forman parte de mi mundo.

—No lo entiendo.

—Algún día lo entenderás —Héctor esbozó una sonrisa amable.

—¿Y le quieres? ¿Quieres a Anthony? —pregunté.

Esa era la parte que quedaría grabada para que él la escuchara.

—Nunca entendí lo que era el amor incondicional hasta que lo vi por primera vez. Esa sensación de que haría cualquier cosa por él y lo amaría de cualquier manera. No sabía que lo amaría tanto... fue y siempre será la mejor parte de mí. Cuando lo miro es como ver mi propia historia y me hace pensar en todo aquello contra lo que lucho cada día para que él no tenga que verlo ni pasar por lo que yo pasé.

—El profesor Krabs dijo que antes jugabais al béisbol...

—Mi padre le regaló a Anthony la pelota, el bate y el guante. A mí nunca me gustó mucho el béisbol, no es lo mío, pero él parecía tan fascinado cuando recibió ese regalo que me sentí obligado a enseñarle y jugar con él. Fue una forma de pasar tiempo juntos. Siempre tuve la impresión de que mi hijo se escabullía de mí, que se alejaba en silencio... pero cuando jugábamos conseguíamos dejar eso de lado y nos divertíamos mucho.

—¿Qué crees que Anthony necesitaría oír de ti? Si pudieras decirle algo hoy, ¿qué le dirías?

—Yo... le pediría perdón por no haber sabido expresar todo el amor que siento por él. Creo que fallé en las demostraciones de cariño. Verás, yo era un adolescente idealista y me juraba a mí mismo que sería totalmente distinto a mi padre. Estaría presente, haría todo junto a mi hijo y acompañaría cada uno de sus pasos en lugar de decirle que lo amaba a través del dinero y de los bienes materiales... y al final, aquí estoy, repitiendo las mismas mierdas que hizo mi padre.

—No seas tan duro contigo mismo.

—Pero yo soñaba con que todo sería diferente. Y había idealizado cómo sería la vida de Anthony. Quería estar presente y ser su mejor amigo... pero luego crecí... y vi el mundo... y lo único que logré sacar de todo eso fue apartar a mi hijo del centro de todo para preservarlo de lo que el ser humano es capaz de hacer por poder. Y en esa tontería creo que nos distanciamos... y no soy su mejor amigo.

—¿Y cómo sería ser su mejor amigo?

—Ah, yo era su mejor amigo cuando dijo sus primeras palabras —Héctor rió—. Y cuando aprendió a caminar... También era su mejor amigo cuando se hacía pis en la cama y no conseguía dormir porque tenía miedo de tener pesadillas y revivir las imágenes que su inconsciente fabricaba... También era su mejor amigo cuando llovía fuerte y había tormenta, le tiene muchísimo miedo a eso. Pero espero que, cuando pase esta tormenta que azota nuestras vidas, pueda volver a ser su mejor amigo, aunque para ello tenga que renunciar al puesto que ocupo.

Héctor parecía muy seguro de lo que decía.

—No creo que tengas que renunciar a tu puesto para poder ser su mejor amigo, Héctor...

—Tendría que hacerlo —dijo con firmeza—. Y lo haría. Porque lo amo y haría cualquier cosa por mi hijo.

—Gracias por ser tan sincero conmigo —dije y pulsé el botón para detener la grabación.

—Siento que contigo aquí puedo volver a acercarme a Anthony y recuperar algo que nunca tuvimos...

—Eso depende solo de vosotros dos.

—Lo sé. Y haré mi parte para que eso pueda hacerse realidad.

—Héctor, cuando dijiste que eras idealista y querías ser distinto a tu padre pero terminaste volviéndote como él... ¿a qué te referías exactamente? —pregunté, sin esconder mi curiosidad por esa parte.

—Es una larga historia —rió—. Y te la quedaré debiendo por ahora.

Héctor Mitchell

Hace diecisiete años.

El señor Terence Smith era un hombre muy ocupado.

Por eso quería ser rápido y no quitarle demasiado tiempo.

Mitchell & Smith tenía entonces toda una planta en un edificio del distrito financiero de Nueva York, en Lower Manhattan. Desde allí, el señor Smith coordinaba los asuntos con los grandes empresarios y hombres de poder de la ciudad y del país.

Cuando la secretaria del socio de mi padre abrió la puerta de madera, lo vi de espaldas, contemplando la enorme cristalera que ofrecía vistas a los edificios más imponentes de la ciudad.

En cuanto puse un pie en la sala, Terence se giró hacia mí con una gran sonrisa.

Era un hombre alto, de andar encorvado, que se apoyaba en un bastón. Su cabello ya era escaso, tenía la frente amplia y una mirada que transmitía confianza e inspiración.

—Mira quién es, el joven heredero de los Mitchell —me saludó, señalando con la mano la silla en la que debía sentarme.

—Gracias, señor Smith. Pero no me demoraré, necesito ser breve.

Con un leve asentimiento y una sonrisa paternal, me animó a continuar.

—Perdone mis modales. ¿Cómo se encuentra usted?

—Bien, muchacho. No te preocupes por los cumplidos —sonrió y, de repente, llevó un pañuelo blanco a sus labios y tosió—. Cuando llegues a mi edad, verás que hombres como nosotros cada

vez se preocupan menos por las introducciones. Queremos ir directo al meollo.

Asentí, aunque me sentía incómodo frente a aquel hombre.

Había ensayado cada palabra. Sabía exactamente lo que debía decir. Pero enfrentarse al señor Smith era una tarea difícil, sobre todo porque era un buen hombre, casi como un segundo padre.

—Mi padre fue su mano derecha durante muchos años —empecé.

—Desde la universidad —Smith se apoyó en el bastón como si fuera un recuerdo entrañable.

—Y ahora ha sido el CEO de Mitchell & Smith...

El hombre asintió, arqueando una ceja, atento a mis palabras.

—Quisiera que lo reconsiderara y exonerara a mi padre —dije, con la voz temblorosa y cierta incomodidad. Debí de haber ensayado esas palabras en voz alta muchas más veces.

—¿Muchacho? —Smith no ocultó su completa sorpresa. Caminó hacia mí y me miró de cerca—. ¿Qué ha pasado?

—Sé que son amigos, pero no sé si mi padre le ha confesado algunas cosas...

—¿Qué cosas?

—Amo a mi familia y espero que entienda que por esa razón vengo a pedirle esto —expliqué—. Mi padre siempre fue ausente, pero últimamente prácticamente ya no aparece en casa.

El señor Smith me observó como si le estuviera narrando una historia que conocía de principio a fin.

—Lo he seguido. Sé que sale con strippers, se acuesta con escorts de lujo, se droga... —esas últimas palabras me pesaron como una losa.

Mi padre era mi héroe, mi mayor referente de poder y ejemplo.

Verlo ceder a todas las debilidades de la carne destrozaba al héroe que yo veía en él.

—Creo que tantas responsabilidades han sido demasiado... La empresa va bien, el problema no es su desempeño profesional, porque ambos sabemos que mi padre es bueno en lo que hace.

—Coincido —Smith fue escueto y siguió apoyado en el bastón.

—Pero la familia se está desmoronando —suspiré. Sacar aquello del pecho fue difícil, pero también un alivio indescriptible—. No es cercano a mis hermanas... mi madre prefiere no verlo... y ahora que estoy listo para ir a la universidad, tengo miedo de lo que pueda pasar... temo que todo se salga de control.

Terence Smith asintió.

Quienes lo conocían sabían que respirar en el mismo ambiente que él era como sentirse más valioso.

Aquel hombre había sido mano derecha de dos presidentes, era amigo personal y socio de mi padre.

No sabía si eso me ayudaría o me perjudicaría. Si el señor Smith me vería como una piedra en medio de sus negocios multimillonarios o entendería mis verdaderas razones.

—Todos pagamos un precio por el poder —dijo después de rodear la mesa, comprobar la hora en el reloj de pulsera que descansaba sobre ella y volverse hacia mí—. Entiendes que tu padre no es un hombre común, ¿verdad, Héctor?

Asentí, aunque tenía mis reservas y estaba listo para exponerlas.

—Las personas comunes llevan vidas comunes. Personas como nosotros experimentan toda la amplitud de lo que significa vivir. Somos insustituibles. Y eso puede generar sentimientos,

visiones, sensaciones y comportamientos bastante curiosos sobre lo que es vivir...

—¿Entonces está bien que viva una vida sin sentido mientras duplique las ganancias de la empresa? —lo provoqué.

Siempre había sido atrevido y no temía plantarle cara a nadie; el señor Smith lo sabía.

Su sonrisa amable fue la prueba de que reconocía que ese era yo.

Terence Smith caminó hacia la gran cristalera, dándome la espalda.

—Ven aquí, muchacho —me llamó con calma—. Tu padre levantó este imperio conmigo. Yo no lo habría conseguido sin él. Pero, como ves, estoy muy viejo. Gregory ya no es la mano derecha de nadie, ahora es él quien manda. Y necesita a alguien que sea su mano derecha.

—Yo no...

—La mejor manera de ayudarlo es permanecer a su lado y protegerlo de sí mismo.

Los ojos claros y cansados del señor Smith se clavaron en mí.

—Alguien capaz de ver las debilidades también debe ser capaz de ver las virtudes y, con ello, aprender a edificar a partir de las fuerzas que encuentra en el otro, ¿no crees? —me dio una palmada en la espalda con la mano derecha.

—Señor Smith, yo...

—Héctor —su voz al pronunciar mi nombre me hizo callar de inmediato—. Curioso lo que es el tiempo. Has pedido venir hoy... precisamente hoy... y yo tenía algo inaplazable que decirte...

—¿Sí?

—Geoffrey es un chico problemático.

Ah, qué alivio que hubiera notado que su hijo era un desquiciado.

—Si el poder destruye a personas con la cabeza en su sitio, como tu padre, ¿qué no haría con Geoffrey?

Preferí no comentar.

—Cosas terribles —él mismo completó—. La índole dudosa y las acciones completamente hostiles de Geoffrey revelan el tipo de persona que es con la simple ilusión del poder. Imagina si de verdad lo tuviera.

—Usted es su padre, así que puede decirlo con propiedad —dije con seriedad.

El señor Smith rió.

—Quiero que me sustituyas —dictó su veredicto.

—¿Qué? —me giré bruscamente y lo encaré—. ¿Señor?

—Escúchame —dijo con calma—. Existe, Héctor, mucho más de lo que puedes imaginar. Secretos que las paredes de estos grandes edificios esconden, aliados y enemigos en los pasillos de esta gran nación y fuera de ella, y una lucha silenciosa por el poder.

Abrí los ojos de par en par.

—Ayuda a tu padre, Héctor. No lo culpes ni lo juzgues ahora. Algo grande está sucediendo y tu padre ha luchado por mantener no solo a ti y a tu familia, sino a toda una nación bajo control. Así que sé su amigo y comparte la carga. Te darás cuenta de que el camino es difícil, tortuoso y, sobre todo, peligroso.

—Señor Smith... —le sujeté del brazo y abrí los ojos.

Contuve la respiración.

Un avión impactó contra una de las Torres Gemelas. Estalló justo delante de mis ojos.

Di un paso atrás, pero el señor Smith me agarró con fuerza y me mantuvo exactamente donde estaba.

—Somos los descendientes de los Padres Fundadores de esta nación, Héctor —dijo con calma, como si nada hubiera ocurrido—. Ellos nos legaron una sola responsabilidad: hacer grande esta nación. Y eso es lo que hacemos.

—No lo entiendo... —seguía paralizado, mirando la destrucción, el humo negro, la desesperación.

Cuando el señor Smith me ofreció su vaso de whisky, otro avión se estrelló contra la otra torre.

Tragué saliva.

—¿Qué ocurre, Héctor, cuando una nación bélica vive en medio de la paz?

No podía pensar. Vi cómo se derrumbaban las dos torres.

Fue la primera vez que bebí alcohol en mi vida; el líquido descendió quemando todo, incluso mi miedo, pero yo seguía temblando.

—Crea guerras —murmuró el señor Smith—. Necesita producir guerras para sobrevivir, para mantenerse como gran potencia. Pero no como el matón que amenaza a cualquiera y es violento sin motivo... Hay que ser el héroe. Y para ser el héroe, es necesario construir, encontrar o inventar un villano.

Terminé aquel trago y me sentí mareado, preguntándome si todo lo que había visto había sucedido realmente.

—La guerra, el hambre, la desesperación, la pobreza... —dijo el señor Smith con un tono inspirador—. Todos ellos son rentables. Y cuando se construye un buen escenario, no necesitamos hacer absolutamente nada para convencerlos de que la guerra es fundamental. Ellos mismos defenderán el sistema y lucharán por nosotros. Para eso existen.

—¿Todo esto había sido programado? —pregunté, más para mí mismo que para él.

¿Y si me hubiera retrasado veinte minutos? ¿Y si todavía estuviera allí, donde las torres se derrumbaron? Habría muerto.

—Cuando llegue el momento, quiero que me sustituyas en algo grande, Héctor.

—¿Grande como qué?

—La gran organización que mantiene el mundo en funcionamiento. Ocupa mi lugar a cambio de mantener a mi familia a salvo. Tienes ese aire sobreprotector que me inspira confianza. Jamás pondría a Geoffrey al frente de algo tan grande.

—¿Una sociedad secreta? —volví a preguntar, más para mí que para él.

La respuesta del señor Smith fue una sonrisa amable y luego se apartó señalando la puerta.

Como por arte de magia, la secretaria entró desesperada, mirándonos como si hubiera visto el infierno y al mismísimo diablo.

—¡Señor! ¡Señor! ¿Está todo bien aquí? —apenas podía hablar, ahogada en su propio pánico.

El señor Smith solo movió la cabeza como un anciano chocho incapaz de razonar lo que estaba sucediendo y murmuró que le trajera agua.

La mujer salió corriendo, gritando.

—¿Ves cómo «ellos» son? —rió el señor Smith.

—¿Y qué nos diferencia de ellos? —pregunté.

—Somos insustituibles, Héctor —me guiñó un ojo—. Ellos son piezas en un tablero... Nosotros somos únicos.

Miré por la ventana el rastro de destrucción, caos y muerte.

Lo poco que logré razonar de mis propias palabras y de las del señor Smith me hizo comprender por qué no se había sorprendido con lo que le conté de mi padre.

Él sabía lo que estaba pasando. Y no le importaba en absoluto.

El precio del poder era volverse loco y buscar amparo en cualquier cosa que anestesiara el cuerpo, como aquel líquido que ardía dentro de mí y me dejaba casi drogado por la desesperación, el shock y la tristeza de ver vidas arrancadas así.

Era el precio de ser insustituible.

—Somos los inventores, los mantenedores y los dueños del juego, muchacho.

Capítulo 21

Beatriz Rodríguez

Hace unas semanas.

La más mínima señal de ocio me incomodaba.

Admiraba a Hillary por conseguir estar en paz sin hacer nada. Con el simple hecho de permanecer en silencio en la biblioteca, el comedor o la sala de estar, yo me volvía loca y ya necesitaba encontrar algo que hacer.

—¿Ya te he dicho que pareces más la empleada que la dueña de la casa?

—Sí, creo que ya lo habrás dicho unas diez veces, Hill —tuve que reírme.

—¿No puedes simplemente tumbarte, descansar, abrir una botella de champán o incluso comprarte un billete a París y disfrutar? ¿Por qué estás siempre buscando cosas que hacer? ¡No lo entiendo! —me seguía como mi sombra y no hacía más que quejarse.

—Es solo una forma de devolverle a Héctor lo que está haciendo por mí.

—¿Y qué está haciendo por ti? —rió.

—Mantenerme alejada de la locura que la prensa quiere armar, protegerme de esos criminales que nos persiguen y ser un tipo legal conmigo. Además, ¿no crees que le debes algo?

—Amiga, ahora eres multimillonaria. Una tarjeta sin límite, decenas de empleados, una mansión que parece un hotel de cinco

estrellas… ¿y me dices por qué demonios llevas guantes y estás trasteando en medio de estos escombros?

Miré a mi alrededor y me sentí un poco sin esperanzas.

Después de un mes fastidiando a Yone y buscando en todos los rincones de la mansión, no encontramos la llave del antiguo jardín, bien protegido tras altos muros de piedra cubiertos de ramas secas.

Al final Yone y yo estuvimos de acuerdo en que, en lugar de seguir perdiendo tiempo tras esa llave, era mejor llamar a un profesional para que hiciera una nueva. Y así lo hicimos. Y allí estaba yo, en medio de los restos de lo que un día debió de ser un jardín.

Trozos de yeso rotos sobre las piedras, ni rastro de verde, árboles secos a punto de desmoronarse y muebles antiguos que en otro tiempo habrían valido miles y ahora no servían ni para echarlos a una hoguera.

—No te entiendo —bufó Hillary—. El tipo te dio casa, comida, ropa lavada, dinero y libertad. Y lo único que haces es intentar cuidar del crío depresivo y ahora pretendes cuidar del maldito jardín del que, por lo que oí, se encargaba su esposa.

—¿Y qué?

—Amiga, eres su chica de compañía.

—¿Y qué? —arqueé una ceja y seguí apartando todos esos restos para ver si al menos lograba llegar al centro de aquel lugar.

—Deja de intentar formar parte de su familia. No va a pasar. Cuando se acabe el contrato, te echará. Solo te necesita para asegurarse de que la herencia no acabe en manos del psicópata. Y ahora que el contrato ya está en vigor y debidamente registrado, ¿por qué te empeñas en intentar complacerlo? Al final solo va a descartarte, así que disfruta mientras puedas.

Hillary estaba equivocada.

En ningún momento pensé «me voy a acercar a Anthony, ocuparme de algunas cosas de la casa y tratar de reformar el jardín porque quiero que Héctor vea valor en mí». Fue él quien pidió que se hiciera el contrato, él me eligió, él fue quien llevó todo hasta el final.

No necesitaba demostrar nada, ni tampoco que él viera algún tipo de valor en mí, porque, por lo visto, ya lo había visto.

Esa era yo y no había más. Nací en el campo, siempre tuve que ayudar a mis padres y, aunque sentía fascinación por la gran ciudad y la tecnología, vivir en Nueva York me dejó saturada. El más mínimo rastro de naturaleza, de tareas y un poco de sentimiento familiar calentaban mi corazón.

¿Podía estar en París? Incluso en Japón, si quisiera.

Pero estaba allí, en el antiguo jardín de la mansión.

Que en realidad, según me contó Yone, también servía de campo de golf. Pude darme cuenta de ello al ver unos mástiles con banderines desgastados en el suelo y agujeros cerca de ellos.

—El tiempo pasa y lo estás aprovechando poco —se quejó.

—Créelo o no, estoy disfrutando ahora —casi di saltitos de alegría cuando llegué al centro del lugar. Era prácticamente del tamaño de un campo de fútbol.

—Mira, yo no voy a ayudarte. Si quieres perder tu tiempo con esto... piérdelo. Yo voy a ver la tele.

—Vale, Hillary, nos vemos luego.

Hillary no volvió nunca más al jardín desde aquel día.

Yo, en cambio, dediqué dos horas al día, todos los días, a visitar aquel sitio.

Yone pidió que dos empleados me ayudaran, porque había cosas realmente pesadas por allí. Pasamos prácticamente una semana entera amontonando la basura en rincones y, al final,

cuando ya habíamos devuelto un poco de esperanza al lugar, llamé a un camión para que se llevara todo aquel escombro.

—¿Está segura de que quiere que todo esto vaya a la basura, señorita? —preguntó el dueño del camión.

—¿Cree que se puede restaurar algo? ¿Algún banco? ¿Alguna estatua?

—No, por desgracia no —dijo con pesar—. Pero encontramos un maletín de cuero que quizá le interese.

—¿Un maletín? —pregunté, intrigada; no había visto nada parecido.

—Tuvimos que cavar alrededor de un tronco de árbol y sus viejas raíces, y encontramos un maletín enterrado.

—De acuerdo, llévese todo y deje el maletín.

*

Esa noche, antes de la cena, Yone y yo nos encontramos. Le mostré todo lo que habíamos hecho en el lugar y se emocionó bastante al ver que había una señal de esperanza para el jardín.

—Ahora solo falta devolverle la vida... plantar algunas cosas... poner césped —sus ojos brillaban.

—Estoy deseando hacerlo, Yone, pero te he llamado por otro motivo.

—¿Cuál, Bia?

—Encontraron este maletín. Está bastante desgastado, ¿ves? Pero está sellado y parece que tiene algo dentro. Es ligero —lo agité un poco—. Parece papel.

—¿Será que la señora ha encontrado los dibujos de la señora Mitchell? —preguntó muy contenta, y después abrió mucho los ojos —. De Serena. Perdóneme, señora Mitchell.

—No pasa nada, no me importan esas formalidades —sonreí con dulzura, y aquello pareció quitarle un peso de encima—. Es posible. Así que tenemos que abrirlo con cuidado para no destruir nada. ¿Será que la lluvia, el sol y el tiempo en general no habrán destruido las obras?

—Solo lo sabremos cuando abramos el maletín —dijo con esperanza.

—Manda el maletín al cerrajero que abrió la puerta del jardín y mira si puede abrirlo sin causar daños, ¿de acuerdo? Pídele que tenga el máximo cuidado y que tarde lo que necesite, lo único que no quiero es que estropeen lo que hay dentro.

—De acuerdo, señora Mitchell.

—Gracias, Yone. Dentro de unas semanas espero poder mostrarte un jardín precioso.

Hora actual.

De todas las visitas que esperaba recibir allí, aquella fue la más inesperada.

Anthony cruzó la gran puerta vieja y desgastada y la cerró tras de sí. Miró los muros interiores cubiertos de enredaderas secas que daban un aire macabro y puso una mueca, luego observó alrededor y sonrió al ver el espacio limpio, lleno de parterres, macetas y algunas vallas alrededor de los árboles que estaban siendo tratados.

—¡Han puesto césped! —dijo entusiasmado y vino hacia mí—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Ya terminaste tus clases de hoy, Anthony? —no dejé de reprochárselo de entrada.

—Sí —juntó las manos detrás de la espalda y volvió a mirar a su alrededor.

—Estoy preparando estas macetas para plantar algunas flores y hierbas.

Puse una porción generosa de tierra abonada, luego las semillas, las cubrí y las regué un poco. Coloqué las macetas con flores alrededor de los árboles y las hierbas las organicé en un parterre.

—¿Por qué? —puso una mueca.

—Hum... —olvidé quitarme el guante y me rasqué la cara, acabando por manchármela.

Anthony contuvo la respiración y dio un paso atrás.

—¡Te vas a enfermar! —su tono de voz hacía parecer que el mundo se iba a acabar—. ¡No puedes ensuciarte!

Me eché a reír, me quité el guante, me limpié la cara y lo miré, enternecida por su inocencia.

—Es solo tierra.

—Es sucia —replicó.

—Vivimos sobre ella —contraataqué.

—Pero causa enfermedades —se estremeció.

—No, no las causa. Ven aquí —lo llamé.

Anthony tardó en acercarse, pero insistí tanto que acabó viniendo. Con pasos tímidos y una mirada temerosa se aproximó y se agachó cuando le indiqué que debía hacerlo.

—Deberías plantar estas mientras yo me ocupo de los árboles.

—¿No sería más fácil arrancarlos? —Anthony frunció la nariz —. Los árboles parecen viejos y cansados... secos... sería mejor quitarlos...

Le entregué los guantes y le costó ponérselos.

—¿Eso es lo que hacemos con las cosas viejas y cansadas? ¿Simplemente las tiramos? —pregunté con dulzura.

—Parece lo correcto. Cuando sale un móvil de última generación, tiramos el antiguo o incluso lo donamos a los menos afortunados —explicó.

Asentí para mostrarle que debía expresar su opinión, eso le hacía mucho bien.

—¿Pero será igual con la naturaleza, Anthony? ¿Simplemente la tiramos o la donamos? —le revolví el pelo engominado con cariño.

—No lo sé. Hay mucha naturaleza en el mundo —comentó—. Y cuando hay demasiado de algo, vale poco. Las cosas solo tienen valor cuando son únicas, raras.

Me puse de pie y lo miré desde arriba, tomé la tierra abonada y caminé hasta el árbol más cercano. Él me siguió, claramente inseguro de quedarse solo con las macetas.

—Si hay tanta naturaleza en el mundo y nace sola, ¿por qué pierdes el tiempo plantando estas cosas? —rompió el silencio.

—¡Hoy estás muy agudo! —terminé de poner la tierra en los agujeros superficiales que había hecho alrededor del árbol.

—Gracias.

—La vida es un poco misteriosa, ¿sabes?

—Por eso estudiamos biología.

—Sí, por eso también —tuve que reírme—. Bueno, me gustan las flores. Son delicadas, necesitan mucha atención y cuidado para nacer y mantenerse vivas. No brotan de inmediato, así que requieren dedicación; con eso trabajamos la paciencia, la constancia y el enfoque. Paciencia, porque el resultado tarda en llegar. Constancia, porque no sirve de nada regar un día y luego olvidarse varios, hay que hacerlo con frecuencia y confiar en que la recompensa llegará. Y enfoque, porque si riegas demasiado puedes estropearlas. Igual que si no las riegas…

—Pero al final pueden nacer sin tu ayuda, ¿no? La naturaleza se encarga sola.

—Claro. Pero, ¿qué cuesta darle una mano a la madre naturaleza?

Anthony aún no parecía muy convencido. Volvimos adonde estaban las macetas y se quedó mirándome fijamente.

—¿Escuchaste el audio que te pasé en el móvil?

Sacó el aparato con los auriculares del bolsillo y luego lo guardó; asintió al comprobar que no había nadie más cerca.

—¿Sabes lo que hay en el audio?

—Lo sé. Lo escuché.

—¿Cuántas veces?

—¿¡Eh!? —abrió mucho los ojos, como si lo hubieran pillado en un delito.

—¿Cuántas veces lo escuchaste?

Sus mejillas se sonrojaron; era bastante tierno verlo así. Anthony se tapó los pómulos con las palmas y empezó a darles golpecitos.

—Es el frío de principios de primavera —se justificó.

—No tienes que disculparte por tener sentimientos —volví a agacharme y empecé a poner tierra en las macetas con las manos

mismas.

—¡Te vas a enfermar así! —me sujetó del brazo.

—He hecho esto muchas veces desde pequeña… y nunca me puse enferma.

Anthony también se agachó y fue abriendo los paquetes de semillas y pasándomelos.

—No sé cuántas veces lo escuché. Me acuesto y me levanto escuchándolo —sus mejillas se pusieron aún más rojas—. También lo pongo varias veces durante el día…

¡Eso era perfecto! Mi sonrisa se volvió enorme.

—Es agradable escuchar que uno es amado, ¿verdad?

—Sí.

—El amor es igual que el arte de plantar, Anthony. Hace falta cuidado, dedicación, constancia, enfoque, paciencia… Yo adoro cada trocito del trabajo que hice aquí. Desde la limpieza, poner el césped, preparar las macetas, poner las semillas… y cuando broten y florezcan las amaré tanto. ¡Será tan hermoso!

—¿Y cuando mueran? —evitó mirarme—. ¿Las tiras?

—Entonces replantamos. Lo que muere se usa como abono. Nacen nuevas flores, todo vuelve a ponerse verde y cuidamos para que viva lo máximo posible, hasta que siga su ciclo… Las cosas orgánicas no son como las electrónicas. No se pueden simplemente descartar y tirar… siempre es posible reaprovechar, hacer que brote otra vez, renazca… y si no hay manera, buscamos otra forma de continuar el jardín. Con otras flores, otros colores, otros aromas… pero siempre con el mismo amor, cariño, paciencia, enfoque y constancia de antes.

Anthony no discutió aquello. Solo asintió y metió las manos en el saco de tierra abonada, repartiéndola en las macetas.

—¿Qué pasa? ¿Has perdido el miedo a enfermarte? —me acerqué un poco más a él y lo imité.

Anthony se rascó la cara y, torpe como yo, acabó manchándose.

—No —sacó los auriculares del bolsillo y se los puso.

Pedí permiso y tomé uno de los auriculares, colocándolo en mi oído izquierdo.

—¿Sabes cuándo van a nacer las flores? —preguntó en voz alta para intentar tapar la voz de su padre en el audio.

—No, no lo sé. Pero seguiré cuidando de todo hasta que puedan nacer.

—Puedes llamarme para ayudarte la próxima vez.

Capítulo 22

Beatriz Rodríguez

Yone me despertó con una noticia maravillosa: la maleta había aparecido abierta y sí, dentro había pinturas de Serena. Sentí por fin que me había vengado en aquella caza del tesoro en la que, desde niña, nunca tuve suerte.

—Son tan bonitas —comentó Yone, sacando las pinturas dobladas de la maleta y desplegándolas con sumo cuidado.

Las pinturas estaban dobladas dentro de plásticos, como si alguien, o incluso la propia Serena, las hubiera sellado y escondido allí.

—¿Cómo acabaron en ese jardín?

—Ella pintaba en el jardín —Yone entornó los ojos—. Ahora resulta bastante obvio que ese era el lugar indicado para encontrarlas.

—Bueno, no en el estado en el que estaba... —la ayudé a abrir los plásticos con cuidado—. ¿No firmaba sus pinturas?

Yone repasó cada dibujo: desde una reproducción del jardín y de la finca hasta torres derrumbándose; había uno con un suelo ajedrezado tras dos columnas de colores opuestos, e incluso otro que parecía ser el propio Anthony —como su madre debía de haberlo imaginado— o Héctor de joven.

—Hay números —señaló Yone.

Sí, había números.

En la pintura de la pared figuraba el número 0. Después los números se repetían en las demás obras.

—¿Crees que las numeró en orden cronológico?

—No, algunas de las primeras parecen tener trazos más trabajados —observó Yone por encima de mi hombro—. Ahora debo volver a mis quehaceres, señora Mitchell.

—Bia —la corregí, sin apartar la vista de las pinturas—. Encárgate de conseguir algunos marcos para colgarlas, ¿sí, Yone?

—Sí, señora —respondió con una sonrisa enorme antes de salir, mientras yo seguía contemplando las obras.

Las levanté con las manos para verlas mejor y, a contraluz de la ventana, distinguí algo escrito. No era inglés ni ninguna lengua con alfabeto latino. Tampoco parecía oriental. Era peculiar.

—¿Qué es esto? —murmuré para mí misma.

—¿No lo sabes...? —Hillary entró en la habitación y casi me mató del susto—. ¿Qué es todo esto? —miró las pinturas esparcidas sobre la cama, el escritorio, la cómoda...

—¿Tu madre no te enseñó a llamar? —protesté, llevándome la mano al pecho, el corazón a mil.

—Ay, Bia, no me lo creo... ¿sigues intentando resucitar a esa momia? —Hillary cruzó los brazos.

En ese momento no quise compartir con ella lo que había descubierto en las pinturas.

Simplemente las doblé, las guardé en los plásticos y las volví a meter en la maleta. La cerré con llave y la empujé debajo de la cama.

—¡Eso, esa es mi amiga! ¡Deja que esa mujer sea olvidada, tía!

—¿Has desayunado ya, Hillary?

—No. ¡Venga, vamos! Incluso podemos ver al crío preparando su propia comida. ¿Te lo puedes creer? ¡Está cocinando! —rió—. Parece que se ha contagiado de tu misma enfermedad, esa manía de querer hacerlo todo... ¿qué demonios os pasa a los dos?

Mis ojos bajaron desde sus pies hasta su cabeza, juzgándola con severidad.

—Baja tú primero, que ahora voy.

Me di la vuelta y esperé a que saliera del cuarto.

Después de vestirme como era debido y de hablar por teléfono con Héctor, que me dijo cuánto me echaba de menos, bajé a desayunar.

Pasé el resto de la mañana en la biblioteca buscando libros de símbolos para encontrar algo parecido a lo que había visto en las pinturas y poder descifrarlo.

Podría ser su firma, claro. Pero era diferente en cada cuadro.

Por desgracia, no encontré nada, aunque aproveché para acompañar a Anthony en sus clases de historia y literatura. Era, de verdad, un chico muy inteligente.

Cuando el profesor se fue, Anthony se quedó al pie de la escalera mirándome mientras yo deslizaba los dedos por los libros de los estantes superiores.

—Puedes caerte —dijo con ese tono monótono al que había aprendido a cogerle cariño.

—Llevo horas buscando un libro y no lo encuentro —le expliqué.

—Si es Yo, robot, está en mi cuarto —intentó ayudar.

—No, ese no —tuve que bajar y no disimulé la frustración.

—Pareces enfadada.

—Un poco, sí. Creo que voy a pasar lo que queda del día haciendo algo productivo, porque el ocio me inquieta.

Tampoco podía quedarme en casa: mirar aquellas pinturas sabiendo que escondían algo y no tener la capacidad de descifrarlo iba a ponerme nerviosa.

—Creo que esta tarde voy a ver a tu padre. ¿Quieres venir?

Anthony dio un paso atrás.

—No.

Aquel «no» seco y monosilábico estaba cargado de un temor que ni siquiera comprendí.

—¿No le echas de menos?

Anthony apartó la mirada y empezó a fijarse en los libros.

—Está bien, le diré que le mandas recuerdos —acaricié su cabello—. Compórtate y cuídate, ¿vale?

—Yo nunca he salido de aquí —me miró con esos ojos grandes y curiosos—. Al menos que yo recuerde.

—¿En serio? ¿Ni siquiera al médico?

—Él viene aquí. El médico, el sastre, los profesores, los dueños de la tienda de informática... —los enumeró uno a uno, y yo me cansé solo de seguirle la lista.

—¿Por qué? ¿Tu padre no te deja?

—El mundo de fuera tiene demasiados gérmenes —explicó—. Y yo soy un niño muy frágil —Anthony ladeó la cabeza hacia la izquierda y empezó a leer los títulos de los libros que estaban detrás de mí.

—¿Te pusiste enfermo después de ayudarme a plantar las flores?

—No.

—¿Y cuando jugaste al béisbol ahí fuera, te pusiste enfermo?

—No —volvió a mirarme.

—¿Y si ya no fueras un niño tan frágil? ¿Y si ya hubiera llegado la hora de salir ahí fuera? —pregunté animada.

—El mundo exterior todavía parece tener muchos gérmenes —reflexionó en voz alta y después me hizo una seña para que me inclinara hacia él—. Además, dicen que la gente que pasea por Wall Street no tiene ningún sentido de la moda —abrió mucho los ojos.

Ese niño era una joya rara de coleccionista.

—Y Amanda no me deja salir.

—Pero si tú quieres, yo sí te dejo —afirmé con seguridad—. Al fin y al cabo, vendrás conmigo y yo cuidaré de ti.

—No sé si estoy preparado —Anthony me dio la espalda y empezó a alejarse—. Dile a mi padre que le mando un saludo.

—Está bien. ¡Cuídate! —me despedí.

Lo único que hice fue darme una buena ducha y vestirme adecuadamente para ir a ver a Héctor a la Mitchell & Smith. Me puse un abrigo encima de la camisa blanca y los vaqueros, subí al coche, indiqué el destino y desbloqueé la pantalla del móvil para avisar a Héctor de que ya iba en camino.

No le dije nada a Hillary de que iba a salir, así que pegué un salto cuando de repente se abrió la puerta del coche. Pero no era ella.

—Voy a saludarlo en persona —dijo Anthony, casi sin aliento.

Héctor Mitchell

Geoffrey estaba con los brazos cruzados y los ojos entornados, fingiendo que tenía la situación bajo control.

Nos encontrábamos en la sala de reuniones de Mitchell & Smith con la ilustre presencia de mis hermanos del Templo de Nueva York. Derick Von Grant, la Mano Oculta, estaba sentado a mi lado. Rara vez ocupaba la cabecera de la mesa cuando yo estaba presente, por respeto. Era, como yo, alto, atlético, con cara de pocos amigos. Llevaba la melena recogida en un moño y la barba perfectamente arreglada.

—Te estamos dando la oportunidad de decir la verdad, Geoffrey. Si llevamos un juicio como este dentro de la Orden, ya sabes cuáles serán las consecuencias.

—Yo no tuve nada que ver con el asesinato de la stripper —Geoffrey se mantuvo firme en su defensa.

Ethan tenía motivos de peso y pruebas para creer que Geoffrey había ordenado la ejecución de la antigua compañera de piso de Bia. Solo necesitábamos averiguar cuál era su verdadero nivel de amenaza en ese momento.

—Escucha bien —Adrian Cavalieri golpeó la mesa con el puño —. ¿Sabes con quién estás tratando?

—Sí, señor Cavalieri —Geoffrey intentó mantener la calma, pero no logró ocultar el miedo que le tenía a Adrian.

Y bien que debía temerle.

Geoffrey estaba metido en asuntos de drogas, no había sido difícil descubrirlo.

Adrian era un italiano de temperamento explosivo; se le notaba la sangre en los ojos y, al igual que Derick y yo, era extremadamente controlador. No en vano era el jefe del crimen organizado de toda Nueva York: nada sucedía en esa ciudad sin que él lo supiera. Y si llegaba a suceder, el propio Adrian se encargaba de quien osara desestabilizar su «orden».

—Voy a cortarte los dedos —dijo Adrian con calma—. Uno a uno, hasta que confieses.

—Tortura —Ethan Evans soltó una carcajada—. Ahora sí que estamos en pleno clima de Guerra Fría. Solo falta la parte en la que ponemos a militares en el poder de los países latinoamericanos.

—Ya ha quedado bastante claro para todos que, si Héctor no cumple el testamento, el beneficiado eres tú. Así que él elige a la novia y, de repente, ella es atacada y una de sus amigas asesinada —Derick recitó aquello como si estuviera leyendo un informe—. Ethan encontró pruebas de que llevas tiempo espiando ciertos asuntos en Mitchell & Smith, y que tu gente ha estado traficando en zonas prohibidas.

Adrian volvió a golpear la mesa y le apuntó con el dedo índice a Geoffrey.

—Nueva York salió del caos de criminalidad porque mi familia puso orden en el desmadre que esto era. Y eso incluye ni una sola droga cerca de colegios, hospitales o incluso restaurantes frecuentados por adolescentes. Hay una escuela de barrio cerca de ese edificio —Adrian fulminó a Geoffrey con la mirada.

Geoffrey me lanzó una mirada de misericordia.

—No sabía que la chica era la elegida de Héctor. ¿Cómo iba a saberlo? —Geoffrey casi alzó la voz, pero mi expresión indiferente, la mirada analítica de Derick y la de Adrian, que parecía dispuesto a separar el cráneo de su cabeza, lo hicieron recapacitar—. Sí, estoy pendiente de los asuntos de Mitchell & Smith. La empresa también pertenece a mi familia, ¿lo habéis olvidado? Y estoy de acuerdo con

el consejo y con mi difunto padre: Héctor es el más capacitado para dirigir todo esto. Yo hundiría la empresa en el mismo instante en que anunciaran mi nombre como CEO.

Fruncí una ceja, sorprendido de escuchar esas palabras de su boca.

—Y puedo asegurar que ese tráfico clandestino no tiene nada que ver conmigo ni con mis hombres. Solo vendemos a grandes empresarios, como el... —Geoffrey me miró fijamente.

Era evidente que iba a decir el nombre de mi padre. Pero lo único que pronunció fue:

—... Da igual.

—Ethan, pásame el bisturí o el alicate —ordenó Adrian, cruzándose de brazos.

—¿Qué he hecho? —suplicó Geoffrey.

—No voy a permitir que hables así delante de los Hombres Libres que dirigen este país desde las sombras —sus ojos chisporrotearon.

—Está diciendo la verdad —tuve que intervenir.

Todos se quedaron sorprendidos, y Geoffrey aún más.

—No fue Geoffrey —respiré hondo.

—¿Y cómo lo sabes?

—¿Es un imbécil? Sí. ¿Tiene la polla pequeña? Sí. ¿No sirve para nada? Por supuesto —me divertí un instante—. Pero Geoffrey es hijo de Terence Smith —al pronunciar el nombre de su padre, tanto Derick como Adrian me miraron con profundo respeto—. Y Terence era un hombre íntegro, leal a sus hermanos, y estoy convencido de que sería incapaz de criar a un hijo que los traicionara.

Él formó un «gracias» con los labios y apartó la vista.

Derick estaba a punto de contraargumentar con toda la clase y la pompa que lo caracterizaban, pero Alex irrumpió en la sala de reuniones.

—¡Señor!

—¡Alex, te dije que no quería ser interrumpido!

—Lo sé, señor, pero llevan mucho rato llamando desde la mansión —se colocó a mi lado y me entregó el móvil.

—Sabes que no puedo tener ningún dispositivo electrónico cuando estoy con mis hermanos —lo fulminé con la mirada.

—Lo sé, señor, le pido perdón, pero es urgente.

Cogí el teléfono y vi que ya había alguien en la línea.

—Hola —me llevé los dedos a la frente.

—¡Héctor, gracias a Dios! —Amanda estaba desesperada—. ¿Por qué tardaste tanto en contestar?

—No te debo explicaciones —respondí con frialdad mientras miraba a Derick, que se echó a reír.

—¡Tu hijo ha desaparecido!

—¿Ya has buscado por toda la mansión? —respiré hondo.

—¡Ya lo hice! ¡Él y esa mujercita tuya simplemente se esfumaron!

—Entonces no veo por qué tanto escándalo. Si está con Bia, debe de estar bien —concluí.

—Pero Héctor, tu hijo no puede... —corté la llamada y le devolví el móvil a Alex—. No me interrumpas otra vez, y menos si se trata de Amanda.

—Sí, señor.

—Llama a Beatriz y pregúntale si Anthony está con ella. Si no lo está, manda a todo mi personal a buscarlo por la mansión. Para

esta maldita ciudad si hace falta, quiero que lo cierren todo —miré a Adrian—. Nada volverá a funcionar hasta que mi hijo aparezca.

—Ese es el Héctor que yo conozco —Derick alzó su copa de whisky y bebió.

—¿Quieres que llame a los míos? Podemos cerrar las carre...

—Gracias, Adrian —lo interrumpí—. Por ahora no. No vamos a provocar ese escándalo y caos hasta saber dónde está Anthony.

Alex salió de la sala y Geoffrey siguió mirándonos con una mezcla de pavor y esa falsa seguridad que intentaba aparentar.

—¿No prefieres cancelar este juicio e ir a buscar a tu hijo? —preguntó Ethan.

—Si está con Bia, está bien —respiré hondo, tomé mi copa de la mesa y bebí de un trago, sintiendo el calor del líquido en mi garganta—. Eres inocente, Geoffrey —decidí—. Puedes irte.

Geoffrey se levantó con cautela y caminó despacio hacia la puerta; en cuanto salió de nuestro campo de visión, escuchamos pasos apresurados.

—Podemos interrogar a los suyos o mandarlos a la calle para ver si encuentran algo sobre la muerte de esa tal Clair.

—Pueden fabricar pruebas o esconderlas, si las tienen —advirtió Adrian.

—Sí, lo sé. Por eso los vigilaremos —me giré hacia Ethan—. Ese es tu trabajo.

—Ya está hecho —asintió.

—¿Cómo puede ser que una chica así muera y el cuerpo simplemente desaparezca? Nada en la policía, nada en los archivos secretos... ¿dónde diablos ha ido a parar el cuerpo de esa chica? —gruñó Derick.

—Lo vamos a descubrir, te lo garantizo —afirmé.

Beatriz Rodríguez

Fue divertido ver a Anthony todo encogido y asustado en medio de la multitud.

Me quedé a su lado todo el tiempo y le tomé de la mano para que se sintiera seguro.

El mundo fuera de la mansión estaba lleno de colores, de gente y de situaciones artificiales. No quería exponer al niño a ningún peligro; lo único que deseaba era darle fuerzas y animarlo a superar un poco sus barreras.

Como vino conmigo, nuestra primera parada fue en un hospital de lujo donde Anthony se sometió a una batería de pruebas. Después fuimos a comprarle ropa y me quedé maravillada al verlo vestido como un mini-CEO.

Y así fue como Anthony y yo llegamos a Mitchell & Smith: yo de manera sencilla, con un abrigo por encima, y él con traje y corbata, el pelo engominado y esa mirada fría que imitaba a la de su padre.

Cuando llegamos al piso del despacho de Héctor y se abrieron las puertas del ascensor, nos topamos con él y tres hombres más.

Dejaron de hablar de inmediato y se quedaron mirándonos: Héctor, sorprendido; los otros, con una sonrisa en la cara.

—¿Ese es tu hijo? —preguntó uno de ellos, con aire italiano, dirigiéndose a Héctor.

Salimos del ascensor —bueno, tuve que empujar un poco a Anthony porque estaba bastante rígido— y nos quedamos quietos, esperando a que Héctor viniera hacia nosotros.

No apartó los ojos de su hijo mientras se acercaba.

—¿Qué hacéis aquí? —sonrió de medio lado sin dejar de observar al niño, visiblemente sorprendido y fascinado.

—Te dije que te echaba de menos —expliqué—. Por lo visto, no era solo yo... —bajé la mirada hacia Anthony para señalarlo.

—Ah, yo también os echaba de menos, a los dos —sonrió y tomó la mano pálida de su hijo.

—Anthony tiene algo importante que decirte —le di unas palmaditas en la espalda.

Héctor se agachó en cuclillas para quedar a la altura de su hijo.

—Hola —saludó Anthony con un gesto de la mano.

Capítulo 23

Héctor Mitchell

Las palabras simplemente desaparecieron de mi mente.

Hacía unas semanas lo único que tenía era un hijo postrado en la cama, apático, escondido bajo las sábanas como si tuviera miedo de salir de su cuarto.

La alegría de verlo ahora de pie, rodeado de gente y comportándose con total normalidad, como si nunca hubiera estado enfermo, me trajo una felicidad que solo se comparaba con el día en que supe que iba a ser padre.

—¿Está todo bien? —los grandes ojos de Bia me observaron, y era evidente que estaba preocupada.

Apreté sus manos y la atraje hacia mí.

—Contigo todo se vuelve perfecto —murmuré, estrechándola contra mi cuerpo.

Estábamos en el Magnum Imperium, mi restaurante favorito. Me había despedido de mis hermanos y había ido con mi familia a pasar un rato juntos. Alex también vino y se quedó vigilando a Anthony que, por primera vez fuera de casa, parecía fascinado con todo lo que sus ojos alcanzaban a ver y sus manos a tocar.

—¿No estás enfadado? Seguro que recibiste mil llamadas diciendo que habían secuestrado a tu hijo... —esa voz melosa de Bia no se limitaba a mis oídos.

Se metía en mi piel, alcanzaba mi corazón, hacía que cada parte de mi cuerpo estuviera alerta, despierta, hambrienta. La abracé con más fuerza.

—Sí, escuché cosas así... pero como me dijeron que estaba contigo, supuse que no corría peligro.

Ella levantó el rostro y sonrió. Le besé la frente y seguí observando a Anthony, que miraba cómo cenaba una pareja aristocrática.

—Llevé a Anthony a hacerse unas pruebas...

Fruncí una ceja.

—Él tiene un médico particular.

—Lo sé. Quería una segunda opinión. Espero no haber hecho una tontería.

Respiré hondo. No quería oír malas noticias. Después de once años, todavía no me había acostumbrado a ellas.

Beatriz Rodríguez

Abrí el bolso y busqué los informes emitidos por el equipo de médicos a los que llevé a Anthony.

Como pagué una fortuna, les dije que tenía prisa y necesitaba que redactaran unas declaraciones claras sobre el estado de salud de mi hijo.

Le entregué los papeles a Héctor, consciente de que el resultado podía afectarle.

Yo no conocía los resultados y solo podía confirmar que quizá había metido la pata todo ese tiempo... pero mis instintos me decían que no había nada malo en ese niño, al menos no en lo que respecta a su salud física.

—¿Puedes abrirlo? —me devolvió el sobre.

—Claro —sonreí y lo abrí.

Noté que la respiración de Héctor se volvió pesada y su mirada se tensó por completo.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Quedémonos con el informe de su médico particular, al fin y al cabo lo sigue desde que nació... —casi rompí el sobre con todo dentro, pero Héctor me sujetó la mano con firmeza.

Fue mi turno de suspirar.

¿Qué estaba haciendo?

¿Por qué me estaba metiendo en un asunto que no me correspondía?

Tal vez Hillary tuviera razón. Solo debería disfrutar de esa especie de colonia de vacaciones, dejar que mi millonario protector

me complaciera y esperar a que el contrato terminara para vivir como una reina soltera en la tierra del Tío Sam.

Sin embargo, algo gritaba dentro de mí. Probablemente el recuerdo del llanto de aquel niño, que era como un pedido de auxilio.

Era lo único que yo había necesitado en mi infancia... alguien que me ayudara...

—Ábrelo —dijo él.

—Vale —exhalé y saqué los papeles.

—Es solo que... —su voz me hizo estremecer; yo ya estaba tensa y escucharle tan cerca me desestabilizó—. No es fácil vivir oyendo toda la vida que mi hijo está al borde de la muerte... y yo tengo todo el puto dinero del mundo y aun así no basta... —Héctor siguió mirando al niño, que ya sostenía un helado en las manos.

Aquello era realmente extraño. Había algo en esta historia que no encajaba.

—Bien, veamos... les pedí que lo escribieran todo de forma muy clara, ¿sabes? Les mencioné los problemas que el médico particular de Anthony aseguraba que tenía y les pedí que evitaran tecnicismos médicos, porque nosotros somos legos...

—Vale.

—Bueno, aquí dice...

Héctor Mitchell

Hace once años

Mi coche se detuvo detrás de la ambulancia frente a la mansión de los Hamptons.

Respiré hondo mientras veía a los médicos sacar la incubadora con el mayor cuidado del mundo y caminar despacio hasta la puerta de la mansión para llevar a mi hijo dentro de casa.

—¿Por qué sigues tan tenso? Ahora ya puedes estar junto a tu hijo —Amanda pasó la mano por mi brazo.

—Eso no cambia el hecho de que el médico dijo que su situación puede empeorar en cualquier momento...

—Al menos has hecho todo lo que estaba en tus manos. Y ahora está en casa.

—Sin su madre —tragué saliva.

Amanda me abrazó, pero yo seguí con las manos en el volante, los ojos puestos en el equipo médico que entraba con aparatos y todo tipo de material farmacéutico necesario para cualquier urgencia.

—¿Quieres que te relaje? —susurró Amanda muy cerca de mi oído.

—Siempre eres muy atenta —acaricié su rostro lentamente y la miré a los ojos.

Entre Amanda y yo no había mucho más que sexo, pero me sentía vacío, necesitado y un tanto deprimido por la pérdida de Serena.

Mantenerla cerca era la única forma que había encontrado de contener el dolor de la pérdida y la amenaza de una nueva pérdida.

Aun así, no me sentía del todo feliz.

Anthony era diminuto, apenas había abierto los ojos una sola vez, y era muy callado. Desde que nació no pude cargarlo ni una sola vez en brazos; era demasiado frágil. En realidad, hablar de cargarlo era mucho: prácticamente cabía en la palma de mis manos.

Mi habitación fue transformada en un cuarto de hospital.

Mi cama quedó arrinconada contra la pared y la incubadora ocupaba el centro, rodeada de aparatos médicos, un armario con medicamentos y una butaca cómoda en la que pasaba la mayor parte de mis días.

Era padre soltero con apenas veintidós años.

No me bastaba con tener un padre problemático del que ocuparme, ahora también tenía un bebé del que nadie sabía decirme si sobreviviría.

A veces apoyaba la mano sobre la incubadora como si pudiera tocarlo y sonreía.

Al principio Anthony dejó atrás la palidez y fue poniéndose más rosado; apenas se movía y no lloraba.

Observaba a las enfermeras con completa envidia, viéndolas cuidar de mi hijo.

Me quedaba en esa habitación durante días, mirándolo como si fuera la televisión: no quería perderme nada.

—¿Está listo? —contuve la respiración cuando la enfermera me dijo aquellas palabras.

Abrí mucho los ojos y detuve el aire en mis pulmones como si así pudiera hacer que el mundo se parara.

Moví la cabeza suavemente de un lado a otro.

Ella sonrió y me llamó con la mano.

—Con cuidado —dijo ella, entregándome a Anthony envuelto en una manta—. Sujétale la cabeza así...

—Hola, campeón —la voz casi se me quebró—. Cada día estás más fuerte —roce sus manitas con la punta del dedo índice—. Un día serás más fuerte que yo —sonreí y apreté los ojos, notando cómo me ardían.

La enfermera sonrió y salió, y el médico entró con una carpeta en la mano.

—¿Cómo está, señor Mitchell?

—Bien —intenté hablar en voz baja; cada vez que las palabras salían de mi boca, Anthony fruncía el ceño y apretaba los ojos.

—Espero que comprenda que la situación de su hijo es delicada.

—Sí, lo entiendo. Y les agradezco que hayan aceptado traerlo a la mansión... —sonreí.

—Señor Mitchell —el hombre me miró con seriedad—, su hijo puede que no sobreviva las próximas semanas.

La sonrisa se me fue borrando. Tragué un sabor amargo.

¿Quién diría que la mejor parte de mí sería tan pequeña y viviría fuera de mí?

Dolía saber que podía perderlo en cualquier instante.

—Pero parece que está creciendo y engordando un poco... —intenté aferrarme a lo que había visto con mis propios ojos.

—Lamento decir que Anthony no ha respondido bien a la medicación —consultó la carpeta.

—Use otra —lo fulminé con la mirada.

—Estamos haciendo todo lo posible...

—No, no lo están. Si estos fármacos no funcionan, financiaré nuevas investigaciones hasta que inventen el medicamento que cure a mi hijo de lo que sea que tenga.

—La vida es algo delicado, señor Mitchell... —el médico me apoyó una mano en el hombro y miró a Anthony en mis brazos—. Y también imprevisible...

—Diga de una vez lo que quiere decir.

—No quiero ser pesimista, pero si su hijo llega a crecer...

—Va a crecer.

—Será un niño que necesitará cuidados especiales... será frágil... su inmunidad es bajísima y...

—Mi hijo ha nacido —fui tajante—. Y va a sobrevivir. Aunque tenga que cambiarlo por un médico más eficiente.

Él tragó saliva y se apartó.

—Daré todo de mí, señor Mitchell —se apresuró a decir antes de salir del cuarto.

El miedo a perderlo quedó grabado en mí.

Y desde temprano me cansé de malas noticias.

Solo quería, al menos una vez en la vida, escuchar algo que me diera esperanza.

Construí mi propia esperanza yo solo.

Los médicos decían que Anthony no pasaría del segundo mes... después aseguraron que nunca podría hablar... que tendría algún trastorno psicológico... que no lograría caminar... que su baja inmunidad lo haría contraer cualquier enfermedad...

Nunca desistí de Anthony.

Sería como desistir de mí mismo.

Empecé a ponerme más tensa que él.

Leí rápidamente las líneas del informe, fijándome en porcentajes, gráficos e información médica. Me sorprendió que hubieran conseguido hacerlo en tan poco tiempo, pero ¿qué no lograría el dinero?

—Bueno... necesita tomar algunas vitaminas y también seguimiento psicológico, sí —busqué cualquier otra información relevante, pero no encontré nada más—. Aquí dice que Anthony parece un niño bastante sano.

Héctor, que tenía los ojos cerrados, los abrió muy despacio.

—Eh, tranquilo —le tomé la mano—. Es fuerte y está sano... puede que tenga carencias de vitaminas, como muchos niños, nada grave.

Héctor asintió lentamente.

Antes de que pudiera decir algo, el pequeño de enormes ojos azules y mejillas sonrosadas se colocó entre los dos con la copa de helado en las manos.

—¿Qué tal el helado, hijo? —intentó Héctor iniciar la conversación.

—Frío —Anthony se llevó la mano derecha a la mejilla—. Alex es un poco flojo —nos miró a mí y luego a su padre.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó Héctor, intrigado.

—Camina de forma vacilante y cuando se apoya en la barra se deja caer todo hacia delante, blandengue —puso una mueca mientras removía el helado con la cuchara—. Es muy inseguro.

—¿Quieres volver a casa, Anthony? —le pregunté.

—Me ha gustado este sitio —echó un vistazo por el gran ventanal que daba a la calle—. Es multicolor. Parece un árbol de Navidad. Y la gente se viste como si hubiera perdido el sentido común —analizó—. Me gusta.

—¿Entonces no quieres regresar a la mansión? —preguntó Héctor.

—Allí no es tan colorido —dio otra cucharada de helado y volvió a llevarse la mano a la mejilla—. Mi cerebro parece un iglú.

—Vale, entonces vas a conocer dónde vive papá aquí —dijo Héctor.

—Si Bia puede venir —Héctor me miró—. Ella es mi amiga, me gusta. Me siento seguro con ella.

—Por supuesto que Bia estará allí, hijo —Héctor asintió despacio.

—Solo espero que la casa no esté desordenada y que no haya demasiados gérmenes —Anthony se adelantó con la nariz en alto y los hombros erguidos, como si fuera el mismísimo padre.

Capítulo 24

Héctor Mitchell

Cargué a Anthony en brazos porque se había quedado dormido por el camino. Ya no era tan pequeño como la primera vez que lo sostuve. Estaba grande, pesado, y aun con once años seguía siendo mi bebé.

Bia venía justo detrás con su bolso; una sonrisa fácil se escapaba de sus labios, y solo tomó la delantera cuando fue a abrir la puerta del piso.

—Menos mal que había ascensor. Imagina subir todos esos pisos cargándolo —bromeó Bia.

Solo tuve tiempo de seguir su buen humor cuando dejé a Anthony en el sofá. Se giró hacia el respaldo y se cubrió la cabeza con el brazo, continuando dormido.

—Te pones tan tierno cuando lo miras o lo cuidas... —Bia me rodeó la cintura—. ¿Quién diría que tienes corazón?

—Créeme, he pasado la mitad de mi tiempo en los últimos años mirándolo y cuidando de él —me quité el traje negro y cubrí a mi hijo.

Bia suspiró y se sentó en el brazo del sofá.

—Quiero pedirte perdón.

—¿Perdón? —me humedecí los labios.

—Hoy no debe de haber sido la primera vez que te llaman diciendo que tu hijo ha sido secuestrado por una loca —su voz empezó tensa, pero terminó con una risita—. No quería provocarte eso, espero que entiendas que...

—Bia —me acerqué a ella. Cada paso hacía que mi corazón latiera más fuerte—. Sé que serías incapaz de hacerle daño a mi hijo. Al fin y al cabo, eres su amiga, ¿no?

Reímos juntos. Sus piernas quedaron entre las mías y la atraje contra mi pecho.

—Creo que ha llegado la hora de que Amanda se marche. Su papel ha terminado.

Bia abrió mucho los ojos.

—Yo no...

—Tranquila —la apreté con más fuerza contra mí—. Debió haberse ido hace mucho tiempo. Anthony y yo ya no la necesitamos.

Aquellas palabras lo significaban todo para mí.

No quería compartir mis sospechas sobre Amanda para no parecer celosa o conspiradora. No quería presionarle porque tal vez no tuviera voz suficiente para plantarle cara en eso.

—Creo que ahora solo te necesitamos a ti —Héctor terminó de ablandar mi corazón.

Cerré los ojos, mis dedos se aferraron con fuerza a su camisa y una paz me invadió por completo.

No quería ser la otra, desestabilizar su hogar y obligarle a tomar decisiones difíciles.

Solo quería curar lo que aún podía ser curado. Ayudar en lo que pudiera ayudar. Y devolverle todo lo que había hecho por mí.

—Por desgracia he tenido que ausentarme de la vida de mi hijo durante los últimos seis meses —Héctor suspiró con fuerza—. Parece que estos seis meses han sido una eternidad y han cambiado nuestra relación...

—Deja de culparte por el pasado. Tienes todo el presente y el futuro por delante —fue mi respuesta—. Podéis volver a empezar. Siempre se puede volver a empezar.

—Gracias a ti, sí —me besó en la frente.

—¿Qué pasó hace seis meses que te obligó a alejarte, Héctor?

Héctor se apartó de golpe y no miró hacia atrás.

Anthony acabó despertando medio aturdido, miró a su alrededor sorprendido por estar en un lugar desconocido y se sintió

más tranquilo al ver un gran cuadro en el salón, una pintura de él cuando era más pequeño.

—¿Estoy en casa? —preguntó, maravillado.

—Sí que lo estás —le sujeté el pie y lo balanceé muy despacio.

Héctor Mitchell

Hace 6 meses.

—Eres horrible en esto —gruñó mi padre mientras yo hacía el nudo de su corbata negra.

Al final se sacudió las manos sobre las vestiduras negras y se colocó la máscara. Se giró completamente hacia las dos columnas que custodiaban la entrada de la sala de reuniones del Gran Templo y dio un paso al frente para entrar con los demás hermanos.

Los hermanos entraron; él se quedó.

Se acercó a mí y me sostuvo la mirada mientras yo me ponía la máscara.

—Deberías ser el hombre que lo dirige todo aquí, La Mano Oculta... no conformarte con ser el segundo al mando...

—Me gusta ser el secretario —sonreí con amabilidad.

—Smith era el secretario. Fue él quien te delegó esa tarea que no hace justicia a tu verdadero poder —me adularon sus palabras, sin saber si lo hacía para sonsacarme información o por otra razón—. ¡Tienes potencial para más! A la edad de Anthony yo ya te estaba preparando para...

—No menciones a Anthony —gruñí.

—Hijo —mi padre me sujetó por los hombros y me miró con seriedad—. Él es tu sucesor, es tu hijo. Ya va siendo hora de protegerlo; pertenece a la Orden, necesita ser entrenado para...

—Basta —rugí—. No permitiré que mi hijo viva la vida que yo viví —me aparté.

—Espero que recuperes la cordura algún día —mi padre se dirigió a la puerta—. Hasta entonces tenemos asuntos mayores que resolver —agitó su capa y entró en la sala, contrariado.

Me masajeé las sienes y respiré hondo, agobiado con tantos asuntos que atender.

Derick Von Grant, Mano Oculta de la Orden, bajó las escaleras cuando ya no quedaba nadie en el vestíbulo salvo yo. Su largo cabello rubio oscuro estaba dividido en dos: la parte superior recogida en una coleta, la inferior suelta cayendo sobre los hombros.

Al detenerse frente a mí, ajustó su propia máscara y alisó la barba. Me entregó el libro de tapas de cuero negro que contenía las actas de todas las reuniones desde la fundación del Gran Templo, que se remontaba a la propia fundación de la ciudad de Nueva York.

—No quise interrumpir la reunión familiar —intentó sonar cordial.

—Deberías —repliqué.

—Tu padre tiene razón, Héctor —Derick me sostuvo la mirada de igual a igual—. Serías un líder mejor que yo.

—Has estado tanto tiempo entre políticos que ya hablas como ellos —lo provoqué.

—Siempre te he admirado, desde la universidad. Protegiste a ese imbécil de Geoffrey cuando todos querían lincharlo por ser un cretino y provocar conflictos entre los hermanos de la fraternidad... y aún más por intentar criar a tu hijo lejos del ojo del huracán, cuando todos aquí solo piensan en perpetuar sus legados...

—Mi legado es asegurar que mi hijo viva mucho tiempo y sin peso en la conciencia —fui sincero.

—Y por eso mismo serías el mejor líder —Derick asintió—. Entra tú primero, por favor.

Entré, crucé el suelo ajedrezado en blanco y negro y me situé en mi lugar, ignorando todas las reverencias que me hicieron los hermanos del templo.

Derick entró después, avanzó despacio hasta la mesa directiva e igualmente ignoró las reverencias.

Él comenzó rápidamente la reunión y tomó asiento. Fue mi turno de continuar con la lectura del acta de la reunión anterior y, una vez aprobada, la registré y seguimos adelante.

—Mis hermanos, hijos de los Padres Fundadores y miembros del Excelentísimo *Gran Templo de la Orden Illuminati de Nueva York* —así dio inicio, como era costumbre—. Os agradezco que hayáis escuchado mi llamado y acudido a mí, como buenos hijos que sois.

En las decenas de sillas estaban los dueños del estado. Todos aquellos que movían la economía y tenían poder político estaban allí. Mi familia estaba representada por mi padre; yo representaba a la familia Smith. Era un doble deber.

Derick respiró hondo y miró a nuestros compañeros de mesa. Éramos cinco. Los saludó brevemente y se disculpó por estar un poco ausente.

—Como todos sabemos, llevamos atentos a las transformaciones mundiales desde el final de la última década por un motivo concreto. China y Rusia pasaron por un crudo invierno y las previsiones de los economistas más reconocidos eran que, con el paso de los años, al salir de ese invierno, tendrían tierras y mano de obra cualificada para superar nuestra economía. China, sobre todo.

Mientras anotaba el paso a paso del ritual, empecé también a registrar el discurso de Derick.

—Con tierras, mano de obra y alianzas tejidas por todo el mundo, pronto podrían adelantarnos, y eso ya no es una predicción, sino una realidad. En 2001, para que la máquina siguiera funcionando y tener una justificación plausible para la guerra, además de acercarnos a la frontera de esas potencias que compiten

con nosotros por ser la cabeza del primer mundo, fue una decisión firme de este y de todos los demás Grandes Templos de Estados Unidos que iniciáramos una guerra. Una guerra por el poder, por la soberanía, por el estatus y, por encima de todo, por la seguridad de Occidente. Además, dejando las diferencias de lado, el fútbol americano y la carrera imperialista son los deportes favoritos de todos nosotros.

Todos rieron y comenzaron a conversar entre ellos en ese momento.

Derick era tremendamente carismático, por eso era un líder excelente.

Yo era solo el tipo reservado que intentaba proteger a todos de la influencia que el poder pudiera causarles.

—Para poner en jaque el poder y la influencia de nuestros competidores en lo que respecta a nuestra seguridad en los países vecinos, perturbamos de manera constitucional los poderes democráticos para tener el control político, sobre todo en América Latina, y debilitar sus alianzas con los antiguos países comunistas.

Aquello fue celebrado por todos.

—Y como bien sabéis, ya se venía negociando desde hace tiempo que nuestro ejército en Irak regresara a casa, y volvió en febrero —puntualizó todo con calma para que todos siguieran sus palabras—. Lo que digo ahora es de máxima confidencialidad y de importancia inexorable, un secreto de Estado. Nuestro ejército regresará a Oriente.

—¿A Irak? —preguntó uno de los hermanos.

—Tiene que ser en esa región, cerca de la frontera rusa. Ellos tienen Cuba aquí, nosotros necesitamos una «Cuba» allí. Un punto estratégico de guerra que pueda servir de canal para nuestras acciones, para que la guerra no se acerque a nuestro territorio.

—¿Y cómo conseguimos esa información? —preguntó un antiguo hermano, muy conservador.

Derick le respondió con una mirada retórica que lo decía todo y más aún.

—¿Estamos espiando al presidente? —el hombre se levantó, ofendido.

—Él es uno de los nuestros, sabía el precio del poder —Adrian Cavalieri, el maestro del templo, tomó la palabra.

—Todos ellos fueron uno de los nuestros —Ethan Evans rió; solo en ese momento me di cuenta de que estaba allí, en un rincón —. Saben cómo funciona el juego.

—¡Ese espionaje a los Demócratas...! —el hermano conservador se puso de pie y alzó la voz—. ¡Persecución política!

—La mitad de los hermanos aquí son Republicanos —replicó Ethan con todo el desprecio del mundo—. La parte más insensata, conservadora y atrasada, obviamente, pero la democracia es eso.

Derick golpeó el mazo tres veces y todos guardaron silencio.

—En el Gran Templo estamos por encima de las divisiones entre Republicanos y Demócratas. Aquí somos todos hermanos, descendientes de los Padres Fundadores de esta nación. ¡Respetad el espacio sagrado construido por nuestros ancestros con lucha, gloria, poder y honor!

Todos callaron y Derick me sostuvo la mirada.

—Puedes registrar la discusión; siempre es bueno recordar que los años pasan y siguen peleando como universitarios recién politizados.

Asentí y volví a escribir.

—El presidente anda buscando el mejor lugar para posicionar las tropas. Irak es la posibilidad más obvia, pero acabamos de salir de allí. El objetivo es recrear el clima de Guerra Fría, imponer

respeto y demostrar que estamos listos para ir con todo; es como una advertencia para que sepan que no estamos jugando. La inteligencia del gobierno estudia en este momento qué justificación usar. Tiene que ser algo más sentimental y visceral que simplemente «los terroristas». Algo que haga que el mundo olvide nuestro poder bélico y piense: «se lo merecían».

—Podrían invadir Turquía —sugirió uno de los hermanos.

—Ya hicimos aquella interferencia en Turquía —replicó otro.

—Afganistán —aventuró otro.

—Ya estamos en guerra en Afganistán —puse los ojos en blanco.

—Nepal.

—¿Pegado a China? ¿No recuerdas Vietnam?

—Por el amor de los Padres Fundadores, no hablemos de Vietnam.

—Siria —chilló una voz.

Todos callaron y miraron a mi padre.

—Todos por allí son terroristas —concluyó.

—Mientras no derriben otro edificio de Nueva York, que maten a todos los comunistas y terroristas —bramó el viejo conservador y volvió a sentarse.

—No nos corresponde decidir dónde será el próximo canal de ataque. Eso ya se está decidiendo. Mi papel es venir aquí, dejar todo el proceso claro y transparente y aseguraros que la guerra no se acercará a nuestro territorio.

—Rusia contraatacará si nos acercamos tanto —comentó en voz alta mi padre—. Y sin hablar de Corea del Norte. Alguien tiene que detener a ese hombre y demostrar que no estamos en el instituto; aquí la conversación es seria.

—Es la oportunidad de que nuestro presidente demuestre a quién le es leal —Derick hizo un gesto con la cabeza—. Y es nuestra contribución a nuestra valiosa industria de la guerra, de la que todos nosotros y nuestras familias salimos beneficiados. Así fue en la Primera, la Segunda Gran Guerra y en las actuales intervenciones como en Irak y Afganistán.

—¿Por qué siempre hace falta un Republicano para poner la casa en orden? —chilló uno de los antiguos hermanos—. Reagan, Bush, ahora Trump... Vosotros, demócratas, os preocupáis tanto por la imagen que siempre hacéis que el país decaiga en la economía y pierda su credibilidad y soberanía internacional.

—Claro, porque el tipo de los doritos era la mejor opción —otro puso los ojos en blanco.

—¡El muro! ¡Queremos saber del muro! —surgió otra voz en la oscuridad.

—A veces me pregunto si estoy en un manicomio —Derick respiró hondo y murmuró.

—Entonces permíteme responderte —me humedecí los labios y encaré a los hombres poderosos que nos rodeaban—: lo estamos.

Nunca entendí la calma del señor Smith al ver caer las Torres Gemelas.

Hasta estar en el corazón del poder y ver la cara de todos aquellos hombres, tan serenos como el señor Smith, ya visualizando los miles de millones en sus cuentas gracias a la guerra y a los problemas que vendrían con ella.

Ese era el precio de la guerra.

—... Menos la de Vietnam, que no fue tan lucrativa —recordó uno de ellos.

—¡El próximo que diga «Vietnam» dentro del Templo será expulsado! —rugió Derick.

Capítulo 25

Beatriz Rodríguez

Héctor no estaba bromeando.

El viernes Amanda se marchó. No sin despedirse, claro.

Escuché los golpes en la puerta de la habitación y mi sexto sentido me dijo quién era y qué quería.

Guardé los cuadros de Serena en la maleta y la empujé debajo de la cama, abrí la puerta lo suficiente para que me viera y no dejé espacio para que entrara.

—Puedes celebrarlo —destiló su veneno.

—No tengo nada que celebrar, solo sentir alivio —respondí con franqueza.

—¿Alivio de que ya no haya competencia para ti en esta casa? —Amanda se burló.

—Sinceramente, Amanda, nunca te vi como competencia. Porque para ser mi competencia tendrías que hacer lo que yo hago al menos de forma razonable. Y las dos sabemos que estás muy por debajo de eso —fue mi turno de destilar veneno, pero con clase.

Amanda se puso roja. Infló el pecho, resopló por la nariz y casi gritó.

—¡Él te va a descartar, igual que hizo conmigo! —sus ojos se endurecieron, enrojecidos—. ¡Le entregué once años de mi vida, me dediqué por completo, lo di todo! A ti también te llegará el momento. No eres más que una esposa de mentira con la que pasa tiempo ahora, pero un día te echará de aquí.

Fue mi turno de inflar el pecho y llenar los pulmones.

—Amanda, te resultaría menos desgastante salir por la puerta principal sin necesidad de escuchar ciertas cosas, pero voy a decírtelas todas.

—Dilo —rió ella.

—No te conozco, no sé de dónde vienes ni adónde vas. Pero lo que veo es que eres superficial. Nunca te interesaste de verdad por Héctor, solo por lo que podía darte. Y nunca quisiste a Anthony; lo aterrorizabas, lo maltratabas y envenenabas al niño.

Amanda abrió mucho los ojos.

—Sí, lo sé —sonreí de lado—. Y no, no tuve que contárselo a Héctor. No necesité pintarte como la bruja que eres para que él te sacara de su vida y de la de su hijo. Solo tuve que hacer en tres meses lo que tú no hiciste en once años.

Una bofetada habría dolido menos.

—Escuché a Héctor, le di confianza para que se abriera y soltara lo que llevaba atrapado, entendí lo que era importante para él, igual que él sabe lo que es importante para mí, y lo ayudé a superar algunas cosas del pasado. Es más —me humedecí los labios, riendo por dentro—, Héctor me tuvo entera. La verdadera yo. Y me entregué a él tal como soy, no para intentar agradarle. Y no soy yo la que se marcha ahora.

—¿Cómo te atreves?

—No sé qué demonios le hiciste a Anthony, pero se está recuperando. Está volviéndose independiente, fuerte, cada vez más despierto. A diferencia de ti, yo no permití que crearan dependencia hacia mí por puro conformismo. Les permití dar sus propios pasos y ser independientes de mí. Y así, quién sabe, el día que yo salga por esa puerta por voluntad propia, quizá ellos me pidan que me quede. No que me vaya.

Amanda me dio la espalda y salió apresurada.

—¡No te alejes demasiado, Amanda! Cuando descubra lo que le hiciste a Anthony todo este tiempo, la policía y yo llamaremos a tu puerta.

Ni siquiera miró hacia atrás.

Héctor Mitchell

—Creo que no me lo puedo creer.

El jardín parecía otro lugar.

Encerrado entre muros tan altos y abandonado durante casi una década, el lugar se había vuelto inhabitable. Muchas veces quise arreglarlo todo, reconstruirlo, devolverle la belleza, pero no tenía tiempo.

Y aquel jardín merecía mucho más que una docena de obreros levantándolo de nuevo.

Ese amplio espacio había sido escenario de reuniones del Gran Templo y era el lugar favorito de Serena.

—¿Cómo has hecho todo esto? —miré a Bia.

—Un poquito cada día... recoger los escombros... tirarlos... preparar la tierra... plantar semillas... bueno, el ocio me deprime, así que tuve que buscarme algunas cosas que hacer.

—Pero no hacía falta.

—Quise hacerlo. Me gusta cuidar de la naturaleza, ya te dije que nací en el campo. Espero que te guste. Considéralo un regalo. Cuando me vaya, espero que este lugar pueda recordarte un poco a mí.

—¿Cuando te vayas? —pregunté, intrigado.

—Cuando acabe el contrato —Bia cruzó los brazos y miró a su alrededor.

Esa idea me dio una sensación terrible de incertidumbre.

De repente, un año a su lado me pareció apenas una semana.

El tiempo había pasado volando desde que nos casamos. Y su compañía nunca había sido pesada, agotadora o fastidiosa.

Bia, en realidad, era un soplo de aire fresco. Me sorprendía todo el tiempo con facetas suyas que jamás habría imaginado.

—¿Y si te pido que te quedes?

Sentí que Bia dejó de respirar.

Se quedó petrificada mirando al frente; el ruido de la fuente de la estatua empezó a sonar más alto a causa de nuestro silencio.

—Pero algún día tendré que irme, ¿verdad, Héctor? No puedo quedarme aquí para siempre... —cruzó los brazos.

—¿Por qué no?

Bia giró el rostro suavemente, estaba sonrojada, evitó el contacto visual al darse cuenta de que yo la miraba con inquietud.

—Prefiero irme en el mejor momento antes que verte cansarte de mí y quedarme aquí como un cuadro viejo ocupando espacio en la pared —volvió a mirar hacia delante.

La sujeté por el hombro y me acerqué despacio hasta abrazarla por detrás. Apoyé la barbilla sobre su cabeza y Bia rió por la situación.

—Cada día contigo es el mejor momento, Bia.

—Hum...

—Me has despertado otros hambres que van más allá del sexo. El hambre de sentirme vivo, cuidado, atendido; el hambre de querer cuidar, proteger, ayudar, dar lo mejor de mí, redescubrir talentos olvidados...

—Como bailar desnudo alrededor de velas... —rió.

—O simplemente admirar tu trabajo impecable en el jardín... en Anthony... y en mí...

—Cuando hablas así parece gran cosa...

—Pero fueron grandes cosas. Antes de ti este lugar... era solo una mansión donde vivíamos y dormíamos.

—¿Y qué es ahora? —me provocó.

—Algo que se parece a un hogar.

Acariciando sus hombros, la atraje hacia mí y la besé.

Con todo el ardor y el calor que guardaba y ya no quería esconder.

Era una sensación estúpida, adolescente, adornada por las hormonas, mediocre para alguien como yo.

Las ganas de ser suyo, de tenerla solo para mí, de vivir aquel sentimiento hasta quedar extasiado, anestesiado, hecho pedazos de mí mismo.

El frío en el estómago, el calor en el pecho, el sudor en las manos, la certeza de que estaba enamorado.

—Bia —la llamé.

—Sí —siguió con los ojos cerrados, los labios entreabiertos, lista para un nuevo beso.

—Perdóname, creo que no seré capaz...

—¿Capaz de qué? —abrió los ojos.

—De dejarte marchar.

Capítulo 26

Beatriz Rodríguez

Por fin todo estaba en orden y no podía estar más feliz.

Nada me afligía ya y el miedo había dejado de ser una opción. No es que hubiera superado la muerte de Clair; aunque no nos conociéramos tan profundamente, perderla fue un golpe. Pero ahora ya no me sentía una extraña en el nido.

Una profunda sensación de pertenencia se apoderó de mí.

Cuando me di cuenta de que, al fin, me sentía en casa, en familia, en lugar de una esposa por contrato, pude sentirme aliviada.

Héctor me hizo sentir verdaderamente amada y sus palabras me estremecieron.

No habían pasado cinco meses desde el inicio del contrato, pero tarde o temprano tendría que pensar en marcharme.

Y oír de su propia boca que le sería difícil dejarme ir encendió una chispa extraña dentro de mí.

Me dejé caer en la cama con una amplia sonrisa, completamente perdida en aquel cuento de hadas y extasiada al saber que ya no estaba Amanda para atormentar a Anthony ni para intentar competir conmigo en no sé qué.

Ya no había peligro. Todo se encaminaba hacia un final feliz.

Héctor Mitchell

Ethan me entregó un disco duro externo con tantos audios que me quedé mareado.

Puse una mueca y dejé el objeto sobre la mesa.

—¿Juras que voy a tener tiempo para escuchar todo esto?

—Eso mismo me pregunté cuando saqué todos los archivos de audio que el portátil de tu hijo había grabado —Ethan esbozó una sonrisa burlona—. Por suerte, Anthony es un niño callado, no le gusta hablar. La mayoría de las cosas que oí son de él en juegos online gritando o leyendo en voz alta.

—Entonces no debe de haber nada importante —miré el reloj de pulsera y luego la pantalla del móvil—. Derick y Adrian se están retrasando.

—Pareces tenso —Ethan suspiró—. Cuando te miro, tu semblante se ve tenso.

Fruncí una ceja y lo miré sorprendido.

La sonrisa burlona de Ethan se fue ensanchando. Al final acabamos riendo juntos.

—A veces me asustas —me froté los ojos con los dedos índices.

—Alguien tiene que traer el buen humor —Ethan se ajustó las gafas de sol y miró al vacío—. Últimamente estás tenso —retomó el tema—. ¿Tiene que ver con tu hijo? ¿Con Beatriz? ¿Con Amanda?

—Nada de eso, y lo sabes.

Ethan se puso serio de repente.

—Héctor, no puedes culparte.

—Es difícil dormir por las noches —dije con sencillez.

—Tu empresa trabaja con energía nuclear. Siempre ha sido así. Las investigaciones que hicieron los Smith y luego tu padre dieron un nuevo rumbo a las bombas nucleares. Lo hacéis junto con el gobierno. Si algún loco usa eso para destruir países...

—Yo me pregunto: ¿y si fuera mi hijo? Ya sabes, ¿y si las bombas explotaran en los Hamptons de madrugada? No consigo dormir, Ethan —solté todo el aire de golpe.

—Esa fue la excusa que te dio el Smith, ¿no? «Sigue con las investigaciones, usa la idea de energía renovable solo para encubrir lo que hacemos aquí, vamos a revolucionarlo todo por el bien mayor. Piensa en tu hijo. Es para protegerlo».

A medida que las palabras salían de la boca de Ethan, abrí los ojos de par en par.

—¿Cómo... tú...?

—Yo conocía al Smith —Ethan cruzó los brazos—. Él fue quien me investigó para entrar en la Orden. Pregúntale a Ricardo León cuando lo veas. Ese tipo estaba enfermo.

Asentí.

—Ricardo decía que si mirabas demasiado tiempo dentro de las pupilas de Terence, podías ver al mismísimo diablo —Ethan se rascó la frente—. No necesité verlo para saberlo. La forma en que usaba las palabras, sin el menor pudor en ser cruel... no me sorprende que el hijo sea problemático.

—Lo dices como si mi padre fuera inocente. O como si yo no tuviera nada que ver con esto —aparté la mirada hacia la ventana que daba a Wall Street.

—Tu padre tiene buen corazón, solo se dejó deslumbrar por el poder —Ethan sacó el móvil del bolsillo y lo pasó lentamente frente a su cuerpo.

Cuando una voz suave salió del teléfono al identificar una botella: «Whisky» y después «vaso», estiró el brazo, tomó la botella como si pudiera verla y la vertió en el vaso sin necesidad de tocarlo. Tenía un sentido del espacio impecable. Y su tecnología era una auténtica maravilla.

—¿Y yo? —tragué saliva.

—¿Qué decir de Héctor Mitchell? —Ethan rió—. Eres exactamente igual que en la universidad. Quieres ser el padre de todos, proteger a cada uno, incluso a Geoffrey.

—¿Crees que…?

—No creo que espiar a tu hijo sea algo malo. Es tu hijo, está en internet, nunca se sabe a quién puede pasarle información, ser hackeado, ser vigilado por otros... Es unánime que deberías ser La Mano Oculta de la Orden. Todos te respetan —dio un sorbo al líquido —. Y te temen, lo cual es bueno.

Ethan apenas terminó de hablar cuando Derick y Adrian entraron en la sala.

—¿Novedades? —pregunté a Derick.

—Este clima de Guerra Fría es el protocolo, Héctor. No hay de qué preocuparse —aseguró Derick y se sentó a la mesa.

—Estoy vigilando a Geoffrey y a la gente que trabaja para él. Un movimiento en falso y mis hombres actuarán —garantizó Adrian.

—¿Consideraríais que esto puede ser una acción terrorista? ¿Espionaje industrial? Algunas piezas no encajan —Derick apoyó la cabeza en los puños cerrados.

—No siempre es culpa de los rusos, amigo mío —dijo Ethan.

—A veces el culpable puede tener los ojos rasgados —rió Adrian.

Todos volvimos la mirada hacia Derick; en el caso de Ethan, giró el rostro hacia él.

—Bueno, después de descubrir que había indicios de que tu padre fue envenenado, nos volvimos realmente paranoicos. Y esa muerte sospechosa de la compañera de piso de tu esposa tampoco ayuda...

—No sirvió de mucho hacer una lista de posibles enemigos de Héctor; así como una legión de nosotros lo admira, eso implica que otra legión al otro lado no debe quererlo demasiado. Y después de descubrir que un espía chino se infiltró en el grupo de investigadores de Mitchell & Smith... —Ethan se rascó la barbilla.

—¿Qué pensáis que están tramando? —Adrian se impacientó tanto que se sentó.

—El ataque a Siria no quedará sin respuesta —conjeturé.

—No fuiste tú quien apretó el botón —Derick intentó ser optimista.

—No, él solo es el CEO de una empresa que finge trabajar con energía sostenible y tiene investigadores en todo el mundo, que en realidad son espías y roban propiedad intelectual relacionada con energía nuclear. Solo es el ingeniero que investigó y ayudó a construir los nuevos modelos de bombas —Ethan mostró todo su optimismo.

—Como Mano Oculta y jefe de todas las familias, es mi deber mantenerlas seguras, y eso incluye a la tuya —Derick me sostuvo la mirada.

—Sí —asentí sin mostrar ningún sentimiento.

—¿Le contaste a Beatriz que enviaste a algunos de nuestros mejores tiradores para proteger a su familia en Brasil? —Ethan volvió a llenar el vaso de whisky.

—Claro que sí. Después le conté a qué me dedico realmente. Nos besamos y todo quedó bien —fue mi turno de esbozar una sonrisa burlona.

Esperaba que, por el tono, Ethan lograra captar mi intención.

En respuesta, hizo una mueca.

—Dejemos la paranoia a un lado y volvamos a la casilla cero —gruñó Ethan.

—¿Otra vez? —Adrian se mostró consternado—. Maldita sea, ¿y si pasa algo en ese intervalo?

—No pasará. Quienquiera que sea, sabe que lo estamos vigilando. No se moverá —Derick se levantó—. Y la semana que viene tenemos golf —hizo un gesto con las manos que nos dejó claro lo que eso significaba.

Ethan carraspeó.

—¿Sabíais que en Brasil hacen una subasta en vez de jugar al golf? —preguntó.

—Suena aburrido —Adrian también se levantó—. Yo me ocuparé de vigilar al gusano de Geoffrey —dijo y salió.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Derick antes de marcharse.

—Está estable. Desde que descubrimos indicios de envenenamiento pusimos francotiradores por todo el hospital y algunos de nuestros agentes en la zona de enfermería. Solo necesitamos esperar a que despierte y descubrir qué fue lo que realmente pasó. Tal vez eso nos ilumine.

—La luz siempre llega —se despidió Derick.

—Héctor —Ethan llamó mi atención.

—¿Sí?

—Quizá quieras escuchar los audios más recientes que recopilé —tamborileó los dedos en la mesa y se levantó, metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Qué tienen de especial?

—Tu hijo hablando con la nueva madrastra —Ethan sonrió—. Parece que no solo lo ha descubierto, sino que encontró lo que necesitaba.

—No sé si quiero invadir así su intimidad —volví a mirar el disco duro sobre la mesa; hasta había olvidado que estaba allí.

—Para gente como nosotros la privacidad es una ilusión. Cada ciudadano de este mundo es un libro abierto en nuestras manos —tomó la botella que había sobre la mesa después de pasar la mano con cuidado de un lado a otro—. Me la llevo. Es de la reserva particular de Smith, ¿verdad?

—Sí. Sí que lo es. Llévatela.

—Ricardo y yo robamos algunas después de que el desgraciado hiciera nuestra investigación de admisión —Ethan sonrió de lado.

—Fue él quien me enganchó a esta mierda —dije, pestañeé y vi con nitidez la escena, muchos años atrás, cuando el líquido me quemó por dentro y me anestesió después de presenciar una de las peores escenas de mi vida.

—Ojalá esté ardiendo en el infierno —Ethan salió balanceando la botella.

Capítulo 27

Beatriz Rodríguez

Al final del domingo tuve una visita inesperada.

Después de pasar el día con Anthony repasando algunos ejercicios que no tenía ni idea de cómo resolver y tanteando lo que

él pensaba sobre ir a un colegio, tener compañeros, conocer gente, volví a la habitación e intenté una vez más descifrar todos aquellos símbolos en las pinturas de Serena.

Definitivamente no eran su firma, pero seguían un patrón.

Los símbolos se repetían y ya estaba bastante claro que formaban frases.

Quizá citas de grandes pensadores del mundo...

Pero ¿por qué escribirlas en símbolos?

Me llevé un susto cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe. No era Hillary, que tenía la pésima costumbre de hacerlo... mucho menos Yone, que siempre llamaba antes de entrar.

Era la hermana pequeña de Héctor.

—¡Hey! Espero no estar molestando —dijo ella, asomando la cabeza por la puerta.

—No, tranquila. Menos mal que no me pillaste desprevenida... —reí nerviosa.

—Perdona —entró y cerró la puerta—. Te darás cuenta de que en mi familia no tenemos la costumbre de llamar antes, simplemente entramos...

Qué raro.

—¿Laurel, verdad? Perdona, es que hace tanto que no nos vemos...

—Relájate —abrió una gran sonrisa y miró las pinturas sobre la cama—. ¡Ah, pintas! —se acercó despacio, sin tocar nada—. ¡Son preciosas!

—No, no. Son las pinturas de Serena —dije, preguntándome si sabía de esas obras—. Estaban desaparecidas... tuve la suerte de encontrarlas.

—¡Ah! —exclamó Laurel, emocionada—. He oído hablar de ellas, sí, hace muchísimo tiempo. ¡Son reliquias de la familia!

—Sí... pretendo enmarcarlas todas y colgarlas por la casa después de... —me detuve de repente.

Laurel inclinó la cabeza, esperando a que terminara la frase.

—¿Después de...?

—Bueno... solo estoy intentando entender los símbolos que ella escribió en la parte trasera de los cuadros.

—¿No será la firma? —Laurel se tomó la libertad de coger una de las obras y mirar la parte trasera—. Hum... no lo parece.

—Aunque siguen un patrón, nunca son los mismos símbolos —le mostré el reverso de otra—. Ay, qué alivio hablar de esto con alguien. A Hillary no le interesa nada de lo que me interesa a mí.

Laurel asintió y siguió mirando la parte trasera de las pinturas.

—En realidad, tengo un motivo por el que no llamé a la puerta... —sus ojos subieron de los símbolos a los míos—. Mi madre viene de camino —apretó los labios, como deseándome buena suerte.

—Curioso, nunca os había visto por aquí... —dije en voz alta.

—A ella no le gusta este lugar —Laurel volvió a los símbolos —. Mi padre se veía con sus amantes en esta mansión. Así que ella mandó derribar todo. Héctor decidió comprarla a nuestro padre y regalársela a Anthony —cruzó los brazos.

—Vaya.

—¿Has mirado el reverso de todos? —preguntó Laurel.

—Sí, los miré todos... —esta vez fui yo quien apretó los labios.

—¿Todos de verdad? —señaló el cuadro frente a mi cama.

De repente me vino un chispazo de «¡Eureka!» que me dejó paralizada.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Juraba que había visto el reverso de todas las pinturas, pero de repente caí en la cuenta de que no. Faltaba una.

La que estaba justo debajo de mis narices. O mejor dicho, justo delante de mis ojos, todos los días.

—¡Eres un g...!

No llegué a terminar la frase porque la puerta se abrió.

—Te lo advertí —murmuró Laurel al mirarme, y me cogió de la mano—. ¡Suerte! —me deseó antes de salir de la habitación, justo cuando la señora Mitchell irrumpió de golpe.

La mujer parecía feroz.

No tenía idea de qué había hecho para ofenderla, pero, por lo visto, había tocado su peor lado.

Cerró la puerta de un portazo y me miró como si fuera una niña. Recorrió el cuarto, se asomó por la ventana, inspeccionó cada rincón y finalmente se detuvo delante de mí.

Ni me inmuté.

Seguía embelesada, con la vista fija en el cuadro que tenía delante, ansiosa por descubrir qué significaban aquellas frases.

Quizá tanta emoción fuese para nada. Al final, las frases podían ser «ser o no ser, esa es la cuestión» o «vencedores: vencer dolores».

—Duermen en habitaciones separadas —dijo en voz alta. No sabía si me hablaba a mí o si lo decía a modo de anotación mental.

Por las dudas, asentí.

—¿Qué clase de ramera eres tú? —me escupió.

—¿Cómo? —seguí sentada.

—¿Qué clase de mujer eres?

¿Se suponía que debía definirme? Ni siquiera había logrado hacerlo en el Orkut.

—Lo siento, señora Mitchell, no entiendo...

—¿Qué es todo esto? —señaló las pinturas.

—Obras de Serena. Las encontré —preferí no dar más explicaciones.

La señora Mitchell se acercó a la cama como si le diera asco el mueble, yo o el mismo aire que compartíamos.

Cogió una pintura y la examinó de arriba abajo, luego otra; a la tercera ni siquiera se acercó, solo observó todo lo que había allí con una mirada panorámica y torció la cara con desagrado.

—No puedes simplemente entrar aquí y poner la casa patas arriba —empezó, y al parecer ese era el motivo de su visita—. Has apartado a la niñera de mi nieto... no permites que vea al médico que lo atiende desde que nació... pones a los criados a cenar en la mesa principal...

Hasta ese momento, todo me sonaba a cumplidos, así que sonreí.

—¿Quién te crees que eres? —se acercó de una manera que me intimidó un poco.

—Estoy cuidando de las cosas aquí —fue la respuesta más sencilla que encontré—. Estoy intentando construir un hogar...

—No eres más que una ramera barata que será echada en cuanto mi marido despierte —escupió las palabras. Fue entonces cuando entendí que no eran elogios en absoluto—. No eres nada, nunca fuiste nada y nunca serás nada —prácticamente recitó Tabacaria.

—No lo entiendo...

—Por eso he venido, para que lo entiendas —la señora Mitchell se mostró solícita.

Me mantuve alerta.

—No eres más que un objeto sexual que existe para ser usado y nada más. No puedes actuar como la dueña de la casa, porque no lo eres. Los criados deben quedarse en su lugar, no debes interferir en la vida de mi pobre nieto frágil, es inestable, está enfermo...

—Pero Anthony... —intenté explicar.

Ella soltó una carcajada.

—¿Qué puede decirme o enseñarme una chica como tú? —cruzó los brazos—. Escucha y calla.

Apreté los labios.

—Mi pobre nieto ya tiene bastantes problemas, no necesita a una prostituta baja e inmoral como tú para acabar con la poca cordura que le queda. Personas como tú solo traen ruina y desgracia, nada más que podredumbre acompaña a gente como tú.

Bajé la cabeza. ¿Qué había hecho mal?

—Dime una cifra.

—¿Qué? —alcé el rostro para mirarla.

—Cualquiera. Una que sea suficiente para que emprendas un viaje largo y solo regreses para firmar el divorcio cuando se te solicite.

Dios mío, todo iba tan bien...

Y de repente...

¿Qué había pasado?

—Señora Mitchell, yo...

—¿Medio millón? ¿Un millón? —sacó una chequera de su bolso—. ¿Cinco? ¿Cinco son suficientes?

Era muchísimo dinero. De verdad.

Con cinco millones de dólares podría vivir toda una vida sin preocuparme por trabajar ni por la crisis en Brasil.

Con cinco millones podría comprar una hacienda de lujo en Minas y dar a mis padres la jubilación que merecían después de tantos años de trabajo...

—¿Diez?

—Señora Mitchell, lo siento, pero no puedo aceptar.

Ella arrancó una hoja del talonario, la firmó y me la tendió.

—Acéptalo.

—No puedo, yo...

—Eres desechable —escupió las palabras—. No sirves para nada, no tienes ninguna utilidad. Solo eres una suertuda que cayó en la vida fácil y llamó la atención de mi hijo. Eres la debilidad de hombres como él —frunció el ceño, dejando al descubierto las arrugas de expresión—. Buscan la brutalidad, la decadencia, la mugre y la podredumbre en prostitutas como tú.

No cogí el papel. Entonces lo lanzó encima de la cama.

—Pon una cifra, la que sea, coge el dinero y vuelve a tu tercer mundo miserable. Esa tierra de gente mestiza, sucia y pobre —alzó la barbilla y me dio la espalda.

—Yo no soy esa mujer —murmuré.

—Claro que no —dijo antes de salir—. Eres peor que un animal. Al menos los animales aprenden a obedecer. Así que evoluciona de la fase en la que estás y obedece.

Y así se marchó.

Cuando la puerta se cerró intenté digerir todo lo que había pasado.

Y cuanto más trataba de recordar las palabras de la madre de Héctor, más mareada me sentía.

Me tumbé en la cama, paralizada, perdida en mis pensamientos, consternada por haber sido tratada de ese modo y preocupada por lo que había hecho para merecerlo.

Cada cosa que hice no fue con mala intención, solo fue un intento de sentirme en casa y lograr que Anthony y Héctor también sintieran que aquel era su hogar, no solo el techo bajo el que dormían.

—¡Mierda! —me tapé la cara y lloré amargamente.

No salió otra palabra que esa.

Lloré, y cuanto más lloraba más aturdida, perdida y con náuseas me sentía.

Y en medio de la desesperación y la rabia, abriendo los ojos nublados y empapados de lágrimas para castigarme un poco más, vi el cuadro con el autorretrato de Serena mirándome.

Era como si quisiera decirme algo, siempre me lo había parecido.

Y ahora podía descifrar sus secretos.

Capítulo 28

Héctor Mitchell

Hace doce años.

El cielo estaba despejado, la noche tranquila y hacía frío en Nueva York.

Mi coche cortaba el viento a toda velocidad y yo sujetaba con fuerza el volante. Geoffrey se encogió en el asiento y palpó todos los rincones que pudo, buscando dónde agarrarse.

—Eso, puedes ir más rápido, aún no hemos llegado a la velocidad máxima —ironizó.

—Cállate, Geoffrey —gruñí, sin apartar la vista de la carretera.

—Es un incentivo, créeme —pareció más tranquilo cuando encontró el asidero en el techo y se aferró a él—. Mola verte romper las reglas, aunque sea una vez. Siempre eres tan correcto.

Puse los ojos en blanco y seguí concentrado en la carretera, preocupado por llegar cuanto antes al lugar donde él estaba.

—¿Estamos yendo al sitio correcto...? —Geoffrey volvió a hablar.

—¿No puedes estar callado ni un minuto?

—Vale.

Comprobé en el GPS que ya estábamos cerca del burdel donde se encontraba mi padre. Conducía a toda prisa porque había recibido una llamada de emergencia: decían que había sufrido una sobredosis o algo parecido.

Conduje como si me fuera la vida en ello.

—Sé que no quieres oír mi voz...

—Eso, quédate callado, Geoffrey.

—... Pero gracias.

En ese momento me tensé un poco menos.

Lo último que necesitaba eran más reproches o el humor ácido del hijo de Terence Smith, al que había jurado proteger.

Y aquel maldito día ya venía cargado de sentimientos.

Primero tuve que salvar a Geoffrey de un linchamiento.

Quiso hacerse el listo y meterse justo con Derick von Grant y Adrian Cavalieri, mis antiguos hermanos de fraternidad y mis futuros hermanos en la Gran Orden.

¿El resultado? Cuando lo encontré parecía una piñata: estaba boca abajo, colgado por los pies, con las manos atadas, la boca amordazada y los ojos vendados. Un grupo de matones alrededor con bates de béisbol completaba la escena.

—De nada —respondí.

—Sabes... —cuando volvió a hablar tuve ganas de frenar en seco solo para darle un susto, pero me contuve y seguí conduciendo como un loco—. Siempre nos las apañamos...

Negué con la cabeza para cortar el asunto.

—Si robo en una tienda, destruyo una propiedad, provoco un accidente... la gente dice que solo estoy siendo joven y rebelde, que necesito un psiquiatra o un descanso... nunca nos castigan, siempre nos libramos...

Fue la primera vez que escuché algo lúcido de Geoffrey. Hasta parecía un ser humano normal.

—Sí.

—Por eso lo hago —cruzó los brazos—. Os saco de quicio, vuelvo loca a la gente, quiero tambalear los cimientos de toda esta mierda —confesó—. Porque sois como yo. Nunca os castigan, siempre os libráis. Los únicos que tienen el valor de enfrentarse a mí como persona, tal como soy, no como el heredero de Mitchell & Smith.

Asentí.

—No es que algún día vaya a ser el CEO de Mitchell & Smith —respiró hondo—. Mira a mi padre. Se graduó con honores, empollón, el prodigio de la familia... ¿y en qué se convirtió? En un genocida racista y xenófobo que se repite a sí mismo que hace lo que hace «por el bien mayor».

Geoffrey sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo y encontró un cigarro diferente dentro. Se lo llevó a la boca y buscó el mechero.

Fue entonces cuando reduje la velocidad y empezamos a forcejear, con el coche en marcha, hasta que le arranqué esa mierda de la boca, abrí la ventanilla y la dejé atrás en la carretera.

—¿Cuál es tu problema? —cogió un cigarro normal y se lo metió en la boca.

Aproveché para quitarle la cajetilla y tirarla también por la ventana.

—Deja esa mierda.

—Es mi manera de anestesiar el alma —suspiró—. Tú bebes whisky, todos vosotros bebéis. Yo, que no soy lo bastante bueno para pertenecer a esas sociedades secretas de mierda, tengo otros medios. Mucho más divertidos y alucinantes.

—Córtalo ya.

—Me iban a matar —Geoffrey encendió el cigarro, dio una calada, abrió la ventanilla de su lado y expulsó el humo fuera—. Igual que yo, ellos no saben manejar la verdad.

—Y tú tienes una forma muy peculiar de decirla, ¿no? —lo provoqué.

—Aun así no deja de ser verdad. De nada sirve ponerse la armadura de futuro de la nación, «los descendientes prometidos de los Padres Fundadores» que llevarán esta tierra a otro nivel... Mira cómo están nuestros padres... pervertidos, enfermos, en busca de la perdición, arruinados, drogándose... —cruzó los brazos y me observó, pendiente de cómo reaccionaría.

Permanecí igual, atento a la carretera, echándole alguna que otra mirada de reojo.

—Nuestros padres eran los mejores cuando salieron de las mejores universidades. Mira en la mierda en la que se convirtieron. Ese es nuestro futuro, Héctor.

—Me encanta tu optimismo.

—Por eso no puedo ser uno de vosotros —Geoffrey soltó una risa—. Si ya soy una fruta podrida ahora, imagínate si llegara a ser miembro de las órdenes secretas...

Paré el coche frente a una lujosa construcción donde los poderosos se reunían para divertirse.

—Quédate aquí —ordené.

—Ni de coña —tiró la colilla por la ventana—. Tú me ayudaste, déjame ayudarte a ti.

—Quédate aquí —lo miré con ferocidad, saqué la llave del contacto y cerré la puerta de un portazo.

Con mi padre desmayado en el asiento trasero y a toda velocidad rumbo al hospital, Geoffrey permaneció en silencio la mayor parte del trayecto, quizá por respeto.

Pero no podía estar callado.

—¿Crees que algún día seremos como ellos?

No respondí. Seguí conduciendo y cada medio minuto comprobaba el estado de mi padre.

—Yo sí, quizá. Pero quiero trabajar en el crimen —Geoffrey rió —. Tú no. Asustaste a todo el mundo con esa historia de querer tener un hijo...

Lo miré de reojo, indicándole que debía callarse.

—Te enfrentaste a tu madre, que quería casarte con unas chicas de mucho peso...

Ya estaba a punto de mandarlo callar.

—Y luego apareciste con una madre de alquiler —volvió a reír —. Tío, eres mi héroe. Yo aquí intentando romper las reglas, llamar la atención, autodestruyéndome... y tú plantándoles cara a tus padres, mirándolos a los ojos, de frente, sin ocultar quién es el que reparte las cartas.

Tragué en seco.

—Algún día seré tan bueno como tú... y si algún día dices que lo confesé, diré que iba colocado —Geoffrey se echó a reír.

Yo siempre quise ser padre.

Y siéndolo podría poner fin a toda una tradición familiar e iniciar la mía propia.

Por supuesto que mis padres enloquecieron cuando descubrieron que mi hijo no sería heredero de otra fortuna, que no habría unión de clanes poderosos ni nada parecido.

Era una chica sencilla, de origen humilde, que aceptó ser mi vientre de alquiler. Alguien a quien aprendí a tenerle cariño, a cuidar y atender sin la obligación de hacerlo para mantener un estatus.

Nunca entendí por qué no me desheredaron.

—Tu teléfono está sonando —avisó Geoffrey.

Ignoré la llamada en mi bolsillo y seguí conduciendo.

—Falta poco para llegar al hospital. Contestaré cuando estemos allí.

—Claro que no voy a dejar que contestes esa mierda mientras conduces —metió la mano en mi bolsillo, sacó el aparato, respondió y lo puso en altavoz.

—¡Pero qué coño haces...!

—¿Héctor? —una voz femenina sonó al otro lado.

Fulminé a Geoffrey con la mirada; me dieron ganas de darle un bofetón solo para ver si así recuperaba el juicio.

—Hola, Amanda —dije sin mucha gana—. Ahora estoy ocupado, no puedo atenderte.

—Héctor, ¿dónde estás?

Geoffrey apenas pudo contener la carcajada y yo reduje la velocidad del coche; ya me había distraído y no podía seguir corriendo.

—Conduciendo. Habla.

—Héctor, tienes que volver a casa.

—Amanda, estoy al otro lado de l...

—Héctor, Serena ha muerto.

Beatriz Rodríguez

La puerta del ascensor se abrió.

Caminé por el largo pasillo hasta llegar a casa. Vi la puerta entreabierta y, por reflejo, miré alrededor.

—¿Hay alguien en casa? —pregunté.

Eché una última mirada hacia atrás, al pasillo silencioso, y decidí entrar.

—¿Hola? —volví a decir.

Mi corazón empezó a latir más fuerte. Sentí que se me erizaba la piel.

Era como una sombra detrás de mí. Algo me estaba siguiendo.

—¿Hill? —llamé a mi compañera de piso.

Me quedé helada al encontrar todo patas arriba: la cocina y la nevera volcadas en el suelo, todo roto, platos, vasos, comida...

—¿Clair? —llamé a mi otra compañera.

Metí la mano en el bolso y solo me tranquilicé cuando saqué de allí el aparato de descargas eléctricas. Respiré hondo, lo empuñé y avancé por el pasillo que llevaba a las habitaciones.

Al llegar a la primera puerta, que estaba entreabierta, vi un cuerpo tendido en el suelo, cubierto de sangre.

—¿Clair? —intenté reconocerla—. ¿Hill? —extendí la mano.

Casi retrocedí tambaleándome, pero esta vez fui más fuerte.

Me acerqué al cuerpo, lo tomé por el hombro y lo giré para poder identificarlo.

No era Clair.

No era Hillary.

—Socorro —murmuró.

Era Serena.

—¿Bia? —sentí una mano pesada sobre mí.

Di un salto en la cama; casi agarro a Hillary por el cuello y la derribo al suelo.

—¡Jesús! —me empujó contra la cama y se apartó—. ¡Tranquila!

Intenté respirar, una mala sensación y unas náuseas horribles se apoderaron de mí. Jadeante y atrapada en aquella escena con un nuevo personaje, traté de poner mi mente en orden.

—Me asustaste —me tapé la cara.

Miré hacia la ventana y me sobresalté. ¡Ni siquiera había amanecido!

Cogí el móvil de la mesa y comprobé que eran las tres de la madrugada.

—Dios, ¿qué pasa? ¿Por qué me despertaste a estas horas?

—Bia —susurró Hillary—. Hay alguien fuera. Intentó entrar en mi habitación por la ventana. Creo que nos han encontrado. Tenemos que huir.

Me froté los ojos y me di un buen pellizco para comprobar si de verdad estaba despierta.

Era lo que me faltaba: una pesadilla dentro de otra pesadilla.

—Habrá sido solo el viento, Hill... vuelve a dormir...

—No. Lo vi. Vi claramente el rostro de un hombre. ¿Y si son ellos, Bia? ¿Y si nos han encontrado? ¡Puede ser nuestro final! —abrió los ojos desmesuradamente y empezó a dar vueltas sin parar.

Respiré hondo.

Quizá Hillary decía la verdad, de acuerdo. Pero yo tenía que quedarme.

No podía seguir huyendo. Estaba cansada de huir.

Iba a afrontarlo todo de frente. Igual que Serena lo afrontó.

—Puedes irte si quieres —tuve que decir con ternura y sinceridad.

Hillary se detuvo y se quedó mirando al vacío. Lentamente sus ojos se posaron en los míos, incrédulos. Apenas pudo articular una frase tras escuchar mi negativa.

—Puede que no esté segura aquí —fue mi sentencia y mi condena—. Pero este es mi lugar. No me voy a ninguna parte —me recosté.

—¡Estás loca! —se lanzó hacia mí y me agarró del brazo—. ¡Ya no estamos a salvo! ¡Tenemos que irnos!

—Hillary, necesito dormir. Mañana Héctor tiene un evento importante y quiere que lo acompañe. Necesito descansar, será un día agotador.

—Debes de haber olvidado lo que le hicieron a Clair... ¿No entiendes que estamos en peligro? ¿Que nos han encontrado? —insistió.

Fingí que Hillary no era más que una alucinación frente a mis ojos cansados.

—La casa está rodeada de guardias. Nada de fuera puede alcanzarnos ahora —me tapé con la manta, bostecé e intenté volver a dormirme.

Juro que antes de sumirme otra vez en el sueño escuché:

—Los peligros ya no están fuera, Bia.

Capítulo 29

Héctor Mitchell

En algunas ocasiones especiales, la Orden se reunía junto con sus sociedades secretas satélites y con miembros destacados, ricos y poderosos del escenario neoyorquino, para planear en conjunto los nuevos rumbos que tomaríamos sobre determinados asuntos.

En esas ocasiones las reuniones no tenían lugar en el Gran Templo, ni eran formales, con rituales o pompa.

El lugar elegido, como de costumbre, era la antigua mansión de Terence Smith en los Hamptons, donde ya no vivía nadie.

La vieja mansión de los Smith, que quedaba cerca de la mía, se había transformado en un cuartel general de reserva donde hospedábamos a hermanos de todo el país cuando venían a Nueva York, celebrábamos reuniones con empresarios y políticos del mundo y jugábamos al golf.

Toda el área alrededor de la mansión había sido preparada para ser un campo de golf gigantesco, el tipo de deporte que complacía a la facción más antigua y conservadora de la Orden.

Los hombres mayores, vestidos de blanco y con boinas, con empleados cargando sus bolsas, constituían la mayor facción del Gran Templo de Nueva York, del mismo modo que los más viejos eran mayoría en cualquier templo.

Personas como Derick, Adrian, Ethan y yo éramos una selecta excepción.

La selecta excepción que había recibido la responsabilidad de dirigir el templo bajo la estricta mirada de los miembros veteranos.

—¿Tu padre ha mostrado mejoría, Mitchell? —me saludó el señor Corby, un viejo magnate de la comunicación.

—Ya no está tan inestable, y eso significa una gran mejora —le estreché la mano y seguí adelante con Bia a mi lado.

Apreté su cintura con la mano y la miré de reojo; Bia continuó mirando al frente. Alex, detrás de nosotros, cargaba mi bolsa con los palos de golf.

—Últimamente estás muy callada —retiré un mechón del cabello de Bia que le caía sobre el rostro y lo coloqué detrás de su oreja.

—Ah, perdona —bajó los ojos—. He estado muy ocupada esta última semana… Y tú también has tenido asuntos muy importantes que resolver, no quise molestar.

—Tú no molestas —dije con firmeza.

Bia evitó mirarme.

Nos detuvimos frente a la construcción, muy parecida a mi mansión, pero no tenía tiempo para nostalgias sobre la arquitectura ni sobre el lugar.

Estaba tenso por la distancia que sentía entre nosotros.

—He hecho algo que… —tomé sus manos.

—No —Bia me miró rápidamente—. No, solo me pongo nerviosa en medio de tanta gente… aún no he superado el día en que los fotógrafos y periodistas rodearon el apartamento… casi tuve un ataque de pánico.

—Bia —la atraje hacia mí—. Aquí no habrá fotógrafos ni periodistas. Nada de móviles ni de ningún tipo de tecnología. Tranquila, no dejaré que nada te altere.

Bia esbozó una sonrisa que se apagó tan pronto como había aparecido.

—Sé que acabamos de llegar —murmuró—. Pero ya he visto a tres chicas de La Chica aquí…

Entonces comprendí lo que pasaba.

Estaba nerviosa también por ver a sus antiguas compañeras, pero sobre todo porque quizá temía que los hombres que mataron a Clair hubieran contactado a las otras chicas… y que pudieran delatarla, junto con Hillary, que coqueteaba con algunos hombres para no quedarse sola.

Apoyé la palma abierta en su rostro pequeño y guié su mirada hacia la mía.

—Estás a salvo —afirmé—. Estoy aquí.

Bia asintió.

—¡Pero miren quién es, Héctor Mitchell! —Gaspard Hellix, un viejo adulador del señor Smith, se acercó hacia mí—. Acompañado, por supuesto, de la señora Mitchell —abrió una sonrisa forzada y saludó a Bia.

—Gaspard.

—Señora Mitchell, siento separar a los tortolitos, pero necesito enseñarle algo muy importante a Héctor —Gaspard siguió sonriendo con soltura.

—Sí, claro —Bia se apartó y nos cedió espacio.

—Por aquí dentro, señor Mitchell —Gaspard me puso una mano en la espalda.

—Tranquila, estoy pendiente de todo —murmuré solo con los labios y entré en la mansión.

Beatriz Rodríguez

Estaba ilusionada por asistir a ese evento importante con Héctor.

Formar parte de su mundo, conocer a la gente con la que se relacionaba y acercarme a otras mujeres de aquel entorno me parecía la manera correcta y segura de sentirme parte de algo.

Para mi sorpresa, conocía a todos aquellos hombres. Todos iban al La Chica, desde los más viejos hasta los más jóvenes.

Y cuando puse un pie fuera del coche y varios pares de ojos se clavaron en mí, la realidad me golpeó de lleno.

Como Sabrina, en el La Chica, estaba protegida por una máscara, una identidad, un fetiche. Era intocable.

Ahora, como Beatriz, la mujer de Héctor, estaba expuesta a aquellos hombres.

Claro que Héctor estaba acostumbrado a caminar entre multitudes y ser observado. Yo no.

—¿No es esa chica… la que bailaba en el La Chica…? —murmuró uno de ellos.

Tragué saliva, bajé la mirada y arrastré los pies hasta que Héctor fue robado de mí por otro viejo que no se privó de mirarme de arriba abajo, acercarse demasiado y sonreír con descaro.

—¿En qué lío me he metido? —me froté las sienes y rodeé la propiedad.

Casi solté un grito cuando unas manos femeninas me agarraron del brazo.

Como si no bastara con ser el blanco de tantas miradas, recordé que aún corría peligro. Y estar en medio de aquellos viejos conocidos desconocidos me producía una sensación claustrofóbica.

—Valerie —me llevé la mano al pecho.

—Sabrina —sonrió.

Valerie era la stripper más experimentada y solicitada del La Chica… hasta que yo llegué. Como carne fresca, me gané la atención y demostré ser muy hábil en el baile, en los coqueteos y, sobre todo, en el arte de no permitir que aquellos hombres traspasaran los límites.

Valerie y yo nunca nos habíamos llevado bien.

—Beatriz, en realidad —intenté sonreír.

—Sí, ya lo había oído —arqueó una ceja—. Conseguiste enganchar al tío más bueno y a uno de los más ricos que iban al club. Desde que apareciste, él nunca volvió a ser el mismo…

—¿Héctor sigue yendo al club?

La simple idea me revolvió el estómago. Valerie pareció divertirse al ver cómo fruncía el ceño y me tensaba.

—Desde la última vez que estuviste allí, no lo he vuelto a ver —dijo, satisfecha de sobra con mi incomodidad—. ¿Lo vuestro es serio?

Levanté el dedo y le enseñé la alianza. Valerie soltó una carcajada.

—Cariño, ellos nos regalan anillos a todas. Somos las amantes de los hombres más importantes de Nueva York —sacó un espejito de mano del bolso y se retocó el pintalabios—. En vez de llevar a sus esposas, nos traen a estos eventos superexclusivos que siempre terminan en mucho alcohol y sexo —pareció divertirse todavía más.

—Bueno, yo me he casado… —intenté reafirmarme, demostrar que lo mío con Héctor era más que ser una amante.

—Sí, lo sé. Eso nos sorprendió a todas, créeme. A nosotras, las chicas del club, y a ellos, los dueños de Nueva York.

Me acerqué un poco más, interesada, y miré a mi alrededor.

Todos seguían observándome; se daban prisa en fingir indiferencia cuando yo les clavaba los ojos y los seguía con la mirada, intimidándolos.

—Mira tú, incluso fuera del club sigues siendo el tema favorito, no se cansan de hablar de ti…

—Curioso que ahora estés charlando conmigo. En el club ni me mirabas —crucé los brazos.

Valerie guardó el pintalabios y el espejo en el bolso y esbozó una sonrisa cínica.

—Eras solo competencia, cariño. Nada personal, puro negocio. Me quitabas ganancias, pero ahora vuelvo a ser la dueña del lugar.

Asentí, aliviada de saber que no teníamos ningún problema pendiente.

—Anda, cuéntame, ¿ha valido la pena casarse con el guapazo? —Valerie me dio un leve empujón con el hombro.

Seguimos caminando hacia un pequeño grupo que observaba cómo uno de los viejos magnates intentaba lanzar la bola lo más lejos posible.

—Ah, no tengo queja. Héctor es muy maduro y comprensivo, y ha sido increíble conocer al hombre detrás del cuerpo… porque el cuerpo llama la atención, claro, pero por dentro es todavía más sorprendente.

—Nosotras, las mortales, solo pudimos conocer el cuerpo —lamentó Valerie, y no me gustó su tono—. Cariño, no te engañes, todas las mujeres aquí ya se han montado en ese caballo —me

guiñó un ojo—. Y todas deben de querer matarte, porque tú fuiste la elegida, la única que lo atrapó. Debes de tener algo especial.

En realidad no tenía nada de especial.

Era simplemente una suertuda.

—Siempre fuiste muy observadora, Sabrina —siguió Valerie—. Debes de haberte dado cuenta de que cualquiera de estas chicas te mataría por tener a ese hombre.

—Estás demasiado obsesionada con eso de matar —la miré de reojo.

—Ay, Sabrina, seamos…

—¡Eh! —Hillary me agarró del brazo—. ¡Por fin te encuentro!

—Dijiste que querías espacio para cazar a uno de esos ricachones.

—Sí. Cambié de idea. La mayoría ya está acompañado, y por unos callos con patas que mejor ni tocar —Hillary y Valerie se cruzaron con la mirada.

—Por favor, no montemos un numerito aquí —murmuré.

El grupo que teníamos delante empezó a caminar por el campo en busca de la bola que había volado por los aires, y nos quedamos solo las tres.

—Mi compañía se va, me voy con ellos —Valerie sonrió con elegancia—. Antes de irme, quiero despedirme de ti, Sabrina —me sujetó del brazo—. Suerte con tu multimillonario buenorro —me lanzó una mirada cómplice y se marchó contoneándose.

—Qué víbora —Hillary hizo una mueca—. Sentí el veneno desde lejos y vine a salvarte.

—Gracias —murmuré y me giré hacia las ventanas de la mansión buscando a Héctor.

Allá donde alcanzaban mis ojos había movimiento, pero no había ni rastro de él.

—Vamos, Hillary, vamos a encontrar un multimillonario para ti también.

—¡Madre mía, amiga, sería mi sueño!

Héctor Mitchell

No había nada nuevo en aquel asunto.

Normalmente esos encuentros informales servían para reforzar nuestras alianzas y confabular sobre los próximos pasos que cada miembro de la Gran Orden daría.

En lugar de eso, una docena de hombres de cabellos grises estaban irritados y preocupados, mientras nosotros, el grupo más joven, llevábamos la situación bastante bien.

—Rusia quiere presionarnos —Gaspard golpeó la mesa con la mano, alterado—. ¡Precisamente ellos! ¡Ellos! ¿No fueron los mismos que hicieron lo mismo con Siria? ¿Y ahora vienen a hacerse los humanistas?

—Cuando el agua llega al culo, eso es lo que pasa —Ethan alzó su vaso de whisky.

—Lo tenemos bajo control —Derick intentó calmar los ánimos —. Rusia trató de ser nuestra socia para que no nos acercáramos a su frontera, pero con el clima en el que estamos solo tenemos una opción: acercarnos cada vez más y convertirnos en una amenaza real.

—¡Nadie aquí le teme a los osos! —gritó un viejo republicano —. ¡Somos águilas! ¡Cazadores!

—Ah, a mí me gusta Rusia —Adrian se divirtió.

Todos se callaron y lo miraron, horrorizados.

—Me gusta el himno, el vodka y las putas —levantó el vaso.

Los hombres brindaron y empezaron a reír.

—¿Y China, hay novedades? —Gaspard se volvió hacia Derick.

Dejé que la conversación se convirtiera en ruido de fondo y me giré hacia Ethan.

—Esta demora en obtener respuestas me incomoda. Mi mujer está tensa, no está feliz, anda completamente distraída y asustada. Esto está muy lejos de lo que quiero darle, Ethan —murmuré con fastidio.

—Lo sé.

—Me duele verla tan incómoda y distante… quisiera poder traerla a esta sala, cuidarla, no dejar que nada la afecte…

—Héctor, no es una niña —Ethan cruzó los brazos—. Sé que tus instintos te dicen que cubrirla con los brazos y protegerla es la solución, pero si de verdad quieres que algún día sea una de los nuestros, tiene que acostumbrarse a este clima de peligro. Somos americanos. Aquí el clima siempre ha sido de guerra fría, lo fue y lo seguirá siendo.

—¿Y qué significa todo eso? —Adrian estiró el cuello—. ¿Estás pensando en…? —me lanzó una mirada incrédula.

—Cuando el contrato termine quiero que se case conmigo, de verdad.

—Pues ahí lo tienen, hermanos… primero Ethan, luego Derick, ahora Héctor. Al final resulta que yo soy el soltero más codiciado de Nueva York —Adrian celebró.

—¿Y yo qué? —Derick colocó la silla entre Ethan y yo y miró a Adrian por encima de los hombros de Ethan—. ¿A qué viene tanta emoción? El mundo en tensión y vosotros tan contentos por…?

—Por ser unos afortunados —Ethan alzó su vaso y yo lo acompañé.

—Muy afortunados —brindé con él.

—Entonces, ¿de verdad vas a tomarte en serio eso del matrimonio? —Derick frunció el ceño—. ¿No eras tú el que no

aguantaba tres días con la misma mujer porque se hartaba de su olor? ¿De sus conversaciones? ¿De su forma de ser? ¿No eras tú el que se jactaba de…?

—Vale, Derick, ya entendimos —lo corté—. Ese sigo siendo yo, en el pasado. Mi yo de ahora es una versión mejorada.

—Ese es el efecto que las mujeres nos causan —Ethan sonrió —. Sacan lo mejor de nosotros y empeoran a nuestros demonios interiores. Si Dios no las hubiera creado, no tendríamos motivo para ducharnos, cepillarnos los dientes ni buscar guerras con gigantes que ni Napoleón ni Hitler lograron invadir.

Escuchamos tres golpes en la puerta.

De inmediato Adrian se levantó; como maestro del Gran Templo era como el jefe de los mayordomos, debía asegurarse de que todo estuviera en orden y recibir a los invitados.

Tomó un papel de la bandeja que llevaba uno de los camareros y regresó hacia nosotros.

Le entregó la nota a Ethan.

—Y allá vamos con el billete en braille —Derick tamborileó los dedos sobre la mesa.

Al fondo, los miembros más veteranos de la Orden discutían:

—…fue a través de esas fake news que lograron colocar a ese tipo ahí dentro. Eso demuestra el nivel de poder que tiene, hay que cooptarlo; no sabemos si en el futuro usará su propia red para hacer lo mismo y convertirse en presidente.

—Vosotros, los demócratas, solo estáis con envidia —otro se echó a reír.

—¿Nunca dejan esa mierda? —bufé.

—Ah, amigo, suelta un «guerra de Secesión» ahí en medio, siéntate y pilla las palomitas para ver lo que es «no dejar esa mierda nunca» —Adrian se rió.

—Héctor —Ethan giró el rostro hacia mí.

—¿Sí? —me mostré curioso al oír mi nombre. Al parecer la nota tenía algo de mi interés.

—Mi informante tiene novedades sobre tu caso.

Capítulo 30

Beatriz Rodríguez

Los hombres a los que me acerqué e intenté presentar a Hillary, en realidad, se interesaron por mí.

Me hice la tonta, di diez pasos hacia atrás y seguí con mi vida como si nada hubiera pasado.

—No te preocupes, amiga, ya encontraremos a un ricachón para ti —intenté consolarla.

—Creo que nunca debería haber salido de La Chica —Hillary cruzó los brazos.

—¿Y tenías elección?

—Ya…

—Anda, vamos a buscar a Héctor. Voy a convencerlo de que te presente a algún soltero.

—Tú solo quieres encontrarlo por eso, ¿verdad? —Hillary me pinchó.

—Obvio que quiero estar cerca de él. Todos estos hombres y sus miradas me ponen nerviosa. Era más fácil cuando llevaba máscara, pero ahora…

—Vale, vamos a por él…

Héctor Mitchell

Salimos de la sala de reuniones, recorrimos el pasillo y bajamos las escaleras hasta llegar a la biblioteca.

Ethan fue el último en entrar y cerró la puerta tras de sí.

Allí encontramos a un hombre vestido de manera formal, distinto de nosotros, que llevábamos ropa blanca más casual.

—Bien, tenemos unos minutos antes de que llegue nuestro invitado —Adrian comprobó el reloj de la pared.

—Estoy ansioso por las novedades —tuve que confesar.

—Claro que lo está, señor Mitchell —el informante de Ethan dio un paso al frente y me saludó—. Señores, tomen asiento.

Sin demora nos sentamos; yo, en particular, me distraje mirando por la gran ventana a los grupos esparcidos por el terreno, buscando a Bia entre ellos, pero no la encontré.

—La primera suposición que tuvimos, por supuesto, fue que Geoffrey estaba metido en esto —empezó a explicar el hombre.

—Creo que ese asunto ya quedó resuelto.

—Así es, señor Mitchell. Entonces todos se preocuparon más, sugiriendo que se trataba de una represalia de espías rusos o chinos.

—A todos nos gustaba esa posibilidad, aunque fuera peligrosa —señaló Adrian—. ¿Entonces estábamos siguiendo las pistas equivocadas?

El hombre sonrió.

—Tardamos en conseguir imágenes de los alrededores del apartamento en el momento del crimen. Pero no fueron ellas las que revelaron cosas curiosas, ya que no había cámaras dentro del

apartamento… y no logramos hackear los dispositivos con cámara y micrófono, al parecer todos fueron destruidos —explicó el informante.

Apoyé el mentón en el dorso de la mano y crucé las piernas; por fin había captado mi atención.

—El caso era bastante sencillo de resolver, en realidad. Lo más importante vino con las imágenes posteriores al crimen, lo que explica la desaparición del cuerpo de la stripper —el hombre sacó un dispositivo electrónico del bolsillo y caminó hacia mí.

—No podemos usar aparatos electrónicos en las reuniones de la Orden —reprendió Derick.

—No seas aguafiestas, Grant —Ethan cruzó los brazos.

El informante de Ethan encendió el vídeo.

La grabación estaba a gran velocidad. Se veía a Bia saliendo de la casa y encontrándose con Hillary en las sombras. Después, en una esquina de la pantalla, las horas pasaban rápidamente hasta que la filmación volvió a la velocidad normal.

—Todos sabemos que, tarde o temprano, quien comete el crimen regresa a la escena, solo para asegurarse de que todo salió bien —el hombre empezó a dar vueltas en círculo.

Yo estaba impaciente por descubrir cómo terminaría aquello.

Beatriz Rodríguez

—¡Mierda! —escuché una voz familiar. Era Héctor, no podía estar loca.

Afuera, mientras rodeaba la casa, me detuve frente a unos ventanales que quedaban justo por encima de mi cabeza. Aunque me pusiera de puntillas, no lograba ver el interior.

Era la voz de Héctor, sin duda.

Apoyé el rostro contra la pared y aproveché el silencio para escuchar.

—La elección es tuya, colega —era la voz de uno de los amigos de Héctor.

—Odio estar de acuerdo con Terence Smith, pero en algo tenía razón: en la tradición. Nosotros somos insustituibles. Los demás no. Nadie va a notar su ausencia, solo hay que matar a la stripper —escuché una voz que me recordó al chico italiano del día en que llevé a Anthony a la oficina de Héctor.

Tragué saliva; el corazón se me subió a la garganta.

—Estáis locos —Héctor soltó una risa.

—Joder, Héctor, querías pruebas, ahí las tienes. Todos admiramos el hecho de que siempre hayas sido el hermano protector, cuidadoso y atento. Pero seamos realistas: esa stripper tiene que morir —era, sin duda, la voz del italiano.

—Ella no era nadie antes de ti, Héctor. Fuiste un necio al llevarla a tu casa e intentar protegerla. Es la delincuente —no conseguí identificar de quién era esa voz—. ¿Y tu hijo? Todo este tiempo ha estado en tu casa, ¿no pensaste ni un segundo en el peligro que corría tu hijo?

—Estamos un poco alterados ahora mismo —Héctor trató de calmarlos.

—Es eliminación de pruebas. No es ninguna novedad, no será la primera ni la última. Lo haré sin que sufra y rápido —la voz del italiano se fue acercando, y por poco echo a correr de allí.

Al final, solo cubrió la ventana con unas cortinas color carmesí.

—Ha estado en tu casa, ha tocado tus cosas, ha pisado tu maldito jardín, ¡solo Dios sabe qué más pudo haber hecho! Esa mujer es peligrosa. Y no debe de estar actuando sola, ¡fíjate hasta dónde ha llegado sin que nos diéramos cuenta!

—No puedes ponerte de pacificador ahora, Héctor. Ella no es una de los nuestros. Nunca lo será, lo quieras o no. Esa mujer no saldrá de aquí, no con vida. Voy a llamar a los guardias.

—Si la matamos, ¿cómo vamos a descubrir con quién trabaja?

—¿Y si es una espía?

Me mareé con tanta información.

—Shhh —cuando Hillary apareció, le tapé la boca con la mano.

—Puede ser un gran riesgo para tu hijo, Héctor. No importa que hayas jurado proteger a la stripper. Debe morir. Tu hijo es uno de los nuestros, ella no.

—Está bien, está bien… —la voz de Héctor se apagó por un instante—. Solo permitidme intentar aclarar las cosas con ella y…

—Votación —alguien interrumpió, y se hizo un silencio solemne—. ¿Quién está a favor de matar a las dos strippers?

Hillary me agarró con fuerza del hombro; apenas sentía mis piernas.

—Héctor, no votar significa votar a favor. Esas dos mujeres son tu problema. Todos estamos de acuerdo en cortar el mal de raíz

y acabar con esto. Así que vota.

—De acuerdo. Matad a una y dejad a la otra viva para interrogarla —decidió Héctor.

No me quedé allí para oír el resto.

No quería saber si sería Hillary o yo la que quedaría viva.

Hillary me tomó de la mano y tiró de mí.

Al principio corrimos, pero cuando nos dimos cuenta de que eso llamaba demasiado la atención, empezamos a caminar deprisa.

Un coche se detuvo frente a nosotras y de él salió una figura demasiado conocida.

Un hombre importante, impecablemente vestido, con traje y corbata. El creador y CEO de la mayor red social de todos los tiempos.

—Hillary, ¿ese es…?

—¡Vamos! ¡Debe de ser uno de ellos! —le hizo una seña al chófer que nos había llevado hasta allí, improvisó una excusa absurda y me empujó dentro del coche.

—Necesito pasar por la mansión a recoger unas cosas —murmuré.

—No empieces con tonterías ahora —bufó Hillary.

—Mi tarjeta, mis documentos, el pasaporte… todo está allí.

—¡Mierda! —Hillary golpeó el asiento con la mano—. Señor, ¿puede ir más rápido?

—Sí, señora.

Al tomar la carretera, el coche aceleró. La mansión de los Mitchell no quedaba muy lejos; llegaríamos enseguida, yo cogería solo lo imprescindible y desaparecería del mapa.

Necesitaba ir a un lugar donde ni Héctor ni sus amigos pudieran encontrarme.

De nuevo éramos fugitivas.

Héctor Mitchell

Estábamos en medio de una acalorada discusión sobre los límites de quitarle la vida a alguien y usar el «bien mayor» como justificación, cuando escuchamos tres golpes en la puerta.

Detuvimos la conversación de inmediato y Adrian se dirigió a la entrada para comprobar de qué se trataba.

—Ya lo dije, la jurisdicción respecto a las strippers corresponde a Madame Lilith, debemos informarle de lo que está ocurriendo —dije, y Ethan estuvo de acuerdo conmigo.

—Lilith está en Londres —Derick se distrajo mirando los libros de aquel lugar—. Tenemos que resolverlo a nuestra manera…

—Necesitamos considerar que… —Ethan estaba a punto de decir cuando lo interrumpieron.

Adrian carraspeó, puso las manos en la espalda del hombre que acababa de llegar y lo presentó.

—Señores, este es Matthew Elliot Zimmerberg. Matthew, estos son tus futuros hermanos —abrió una sonrisa cordial y empujó al joven hacia delante.

Nos quedamos en silencio mientras Matthew se acercaba con cierta timidez, un tanto rígido y tenso. Se plantó frente a nosotros y nos miró, uno por uno.

—Siento que estoy interrumpiendo algo… —juntó las manos delante del cuerpo. Mejor eso que meterlas en los bolsillos.

—No, siéntate, ponte cómodo —Derick sonrió—. Solo es un asunto de familia.

—Somos una gran familia disfuncional que necesita intervención psiquiátrica —ironizó Ethan.

—Bueno, se me da bien tratar con personas —Matthew se encogió de hombros.

—Bien. Siéntate, Matthew —le indiqué una silla—. Necesitamos hablar.

La habitación de Hillary estaba mucho más lejos que la mía, así que ella corrió a recoger lo que necesitaba.

Yo no necesitaba gran cosa. Cogí la tarjeta, algo de dinero en efectivo que tenía guardado y mis documentos.

Miré por última vez el cuadro de Serena y todas sus pinturas en orden numérico que había descifrado.

Ya no significaba nada. Al menos no ahora que mi cuello estaba en juego. Necesitaba huir.

Esperé a Hillary un minuto frente a la puerta de su cuarto.

Cuando me cansé de quedarme allí de pie, me moví en dirección a su habitación.

Casi di un salto hacia atrás al ver a Anthony.

Se detuvo frente a mí, en el pasillo, con un libro en la mano.

—Estás sudando —observó, se apartó y siguió su camino como si nada pasara. Claro, para él, nada estaba pasando.

—Anthony —lo llamé.

Se detuvo donde estaba y giró el rostro lentamente.

—Tu voz está un poco rara y pareces tensa —arqueó una ceja y me miró como si pudiera leer todas mis expresiones.

—Solo vine a buscar algo rápido y necesito volver a la fiesta —intenté explicar, mintiendo, por supuesto.

—No se te da bien mentir —negó con la cabeza y siguió caminando.

—¿Anthony? —volví a llamarlo.

No sabía qué decir.

Probablemente aquella sería la última vez que nos veríamos. Quería despedirme, pero no sabía cómo.

El niño sabía leer rostros, sabía cuándo mentía, analizaba a las personas solo por diversión.

—¿Puedo darte un abrazo?

—Puedes, después de la ducha —siguió andando.

—Creo que no tengo tanto tiempo, Anthony…

Se detuvo y resopló. Dio media vuelta, arrastró los pies hacia mí, me abrazó y apoyó la cabeza en mi vientre.

—Tu empeño en intentar que supere el miedo a los gérmenes es incansable —murmuró.

—Sí, lo es —lo apreté con toda la fuerza que pude.

Quise llorar, pero eso solo levantaría más sospechas.

Le besé la frente y tuve que convencerme a mí misma de que debía soltarlo y dejarlo ir.

Qué mierda de despedida. Se merecía algo mejor.

Me arrodillé y lo miré de frente.

—Nunca olvides que tu padre te quiere mucho —me froté los ojos ardientes—. Y que yo también aprendí a quererte, tal y como eres.

—Entonces está bien —Anthony sonrió.

—Y escúchame —le tomé sus manitas—. Algún día, en el futuro, quizá sientas mucha rabia y odio hacia las personas que fueron crueles contigo. Pero eso solo alimentará algo malo dentro de ti. Nunca detengas tu vida para culpar a los demás por lo que te hicieron. Sé feliz por haber madurado, por haber crecido, por haberte vuelto fuerte y resistente. La vida no se trata de las

cicatrices ni de las grietas que nos dejan los demás… sino de lo que decidimos hacer con ellas —lo apreté contra mí con toda mi fuerza.

Anthony me devolvió el abrazo y, esta vez, fue él quien no quiso soltarme.

Creo que, de alguna forma, entendió que me iba.

—Ahora ve. Ve a llevar tu libro a la biblioteca…

—¿Hablamos más tarde?

—Sí.

Anthony me soltó y caminó con ese paso robótico y monótono que resultaba tan gracioso. Segundos después de que desapareciera, Hillary apareció cargando dos maletas enormes.

—¡Pero qué demonios…!

—Me voy. Pero no me voy sin dejar pérdidas.

—¡Hillary! —la reprendí.

—¿No quiere matarnos sin motivo? Pues le daremos un motivo de verdad para querer matarnos. Cogí algunas cosas de valor.

—No estoy de acuerdo con eso.

—No fuiste tú, fui yo, amiga. ¡Ahora vamos!

Salió delante de mí, torpe, arrastrando dos maletas gigantes tras de sí. Estaba sudando y sin aliento.

—¿No crees que ir con su chófer al aeropuerto hará más fácil que nos encuentre? A estas alturas ya debe de haber avisado a Héctor… —dije jadeando, intentando alcanzarla.

—Por eso pedí un Uber. Y está a punto de llegar.

—Vale…

Las piernas me fallaban, me costó salir de la mansión. Ese se había convertido en mi hogar.

No era el final que quería.

Después de dar lo mejor de mí, de cuidar de todo y de transformar aquel lugar en un espacio agradable no solo para mí, sino también para Anthony, despedirme de forma tan abrupta me destrozaba.

Por desgracia, no había otra opción.

Era eso o la muerte…

—El Uber ha llegado, amiga. ¡Vamos!

—Espera —pedí.

Respiré hondo y miré hacia la fachada de la mansión.

Parecía que una parte de mí se quedaba allí. Una parte que nunca recuperaría.

—¡¡Vamos!! —Hillary me arrastró al interior del coche.

Capítulo 31

Héctor Mitchell

El señor Zimmerberg hizo un increíble monólogo de veinte minutos sobre por qué el Gran Templo de Nueva York debería aceptarlo.

Y a cada expresión que mostrábamos, ya fuera de aprobación, admiración o indiferencia, él volvía a reafirmar cuánto había partido de cero, cuánto había construido cada peldaño de su Imperio y que hombres como nosotros deberíamos tener en cuenta su poder invisible en los tiempos actuales.

—Señor Zimmerberg, nosotros somos el ala más joven de la Gran Orden —le expliqué—. Está claro que un CEO tan prominente como usted sumaría en las acciones que realizamos. Pero la burocracia para ocupar el cargo es bastante complicada.

—No existen solicitudes —intentó aclarar Ethan—. Normalmente cooptamos a los mejores miembros de las sociedades secretas, y usted no forma parte de ninguna que hayamos podido consultar.

—Admito que he sido muy individualista en los últimos años —confesó.

—El ala más vieja de la Gran Orden tiene un cierto... —Ethan se humedeció los labios buscando las palabras—, un cierto rechazo hacia la idea de su presencia.

—Aceptar a hackers ya fue un gran paso. Aceptar al dueño de la mayor red social, y más aún en una época en la que estamos obsesionados con las fake news y las elecciones... —me rasqué la barbilla—. Necesitamos un argumento sólido para recomendarlo.

—Mi trabajo es limpio y estoy en prácticamente todos los hogares ahora. A diferencia de los hackers, no necesito entrar de manera amenazante. Cuando la gente acepta las condiciones me permite tener sus datos, saber dónde están, qué hacen, ver sus fotos, audios, compras con tarjeta... —volvió a ese monólogo irritante—. Sé que hay un lugar para mí en la Gran Orden.

Me giré hacia Adrian.

—Es hora de comprobar si algún pariente del señor Zimmerberg es miembro de una sociedad secreta. Las fraternidades secretas de Harvard suman puntos.

Adrian asintió y anotó la información.

—Ganará puntos con los republicanos, pero vamos a dejar de lado la historia de los hackers rusos obteniendo información de los americanos y publicándola en sus muros con temas con los que simpatizaban, para construir la imagen de Trump que les resultaba más digerible —me volví hacia Ethan.

—Vamos a centrarnos en el joven y brillante Zimmerberg. Su caridad, su buen perfil, su repentino cambio de ateo a chico que cree que la religión es algo positivo, y desconsideraremos que en breve tendrá edad para postularse a presidente y ya ha dicho que quiere recorrer toda América para «conocer» —Ethan abrió una sonrisa sádica, como diciendo «lo tenemos vigilado, señor Zimmerberg».

—Ah... claro, parece bien... —el joven se quedó paralizado.

—Señor Zimmerberg, ha sido un placer escucharle —me levanté y arreglé mi chaqueta.

Todos los demás hicieron lo mismo e incluso suspiraron.

—Ha sido un diálogo largo y provechoso —Derick fue cordial.

—Monólogo, querrás decir —murmuró Ethan.

Adrian acompañó al señor Zimmerberg para mostrarle la mansión y a los ilustres miembros de la Gran Orden que estaban presentes, y yo me volví hacia los que permanecían en la sala.

—Es un multimillonario, un CEO, es individualista, como todos nosotros —intentó justificar Ethan.

—Pero para ser uno de los hermanos hay que trabajar en grupo —ajusté mi corbata y los miré de frente—. Sí, caballeros, ¿podemos retomar el asunto anterior, por favor?

—Por supuesto —Derick vino hacia mí—. Encuentra a Bia, no levantes sospechas, déjala en un lugar aislado.

—Vale —asentí.

—Necesitamos actuar rápido, localizar a la otra stripper y neutralizarla antes de que ocurra algo —siguió dando las directrices.

—Este asunto muere aquí, ¿entendido? —Ethan solo quería asegurarse—. ¿Lo extendemos a los demás hermanos?

—Bajo ninguna circunstancia, Ethan.

—Justo. Eliminación de archivo estándar, nadie lo vio, nadie lo echará de menos.

Beatriz Rodríguez

Hillary había vuelto a aquel estado de hacía meses: paranoia, miedo, completamente alterada.

No lograba hablar con coherencia con el chico que conducía el coche, estaba confusa sobre cómo proceder y no decía nada que tuviera sentido.

Trasteaba frenéticamente con el móvil, las manos temblorosas, los ojos saltando de la pantalla a los edificios fuera del vehículo.

—¿Qué sugieres? ¿Directo al aeropuerto? ¿Nos largamos ya de aquí? —intenté mantener la calma y ser asertiva.

—Claro, me parece una idea excelente —siguió tecleando a toda velocidad—. ¿Podemos pasar antes por un sitio? Necesito coger algunas cosas y...

—Hillary, ¿no tienes ya demasiadas cosas encima? —resoplé.

—Estaremos lejos de aquí antes de que anochezca, te lo juro —aseguró.

Héctor Mitchell

—Ninguna señal de Bia —volví jadeando, apenas podía respirar.

—Tampoco he visto a esa tal Hillary —Ethan cruzó los brazos.

Lo miré durante treinta segundos sin saber qué decir, hasta que Ethan esbozó una sonrisa maliciosa.

—Quise decir que Adrian no la encontró.

—¿Ni a una ni a otra? —eché a andar hacia la parte delantera de la propiedad esta vez y Ethan me siguió—. El chófer está allí.

El chófer estaba sentado con los demás conductores privados de los otros hermanos, bien metido en la conversación.

Escuché nuevos pasos detrás de mí. Tenía la esperanza de que Adrian viniera hacia mí acompañado de al menos una de ellas.

Mi esperanza murió al girarme y verlo con Derick.

—Valerie dijo que las vio marcharse —Adrian se detuvo frente a mí, intentando recuperar el aliento—. ¿Es este el momento en que ponemos todos los coches tras ellas y bloqueamos Nueva York? —esbozó una sonrisa ingenua.

—Siempre has querido hacer eso —me dirigí a mi coche, silbé tan fuerte que todos los conductores dejaron lo que estaban haciendo y se levantaron.

—¿Y qué pasa con Zimmerberg? ¿Y con los demás hermanos? Teníamos asuntos pendientes sobre... —Derick quiso darle un tono de responsabilidad a la conversación.

Yo tenía una responsabilidad mayor con Bia.

Y no iba a permitir que nada le sucediera.

—Derick, que se joda Zimmerberg y que se jodan los demás hermanos y sus asuntos urgentes —abrí la puerta del coche y me senté, esperando que Ethan y el chófer entraran de una vez.

—¿Señor? —el chófer entró, se le cayó la gorra.

—¿Vio hacia dónde fue la señora Mitchell? —pregunté con un tono inquisitivo que hizo temblar al hombre.

—Sí, fue a la mansión, señor. Luego oí que iban hacia el aeropuerto... —el hombre no conseguía meter la maldita llave para arrancar el coche.

—Espero que no le asuste la posibilidad de perder su licencia. Quiero verlo quemar el asfalto —me abroché el cinturón de seguridad.

Ethan tanteó el espacio para comprobar si podía sentarse y así lo hizo.

—Lamento mucho no haber previsto esto —Ethan carraspeó.

—Tranquilo —respiré hondo—. Reconozco tus ocupaciones y hemos estado muy preocupados con Anthony todo este tiempo...

—¡Pero estaba delante de nuestras narices! ¡Bien a la vista! —se culpó.

Saqué el dispositivo electrónico del bolsillo y le di al play al vídeo una vez más.

—Era tan obvio... —me tapé la frente—. Clair no está muerta.

En la grabación se podía ver a la stripper saliendo del apartamento días después, con gafas de sol y un abrigo largo. Su imagen fue captada, por casualidad, mientras un joven probaba el móvil con los amigos que estaban haciendo una batalla de hip hop.

—Ellas estaban un paso por delante de nosotros. Ahora tenemos que estar siete pasos por delante de ellas.

—Considéralo hecho —dijo Ethan y respiró hondo.

Extendió la mano abierta como si pidiera que me detuviera.

A continuación descargó varios puñetazos seguidos contra el asiento del conductor.

—¿Por qué no estás conduciendo? —rugió.

Beatriz Rodríguez

Con vestidos blancos de alta costura, sudados y medio sucios, Hillary y yo atravesamos lo que parecía un hotel de pocas estrellas y entramos en el ascensor.

—Está aquí, te prometo que será rápido.

—Eso espero.

Me tranquilicé porque, definitivamente, Héctor no me buscaría en aquel lugar.

El ascensor subió trece pisos, esperamos golpeando con los pies en el suelo, todavía dominadas por la tensión.

—¿Adónde piensas ir?

—No lo sé. París, Alemania, Italia... solo necesitamos comprar los billetes y usar esta tarjeta que Héctor me dio antes de que la bloqueen.

—Sí, bien recordado —a Hillary pareció encendérsele una bombilla—. ¿Puedes ayudarme a cargar esta maleta?

—Claro.

Cogí la maleta, que estaba relativamente pesada, sin entender por qué llevar tantas cosas encima en una situación así.

Todo lo que yo había cogido era un bolso con documentos, tarjetas y dinero, y salí huyendo. Dejé todo lo demás atrás.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, me giré para comprobar qué estaba haciendo Hillary.

—¡¿Pero qué demonios?! —el susto me heló la sangre.

Sentí el paño blanco presionado contra mi nariz y mi boca, y al inhalar aquel olor penetrante me sentí ligera, mareada, hasta que me desmayé.

Tuve la impresión de haber visto a Clair en el pasillo, fuera del ascensor.

Y entonces perdí el conocimiento.

Héctor Mitchell

Ethan y yo fuimos al aeropuerto internacional John F. Kennedy, el más cercano a donde estábamos; tardamos una hora y unos minutos.

Mientras tanto hicimos muchas llamadas. Por desgracia, no pudimos recurrir a los hermanos del templo, lo cual habría sido de gran ayuda, ya que eran los hombres más ricos de Nueva York, pero Adrian me aseguró que había contactado con los jefes de policía, Derick me garantizó que todos los aeropuertos estaban llenos de nuestros agentes y Ethan llamó a su empresa para ver si podían rastrear a Bia o a Hillary.

—¿Qué argumento usó Adrian para detener los vuelos? ¿Terrorismo? —Ethan soltó una carcajada al bajar del coche.

—Ni idea —al salir vi varias patrullas por la zona, lo que me hizo respirar con más calma—. Pero te garantizo que ninguna Beatriz, Clair o Hillary va a volar esta noche.

—Si tú lo dices, te creo.

Ethan siguió al teléfono dando indicaciones sobre cómo rastrear a las chicas, dimos todos los datos posibles y aun así no obtuvimos grandes resultados.

El jefe de seguridad del aeropuerto, junto con el capitán de la policía, aseguró que ninguna mujer con ese nombre había embarcado y nos condujo a una sala para comprobar si alguna de nuestras sospechosas estaba allí.

Fue una completa pérdida de tiempo.

—¿Qué posibilidades tenemos de encontrarlas ahora? —me tapé la cara con la mano.

—Ah, deben de ser altísimas. ¿Nueva York tiene qué? ¿Casi nueve millones de habitantes? Lo resolvemos en media hora —Ethan se burló.

Saqué el móvil del bolsillo y lo lancé lejos, viéndolo hacerse añicos contra el suelo.

—La parte buena es que no van a salir de aquí.

—Quizás todo esto ya estuviera planeado —me dieron ganas de romper el cristal del coche de tanta rabia—. Quizás viajen en coche...

¿Qué iba a hacer ahora?

—Vamos a centrarnos en cómo resolverlo. Ve a Mitchell & Smith, nos encontramos allí más tarde.

—Tío, no tengo cabeza. ¿Por qué no me fui en cuanto lo descubrí? —si le pasaba algo a Bia me culparía para siempre.

—En casos como este, los secuestradores pedirán dinero, así que pronto Bia estará de vuelta —Ethan aseguró—. Viva vale algo, y las strippers solo podrán negociar si está bien. Para entonces ya las habremos encontrado. No pueden escapar.

—Nueva York solo tiene casi nueve millones de habitantes... no pueden escapar, claro...

—Hex, vamos a empapelar esta ciudad con la cara de esas mujeres, si es necesario. En los noticieros de la mañana, tarde y noche. En los cortes de las series, en las timelines de la gente, ofreceremos recompensas mayores que las de la lotería. Créeme, saldrán a la luz por las buenas o por las malas.

—Eres pésimo intentando calmarme —protesté.

—Solo no hagas ninguna estupidez ahora.

—De acuerdo. Iré a casa a ver si Anthony está bien y lo traeré aquí, resolveremos los problemas de Wall Street.

—Perfecto —Ethan sacó uno de los dispositivos que llevaba y lo metió en mi bolsillo—. Te llamaré. Y por favor, no asustes al pobre chico, mejor que no sepa nada.

—Ethan, pase lo que pase, tenemos que proteger a Bia —dije con total seriedad.

—Si no escuchara eso de ti, sabría que has perdido la cabeza.

—No empieces...

—Está todo bajo control, Hex. Somos americanos. Especialistas en lidiar con strippers, giros inesperados, enemigos oportunistas, situaciones de crisis y terroristas.

Capítulo 32

Héctor Mitchell

Nada estaba bajo control.

Ese día volví a casa para asegurarme de que Anthony estuviera bien y permanecer cerca de él. Igual que los hermanos del templo, no quise alarmarlo ni le dije nada sobre Bia.

El lunes Anthony me acompañó a Mitchell & Smith.

No aparté los ojos de él ni un solo minuto.

Todos los empleados que nos vieron se sorprendieron al comprobar que Anthony estaba allí una vez más.

Siempre me seguía, tímido, contando los pasos, mirando a su alrededor y casi escondiéndose cuando veía demasiado movimiento.

—Ha sido un fin de semana agitado, Mary. Los vuelos en los aeropuertos de Nueva York simplemente... —el periodista narraba el retraso de los vuelos y la seguridad que se había quintuplicado.

Ahora todos pasaban por una inspección minuciosa, la documentación debía estar en regla, todo se había vuelto más burocrático y lento.

Eso fue lo que Adrian y yo conseguimos hacer. Parar la ciudad era divertido, ilustraba bien nuestro poder, pero no era una opción.

Nos dimos cuenta de que el ambiente se tensaría y los periódicos empezarían a hablar de:

—¿Un ejercicio militar, John? ¿Crees que tras el bombardeo a Siria es posible que los terroristas...? —la periodista lanzó el pánico al aire.

—¿Tienes hambre? —aparté los ojos de la pantalla del ordenador y miré a Anthony.

—No —respondió con sencillez, y oculté mi asombro al ver que no estaba rodeado de aparatos electrónicos.

Siempre que veía a Anthony estaba al menos con el móvil, la tablet, el portátil y la videoconsola, todos encendidos, con sus pantallas multicolor generando información.

Lo que vi fue a mi hijo con tres libros abiertos delante de sí y escribiendo algo en el portátil.

—¿Todo bien, hijo?

—Sí.

—¿Dónde están tu móvil, tu tablet y esa consola nueva que te regalaron?

—En el apartamento.

—¿Y por qué no los has traído?

—Bia dijo que a veces está bien alejarse un poco de la tecnología. Y me gustan los libros. El problema es que no traen Google instalado para poder buscar algunas cosas —empezó a pasar páginas rápidamente en busca de algo.

Me limité a asentir y volví mi atención a la pantalla del ordenador.

Joder.

No conseguía concentrarme.

Distraerme parecía la única solución, para ocuparme y fingir que todo estaba bien. Y no lo estaba. Todo estaba fuera de lugar.

Necesitaba trabajar. Muchas cosas dependían de mí.

Mi mente, sin embargo, solo lograba centrarse en preguntas como: ¿estaría bien Bia? ¿Cuánto tiempo tardaríamos en

encontrarla? ¿Dónde estaba? ¿Cuándo volvería? ¿Y acaso estaría echándome de menos?

Porque yo sí la echaba.

—¿No vas a estudiar hoy?

—Sí. El señor Krabs nos dejó una larga lista de ecuaciones —dijo Anthony de muy buen humor—. La señora Fellington me pidió que escribiera algo sobre «El jardín secreto».

—Ah —sonreí—. A tu madre le gustaba mucho ese libro.

—Hmm —Anthony cogió el ejemplar y empezó a hojearlo—. A Bia también. A Bia le gustaban los jardines.

—Sí, lo sé —crucé las piernas y giré lentamente la silla hasta quedar de frente a él.

—Y cogía tierra con las manos, no tenía miedo de enfermarse.

Solté una risa suave, sin saber muy bien por qué.

Anthony levantó la cara y me miró hasta que la risa se apagó y volví a ponerme serio.

—Solo te he visto sonreír dos veces —respiró hondo y volvió al libro, muy concentrado—. La tercera es hoy.

—¿Ah, sí? ¿Llevas la cuenta de las veces que tu padre se ríe? —me rasqué la barbilla.

—La primera fue aquel día del partido de béisbol. Después te vi sonreír junto a Bia. Y ahora.

Asentí. Sí, no era alguien de reírse por ahí, pero me resultó curioso que él se fijara en eso.

—Sonreír significa felicidad, a menos que sea una sonrisa nerviosa, eso me dijo Bia. Que es una sonrisa falsa o trágica. ¿Bia te hace feliz, papá?

Cuando Anthony apartó los ojos de las filas de letras y me miró, sentí una mezcla de añoranza y dolor.

Yo la quería de vuelta.

La necesitaba.

De repente todo parecía mucho más gris, extraño y sin gracia sin Beatriz. Cada mínima cosa que hacía, que en el día a día pasaba inadvertida, ahora pesaba como toneladas.

La ausencia de esa preocupación por saber si yo estaba bien, el informe de que Anthony estaba estudiando, que me quisiera cerca y que se sintiera feliz de estar en familia...

—Sí, ella me hace muy feliz.

—¿Y yo te hago feliz? —Anthony evitó mirarme, quedó medio paralizado mirando por la ventana.

Tuve que levantarme y acercarme a él.

En respuesta, se encogió, permaneció quieto, con los hombros cada vez más hacia delante y la mirada perdida en la sala.

Me arrodillé a su lado y giré despacio su silla hasta que nuestros ojos se encontraron.

—Tú eres el motivo por el que estoy vivo —acaricié su rostro —. Cambiaste mi vida incluso antes de nacer y no me arrepiento ni un solo día de haber pasado noches en vela solo observándote crecer. Mira —extendí mis dos manos abiertas hacia él—. Hubo un tiempo en que eras mucho más pequeño que esto.

Anthony arqueó las cejas.

—Y cuanto más creces, más motivos tengo para ser feliz y para amarte por encima de cualquier cosa. Tú no solo me haces feliz. Tú eres mi felicidad.

Por más que odiara esa expresión, tuve que decirla:

—Eres insustituible, Anthony. El lugar que ocupas en mi mundo no puede ocuparlo nadie más. Eres un campeón. Y te quiero.

Anthony asintió despacio. Pareció reflexionar mucho sobre algo, pero me abrazó con fuerza.

Era la primera vez en mucho tiempo que tomaba una iniciativa así.

—Quiero ir al colegio —dijo, aún en el abrazo—. Bia dijo que me haría bien conocer a otras personas y hacer nuevos amigos...

Él seguía siendo mi bebé.

Era difícil sacarlo de la burbuja en la que me vi obligado a meterlo y a la que después me había acostumbrado.

—Si quieres, lo haremos.

—¿Cuándo va a volver Bia?

Esa pregunta resonó dentro de mí.

Cerré los ojos, intenté contener la respiración y fingí que podía dar esa respuesta con seguridad y certeza.

Pero mentir era feo.

Y yo no podía dar esa respuesta. Me sentía inseguro, por segunda vez en mi vida, perdido en un mar de incertidumbres.

—Ohana significa familia. Y familia quiere decir nunca abandonar ni olvidar —susurró Anthony en mi oído.

—¿Eso te lo dijo Bia? —me costaba mirarlo, aún más con los ojos empañados en lágrimas. Pero tuve que hacerlo.

Anthony pasó la mano por mi rostro, tocó una lágrima que caía y sonrió.

—Lilo y Stitch —respondió.

—Ah —moví la cabeza, sin saber qué decir—. Perdóname...

—No tienes que disculparte por tener sentimientos —Anthony infló el pecho para decirlo—. Eso me lo dijo Bia el día que plantamos unas semillas en el jardín.

¿Había plantado semillas en el jardín?

¿Quién lo diría?

Bia seguía estando presente incluso en su ausencia. Y era en esa ausencia donde todas las dudas se me arrancaban de cuajo. No solo yo, sino toda mi familia se había vuelto mejor después de ella.

—Papá necesita hacer una llamada. Sigue estudiando, ya vuelvo.

—¿Vas a traer a Bia de vuelta? —preguntó ansioso.

No pude darle una respuesta, pero le regalé una sonrisa de confianza.

Cogí el móvil y llamé a Zimmerberg. Mientras el teléfono sonaba, Anthony me miró desde lejos.

—¿Algún día me perdonará por haber matado a mamá?

*

Zimmerberg no podía venir a Mitchell & Smith por la tarde, solo por la noche.

Llamé a Ethan, Derick y Adrian para discutir nuestros próximos pasos e intenté preguntarle a Anthony qué había dicho, porque no sabía si lo había escuchado bien, pero no respondió, se mantuvo callado el resto del día.

—¿Adivina quién vino a dar apoyo emocional al mejor CEO de la familia? —Laurel golpeó la puerta después de entrar.

—¡Ya era hora! —fingí que me quejaba.

Dejé la carpeta de documentos sobre la mesa y me levanté para abrazarla.

—¿Cómo estás? —me abrazó con fuerza.

Empecé a gesticular y a buscar las palabras. Al final me quedé en silencio y suspiré.

—¡Oh! ¡Mira quién está aquí! —se sorprendió—. ¿Salió de la mansión?

Laurel y yo observamos a Anthony durmiendo en los dos sillones que había juntado uno frente al otro.

—Es la segunda vez que se aventura en la gran ciudad... —me detuve también a admirarlo—. Si te conozco bien, siempre llegas unos minutos antes que mamá.

—Siempre fuiste el observador de la familia —sacudió la cabeza.

—¿Y ella viene también a darme apoyo emocional? —bromeé.

—Parece que no conoces a la madre que tienes —Laurel cruzó los brazos y se apoyó en mi mesa—. En fin, ¡cuéntame esta novedad! Era más fácil que derribaran más edificios en Nueva York a que Anthony viniera aquí. ¿Qué pasó?

—Bia. Ella pasó —negué con la cabeza y rodeé la mesa para sentarme en la silla presidencial—. Nada volvió a ser lo mismo después de ella.

—Tiene esa aura, sí. Allí por donde pasa ilumina las cosas. Parece incluso que viniera de otro mundo —Laurel empezó a juguetear con las plumas de la mesa, miró los cuadros de la pared y examinó el resto de la sala—. No has cambiado nada. Sigue siendo el despacho de papá.

—Exacto. Sigue siendo el suyo. Cuando despierte, volverá a ser el jefe.

—Eres cruel. Ni piensas en su recuperación, ¡ya quieres torturar a nuestro viejecito otra vez! —Laurel soltó una carcajada—. Su vida era este trabajo.

—Sí. Era su hobby, su propósito, el aliento de su vida. Yo no cambiaría nada, sería una tontería. Él volverá y todo estará en su sitio.

—¿Y cuando Bia vuelva, todo estará en su sitio? —Laurel se mordió el labio y me miró.

—Suéltalo. Cuando pones esa cara es porque...

—Mamá fue a la mansión hace una o dos semanas...

Eso despertó mi interés. No lo sabía.

—Le dio un cheque en blanco a Bia.

—¿Para qué?

—Ni idea. Para que se comprara unos vestidos de Prada... viajara por el mundo... se comprara un Ferrari... te dejara...

Tragué saliva. Mi mandíbula se tensó y mi rostro se contrajo con toda la lentitud que me era posible. Entorné los ojos y apreté los puños, los mantuve en el aire y luego los bajé despacio. Abrí los ojos y la miré fijamente.

—No creo que ella aceptara —Laurel esbozó una sonrisa amable—. Sé que parece que se escapó con la amiga stripper... pero estaba tan interesada en todo, ¿sabes? En el jardín, en Anthony, en los cuadros de Serena que encontró y en los que intentaba descifrar lo que estaba escrito detrás... —Laurel se detuvo un instante para recuperar el aliento—. Yo no creo que te dejara.

—¿Porque le ofrecí una tarjeta ilimitada, una *Green Card* y otros privilegios? —dije con aspereza.

—No —Laurel fue clara—. Porque tenía un brillo en la mirada, el mismo que el tuyo. No era una oportunista, en mi humilde opinión...

—Gracias por creer en ella.

—También creo en ti. Sé que tus juicios no fallan y escogiste a la mujer adecuada para esta misión. Sé que oficialmente se trata

más de negocios que de sentimientos... pero venga, hermanito, reconoce que entre vosotros hay algo.

—¿Eso crees?

—Ni siquiera nosotros teníamos tanta libertad para estar con Anthony —Laurel rió—. Ella prácticamente se colaba todas las noches en su habitación. ¿Lo sabías?

—No...

—Ella me lo contó —Laurel acomodó el bolso en su hombro y me despidió con la mano—. ¿Quieres apostar a que en cuanto yo salga, mamá va a entrar?

—Sí... hemos hablado demasiado... me has entretenido muy bien —le estreché la mano—. Gracias, Laurel.

—De nada, no. Tráeme a mi cuñada de vuelta —me reprendió —. No creas que eres el único beneficiado con su presencia. Beatriz y yo somos las personas más normales de esta familia, no quiero volver a ser la única, la excluida —se puso muy seria y lo dijo todo en un tono imperativo, como era de esperar de una Mitchell.

—La traeré, lo juro.

Antes de que Laurel pudiera decir algo más, la puerta se abrió de golpe.

—Nadie en esta familia sabe llamar antes de abrir la puerta —comentó Laurel y se apartó de mi campo visual para dejarme ver a Rebecca sujetando la puerta y a mi madre, que entró enseguida.

—Ah, menos mal que estáis reunidos. Tenemos que hablar —mi madre se quitó el abrigo de pieles y lo tiró sobre la mesa donde estaban las cosas de Anthony.

—También me alegro de verte, mama.

*

Mi madre no apartó los ojos del gran ventanal del despacho presidencial.

Tras echar una rápida mirada a la sala y comprobar que estaba impecable, como siempre, me dio la espalda y se quedó contemplando el mundo desde lo alto de todos aquellos pisos, donde los transeúntes parecían del tamaño de hormiguitas.

Le gustaba esa sensación.

—Esto se parece menos a una reunión familiar y más a una intervención —rompí el silencio.

—Una palabra excelente: intervención. Eso es lo que esta familia necesitaba desde hace mucho tiempo.

—La intervención de ella en nuestras vidas, claro —Laurel se sentó en el brazo de una de las butacas donde Anthony dormía.

Rebecca permaneció de pie, custodiando la puerta en silencio.

—Adelante, mama. Ilumínanos —dije.

—Ah, tengo muchas cosas que decir —respiró hondo—. ¿Por dónde empiezo? ¿Por dónde empiezo? Ah, sí, por tu pésimo gusto para escoger mujeres frívolas, un testamento de una mente demente y una oportunista que no solo quiere destruir a esta familia, sino arrebatarnos toda nuestra fortuna...

—Mamá lo advirtió, Héctor. ¿Por qué tenías que casarte con esa maldita mujer? —recriminó Rebecca—. Ahora se ha escapado con su cómplice y nos ha dejado en una situación peligrosa.

—Héctor, tienes un buen corazón —mi madre suspiró. Seguía mirando el mundo allá abajo—. Tan puro que se adentra en el mundo inmundo y perverso de mujeres como esa Beatriz y aún se deja cautivar por la víbora...

—No hables así de ella —ordené.

—¡Se fugó! ¿Entiendes en qué situación nos ha puesto? ¿Entiendes que si ahora mismo los abogados de la empresa piden veros a ti y a tu mujer, no la tienes para presentarla? ¿Qué nos convierte eso?

—En arruinados —Rebecca volvió a recriminar.

—La encontraré antes de que se enteren. Solo os lo conté porque quiero ser transparente. He explicado lo que pasó y me ocuparé de solucionarlo antes de que nadie más lo note. En caso de duda, Beatriz sigue en la mansión de los Hamptons y punto.

—Héctor, no va a volver —mi madre se giró hacia mí, con los brazos cruzados—. Esperó el momento preciso para dar el golpe. Aguantó casi seis meses hasta desestabilizar por fin los cimientos de esta familia. Puede que tú no te preocupes por nosotros, Héctor. Pero ¿toda la fortuna? ¿Entiendes que lo perderemos todo frente a Geoffrey?

—Lo entiendo. Asumo las consecuencias. Me las arreglaré.

—Le di un cheque en blanco —mi madre negó con la cabeza —. Para que no causara más problemas, desapareciera del mapa y reapareciera cuando se lo pidiéramos, en caso de que los abogados exigieran verla. ¿Sabes lo que me contestó, Héctor?

—Estoy deseando escucharlo.

—Que ese sería su billete de libertad.

Mis pensamientos se detuvieron un segundo y la miré con mucha seriedad, sin saber cómo reaccionar.

—Estaba harta de ti. De tu mundo peligroso. Incluso dijo que no aguantaba más fingir soportar a tu hijo —seguía negando con la cabeza—. Esa maldita stripper lo aguantó todo porque tenía beneficios, y al darse cuenta de que los perdería en seis meses, dio gracias a Dios por no tener que humillarse más para...

—Basta —ordené.

Mi madre sonrió, satisfecha al notar que me había herido.

Y sí, lo había hecho.

—Salid todas de mi empresa.

—¿Tuya? —Rebecca rió.

—¡Fuera! —rugí.

Por primera vez vi a las tres asustadas, pálidas, intercambiando miradas confusas.

—Vamos —pidió mi madre a mis hermanas—. Héctor sabe que la verdad duele. Y tenemos que darle la oportunidad de digerirla. La stripper no fue secuestrada, hijo. Se escapó. Basta con mirar las cámaras de seguridad de fuera de tu mansión. Entró en el coche por voluntad propia, nadie la presionó, nadie la obligó, nadie le apuntó un arma a la cabeza.

—He dicho que salgáis —me levanté y señalé la puerta.

Laurel pasó junto a mí y me abrazó.

—Sé fuerte —me pidió.

Rebecca no me dirigió la palabra, salió después de Laurel.

Mi madre esperó a que estuviéramos a solas y me miró fijamente a los ojos.

—Has puesto en riesgo toda la fortuna de esta familia. Y ayudaste a una prostituta a destruirla. Por el Bien Mayor, Héctor —me pidió—. Si alguno de tus hombres o amigos encuentra a esa mujer y a las otras dos strippers... —respiró hondo, las aletas de la nariz se le abrieron y sus ojos enrojecieron—. Mátalas.

—Adiós, mama.

—Si la fortuna y la familia no son capaces de convencerte... —me sujetó del brazo—, que el Bien Mayor pueda hacerlo. O llevaré este asunto ante los ancianos de la Gran Orden y exigiré yo misma que, por el Bien Mayor, esas mujeres paguen con su vida lo que nos

han hecho. Tú... yo... nosotros somos insustituibles. Ellas, esas putas, no.

Y así como entró, salió.

Arrancó el abrigo de encima de la mesa arrastrando con él los libros y el portátil de Anthony, se lo echó al hombro y desfiló fuera de mi despacho.

Me dieron ganas de romper esa puerta y derribarlo todo dentro de la sala.

La rabia, el rencor, el dolor de escuchar cada una de aquellas palabras... todo me estaba corroyendo por dentro.

Y lo peor era que la única persona con la que podía desahogarme, incluso con todas mis barreras, era Beatriz. Solo en ella confiaba para decir lo que sentía.

Pero ella ya no estaba allí.

Antes de hacer cualquier cosa irracional y más ruido del que ya se había hecho en aquel despacho, busqué a Anthony y comprobé que ya no estaba tumbado entre las butacas.

Caminé por la sala, medio ciego y desesperado; absorto en mis pensamientos, temiendo que esta vez mi hijo fuera el próximo en desaparecer.

Lo encontré debajo de mi mesa, con los auriculares puestos, balanceando el cuerpo hacia delante y hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo, hijo? —extendí la mano para cogerlo.

Anthony, sin embargo, no me permitió tocarlo y permaneció quieto en aquella posición, mirando al vacío.

—Perdóname, no quería haberte despertado —aparté la silla presidencial y me senté frente a él—. Hijo, ¿estás bien?

Anthony asintió con la cabeza.

—¿Estás teniendo una crisis? —murmuré.

—No lo sé —murmuró él.

Extendí mi mano y la dejé suspendida en el aire, delante de él.

—Estoy aquí. Y si me necesitas, solo tienes que agarrarme del brazo, ¿vale?

Anthony puso las dos manos sobre mi brazo. Era evidente que su cuerpo temblaba, el corazón parecía desbocado, intentaba respirar, pero parecía en estado de shock.

—Vale.

—Mírame —le pedí—. Respira conmigo —le mostré cómo debía hacerlo. Inhalé muy despacio hasta llenar los pulmones y luego solté todo el aire hasta vaciar el abdomen—. Inhala por la nariz, suelta por la boca.

Él lo repitió, algo torpe, pero lo consiguió.

Siete minutos después Anthony ya no temblaba.

Estaba cansado, era evidente que su sueño había sido interrumpido y que había tenido algún tipo de shock o una crisis emocional que lo había dejado paralizado por el miedo.

—Nadie tiene que cargar con el peso solo —acaricié su pelo —. Juntos es más fácil afrontar la crisis y superar cualquier cosa. Cuando no seas lo bastante fuerte por ti mismo, recuerda que me tienes a mí. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Genial.

—Y cuando tú no te sientes lo bastante fuerte por ti mismo, piensas en Bia, ¿verdad, papá? —Anthony me agarró con fuerza del brazo.

—Pienso en vosotros dos —respondí, y Anthony suspiró, aliviado.

—Qué bien. Yo también pienso en los dos —dijo como si se quitara un peso de encima.

Capítulo 33

Héctor Mitchell

Bia parpadeó, miraba el techo, una sonrisa se escapaba de sus labios.

Su mano tanteó el colchón y pasó por mi muslo, luego por el abdomen, hasta encontrar la mía.

—Doscientos noventa días —murmuró feliz.

—¿Qué diablos de cuenta atrás es esa? —gruñí.

—Para el final de tu contrato —entrelazó nuestros dedos.

Me quedé sin aire. Así era como me quedaba frente a ella. Cada gesto, cada mínimo movimiento, incluso su mirada cuando ni siquiera me miraba.

Bia me inspiraba sentimientos que ni los grandes poetas sabían describir.

Era una tormenta fértil y peligrosa, llena de vendavales y promesas de cosechas... la síntesis y la antítesis. La contradicción y la regla.

—¿Fueron noventa días felices para ti? —me atreví a preguntar.

Bia se recostó de lado, el cuerpo girado hacia mí. Sus ojos expresivos descendieron por mi cuerpo, se acomodó en mis brazos y respiró hondo contra mi pecho.

—Si hubiera sabido que un matrimonio de mentira sería así, me habría casado antes —se divirtió. —Aunque echo de menos trabajar, hacer algo, han sido días muy felices. Y te lo debo a ti.

—No digas tonterías —la reprendí. —Tú fuiste mi elección perfecta.

Bia rió y no entendí por qué.

Rara vez me permitía abrirme sobre mis sentimientos, y tener como respuesta su risa no me agradó.

—Estaba pensando... ¿te imaginas si todos los matrimonios tuvieran fecha de caducidad como el nuestro? Un año... tres... veinte... seis meses...

—¿Y qué tiene de tan gracioso?

—Quizá la gente correría contra el tiempo —Bia se apartó un poco y me miró de frente. —Cuidarían el jardín... conocerían mejor a las personas que tienen al lado y no se aferrarían a lo que creen conocer de ellas... se permitirían vivir más, ¿sabes? Descubrir nuevos placeres, entregarse en cuerpo y alma, vivir intensamente convencidos de que esa es la mayor oportunidad de sus vidas. No de ser felices. Sino de descubrir quiénes son cuando tienen a otra persona cerca las veinticuatro horas. Y descubrir la felicidad en esa persona.

—Me equivoqué —respiré hondo. —Pensé que lo más bonito eran tus ojos, pero es mucho más hermoso cómo miras las cosas.

Sus labios se ensancharon y los hoyuelos de sus mejillas quedaron marcados. Aquello me hizo arder por dentro, una mezcla de felicidad y éxtasis que había buscado tanto tiempo y nunca creí que sería lo bastante bueno como para encontrar.

Allí estaba ella. Frente a mí. Tumbada.

Bia volvió a reír.

—Me entran ganas de darte unas bofetadas cuando te ríes. Parece que te ríes de mí —dije, fingiendo un enfado imposible de sostener.

—Dame —se giró y levantó el culo hacia mí.

—No hagas eso —fruncí los ojos y le sujeté la mano.

—Dame —empezó a mover el trasero mientras me miraba por encima del hombro.

El chasquido resonó alto. Y Bia se agarró a la cama. Miró hacia la ventana y luego volvió su cuerpo hacia mí, aún riendo.

—¿Qué pasa?

—Nueva York es grande, ¿verdad?

Asentí.

—Y en medio de toda esa gente... personas que solo ven lo que quieren de ti y se concentran en absorberte hasta el último aliento, yo, al menos yo, me siento tan sola...

Le toqué el hombro y acomodé el tirante de su sujetador. Volví a concentrarme en sus ojos y era imposible no sonreír al mirarla.

—En un mundo tan grande, donde la tecnología debería acercarnos, nos sentimos cada vez más solos... todo se ha vuelto tan artificial, tan plástico y perfecto...

—¿Y tú te ríes de...?

—Por primera vez en muchos años no me siento sola —sus ojos brillaron. Una lágrima resbaló por su mejilla. —Es como si... me miraras como a una persona de verdad y no solo como a un cuerpo que quieres usar.

Bia respiró hondo.

—Eres el amigo más auténtico que he tenido, creo —volvió a apretarme entre sus brazos.

La abracé como si jamás fuera a soltarla.

Las palabras de Bia no me resultaban extrañas. En realidad, era un sentimiento que llevaba conmigo desde joven.

—Yo siento lo mismo por ti, Bia —le besé la frente.

La luz estaba apagada y me quedé mirando el techo unos segundos. Quise cerrar los ojos para regresar a aquella escena que realmente había ocurrido y que el sueño me había traído como un aperitivo de lo feliz que fui y no había sabido ver.

A veces la felicidad es así. No parece gran cosa cuando sucede, pero con el tiempo...

Es como una foto de familia colgada en la pared.

Puede que no signifique nada en uno o dos meses.

Un día, años después, pasas por delante de ella, la coges con cariño y recuerdas el sacrificio de lograr la foto perfecta para atrapar el tiempo y el espacio en un solo destello.

—Bia... —murmuré.

Mis dos manos se extendieron sobre la cama vacía.

Miré las notificaciones en el móvil y me incorporé en la cama. Definitivamente no conseguiría volver a aquel sueño. Ojalá pudiera vivir en él.

Me puse el albornoz púrpura encima, abrí la puerta del dormitorio y crucé el pasillo hasta la habitación contigua.

Anthony dormía despatarrado sobre los libros, con los auriculares puestos y un viejo móvil aferrado a sus manos.

Caminé despacio hacia él y me senté en la cama para verlo dormir. Aquello me tranquilizaba.

—Por eso tienes dolores de cabeza tan a menudo —murmuré con fastidio.

Lo que escuchaba sonaba tan alto que podía oírse desde donde estaba yo.

Le quité los auriculares y los acerqué a mi oído.

—Nunca entendí lo que era el amor incondicional hasta verlo por primera vez —era mi voz, y me sorprendí al reconocerla. —Esa

sensación de que haría cualquier cosa por él y lo amaría de cualquier manera. No sabía que llegaría a amarlo tanto... él fue y siempre será la mejor parte de mí. Cuando lo veo es como ver mi propia historia, y me hace pensar en todo aquello contra lo que lucho a diario para que él no tenga que presenciar ni sufrir lo mismo que yo.

Pausé la grabación.

Si mi mente en plena madrugada no me engañaba, aquella había sido una de las conversaciones que tuve con Bia.

Hasta en eso seguía presente.

Había dejado un rastro para que la recordara y terminara por enloquecer con su ausencia.

—Perdona por haber estado ausente estos últimos meses, hijo —susurré, aunque Anthony siguiera dormido. Era un buen ensayo. —Te amo incondicionalmente y haré todo lo posible por verte feliz —acaricié su cabello con ternura y cuidado para no despertarlo.

Consulté la hora en el móvil y lo coloqué junto a Anthony en la cama. Recogí los libros, los llevé a la mesa de estudio y lo tapé después de comprobar que el aire acondicionado estaba a buena temperatura.

Salí del cuarto pensativo, inquieto y, sobre todo, con una punzada de nostalgia por Bia.

Fui al salón y me senté en el sofá, abrí la carpeta de cuero que llevaba cada día a la oficina y encontré dentro el disco duro externo que Ethan me había entregado. Audios e imágenes de los dispositivos electrónicos de Anthony capturados por sus respectivas cámaras.

Llevé el disco duro al dormitorio y encendí el portátil encima de la cama. Odiaba que Anthony hiciera eso y, sin embargo, allí estaba yo con el aparato sobre las sábanas.

Conecté el disco duro al portátil y abrí la carpeta llena de audios, imágenes y pequeños vídeos.

—Esto no la traerá de vuelta, de momento —murmuré. —Pero la tendré un poco conmigo...

Intenté localizar en la línea de tiempo una fecha aproximada de los primeros encuentros entre Anthony y Bia. Era menos espionaje y más pura nostalgia.

Vi algunos vídeos donde interactuaban bien juntos, leían libros y comentaban cómo se imaginaban las escenas.

En algunos audios Anthony contaba lo que estaba aprendiendo y Bia se quedaba maravillada, sin parar de elogiarlo.

Hasta que encontré algo realmente curioso. Al parecer, el primer contacto entre los dos.

—Hola —era la voz de Beatriz. —Yo no soy Amanda...

—¡Vete!

—Está bien... solo quería saludarte...

—¡Ya lo he dicho! ¡Vete! —Anthony fue tajante. Nunca lo había visto así. —¡He dicho que te vayas! —repitió al cabo de un momento.

Anthony sacó la cabeza de debajo de la manta, jadeante.

—¡Vete! —ordenó una vez más.

—Me llamo Beatriz. Creo que tú...

—¡Sé quién eres! —dijo nervioso. —¡Tú me robaste a mi padre!

Fruncí el ceño y pausé el vídeo. Jamás había visto a mi hijo de esa manera.

—¡Ya no me quiere por tu culpa!

—Ant...

—¡Eres la mujer mala que vino a destruirlo todo! —escupió.

En ese instante la cámara se empañó, se oyó un ruido de caída y la imagen apuntó a los pies de Bia.

—Si yo soy la mujer mala, ¿qué es entonces la mujer que te hizo esto? —preguntó ella.

—¿Esto qué? —murmuré.

—¡No! —rechinaron sus dientes. —¡Te lo prohíbo! —dijo con un tono autoritario.

—¿Qué intentas hacer, Bia? —no podía ver la imagen, aquello daba pie a tantas interpretaciones...

—¡No me vas a hacer daño! ¡No me vas a hacer daño! ¡No lo permito!

Oír eso me puso de los nervios. Pausé el vídeo, bajé el volumen para no despertar a Anthony y busqué unos auriculares. Me costó, pero los encontré.

—¡Vete! —suplicó él.

—No me voy a ir, Anthony —dijo Bia. —No puedo. No quiero. No he venido aquí a quitarte a tu padre. No he venido a destruir nada. No he llegado aquí, Anthony, para hacerte daño —le explicó.

El resto era el llanto de él.

Eso me inquietó todavía más.

En los vídeos siguientes Anthony y Bia se fueron entendiendo, acercándose y mostrándose cada vez más amigos.

Entonces, ¿por qué había ocurrido aquello?

Obtuve la respuesta escuchando el audio anterior al vídeo. Definitivamente entendí la expresión «era lo que necesitabas oír, no lo que querías».

Lo que escuché me revolvió el estómago y me dio asco, pero no parecía de lejos la raíz de todo el problema, solo una de sus

ramas.

Retrocedí entre imágenes, audios y vídeos durante meses hasta llegar a la época en que tuve que apartarme de todo para dedicarme única y exclusivamente a mi trabajo en Mitchell & Smith y viajar a Oriente.

Vi a mi hijo recibiendo golpes sin motivo. Lo vi hacerse pis en la cama, algo que no hacía desde hacía años. Hacerse caca encima, algo que nunca había hecho desde bebé.

Anthony tenía crisis, arrebatos, de pronto se quedaba alterado «de la nada».

Ese no era mi hijo.

¿Qué le habían hecho a mi hijo?

—¿Sabes por qué tu padre se alejó de aquí? —preguntó la voz femenina. Muchos meses atrás. En una época en la que Bia no era más que una stripper desconocida a la que yo visitaba en el La Chica en mis ratos libres.

Anthony estaba pálido, abatido y casi sin fuerzas.

—Él se pasa recordando, día y noche, que mataste a tu madre al nacer. Tú eres la causa de su muerte, y tu padre no consigue vivir bien desde entonces —la voz femenina se iba acercando cada vez más.

Y a medida que se aproximaba, Anthony se encogía.

—Tu padre no te abandonó por compasión. Ni siquiera fuiste concebido por amor. Fuiste solo un capricho adolescente suyo, eres literalmente el hijo de una puta, una vida que se pagó para traerte al mundo. Sin amor, sin ternura, sin deseo. Solo dinero.

El rostro de mi hijo se contrajo y empezó a llorar. Yo no pude contenerme; paralizado ante aquella situación, no me quedó otra que llorar también.

—Pero un día llegará una mujer que lo hará feliz. Y entonces podrá tener hijos de verdad, con amor. No un niño enfermo e inválido como tú, que ni siquiera puedes andar bien. Nunca fuiste amado ni deseado. Incluso ahora que él se da cuenta de lo grotesco que puedes llegar a ser, mocoso, Héctor ya no soporta mirarte a la cara, porque se pregunta por qué no te dejó en un orfanato.

Junté las manos delante del rostro, como si rezara, y seguí escuchando todo aquello.

Luego venían los abusos físicos, las heridas, y después montones de pastillas que hacían que Anthony durmiera durante horas.

En los siguientes vídeos y audios no era distinto.

Esa escena se repitió hasta que mi hijo estaba completamente descolorido, con profundas ojeras, prácticamente fuera de sí.

A solas, Anthony golpeaba la cabeza contra la pared e intentaba hacerse daño.

Gritaba, lloraba, se retorcía en la cama.

Recuerdo que me informaron de que su ventana había sido soldada porque había intentado saltar. Y su puerta permanecía cerrada por fuera, sin posibilidad alguna de salir.

Vi tantos vídeos, escuché tantos audios, quedé atrapado en aquel infierno grotesco hasta que me di cuenta de que eran las siete de la mañana y ya no las dos y media.

—¡No me vas a hacer daño! —ahora entendía la expresión de Anthony.

Tenía miedo, frente a una completa desconocida que le habían pintado como un demonio.

Y entonces fue casi sobrecogedor oír de Bia:

—No he venido aquí para hacerte daño.

Cerré el portátil con ganas de arrojarlo por la ventana y destrozar medio mundo con él.

Estaba cansado, enfadado, con los ojos ardiendo, el corazón en llamas; realmente fuera de mí.

Los sentimientos se volvían tan intensos que me faltaba el aire.

¿Había perdido a Bia y ahora tenía que ver, en vivo y en directo, todo aquello con mi hijo?

Y aún tuve suerte, porque aquello no era ni un décimo de lo que había en ese disco duro.

—Papá —la voz de Anthony me llamó desde la puerta.

—Sí, hijo —respiré hondo, me froté las dos manos por la cara y traté de fingir que nada pasaba.

—Tengo hambre —se quejó.

Aquello fue un disparador horrible.

Estiré el cuello e intenté contener las lágrimas, pero comenzaron a caer. Oír eso fue como revivir las escenas en las que mi hijo pasaba horas sin comer y, cuando por fin comía, caía rendido; o cuando era maltratado y recibía insultos o golpes.

Ya no era fuerte. Ya no podía serlo.

Bajé el rostro, llorando entre las palmas de mis manos, culpándome por tantas cosas que el único veredicto posible era la muerte.

Me llevé un buen susto cuando sentí la mano de Anthony en mi brazo.

Me froté los ojos con el dorso de las manos y dejé el rostro empapado, los ojos seguramente rojos por el cansancio y la rabia.

—Yo también lloro a veces —Anthony sonrió con dulzura, los ojos brillando.

Ese era mi hijo. En su mejor estado.

El rostro sonrosado, bastante más rellenito que en las imágenes donde aparecía delgado y debilitado. Los ojos grandes, luminosos, las mejillas redondas y llenas.

—Ven aquí —lo estreché en mis brazos. Intenté mirarlo con menos severidad, algo natural en mi expresión, y con el mayor calor humano que aún me quedaba después de que me hubieran quitado todo y más.

Respiré hondo y no fue suficiente.

—Nunca voy a abandonarte —eso bastó para que no una ni dos, sino varias lágrimas rodaran por mi cara. —No tienes absolutamente ninguna culpa. Fuiste esperado, deseado, amado, eres, fuiste y siempre serás todo mi mundo. Tu madre habría sido la mujer más feliz del mundo si hubiera podido tenerte en brazos, pero por desgracia, por complicaciones que no tienen nada que ver contigo, hijo mío, no sobrevivió.

Anthony era pequeño, pero quedó claro que entendió lo que estaba pasando.

De algún modo percibió que yo había descubierto algo.

—Te quiero. Siempre te voy a querer. Independientemente de lo que digan, de lo que piensen, de lo que quieran hacerte creer. Eres parte de mí. Pasé noches en vela cuidando de ti, día tras día te vi crecer más allá del tamaño de la palma de mi mano.

—Lo sé, papá —dijo Anthony y me abrazó.

Lo único comparable a aquel abrazo y a esas palabras tan inocentes de un niño era la sonrisa de Bia.

Cuando miraba al techo. Reía, sin motivo, y me ponía nervioso porque simplemente no conseguía entender la inocencia.

La inocencia de ser feliz, la inocencia de creer, la inocencia de dejar el pasado atrás y reinventarse.

—Siento mucho que cosas terribles te hayan ocurrido en mi ausencia. Pero nunca más volverán a pasar, hijo. Nunca más.

—Está bien —Anthony bostezó mientras me apretaba con sus bracitos. —Pero sigo teniendo hambre.

—Claro, claro —me levanté con él en brazos como si todavía fuera un bebé y nos fuimos a la cocina. —Hay muchas cosas en la nevera que podemos calentar y comer.

—Sé hacer tortitas —dijo Anthony, orgulloso.

—¿Ah, sí? —pregunté sorprendido.

—Me enseñó Bia.

—Me lo imagino —asentí y lo senté encima de la mesa.

Abrí la nevera y saqué todo lo que podíamos preparar para el desayuno.

Era curioso tener que arreglármelas solo sin decenas de empleados y personas que lo hacían todo por mí.

En ese momento era como volver a los viejos tiempos: solo Anthony y yo.

Y aun así quedaba un vacío, un hueco imposible de llenar solo con nosotros dos.

—¿Cuándo va a venir Bia a vivir en este piso? —preguntó Anthony.

La sincronía de nuestros pensamientos y sentimientos no podía ser mera casualidad.

—Pronto, hijo —fue mi respuesta.

Ahora solo necesitaba encontrarla.

Capítulo 34

Héctor Mitchell

Todos los empleados de la mansión en los Hamptons estaban frente a la propiedad cuando llegué y bajé del coche.

Aquel lugar nunca había cambiado, seguía siendo el mismo desde que yo era niño. Pero un clima extraño me recibió en cuanto puse los ojos en él. Faltaba algo o alguien. Era como si la luz, el calor, la vida que el lugar había tenido en los últimos tiempos hubieran desaparecido.

Y en efecto, habían desaparecido.

—Señor Mitchell —Yone se acercó a mí y me saludó—. Todo está en orden, tal como pidió. Nadie ha entrado en los dormitorios, he dejado las pinturas de Serena donde la señora Mitchell lo había dejado todo originalmente.

—Gracias, Yone.

—Puede que eche en falta algunas piezas de la casa... se las llevó esa tal Hillary —Yone torció el gesto y me entregó la llave del cuarto de Bia.

—Nada de lo que robó me interesa, salvo mi mujer —gruñí, subiendo las escaleras hacia la entrada.

—Y tú, Anthony, ¿qué tal ha sido conocer la ciudad? —dejé a Yone conversando con mi hijo y entré en la mansión.

Avancé con decisión, concentrado, sin prestar demasiada atención a lo que pudiera faltar en mi camino.

Me dirigí al cuarto de Bia, abrí la puerta, respiré hondo y entré.

Todavía conservaba su olor.

—Maldita sea —me masajeé las sienes y caminé hasta la cama.

Tuve poco tiempo para recomponerme. Me tumbé sobre la almohada en la que ella descansaba cada noche, quise arrancar las sábanas y llevármelas al piso... lo que, al fin y al cabo, no era mala idea.

Arranqué la sábana y la doblé.

Encontré las pinturas encima del escritorio junto con algunos papeles.

Laurel me había comentado la obsesión de Bia, no solo con el jardín o con otros cuidados de la casa, sino también con las pinturas de Serena que había encontrado.

Fui repasando una a una las obras, las conocía bien. Y nunca me había detenido a notar los escritos en el reverso, al menos, cuando yo las vi, no estaban allí.

«Fue un error amarlo. Solo era un contrato», decía en una hoja que acompañaba a un lienzo con un atardecer teñido de azul melancólico y dos puntitos diminutos sobre un risco.

No había nada más que mensajes sombríos detrás de aquellas hermosas pinturas.

Hasta que encontré una que indicaba que uno de los cuadros debía rasgarse para descubrir el secreto.

—¿Qué demonios de secreto? —murmuré.

Encontré un sobre debajo de todas aquellas obras. Dentro había un cheque, y no era reciente. Databa de hacía doce años. Una suma altísima, firmada por mi madre.

En el sobre encontré una carta de Serena en la que decía que corría serios riesgos y que había recibido dinero para abortar al bebé y desaparecer; de lo contrario, cosas terribles les sucederían a los dos.

Tuve ganas de arrugar aquello con rabia.

¿Qué demonios era eso?

La carta continuaba detallando las innumerables amenazas, las veces que Serena había sido abordada dentro de su propia casa por empleados que le advirtieron que su tiempo se estaba acabando... pero que ella no quería marcharse.

Eso era.

Yo era culpable de la muerte de Serena, de las desgracias que había sufrido mi hijo y ahora del secuestro de Bia.

Encontré un cheque con fecha reciente dentro de otro sobre. Venía acompañado también de una nota.

«Héctor,
Si has encontrado esta nota, ya no estaré aquí.
Sé que puede sonar extraño, pero entiendo a Serena. Ni el dinero, ni las amenazas, ni la tormenta podrían apartarme de ti.
Estar contigo unos meses fue como vivir una eternidad en la que podía ser plenamente yo.
Y cada momento valió la pena.
No te culpes.
Gracias por despertar lo mejor de mí. Por ayudarme a enfrentar las llagas del pasado sin conocer mi historia. Y por confiarme tu tesoro más preciado.
Al igual que Serena, cuando me haya ido, no habré desaparecido.
Permaneceré, al menos en un pequeño fragmento, contigo.
Y me llevaré un pedazo de ti en mí.
Bia».

El sabor amargo volvió a mi boca.

Cogí todos los papeles pequeños y los guardé en la carpeta de cuero; las pinturas las llevé en las manos.

Cerré con llave el cuarto de Bia y bajé las escaleras, donde me encontré con una docena de hombres detrás de uno muy alto, con gafas de sol, sombrero fedora y gabardina.

—Vamos a registrar toda la casa —dijo Ethan con seguridad.

—Estaré en el despacho —avisé mientras buscaba a Anthony por allí.

Ethan olfateó con fuerza al acercarse a mí; puse una mueca y lo empujé.

—¿Ahora eres un perro rastreador? —me quejé.

—Solo quería comprobar que estás sobrio, sin efecto de drogas —rió al final—. Es común ceder a algo que anestesie la mente y el cuerpo en busca de mejoras temporales, ya sabes...

—Sí, lo sé —gruñí—. Pero yo no soy mi padre. Y tampoco quiero una mejora temporal. Yo quiero a mi mujer.

—Y entonces hicimos tortitas y ensuciamos toda la cocina... —oí la voz de Anthony desde la cocina.

Caminé a zancadas hasta allí y lo llamé.

—¡Hora de irnos, hijo!

—¿Ah, no se queda? —preguntó Yone.

—Tengo que llevármelo, Yone.

—¿Necesitan algo en el piso? ¿Quiere que yo...?

—No, no, quédate aquí. Mantén todo como está, por favor. Anthony y yo vamos a sobrevivir solos. De hecho, creo que necesitamos este tiempo juntos.

Yone esbozó una leve sonrisa y asintió.

—¿Vamos, hijo? —lo llamé.

Anthony se despidió de Yone y se dirigió al coche.

—Gracias por mantener todo en orden, Yone. Ethan vino a rastrear el lugar, a recopilar todas las imágenes que necesita, trajo un equipo técnico para estudiar algunas cosas... volveré en cuanto pueda.

—De acuerdo, señor Mitchell. Espero que se encuentre bien.

—Lo estaré, pronto.

De la mansión en los Hamptons fui directo al hospital donde mi padre estaba ingresado.

Ethan dijo que tendría una sorpresa al llegar allí.

No perdí tiempo. Conduje hasta el hospital y llevé a mi hijo a la habitación donde estaba su abuelo.

Ya no podía seguir protegiéndolo de la realidad. Anthony necesitaba, por fin, salir de la burbuja que yo había creado y tener contacto con el mundo exterior.

Nada más llegar se quedó un tanto asombrado al ver a hombres de negro con armas grandes custodiando el pasillo.

Cuando entramos en la habitación, se quedó callado, se acercó despacio y observó a su abuelo, que tenía los ojos abiertos.

—Ha empezado a responder a varios estímulos —informó la enfermera, animada—. ¡Es un gran avance!

—¿Ya está fuera de peligro? —era lo que necesitaba saber.

—No puedo darle esa respuesta en este momento, pero tan pronto como sea posible se lo informaré, señor Mitchell.

—Vale.

—¿Está dormido? —preguntó Anthony.

—Debe de ser algo parecido —respiré hondo—. Cuando despierte, le preguntaremos cómo fue la sensación.

—Debía de estar tomando la misma sopa que yo —Anthony puso una mueca—. Yo la tomaba y dormía durante días...

Mi padre tenía muchos problemas de salud, ya estaba viejo y muy debilitado, además de los excesos que cometía con drogas, alcohol, pastillas azules...

—¿Qué has dicho, hijo? —me giré hacia Anthony.

—Amanda. Ella me daba aquella sopa que yo...

Asentí de inmediato y le di la espalda.

—No salgas de aquí —ordené y salí de la habitación.

Llamé a la enfermera que seguía en el pasillo y ella se acercó a mí.

—¿Sí, señor Mitchell?

—¿Cuándo empezó a responder a los estímulos? —pregunté.

—Hace una semana, en realidad. Intentamos ponernos en contacto, pero...

—Gracias —le di la espalda y saqué el móvil.

Busqué el número de Ethan en el historial y lo llamé.

—No soy Sherlock Holmes, Hex. No he encontrado nada todavía. Dame unas horas más y... —Ethan ya empezaba a justificarse.

—Ethan, ¿cuándo descubrimos que mi padre estaba siendo envenenado?

—Era solo una posibilidad al principio, hasta que infiltramos a uno de los nuestros en el hospital y lo confirmamos... hará mes y medio, quizá.

—¿Y cuándo nuestro personal cerró el pasillo? —pregunté.

—Un mes o menos. ¿Adónde quieres llegar?

—Durante mis clases tras la sindicatura, Lilith me contaba una historia —cerré los ojos.

—No sería ningún romance barato, ¿no? Sabrina... esas cosas... —se rió al otro lado.

—La Caverna de Platón —puse los ojos en blanco—. Donde las imágenes se proyectaban en la pared y se tomaban como realidad. Pero en realidad eran el reflejo de lo que estaba ocurriendo fuera de la caverna.

—Sí. Mi síndico fue Terence Smith, ya lo sabes. Él también me contaba la maldita historia...

El término «síndico» se refería a nuestros padrinos y madrinas dentro de la Gran Orden, las personas que nos instruían, que nos transmitían su conocimiento, que habían sido nuestros maestros y cuidadores durante nuestro proceso de formación.

—A veces las ilusiones pueden confundirse con la realidad cuando no miramos hacia el lado correcto. Nos concentramos tanto en la proyección de las imágenes, en lo que creemos estar viendo, que ignoramos la verdad...

—¿Que es...? —preguntó Ethan, ansioso, al otro lado.

—Que es lo que ignoramos.

Se me erizó la piel.

Oí aquella voz femenina detrás de mí y me giré de golpe.

—¿Que es qué? No te he oído —protestó Ethan al otro lado de la línea.

Tragué saliva y parpadeé varias veces para confirmar si realmente estaba viendo a quien creía ver.

—Lilith —murmuré.

Ella cerró la puerta tras de sí y dio unos pasos hacia delante. Sonrió a Anthony y echó un vistazo a mi padre sobre la cama.

—He vuelto, cariño —sonrió.

*

* *

Nadie diría que Lilith tenía la edad que tenía. Cualquiera le habría echado entre treinta y treinta y cinco años.

Tenía una mirada joven, la piel bien cuidada, y solía vestirse de esa forma tan extraña que recordaba a una gitana la mayor parte del tiempo, aunque estando en Nueva York aquello resultaba más que natural.

Adornada con muchas joyas y con una mirada misteriosa, mi casera atravesó la habitación con un silencio tan solemne que parecía que el tiempo se hubiera detenido.

El andar, el movimiento, cada gesto suyo era silencioso. Decían que poseía poderes mágicos y que era capaz de teletransportarse, desaparecer sin ser vista, aparecer en lugares cerrados de la nada. Yo sabía que era la pura verdad, sobre todo porque había sido mi profesora.

—Espero no haber interrumpido tu viaje a Europa —dije, admirado, un tanto embobado al verla.

—No interrumpiste nada —respondió con firmeza—. Mis nietos han nacido —sonrió—. Tenía que estar allí. Cuando tengas los

tuyos, lo comprenderás.

—¿Los hijos de Ricardo?

—Víctor —acarició con ternura el cabello de Anthony, que normalmente era reacio a los extraños, pero Lilith tenía un encanto tal que ni siquiera mi hijo era capaz de resistirse—. Déjame ver tu mano, cariño —le pidió.

Anthony se la tendió.

Lilith echó un vistazo rápido a la mano izquierda y la cerró enseguida. Le dio unas palmaditas en el dorso.

—Guarda bien esta mano —sonrió con un aire significativo y se volvió hacia mí—. La línea de la vida de la mano de tu hijo es larga y clara para un «niñito enfermo» —murmuró.

No entendí bien qué quería decir con aquello y lo ignoré por completo.

—¿Qué te trae aquí? Precisamente aquí —crucé los brazos.

La mujer miró a mi padre, tumbado en la cama. Su andar era como una danza silenciosa; se movía con gracia, con un deje de embrujo en cada gesto. Once años después de conocerla... y seguía intacta.

—Gregory fue mi casero —susurró—. Era amigo personal de mi padre y también fue mi profesor —me devolvió la mirada—. Gregory y Terence reconocieron mi valor cuando fui propuesta para la Gran Orden —suspiró.

—¿Y puedes ver en su mano si «la línea de la vida es larga y clara» y si va a salir de esta? —provocaba yo.

Ella arqueó una ceja, tomó la mano de mi padre con toda naturalidad y se demoró examinándola. Torció la boca una o dos veces y luego se volvió hacia Anthony.

—Anthony, ve a jugar al pasillo —le pidió.

Mi hijo me miró, yo asentí, y entonces salió.

—Tengo ojos por todo Nueva York —Lilith localizó la butaca en un rincón de la habitación y no tardó en sentarse en ella. Cruzó las piernas y siguió observándome—. Puede que yo no haya estado aquí en los últimos meses, pero mis ojos sí lo estaban, y vi cada cosa que ocurrió.

—¿Quién necesita una bola de cristal o unas cartas del tarot cuando se tiene prostitutas a su servicio, verdad? —me senté en la butaca más modesta, al lado de la cama de mi padre.

—Prostitutas... acompañantes de lujo... strippers... mujeres que quieran trabajar en la peligrosa noche o que prefieran ser mis ojos en el mundo de los hombres poderosos de Nueva York. Yo hago que ellos se enamoren de ellas, y ellas me devuelven a cambio información privilegiada —dijo.

—¿Solo en Nueva York? —reí y me humedecí los labios.

—Soy modesta y no voy a presumir —ella también rió y se humedeció los labios.

—¿Sabes dónde está Bia? Dame una pista —supliqué.

—Lo sé —respondió Lilith como si aquella información fuera apenas una más entre tantas, un asunto que en realidad le resultaba bastante desinteresante.

—¿Lo sabes? —abrí mucho los ojos.

—Sé dónde está. Quién la raptó. Qué pretende hacer con ella...

Respiré hondo. Ya era tenso por naturaleza, y en una situación así, aún más...

—La ignorancia es una bendición, Héctor. No saber trae paz. Las personas no son ignorantes de la realidad y de la verdad porque sean malas o de mal corazón. Ver las cosas como son tiene un precio alto. A veces es más fácil refugiarse en los aspectos más primarios de nuestra especie: elegir a un héroe que nos salve, creer ciegamente en mentiras y permitir que el odio y el miedo se

alimenten dentro de nosotros hasta sentirnos capaces de cambiar el mundo con más odio y más miedo —Lilith lo dijo todo con una calma que siempre me desconcertaba.

—Ya es demasiado tarde, Lilith. Ya sé la verdad —suspiré.

—Sí, lo veo en tus ojos —sonrió—. Y tampoco te has afeitado esta mañana —observó.

Me pasé la mano por el cuello y comprobé que, en efecto, ya no cuidaba de mí como antes.

¿Cómo iba a tener cabeza para eso?

—Saber la verdad no basta. Hay que afrontarla —murmuró—. Y enfrentarse a la verdad puede hacernos cuestionar nuestro estilo de vida... nuestro pasado... nuestra propia existencia... Nadie quiere eso. Solo queremos encontrar un culpable, elegir a alguien que solucione el problema y lavarnos las manos. Por eso la gente sigue en la caverna, no porque siga encadenada, sino porque eso les da paz...

—Una paz sangrienta, violenta y hostil —completé.

—Ignorar la verdad sienta bien a corto plazo. A largo plazo, puede destruir una nación. Un pueblo. El lado humano que aún habita en nosotros... si es que queda algo —Lilith empezó a juguetear con los brazaletes de oro.

—¿Dónde está Bia? —pregunté.

—Hasta anoche estaba en un hotel bastante cutre —respondió—. La llevaron a un lugar, digamos, «más seguro». Dime, Héctor, ¿los hermanos del Gran Templo saben lo que le ha pasado a tu mujer?

—No. Sería un caos.

Lilith asintió y sonrió, como si aquello tuviera un significado oculto.

—Encontrarla no será un problema —juntó las manos sobre el regazo—. Lo difícil será lo que venga después.

—Estoy preparado. Sé lo que tengo que hacer.

—Eso es lo que admiro en ti. Fuiste sometido a pruebas para entrar en el Gran Templo y pasaste con honores.

—Nunca lo entendí —negué con la cabeza—. En todas las pruebas quedé último... —reí de mi propia desgracia.

—Geoffrey quedó primero en todas —me recordó—. Pero no sabía lo que hacía. Derribaba a los competidores, les gastaba bromas pesadas, les impedía avanzar... —al decirlo, fue como retroceder once años. Pude ver y sentir todo aquello otra vez—. Tú te quedabas atrás porque intentabas levantar a los demás, ayudarles a terminar las pruebas y dabas todo de ti para que nadie se quedara rezagado.

—¿Y eso es saber lo que se está haciendo? —pregunté.

—Nunca dijimos que las pruebas eran sobre quién llega primero —respondió con sencillez—. Las pruebas siempre tratan sobre quién eres.

De repente, muchas cosas cobraron sentido en mi cabeza.

—¿Y qué pensabas? ¿Que entraste en el Templo solo porque Smith te recomendó? ¿Que movió cielo y tierra para que entraras? —rió—. Eres un hombre poderoso y llegaste donde llegaste porque eres capaz, porque tienes buen corazón y espíritu de liderazgo. Sabías desde temprano que el juego del poder no va de ser más grande o más fuerte que los demás, sino de ser más grande y más fuerte que tú mismo.

Lilith se levantó y yo hice lo mismo.

—Mi padre siempre dejó muy claro que no estaba preparado y que no era capaz de dirigir la Mitchell & Smith.

Decir aquello dolió.

Supongo que por abrirme y sentir algo tan profundo por Bia, y estar sensible por no tenerla, todo hacía que los ojos se me llenaran de lágrimas.

—¡Mierda! —maldije.

—Tu padre solo quería proteger a su bebé —Lilith me miró como si aquello fuera lo más obvio del mundo.

Me quedé paralizado.

—Gregory conocía el precio del poder y lo que este hace con las personas. Quería, igual que tú siempre quisiste, proteger a su bebé de un mundo peligroso, sucio y aterrador.

—Pero al final no tuvo elección —resoplé y sorbí por la nariz —. Aquí estoy yo. Como CEO, jefe de toda la familia ahora, en su lugar.

—Y ahí está tu hijo —miró hacia la puerta—. Lejos de la mansión que lo protegía, tan peligrosa como el mundo violento y hostil que hay fuera. Llega un momento en que los padres entienden que no pueden proteger a sus bebés del mundo —Lilith caminó hacia mí y tomó mis manos—. Llega un momento en que los padres aprenden que lo mejor es preparar, fortalecer y enseñar a sus hijos a no repetir los mismos errores que ellos. El mundo puede seguir siendo violento y hostil, de hecho siempre lo fue. Pero nosotros, Héctor, les entregamos nuestra experiencia, nuestro sudor, nuestra sangre, nuestras noches en vela, nuestras Ilíadas y Odiseas para que vivan mejor de lo que un día vivimos nosotros.

Casi me arrodillé ante ella. Pero conocía bien a Lilith y sabía que lo único que ganaría sería una patada.

—El bebé ha crecido —acarició los lados de mi rostro—. Y no solo ese bebé —sonrió y miró hacia la puerta—. Ahora, armado con las experiencias que ha vivido, necesita cambiar el mundo —respiró hondo—. Pero es imposible cambiar el mundo...

—...si no cambiamos primero nosotros mismos —completé la frase que ella repetía todos los días en nuestras clases.

—Estaré cerca, cuando me necesites —Lilith soltó mis manos y se apartó—. Sabes dónde encontrarme.

—Gracias.

—¿Cuál es el destino del discípulo, Héctor? —me preguntó ya de espaldas, frente a la puerta, con la mano en el pomo.

—Superarse a sí mismo. Y quizá así, superar al maestro —respondí.

Lilith giró el pomo y estaba a punto de cruzar la puerta cuando la llamé.

—¡Lilith! No me dijiste qué viste en la mano de mi padre —la curiosidad me devoraba.

Ella se volvió con calma, con una sonrisa suave en el rostro.

—Ya no querrá ser el CEO cuando despierte —respondió con naturalidad—. Se sentirá orgulloso al ver que su hijo ahora vive, siente y es lo mejor de sí mismo. Sería grandioso traer aquí a tu mujer y a Anthony —sugirió—. Necesita verlos. A los tres. Juntos.

—Gracias —repetí.

Lilith se detuvo en la puerta y, antes de marcharse, volvió a girar el rostro.

—Ella está en la mansión de Terence Smith, en los Hamptons.

—¿Qué? —pregunté incrédulo. ¿Cómo era posible?

—La naturaleza de las cosas es que terminan donde empiezan. Y normalmente empiezan donde terminan —Lilith sonrió.

Jamás habría imaginado que ella estuviera en aquel lugar. Precisamente era el último sitio en el que me atrevería a buscarla.

Y por eso mismo tenía todo el sentido que estuviera allí.

Me despedí de mi padre y llamé a Adrian mientras bajaba en el ascensor hacia el garaje subterráneo del hospital.

Bia volvería a casa cuanto antes.

Capítulo 35

Beatriz Rodríguez

—Bia —oí la voz de Héctor. Era fácil estremecer al escuchar mi nombre salir de sus labios.

—Sí —respondí, con los ojos cerrados.

—Perdóname, creo que no seré capaz...

—¿Capaz de qué? —pregunté, preocupada.

—De dejarte marchar.

Me quedé sin aire. No sabía si sería capaz de irme y dejarlo.

El roce de Héctor en mi rostro me hizo cerrar los ojos de nuevo. Suspiré al notar que su respiración estaba cada vez más cerca.

No necesitaba argumentos elaborados para convencerme de quedarme.

Solo aquel beso bastaba.

Una sensación anestésica recorrió mi cuerpo. Estar en sus brazos era suficiente para hacer que el tiempo se detuviera y el espacio se volviera un simple detalle.

Jamás imaginé que pertenecer a alguien pudiera ser tan arrebatador, placentero y liberador.

—Me haces sentir... tuyo —murmuró Héctor.

La escena comenzó a desvanecerse hasta que me vi huyendo. Hillary y yo, desesperadas, corriendo para salvar la vida...

Hasta el instante en que tuve la impresión de haber visto a Clair... y me desmayé.

—¿Cómo?! —desperté aturdida.

Escuché la voz de las dos discutiendo en otra habitación.

Estaba amordazada, con los ojos vendados, esposada, ¡qué sensación tan horrible!

Gruñí, me retorcí en el suelo, de nada sirvió. Permanecí atrapada en la oscuridad e inmóvil.

—No hagas nada estúpido, Bia —pidió Hillary.

¡Como si pudiera hacer algo!

—Tenemos que irnos. Podrían encontrarnos aquí.

¿Qué? ¿Adónde? ¿Qué está pasando?

Sentí unas manos fuertes, parecía un hombre, que me levantó del suelo y me cargó. Escuché el sonido del ascensor y, antes de que la puerta se cerrara, percibí aquel olor intenso, profundo, que retumbó en mi interior y me hizo perder el conocimiento.

Desperté.

Día tras día sentí esa sensación que volvía el cuerpo cada vez más pesado, hasta notar cómo todas mis funciones motoras se apagaban.

Tenía la boca seca. El estómago me dolía, como si me hubieran dado un puñetazo en el bajo vientre. Pasé días con los ojos vendados, y abrirlos, aun en aquella habitación con poca luz, me provocó un nuevo dolor. Uno que no merecía.

—¿Dónde estoy? —murmuré.

No había nadie allí.

¿Dónde estaba?

No estaba sucio, los muebles eran lujosos y el espacio era amplio. Todo estaba limpio, no parecía en absoluto un hotel de tres estrellas.

—Ha despertado —una voz femenina surgió de la oscuridad, salió por la puerta y la cerró con llave.

—¡Vuelve! —supliqué. —¡Necesito ayuda! —miré a mi alrededor. La voz salió débil, agotada, me entregué al silencio porque el cuerpo deshidratado pesaba.

Mi rostro se encontró con el suelo helado; mis ojos alcanzaron a distinguir una luz que se filtraba por debajo de la puerta de la habitación.

¿Qué demonios he hecho? ¿Era Héctor quien me estaba haciendo esto? ¿Había tenido delirios y visto a Clair?

La puerta se abrió.

Mis ojos lograron distinguir una silueta femenina, incluso con la poca luz.

Cada vez que su tacón golpeaba el suelo, acercándose a mí, mi corazón retumbaba y yo me encogía.

Se detuvo frente a mí, no pude ver su rostro. Si esperaba que me levantara, iba a decepcionarla: no tenía fuerzas ni para mantenerme despierta.

—Espero que hayas sido muy bien tratada —había un deje de felicidad en el tono de su voz.

La mujer permaneció apenas unos segundos delante de mí, luego se apartó y se sentó en algún lugar oscuro de la sala.

—No entiendo por qué nunca aceptáis el dinero —ahora su tono estaba cargado de decepción—. Sois mujeres de la calle. No tenéis ni idea de lo que es el amor ni de cómo ese sentimiento puro es capaz de volvernos fuertes para proteger a nuestra familia —suspiró.

—Por favor —era todo lo que conseguía decir.

—No eres más que una mancha en la historia de los Mitchell —masculló, como si estuviera disgustada con un plato de restaurante que había llegado equivocado—. Nada que no pueda manejar. Ya me he enfrentado a mujeres peores que tú. Nocivas, peligrosas, astutas. Pero tú... —chasqueó los labios en un «tsc, tsc» que me hizo gemir—. ¿Por qué has cavado tan hondo en el pasado? ¿Quién demonios te crees que eres? ¿Acaso podrías ser esa puta sucia que se acuesta con mi hijo y lo entretiene para que olvide lo débil que es?

—Señora Mitchell —supliqué. No tenía idea de lo que aquella mujer iba a hacer conmigo.

¿Dónde estaban Hillary y Clair?

¿Me habían entregado a ella y huido?

La mujer se levantó.

—Sí. Yo soy la señora Mitchell. A diferencia de ti, una oportunista que cree que puede desestabilizar esta familia —paso a paso caminó hacia mí.

Ya no sabía qué decir.

Me daba vueltas la cabeza, me dolían los labios, mi cuerpo estaba debilitado.

—Inmigrante asquerosa. Mestiza inmunda. Nunca, nunca debiste salir de la mierda de tu país del tercer mundo. Esta tierra no fue hecha para gente como tú. Gente como tú debería ser enviada a trabajos forzados hasta la muerte, alimentar la máquina, servirnos y no dirigirnos jamás la palabra.

Escuché un ruido fuerte. Pensé que era un disparo. Entre un suspiro y un gemido me entregué al llanto. Sin gran drama y sin fuerzas, solo lágrimas y la dolorosa sensación de mi rostro contrayéndose.

—Me aseguraré de que no destruyas lo único que queda de esta familia: el dinero. Te mantendré aquí como garantía de que todo saldrá bien hasta que mi fortuna esté a salvo.

Héctor Mitchell

Adrian conducía tan rápido como podía y aun así yo insistía en que pisara ese acelerador sin piedad.

Dejar a Anthony con la familia Cavalieri era una medida de seguridad: allí estaría bien y protegido, lejos de todo aquel caos. No merecía ni una gota más de la locura en que todo se había convertido.

Contesté a Ethan en cuanto llamó.

—Zimmerberg ha encontrado la ubicación de las strippers —avisó Ethan.

—¿Ah, ahora la ha encontrado? —tuve que reír—. Dale las gracias y dile que la próxima vez sea más ágil. Su tecnología es incapaz de vencer a una red de espías que trabajan de boca en boca.

—¿Entonces ya estás tras la pista de Bia?

—Sí. Lleva a tus mejores hombres a la mansión de los Smith, por favor —pedí.

—Ese demonio, incluso después de muerto, sigue fastidiándonos —maldijo Ethan—. ¿Crees que encontraremos hombres armados alrededor?

—¿Que si lo creo? —volví a reír—. Ethan, deja de fingir que desconoces a mi madre.

—Vale, quien llegue primero mata a más gente —Ethan soltó un silbido agudo.

—¡Ni se te ocurra! —gruñó Adrian.

—Oh, Bella Ciao, relájate, si conocemos bien a la madre de Hex, habrá gente de sobra para los dos.

—Tu puntería es pésima —provocó Adrian.

—Nadie necesita puntería cuando tiene una ametralladora, tío.

Beatriz Rodríguez

Hillary y Clair entraron en aquella habitación y me levantaron.

Yo solo era capaz de mover la cabeza en negación, intentando entender qué demonios estaba pasando.

¿Clair había vuelto de entre los muertos? ¿Cómo era posible?

Me llevaron a la biblioteca, el mismo lugar donde había escuchado a Héctor con sus amigos decir que necesitaban acabar con las dos strippers. ¡Y qué estúpida fui al pensar que se referían a mí!

Él juró protegerme. Yo confiaba en él.

Fue un error que me costaría caro.

—Pensé que éramos amigas —encontré fuerzas para decirlo.

Hillary me miró; no había un ápice de sentimiento en su mirada. Sus ojos estaban fríos, rígidos, me observaba como si yo fuera un animal o algo aún peor.

—Nadie tiene amigos en este mundo —murmuró Hillary—. No lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no entiendo?

Mi cabeza se movía sin parar.

¿Qué demonios les pasaba a esas personas? ¿Por qué de repente parecía que no conocía a nadie?

—Clair... —me estremecí al verla.

La vi. Ensangrentada, en el suelo, sin vida. ¿Cómo podía ser?

—La historia se repite una vez más... —Clair sonrió—. La novata que llama la atención de los hombres poderosos y cree que puede tenerlos...

—Somos entremeses. Distracciones. No podemos amar a esos hombres. No están a nuestra altura. Ellos pertenecen a un mundo distinto al nuestro, Bia —completó Hillary—. Esos hombres no nacieron para amar. Nacieron para gobernar el mundo desde las sombras, y nosotras somos sus juguetes, los que utilizan para neutralizar el dolor, apaciguar al demonio interior y olvidar que son dioses en cuerpos humanos.

—Todo el mundo ha perdido la cabeza —susurré para mí misma.

Me estremecí al escuchar el tacón golpeando el suelo.

La madre de Héctor entró en la habitación y pareció muy feliz de verme, por primera vez.

Claro, atada y tirada en el suelo, completamente sucia, deshidratada y retorcida, sería extraño que no lo contemplara con una larga sonrisa.

—Por favor, señora Mitchell...

Hillary y Clair se apartaron cuando la madre de Héctor se colocó entre las dos, a pocos pasos de mí.

—No supliques. No tienes que tener miedo. No voy a matarte —dijo con un tono piadoso—. Sería una tontería. Perdería todo mi dinero de esa manera. Me aseguraré de que vivas para desear no haber existido nunca, no haber pisado esta tierra ni invadido a mi familia.

—No entiendo... —cada vez estaba más confundida.

La señora Mitchell sonrió de un modo maternal.

Me castañetearon los dientes al verla empuñar la pistola y levantarla.

Apreté los ojos con fuerza y respiré por última vez. Había llegado mi momento final y tenía que aceptar que todo se había acabado.

—Dígale a Héctor que...

El disparo interrumpió mi voz.

Se hizo un silencio y después un segundo disparo.

El cuerpo cedió al suelo. No solo uno, dos.

Hillary y Clair estaban muertas. Esta vez era real.

El olor de la muerte era inconfundible; preferí mantener los ojos cerrados y esperar mi hora, no quería ver nada más.

—Tenía diecisiete años cuando me casé —la señora Mitchell respiró hondo—. Mi padre, un hombre muy poderoso, me entregó a un destino glorioso: casarme, contra mi voluntad, con el hijo de una familia aún más poderosa que la mía. Y juntos produciríamos hijos fuertes, los dueños del nuevo mundo, herederos de mucho más que todo Nueva York... herederos del poder americano.

Ay, Dios, ¡ahora tenía que escuchar el pasado de aquella mujer!

—Esa es la tradición. No hay amor, no hay consentimiento, solo existe la obligación de garantizar que el imperio continúe. De tres hijos, solo he dado una que realmente entiende el significado de familia, pureza e imperio. Los otros dos... una completa decepción...

Al abrir los ojos vi a la mujer rascándose la frente con la pistola. ¡Jesús bendito!

—A Héctor le presentaron a tantas mujeres... —suspiró hondo —. Y solo me decepcionó... —cuando nuestras miradas se cruzaron pude ver que tenía los ojos enrojecidos, húmedos, irritados—. Contrató un vientre de alquiler como pretexto para huir de sus compromisos... y tuvo un hijo fuera de la tradición. Fuera del matrimonio. Fuera de lo que exigen nuestras reglas.

Hizo una pausa, buscó un sillón y se sentó.

—Serena debería haber abortado... —murmuró más para sí misma que para mí—. Gregory fue a ver a su puta particular aquella noche, yo sabía que no podía confiar en ella, así que pagué a otra mujer para que hiciera que ese desgraciado sufriera una sobredosis... y luego la maté...

Solo en ese momento me di cuenta de que tenía la cara pegada al suelo, temblando; las lágrimas no eran una opción.

No sabía qué era peor: comprobar que mis antiguas amigas me habían traicionado, verlas muertas, o escuchar a aquella mujer relatar su trayectoria de sociópata como si contara un cuento de hadas.

—Héctor siempre prefirió a su padre, es igual que él. No lo pensó dos veces en ir a salvarlo, y entonces tuve la oportunidad de matar a Serena. Pero ese monstruo —apretó el arma en la mano y frunció el ceño—. Ese niño no muere... una aberración... ¿cómo puede sobrevivir? ¡Ay, Dios...!

—Él no tiene la culpa —dije con valentía.

La mujer me miró como si acabara de recordar que yo estaba allí.

Estaba tan inmersa en su monólogo que había convertido aquello en un espectáculo privado.

—Él no es un Mitchell —sus ojos parecían secos, sin vida—. Igual que tú tampoco lo eres.

Guardé silencio. ¿Qué clase de mujer era aquella?

—Gregory también tuvo hijos fuera del matrimonio —dijo con una sonrisa en el rostro—. Me di cuenta de que era fuerte cuando maté a esas mujeres y a sus hijos —parecía orgullosa de sí misma—. Aquello me preparó para enfrentarme al padre y al hijo y a sus debilidades. Dominados por prostitutas que con el tiempo destruyen

a esta familia... lo arruinan todo... parece que la única que piensa en la tradición y en las buenas costumbres soy yo.

Me sobresalté al escuchar el sonido de un disparo.

No había salido del arma de aquella mujer.

Fue seguido por otros.

Me quedé aturdida, en el suelo, apreté los ojos como si eso pudiera protegerme o ahorrarme alguna escena horripilante.

Nada podía ser tan horripilante como ver la sangre de Hillary y Clair extendiéndose por el suelo.

—Mujeres como yo tenemos que ser fuertes para enderezar el rumbo de la familia —se levantó, imponente—. Si al menos ellos se relacionaran con mujeres de bien... —sacudió la cabeza en un gesto negativo—. No... prefieren a las sucias... a las inmigrantes de sangre impura... mujeres sin linaje, sin buenos modales, sin valores...

Y sin duda ella tenía valores.

—Pero estamos arreglando esta nación, poco a poco —sonrió, asintiendo ahora, para variar—. Nada que no se resuelva con un muro en las fronteras y más gente de bien armada que pueda encargarse de todo. Limpiar la escoria de nuestro mundo. Ponerla en su lugar... —la madre de Héctor avanzó hacia mí, y cada paso me hizo temblar—. No me mires así, no soy un monstruo... Es solo cuestión de opinión —sonrió.

Héctor Mitchell

Los hombres de Ethan habían llegado primero. Aun así, estábamos muy lejos de alcanzar la mansión.

Los disparos se oían mucho antes de la entrada al terreno. Adrian detuvo el coche al ver a nuestro querido amigo, con gabardina y sombrero de gánster, apoyado en su metralleta como si fuera un bastón.

—¡De esto es de lo que hablo, tío! —dijo Adrian, excitado. Le dio un golpecito al sombrero de Ethan, el mismo que él le había regalado, y se colocó a su lado izquierdo.

—Y nosotros pensábamos que eran los chinos... —rió Ethan.

—O los rusos —Adrian analizó el territorio con calma.

—No, era solo mi madre —me situé al lado derecho de Ethan.

—¡Qué mujer, amigos míos! ¡Qué mujer! —Adrian seguía animado y avanzó.

—Ponme al día —me giré hacia Ethan.

—Mis hombres dicen que hay mucha gente, todos repartidos por el terreno. Ya hemos derribado a algunos. Preferí esperar al Cavalieri —dijo Ethan en tono amistoso—. Se enfada cuando hay una carnicería y él no está en medio.

—¿Alguna señal de Bia?

—Sí, claro. Yo mismo la vi, estaba tomando té con tu madre.

—¡Qué capullo! —mascullé—. ¿Y esa mierda de ahí? —golpeé su mano, la que sostenía aquel equipo de guerra.

Porque eso no era solo un arma. Era de verdad un equipo de guerra.

—Ah, un regalo de boda de Derick. Tiene buen sentido del humor.

Ethan levantó la metralleta del suelo y empezó a caminar en línea recta.

—¿Recuerdas lo que decía Terence Smith? —rió Ethan—. La única manera de resolver las cosas con skinheads, gente xenófoba, neonazis, racistas... ¿cuál es?

—Hablar —puse los ojos en blanco.

Me enseñó la metralleta.

—Exacto. Ese es el nombre de mi juguetito: «conversa».

Capítulo 36

Beatriz Rodríguez

La calma se desvaneció.

Si había algún aire de seguridad procedente de la señora Mitchell, de repente se tornó preocupada; vigiló las ventanas, curiosa, intentando comprender lo que pasaba.

Los disparos, que antes eran esporádicos, se convirtieron en un auténtico duelo del lejano oeste.

—¡Suélteme, por favor! —suplicé.

¿Qué haría si las cosas se descontrolaban aún más? Es más, ¿podían descontrolarse más de lo que ya estaban?

—Cálmate —tragó saliva—. Todo está bajo control. Seguramente los hombres de Héctor están intentando rescatarte, pero no saben lo que les espera... —esbozó una sonrisa amarga.

Lancé un grito cuando la puerta de la biblioteca se abrió de un portazo.

Un hombre con pasamontañas negro fue lanzado dentro de la sala.

Reptó, desesperado, en mi dirección. Un disparo lo borró de la escena.

—Veintiocho a veinticinco —una voz grave se jactó.

—No pienso creerme tu cuenta —respondió el otro, exasperado—. Yo no vi nada.

—Claro. ¡Tú solo te pusiste a disparar como un loco! Ni siquiera apuntaste.

—Amigo, las metralletas no están hechas para apuntar —bajó el arma y olfateó el lugar—. Qué silencio...

—¡La encontramos! —gritó el italiano y guardó el arma en la cartuchera.

—¿Qué está pasando? —preguntó la señora Mitchell, indignada.

—Eso lo pregunto yo —Héctor entró en la biblioteca, y no traía en el rostro ninguna expresión de alegría—. ¿Qué mierda es esta?

Héctor Mitchell

Los hombres de Adrian estaban en el terreno recogiendo los cadáveres y buscando a los fugitivos. Los hombres de Ethan registraban la mansión.

Todos nos quedamos sorprendidos al encontrar a Geoffrey por allí, no en el bando equivocado esta vez; se sumó rápidamente a la competición para ver quién abatía a más personas, como si aquello no fuera más que un juego.

Y para hombres como nosotros, lo era.

—¡No te atrevas a dar un paso! —mi madre preparó el arma y la apuntó hacia Bia.

Yo di uno. Dos. Tres. Seis. Todos los pasos necesarios hasta situarme entre ella y mi mujer.

—Has ido demasiado lejos —sus ojos mostraban una desaprobación total.

—¿Estás bien, amor? —me giré hacia Bia.

Bia permaneció en silencio, no estaba en las mejores condiciones, pero antes de tenerla de nuevo en mis brazos, necesitaba aclarar algunos asuntos pendientes.

—Yo... yo estoy... —gimió.

Mis ojos se encontraron de nuevo con los de mi progenitora.

Eran exactamente iguales, de un azul frío y al mismo tiempo brillante como zafiros tallados.

—Elige bien tus palabras —amenazó.

—Tendrás que matarme a mí primero, si quieres matarla a ella —bajé la mano hasta encontrar la suya.

Guié la pistola por mi torso hasta colocarla en mi frente. Sujeté el cañón con tanta firmeza que nunca lograría desviarlo.

—Has ido matando poco a poco a esta familia en nombre de tu moral, de tus buenas costumbres y de tu opinión. Nos chupaste lo mejor, nos alejaste, volviste todo inhabitable, helado, sin valor... todo porque quieres «proteger a la familia».

—Sí, quiero —replicó con los ojos desorbitados—. Proteger a la familia de mujeres como ella. Proteger el nombre de esta familia de herederos con sangre de gente sin historia. Proteger a esta familia que desciende de uno de los Padres Fundadores y que carga no solo con el legado y el poder de la nación, sino también con su futuro.

Seguimos mirándonos fijamente. Parecíamos un espejo sin saber quién era el reflejo del otro.

—¿Ese es el futuro de nuestra estirpe? ¿A eso llamas familia? ¿Merece la pena rebajarse tanto por una... una... prostituta?

Quise abofetearla. Dios, sabía sacar lo peor de mí.

Y lo peor era que no sabía que aquello era el infierno hasta que conocí el paraíso.

Durante años creí que esa era la verdadera manera de pensar y vivir, la forma correcta de guiar mi vida y mantenerme en la línea, hasta darme cuenta de que era un rebelde.

Tenía hambre de vida, ansias de lo desconocido, necesitaba un poco de luz, de lucidez y de amor.

Anthony llegó primero, once años atrás. Bia, once años después.

Y solo había un dolor, una culpa, una herida en forma de mancha en mi pecho por haber estado demasiado ciego para no ver las señales en el camino.

—La tradición se equivoca —fue mi respuesta—. Los Padres Fundadores de esta nación lo entendieron. No nacimos para ser colonia, sino para ser libres...

—¡Ella no es libre! —rugió mi madre.

La misma fuerza que ella aplicaba para dirigir el arma hacia Bia era la que yo usaba para mantenerla en mi frente.

—¡Ni siquiera es americana! ¡Es una colombiana asquerosa, una cualquiera que vino a nuestras vidas para quitárnoslo todo!

—Ella es brasileña —mantuve la calma—. Es mi esposa. Mi compañera. La mujer que elegí para pasar los mejores días de mi vida. Me dio todo lo que esta familia no pudo darme en años. Me devolvió todo lo que tú me quitaste. Reconstruyó la mejor parte de mí.

—Tú y tu padre sois iguales... —su ojo derecho brilló y una lágrima se deslizó por su rostro arrastrando el maquillaje—. Débiles e incapaces de resistirse a las oportunistas. Renegando la sangre, el nombre, la virtud y la familia para entregarse a la lujuria y al placer momentáneo...

—Ella cuidó de mi hijo. Ella cuidó de mi casa. Ella cuidó de mí —fue mi turno de dejar que una lágrima cayera—. Después de quitarme todo lo que me quitaste, ¿cómo te atreves todavía a querer arrancármela? ¿Cuándo se convirtió tu corazón en esto? ¿Por qué estás ciega de odio hacia alguien que no te ha hecho ningún mal?

Mi madre tartamudeó, buscando sus respuestas.

—Bia no es la stripper que destruyó tu matrimonio. Bia no es la stripper que tuvo un hijo ilegítimo con mi padre. Bia no es ni será la stripper a la que vas a matar junto con un hijo...

Mi madre abrió los ojos de par en par otra vez.

—Tuviste la suerte de tener un hijo muy ocupado, preocupado por la salud de su padre... —respiré hondo—. Pero yo tuve que mirar desde lejos para darme cuenta de todo lo que estaba pasando...

—¿No entiendes que ella huyó por voluntad propia? —gruñó y señaló a la rubia muerta en el suelo, Hillary—. ¡La stripper lo confirmaría! ¡Fue ella quien decidió huir! ¡Ella lo habría arruinado todo! Yo no iba a permitir que mi fortuna...

—Quédate con tu fortuna —murmuré—. Yo solo quiero recuperar a mi mujer y poder vivir en paz con mi familia.

Sentí que le temblaba la mano.

Ni por un segundo parpadeé al notar el cañón de la pistola rozando mi frente.

Mi madre negó con la cabeza, el labio inferior le temblaba.

—¿Entonces es así? ¿Una vez más seré reemplazada por una stripper? ¿Vas a renegar de tu madre por esta mujer?

Antes de que pudiera responder, murmuró:

—A tu padre lo entiendo... pero ¿tú? ¿Mi hijo?

No me dejaba alternativas.

—Él quería el divorcio —dijo con rencor—. Yo nunca habría permitido esa mancha en mi familia. No me dejó otra opción.

—Todos nosotros siempre tenemos la oportunidad de empezar de nuevo, madre.

—No... Vosotros, los hombres, siempre tenéis la oportunidad de empezar de nuevo. Nosotras... no.

Al oír aquello tuve que actuar rápido.

Intentó apuntarse con el arma y yo la arrastré hacia atrás con ferocidad.

—¡No! —gritó—. ¡Déjame ir!

—¿Es un buen momento para meterse? —preguntó Adrian desde el fondo.

—No —respondió Ethan con firmeza—. Nadie puede meterse en asuntos de familia.

—¡Quiero irme! —rugió, entregando toda su fuerza para controlar aquella pistola como si su supervivencia dependiera de ello... cuando en realidad dependía su muerte.

—No —gruñí de vuelta.

El arma danzó en el aire apuntando hacia el techo, un poco a la derecha y un poco a la izquierda.

Hasta que un disparo derribó la lámpara del techo y le arranqué la pistola de las manos.

—Se acabó —respiré hondo, con la mente atormentada por toda aquella adrenalina.

Mi madre se llevó la mano a la cintura y comenzó a dar vueltas en círculos. Se dejó caer en el sillón y cruzó los brazos como una niña mimada.

Ethan carraspeó y dio un paso al frente.

—¿Cómo se encuentra, señora Mitchell? —preguntó con amabilidad.

—Bien, como puede ver, no estoy nada bien —respondió mi madre sin mirarlo.

—Con todo el respeto que le debo, señora, no me dirigía a usted —contestó Ethan con una cortesía que admiré en aquel momento—. ¿Señora Mitchell? —giró el rostro con cuidado de un lado a otro hasta oír la voz de Bia.

—Estoy en el suelo —avisó ella, y entonces él giró la cabeza exactamente hacia donde estaba—. Estoy cansada y deshidratada, pero bien... no me hicieron nada.

—¿Ni al bebé? —Adrian dio un paso adelante esta vez.

Bia guardó silencio, clavó la mirada en el suelo.

Me arrodillé frente a ella y la tomé en mis brazos. No podía quitarle las esposas en ese instante, pero solté las cuerdas que la sujetaban.

Evitaba mirarme.

—Tú... —la voz se le quebró en la garganta.

Fue duro verla en un estado tan inhumano. Aunque Bia asegurara que estaba bien, las marcas, la ropa y la piel sucia, el pelo enmarañado y el rostro manchado no me daban esa impresión.

Apoyé la barbilla sobre su frente y dejé escapar el aire por las narinas.

—Te fuiste y mi mundo se derrumbó —dije.

—Lo siento.

—No pidas perdón —respondí con una mezcla de indignación y emoción.

—Escuché que hablaban de cosas... pensé que era mejor irme, pero... no sé qué decir... —Bia murmuraba en voz baja y con los ojos cerrados.

—Adrian, ¿podrías tener la gentileza de traer un poco de agua para mi mujer? —le pedí.

—Por supuesto —respondió, y se dirigió hacia mi madre—. Usted me acompañará —le indicó que se levantara y fuera delante.

—Está bien, solo muéstrenme la puerta y salgo —Ethan comprendió que sobraba y fue guiado por Adrian hacia fuera de la biblioteca.

—Imaginar que algo pudiera pasarte y solo pensar que podría perderte hizo que mi vida perdiera el sentido de inmediato... nada de esto vale la pena si no te tengo, Bia.

Ella guardó silencio, el rostro acurrucado lentamente contra mi brazo.

—Y perdona por tener una familia disfuncional. Aunque salgamos en las revistas como el modelo de familia neoyorquina, estamos lejos de ser perfectos. Quizá estemos lejos incluso de ser una familia...

Ella rió bajito.

—Pero tú eres mi familia. Y si algo te pasara sería como perder el lazo que lo une todo. Jamás te haría daño y nunca podría permitir que nadie más te lo hiciera. Estaba escrito en el contrato, fue una petición tuya. Y yo iría a cualquier lugar para rescatarte, haría lo que fuera para tenerte de vuelta y lo daría todo con tal de mantenerte a salvo.

Bia abrió los ojos e intentó encontrar las palabras que quería decir. Se rindió varias veces en el camino.

—No había un bebé en el contrato, así que lo rompí.

—Bia... —la reprendí.

—Fui descuidada e idiota. Me dejé llevar y... ocurrió. Junto con eso, tantas otras cosas pasaron que... al final de todo me pareció lo correcto huir. Tenía miedo de tu reacción.

Era cruel dejarla hablar tanto. Necesitaba descansar.

—No había bebés en el contrato. Tampoco decía el documento que llegaría a quererte tanto, pero tanto, que terminaría por amarte. Así que creo que podemos replantearnos juntos algunas cosas de ese contrato e intentar construir una familia... funcional.

Bia volvió a reír.

Aquello era el paraíso.

No lo entendía, pero era contagioso. Cuando menos lo esperaba, yo también estaba sonriendo.

—Creo que podremos manejar estas nuevas situaciones que se salen del contrato si lo decidimos juntos.

—Si vuelves a bailar para mí, quizá lo piense —dijo ella—. Creo que si yo puedo ser millonaria, tú puedes ser stripper —me provocó.

—No tienes remedio... —me levanté, cargando a Bia en mis brazos—. Voy a llevarte a casa y voy a cuidarte hasta que estés bien de nuevo.

Capítulo 37

Beatriz Rodríguez

No sé cuánto tiempo dormí.

Al abrir los ojos, sentí la molestia de la luz intensa invadiendo mis retinas. Cuando mi vista se estabilizó, vi a media docena de personas vestidas de blanco a mi alrededor, examinándome. Estaba tumbada, con un suero en el brazo izquierdo, y entre aquellos rostros desconocidos encontré uno familiar.

—¿Dónde estoy? —miré a Yone.

—En casa, señora Mitchell. No se esfuerce demasiado, siga descansando —me pidió.

—¿Dónde está Héctor? —lo busqué por todo el cuarto.

—Aquí —murmuró él, sentado a mi lado.

Sus ojos penetrantes se clavaron en mí, sus pupilas recorrieron mi rostro y, con una sonrisa suave, percibí que se sentía satisfecho al mirarme.

—Deberías estar trabajando —bostecé.

—Y lo estoy. Me das mucho trabajo —se divirtió, su mano cálida subió por mi brazo hasta llegar a mi barbilla—. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien, en realidad. Creo que desperté un par de veces, pero estaba tan aturdida que no recuerdo los detalles... —intenté estirarme, el cuerpo me dolía cada vez que hacía movimientos bruscos—. Qué pesadilla...

—Fue una pesadilla, sí —suspiró Héctor. Hizo una señal para que todos salieran de la habitación.

—He sido tan tonta... —cerré los ojos, irritada conmigo misma —. No debería haber huido... tendría que haber confiado en ti... — me culpé amargamente.

—Eh —Héctor cubrió mi mano con la suya—. Ya se acabó, todo está bien...

La negación no desaparecía. Estaba desolada.

Nada de aquello habría ocurrido si no fuera por mi lado impulsivo.

—Todo pasó tan rápido... jamás imaginé que Hillary me haría algo así... o que Clair aún estaba viva... Debería, como mínimo, haberte consultado sobre lo que escuché... pero me asusté tanto y...

—Tranquila —Héctor apretó mi mano—. Hiciste lo que creíste necesario. Y ahora estás aquí.

—Había un hombre con Hillary y Clair... —intenté recordar.

—Sí, Alex —dijo Héctor sin mucha emoción.

—¿Tu secretario? ¿El que te seguía a todas partes? —me sorprendí—. Yo no pude verlo, tampoco escuché su voz... me dejaron inconsciente enseguida...

—Como buena ciudadana americana, hija de los Padres Fundadores, mi madre era muy buena infiltrando, manipulando, secuestrando personas y creyendo que lo tenía todo bajo control... —una sonrisa contenida asomó a los labios de Héctor—. La gente puede perder el control cuando se deja llevar por el miedo y se encierra en sus propias paranoias... y mi madre tenía mucho más que miedos y paranoias. Tenía odio, un prejuicio desmedido y un pasado oscuro que ocultar. Solo quería borrar sus propias huellas y sembrar un poco más de terror...

—¿Está bien? —pregunté.

Héctor suspiró de nuevo.

—Teniendo en cuenta que se dejó dominar por lo peor que había en su interior y atentó contra su propia familia, diría que no está bien. Pero sí, está a salvo, con mucha salud y con todo su odio intacto. Esperando el juicio que le corresponde.

—¿Juicio? —pregunté, preocupada.

—Sí —Héctor dejó muy claro, con ese tono monossilábico, que esa era toda la información que iba a darme—. ¿Cuándo descubriste que estabas embarazada? —me miró con más seriedad que antes.

—Bueno... yo... —me perdí entre las palabras—. No hace mucho... solo quería encontrar el mejor momento para contártelo... en medio de todo eso descubrí los secretos de Serena... la verdad es que me sentí bastante temerosa...

—Curioso que te guardaras todo eso para ti. Podrías haberme contado lo que descubriste en los cuadros de Serena, cuánto cuidaste de Anthony y lo que pasasteis mientras yo no estaba aquí... Hiciste mucho más por esta familia que todos nosotros juntos.

—Solo fui yo misma todo el tiempo —aseguré.

—Y aun así te culparon de querer destruir esta familia —Héctor negó con la cabeza mientras reía—. Estás bien y fuera de peligro. No le ha pasado nada al bebé.

Me sentí aliviada. Era todo tan reciente que ni siquiera quería hablar de ello; al estar al principio de la gestación, las cosas podían descontrolarse aún más de lo que ya lo habían hecho...

No podía esconder, sin embargo, lo feliz y aliviada que estaba por la receptividad de Héctor respecto a aquello.

—¿Y el contrato? —pregunté.

—Olvida el contrato —dijo Héctor, muy serio—. Mi padre ya salió de la zona de riesgo, en breve debería despertar. Entonces

decidiremos qué hacer con ese contrato, ya que no estaremos más casados por obligación...

—Yo no me sentí obligada en ningún momento —apreté su mano.

—Yo tampoco.

La sonrisa de Héctor me traía un alivio y una calma que me habían faltado en los últimos días. Cerré los ojos para disfrutar de esa sensación y sentí su respiración acercándose a mi rostro.

Sus labios rozaron mi frente con dulzura y su mano acarició mi cara, haciéndome sudar bajo aquel edredón.

De mi frente, su boca descendió hasta mi nariz, así pudo sentir lo agitada que estaba. Después, nuestros labios se encontraron y la sensación fue maravillosa. Nos besamos con lentitud y él siguió aferrado a mí, convirtiendo el simple hecho de respirar en un completo descontrol.

—No vuelvas a pensar en huir —me pidió.

—No voy a irme a ninguna parte, lo prometo —fue mi turno de acariciar su rostro.

—Será mejor que te recuperes pronto; Anthony dijo que no irá al colegio hasta que seas tú quien lo lleve. Confía mucho en ti.

—Me siento honrada.

—Ahora que estás un poco más despierta, debo avisarte de que tienes visita —anunció.

—¿Visita? ¿Quién podría ser?

La puerta de la habitación se abrió.

Esperé que entrara cualquier persona por allí... El señor Brown, Valerie, incluso Anthony. ¡Ay, cuánto deseaba verlo! Echaba muchísimo de menos esas mejillas sonrosadas y aquellos ojos curiosos, tan severos como los de su padre, que escondían un corazón blando y necesitado de cariño humano.

Lo imposible sucedió.

Casi di un salto en la cama al ver a mi madre y a mi hermano entrar en la habitación.

¡Aquello era surrealista!

—¿Pero... cómo? —me pregunté—. ¿Estoy teniendo alucinaciones?

Me quedé sin reacción. Solo vi cómo corrían hacia mí; cada uno se colocó a un lado de la cama y me agarraron las manos.

—¡Bia! —exclamó mi madre, animada y preocupada a la vez. No me abrazó solo por miedo a arrancar el suero.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Jo, vinimos en una cabina de lujo —dijo Marcos, mi hermano—. ¡Primera clase! Mi primer viaje en avión y me vengo a los States —se divertía.

—Bia, he tenido que tomar tanto biodramina... —mi madre puso una mueca amarga solo de recordarlo—. El señor multimillonario fue muy amable al traernos —sonrió de oreja a oreja —. Nos han tratado como reyes desde que llegamos... pero dime, hija mía, ¿qué te ha pasado?

Tuve que filtrar la información.

Si le contaba que había sido secuestrada por mi suegra, engañada por mis antiguas compañeras de cuarto y que estaba casada con un multimillonario que me veía en un club de striptease, quizá sería demasiada información para que pudiera procesarla.

La salida fue responder dentro de su zona de confort.

—Ah... me caí y cogí un resfriado... —mentí.

A veces la mentira era la mejor salida; no necesitaba muchos detalles.

—¡Lo sabía! Esta «Niu Yor» es muy fría. Y tú seguro que sales al sereno —se giró hacia Héctor—. ¿Señor multimillonario, se cree que no me dejaron traer miel del campo? Ni un jarabe, ¿puede creerlo? Con una de las dos cosas ella ya estaría bien.

Héctor parpadeó, incómodo, y me miró de reojo.

Hasta había olvidado que no hablaba portugués, y empecé a reírme a carcajadas. Luego traduje lo que mi madre quería decir, corrigiéndola además:

—Mamá, Héctor —reí—. Se llama Héctor.

—Sí, sí, claro —asintió ella.

—No está permitido embarcar con líquidos —explicó Héctor—. Nos hemos vuelto muy estrictos con los viajes, sobre todo los internacionales...

Volví a servir de intérprete, esta vez del inglés al portugués. Mi madre, por lo visto, no quería dejar morir la conversación.

—Claro, desde la caída de las torres, ¿verdad, señor Héctor? Me gusta este chico, es tan alto y tan amable —sonrió.

—Sí, es muy amable —admití.

—Bueno, os dejaré a solas para que os pongáis al día... —se despidió Héctor—. Y, Bia, los médicos volverán en una hora para comprobar cómo estás. Estaré en la biblioteca con Anthony.

—Está bien. Gracias —le guiñé un ojo y lo vi salir de la habitación.

—¡Dios mío, qué hombre tan grande! —comentó mi madre.

—¡Mamá! —la reprendí.

—¿Sabe montar toros? Tiene pinta de ser uno de esos cowboys valientes.

—Sí, de alguna forma lo es —acabé riéndome.

Héctor Mitchell

Anthony estaba sentado en su mesa de estudios en la biblioteca, al fondo de la sala, hojeando uno de sus libros de La Guerra de las Galaxias. Levantó el rostro cuando me vio entrar y lo bajó enseguida.

Pasé junto a Geoffrey y Ethan, que estaban sentados en el sofá discutiendo asuntos del pasado. No se detuvieron cuando entré.

Anthony balanceaba los pies distraídamente y cerró el libro cuando me quedé de pie a su lado.

Se giró despacio y levantó la vista hacia mí.

—¿Por qué los bebés no pueden tener nombres como «C3PO»? —se rascó la barbilla.

—No parece el tipo de nombre con el que la gente se sienta cómoda... —analicé.

—¿Entonces Chewbacca?

Arrastré la silla acolchada y me senté a su lado. Pasé los brazos por debajo de los suyos y lo traje a mi regazo como si aún fuera un bebé.

—¿Cómo te sientes con respecto a tener un hermano o una hermana?

—Está guay —dijo Anthony después de pensarlo con calma—. Parece que tenemos mucho dinero y poca gente en la familia para gastarlo. Creo que cuanto más gente, mejor —asintió.

—¿Pero qué sientes aquí dentro? —puse mi mano sobre su pecho.

—Tengo miedo —reconoció Anthony—. Pero si va a ser hijo de Bia, creo que con el tiempo tendré menos miedo. En la clase de biología el profesor dijo que los bebés muerden cualquier cosa. No podremos dejar que entre en la biblioteca hasta que tenga buenos modales —Anthony fue firme en eso y respiró hondo.

—No será solo hijo de Bia, será también mío. Tu hermano o hermana. ¿Qué piensas de eso?

—Pienso que los bebés deben dar más trabajo que los jardines —Anthony empezó a rascarse la cara—. Y deben crecer aún más despacio... ¡Y deben tener tantos gérmenes! —se tapó el rostro, enrojeciendo solo de pensarlo.

—Todos tenemos muchos gérmenes, hijo —besé su frente y lo devolví a su silla—. Termina tu lectura y después puedes ir a ver a Bia, ¿vale?

—Vale.

—Siento mucho todo lo que te pasó. Espero que puedas confiar en mí y contarme todo, absolutamente todo de ahora en adelante. Nunca voy a dejarte. Siempre estaré aquí para lo que necesites. Y espero que tú también estés cuando yo lo necesite.

Anthony sonrió y asintió.

—Bia es bastante sencilla, ¿no? Parece la única persona normal en esta casa —volvió a abrir el libro—. Será por eso que te gusta tanto —reflexionó—. Y a mí también me gusta. Ojalá el bebé sea igual de normal, a nadie le gustan las personas con complejo de superioridad.

—Sí, a nadie le gustan —asentí—. Y recuerda: nada de sugerir nombres de robots.

—Entonces Darth Vader —Anthony volvió al libro y lo dejé con su lectura para regresar con los adultos.

Me senté en el sillón frente al sofá y miré fijamente a Ethan y Geoffrey.

—¿Cómo está ella? —rompió el silencio Geoffrey.

—Está bien, gracias por preocuparte. Y gracias por haber respondido tan rápido a mi llamada aquel día.

—Sé que harías lo mismo por mí —dijo Geoffrey con el ceño fruncido.

—Quiero novedades, Ethan —junté las manos sobre el regazo y crucé las piernas.

—Los miembros del Gran Templo no quieren tomar una decisión definitiva hasta que tu padre despierte, pero ya te adelanto que, si todo ocurre como está planeado, tu madre será internada en un ala psiquiátrica para reprogramación.

—¿Reprogramación? —preguntó Geoffrey, intrigado—. ¿Qué es eso?

—Un lavado de cerebro —Ethan giró el rostro hacia él—. Aunque haya cometido un crimen contra la familia, lo que la haría pagar con la vida, proviene de una ascendencia muy respetada. En el peor de los casos será reprogramada, enviada de vuelta a su familia original y todo seguirá su curso —dijo Ethan con un aire de desaprobación.

Él y yo sabíamos que muchas de las decisiones de la Gran Orden eran peligrosas y carentes de escrúpulos.

—Las otras opciones serían la silla eléctrica o un buen y largo viaje de ayuda humanitaria a África... para no volver jamás —suspiró Ethan.

Geoffrey no ocultó el horror al escuchar todo aquello. Desvió la mirada y se quedó observando la pared.

—Haré lo que esté a mi alcance para que ella esté bien... —era difícil afrontar todo aquello—. Aún no entiendo cómo tuvo el valor de hacer todas esas cosas... parecía algo tan lejano de suceder...

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Geoffrey.

—Gestionar la empresa, por supuesto, pero cuidar de mi familia antes que nada. Me necesitan aquí, sobre todo después de este trauma colectivo que hemos sufrido.

—Pon a Geoffrey a dirigir la máquina —rió Ethan.

—¡Dios me libre! —Geoffrey incluso se echó hacia atrás—. Todo ese asunto de subir al poder en Mitchell & Smith era divertido mientras fue una competición... aquello, siento decirlo, enferma a cualquiera. Ahí están mi padre y el de Héctor para demostrarlo.

—Voy a encontrar una forma de mantener todo en orden allí y aquí, hasta que mi padre esté listo para retomar el mando o decida qué debe hacerse. Me gusta gestionar las cosas y estar al frente del equipo, pero también tengo un equipo aquí. La Mitchell & Smith durará por toda la eternidad, pero parece que cada segundo con mi familia es único y no volverá jamás. Necesito descubrir cómo estar con ellos, vivir cada momento, cada fracción de segundo, y no dejar que las cosas se descontrolen otra vez.

Al fondo, Anthony volvió a cerrar el libro, lo guardó en la estantería de ficción y fantasía y salió de la biblioteca como si ni siquiera estuviéramos allí.

—Todavía parece que nació ayer... —suspiré, siguiendo el rastro invisible que mi hijo había dejado—. Tengo que hacer de esta la mejor época de su vida.

—Sí —dijo Geoffrey con tono fúnebre—. Después ya no le importará nada más que la universidad, ser el próximo CEO de Mitchell & Smith o convertirse en el nuevo multimillonario del lugar. Entonces el Gran Templo intentará cooptarlo, sentirá el peso del poder y se pasará la vida girando un whisky en el vaso, viendo bailar a strippers delante de él, preguntándose por qué la vida perdió todos sus colores... hasta ser padre... o conocer a una mujer que le remueva todo por dentro...

—Joder. Qué miedo tu perspectiva de que estamos todos condenados a repetir las cagadas de nuestros padres —rió Ethan.

—A veces nos convertimos en algo peor que ellos —apuntó Geoffrey.

—No si depende de mí —aseguré—. Mi hijo tendrá una familia que lo ame, que lo haga sentirse capaz de enfrentarse al mundo ahí fuera y, por encima de todo, aprenderá a ser independiente.

—¿Y qué pasa con Bia? —Ethan tomó el vaso de whisky y lo llevó a la boca—. Has traído a su familia hasta aquí... ¿no temes que se marche con ellos?

—Después de todo esto no podría imaginar nada mejor que tener a su familia cerca. Sé que así se recuperará rápido. Y, bueno, si quiere marcharse con ellos... creo que me toca respetar su decisión. Y quizá marcharme yo también.

—¡Ja, ja! Ahora te pasas —bebió también Geoffrey.

—Exagero sería vivir un solo día más sin esa mujer.

Desde el día en que Bia entró en mi vida lo cambió todo.

Lo que no sabía, o para lo que no estaba preparado, era que a cambio de protegerla de todos los peligros sería ella quien me protegería de todos mis fantasmas.

Y me daría el valor suficiente para enfrentar los mayores desafíos.

—¿Te has parado a pensar que llevas unos siete meses sin ir a La Chica ni a otros clubes? —sonrió Ethan—. ¿No eras tú el que decía ser alérgico a los matrimonios? Que ni siquiera podías imaginarte una semana con la misma mujer, y mucho menos toda la vida. ¿Qué ha pasado con ese hombre, eh, Héctor?

Me rasqué la barbilla y, por un instante, me permití mirar atrás. Hombres como yo solo miraban hacia adelante, nunca hacia el pasado, pero en aquel momento fue necesario.

Repasé cada escena en mi memoria y no había arrepentimiento alguno.

Bia había sido mi elección más antiprofesional, porque debería haber escogido a una mujer por la que jamás sentiría algo profundo. Sin embargo, no tenía ni idea de que ese sentimiento me tomaría por asalto y me daría los mejores días de mi vida desde Anthony.

—Me enamoré —murmuré—. Y cuando uno se enamora, el tiempo pasa rápido... todavía parece que fue ayer cuando la vi por primera vez y la buscaba día tras día con sed, con hambre, con añoranza y con deseo, como si fuera el último aliento civilizado en medio de la barbarie...

—Vale, ya está bien, me estoy empalagando con esta charla —Geoffrey se levantó y empezó a caminar por la biblioteca.

—¿Entonces has dejado de huir y de temer tus propios sentimientos? —provocó Ethan. Para ser un exagente secreto del gobierno, era un buen psicólogo—. Tenías miedo de cometer los mismos errores que tus padres y acabar infeliz en una relación rota...

—Me di cuenta, en un momento, de que si tomaba decisiones diferentes a las suyas no tenía por qué tener miedo. El miedo nos ata a los errores del pasado —era lo único que tenía que decir—. Y estoy demasiado ocupado pensando en el futuro. Y por primera vez no es mi futuro ni el de la empresa, sino el de mi familia. Toda ella.

—Muy bien —Ethan se levantó—. Un hombre enamorado es un hombre con propósito. Casi seguro que uno de los Padres lo dijo...

Mientras Ethan se alejaba hacia la salida, me quedé meditando en aquella frase.

Era exactamente lo que sentía en ese instante.

Por primera vez experimentaba algo inesperado, genuino y trascendente.

Todo aquel dolor y todo aquel amor que llevaba dentro se encontraban y daban lugar a un nuevo sentimiento.

Bia me dio mucho más que espectáculos privados, buenos momentos de conversación y amor...

Bia me dio propósito.

Capítulo 38

Beatriz Rodríguez

Dos semanas después.

Mi recuperación fue rápida.

Claro que algunas marcas, sobre todo emocionales, permanecerían, pero mi cuerpo se volvió más resistente y todos los exámenes demostraron que tanto el bebé como yo estábamos bien.

Dios mío, ¡qué locura! ¿Cómo pudo haber pasado todo esto?

La compañía de mi madre y de mi hermano me ayudó a mejorar todavía más deprisa. Héctor insistió en pagarles un viaje a Orlando, ya que Marcos había comentado que la próxima vez que viniera a Estados Unidos le gustaría conocer los parques. Héctor se encargó de cubrir viajes y gastos en Orlando, y desde allí regresarían a Brasil.

Y por más extraño que pareciera, fui yo quien llevó a Anthony por primera vez al colegio, junto con su padre.

Resultaba raro pensar que nunca hubiera tenido contacto con ese ambiente, siempre rodeado de tutores particulares y estudios en casa.

—¿Crees que les voy a caer bien? —Anthony temblaba, estaba nervioso.

Cada vez que pasaban niños de su edad por delante hacía una mueca y daba un paso atrás.

—Aprender en casa parece una idea excelente —se dio media vuelta.

Me arrodillé frente a él y sujeté sus hombros.

—Entrar en lugares nuevos con desconocidos puede dar miedo, sí. Pero piensa en todas las cosas increíbles que puedes aprender, sentir y descubrir con otras personas.

—Sí, pero seguro que todos tienen un montón de gérmenes. Y se me olvidó el gel hidroalcohólico —frunció el ceño.

—Todos tenemos gérmenes —tuve que comentarle—. ¿Pero no aprendiste en biología que fortalecemos nuestro sistema inmunológico con un contacto razonable con ellos?

Anthony me miró incrédulo.

Bueno, tampoco sabía si había dado esa información del todo bien, pero lo que contaba era la enseñanza.

—Es como el dolor: cada día sufrimos un poquito para soportar emociones más fuertes en el momento adecuado. O como la musculación: cada día levantamos un peso distinto y al final adelgazamos o nos ponemos fuertes. Piénsalo así: cada día conocerás a gente nueva, vivirás cosas nuevas, descubrirás cosas nuevas. Y al final de todo, puede que no sepas todo de biología, matemáticas o historia... pero habrás aprendido y descubierto tanto de ti mismo...

No sé de dónde saqué aquel discurso.

En momentos de crisis hacemos lo que podemos.

Anthony llenó los pulmones de aire y se dio media vuelta, quedándose frente a la puerta del colegio.

—¿Vas a venir a buscarme?

—Claro que sí, puedes apostarlo. Tienes mi número, si sales antes me llamas.

—Vale —Anthony dio unos pasos y se detuvo.

—No, no te rindas ahora —le pedí.

Volvió hacia mí y me abrazó, escondió el rostro en mi sudadera.

—Gracias, mamá —dijo, y se apartó rápidamente, empezando a esquivar a los demás como si fueran a contagiarle alguna enfermedad en cuestión de segundos.

Quién lo diría. Yo, que había huido, corrido y tratado de escapar de todas las formas posibles de ser madre porque pensaba que no podía cuidar de nadie más que de mí misma, ahora iba a ser madre de dos.

Se me erizó la piel, no por haber sido llamada mamá, sino por sentirme madre.

En ese instante me reí de mí misma y comprendí todas las caras que había llevado en la vida.

La pobre e indefensa Beatriz, la que fue acosada por su tío; la Beatriz aventurera en busca de sí misma; la stripper Sabrina que perseguía el sueño americano; la señora Mitchell, esposa de un multimillonario; la amante, la mujer y la mejor amiga de Héctor... y ahora, la madre.

¿Cuántas otras caras puede tener una mujer?

¿Qué más podría vivir?

Muchísimo. Todo. Y tenía el pilar más firme e imprescindible para florecer y asumir nuevas facetas: mi familia, toda ella.

—¿Te vas a quedar ahí parada? —Héctor, el padre embobado, no podía apartar los ojos de su hijo.

—Sí, ha llegado la hora de dejarle descubrir por sí mismo cómo es la vida —me giré hacia Héctor—. Podemos irnos cuando estés listo.

Héctor tomó mis manos y me atrajo contra su cuerpo, me envolvió en sus brazos y permaneció allí, conmigo atrapada entre sus manos, hasta que Anthony desapareció de nuestra vista.

—Mis bebés crecen tan rápido... —suspiró.

—Tus bebés necesitan crecer rápido porque un día será su turno de protegerte, de cuidarte y velar por ti —respondí, con un deje de ternura.

—Vosotros ya me habéis protegido de muchas cosas sin saberlo. Y habéis cultivado tantas otras dentro de mí.

Sentí su beso en el cuello; no había otra forma de recibirlo más que cerrar los ojos y notar cómo mi piel se encendía cada vez más.

—Mientras tanto, podrías haber viajado... ir a conocer otra parte de América que no viste... o el viejo continente, que tampoco sería mala opción. En lugar de eso...

—Me quedé —lo interrumpí—. Porque aquí encontré todo lo que necesitaba. Varios mundos, varias culturas y algo mucho más grande de lo que pensé que merecía. Me encanta estar contigo... con Anthony... vivir en Nueva York... ya no siento esa incomodidad de salir a buscar algo fuera, porque lo encontré todo aquí dentro.

—Yo también amo estar contigo, Bia —Héctor rozó su nariz con la mía—. De hecho, te amo.

Podría jurar que ya lo había oído decirlo alguna vez.

Es más, la defensa que hizo de mí frente a su madre era una gran prueba de amor.

De cualquier modo, era imposible no estremecerse al escucharlo.

—Yo también te amo, es recíproco y verdadero.

Héctor sonrió y nuestros labios se encontraron primero con sutileza y calma, para después dar paso a un beso intenso, lleno de sus tirones para fundir nuestros cuerpos y de su perfume embriagándome, volviéndome loca.

—No sé si te has dado cuenta, pero estamos delante de un colegio. Y uno bastante prestigioso —murmuré.

Él arqueó una ceja, sin darle la menor importancia.

—Vamos a casa. El día será largo y tenemos muchas cosas que hacer.

—Sí, señor Mitchell, vamos.

Héctor Mitchell

Mi padre despertó al anochecer de un miércoles.

Allí estábamos Bia, Anthony y yo. Era la tercera vez que visitábamos juntos a mi padre.

Al principio se mostró aturdido, parecía saber dónde estaba, y el gesto de alivio al mirarnos revelaba que estaba bien. Pero todo lo que no había envejecido en los años en que estuvo activo y trabajando incansablemente por la Mitchell & Smith lo envejeció en su período de coma.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que estaba en ese estado? —afortunadamente todavía conservaba su tono rígido y gruñón, como si siempre estuviera discutiendo con quien le hablaba.

—Unos siete meses —respondí de buen humor—. Un buen permiso sabático para el mejor CEO que Mitchell & Smith haya tenido jamás.

Gregory Mitchell, mi padre, apartó la manta que lo cubría y se incorporó en la cama. No consiguió levantarse; de inmediato perdió el equilibrio y casi cayó al suelo, tuve que socorrerlo.

—Usted no tiene remedio —lo sujeté y lo recosté de nuevo.

—Quiero irme de aquí. ¡Hay tantas cosas que terminar! —gruñó.

—Y no terminará nada si decide apresurarse ahora. Descanse, padre.

—¡Ya estoy más que descansado! —dijo, molesto.

Su expresión solo se suavizó cuando Anthony caminó hacia él. Una sonrisa bobalicona y honesta apareció en su rostro. Extendió la mano y tomó la del pequeño Anthony.

—¡Tú ya sales de la cama! Mira, si hay solución para Anthony, ¿por qué no habría de haberla para mí? —rió.

—Ahora hasta voy al colegio —dijo Anthony en su tono monótono, pero abrazó al abuelo con mucho cariño.

Apoyó la cabeza sobre el pecho del viejo señor Mitchell y no dejó de mirarlo.

—Yo también dormía mucho, antes —comentó—. Me daban una sopa horrible.

—Sí, conozco bien esa historia de la sopa —dijo mi padre en un tono alarmante—. ¿Y quién es esta, Héctor? —se volvió hacia Bia, sin disimular la extrañeza al mirarla.

—Ella es Beatriz Rodríguez Mitchell, padre. Mi esposa.

—Hum.

—No sé si recuerda, pero usted escribió una mierda de testamento...

—Sé bien las mierdas que escribí —me devolvió en un tono áspero—. ¿Es hija de alguien importante? ¿Descendiente de uno de los Padres Fundadores? ¿De algún gran multimillonario de América? —mantuvo ese tono nada amistoso.

—Bia es hija de dos brasileños, del interior de...

—Minas Gerais —susurró ella al fondo.

—Eso. Minas Gerais. No es hija de nadie importante según sus criterios, ni desciende de los Padres Fundadores ni de grandes multimillonarios. Aun así, es la mujer que he elegido para pasar el resto de mi vida.

—¿Y decidiste eso en... siete meses? —frunció el ceño.

—Debe de imaginar cómo me siento para decir algo así.

Él movió la cabeza lentamente.

—Beatriz —la llamó—. ¿Podrías llevar a Anthony fuera de la habitación, por favor?

Bia asintió y llamó a Anthony con la mano. Él obedeció y juntos salieron del cuarto.

Mi padre se incorporó en la cama y juntó las manos sobre el vientre.

Él respiró hondo, se frotó los ojos con los dedos índices y miró por la ventana.

—Preparativos de guerra —dijo.

—¿Cómo? —pregunté, sorprendido.

—La guerra, hijo mío. Ponme al día.

—Ah, sí. Bueno, nuestra campaña en Oriente Medio continúa —me rasqué la nuca, extrañado de que no hiciera ningún comentario sobre Beatriz—. El presidente vendrá en persona al Gran Templo para explicar lo que pretende.

—Tu dignísima madre —enumeró el siguiente punto.

—Algunas cosas ocurrieron en este tiempo en que usted estuvo en coma. Mamá decidió que sería una excelente idea raptar a mi mujer porque no es lo bastante pura ni de sangre propia.

—Muy propio de ella —hizo una mueca—. Me sorprende que no me haya matado. Seguro que descubristeis algo e infiltrasteis a gente nuestra en el hospital.

—Sí, hicimos eso.

—Muy bien. La empresa, entonces.

—Prosperando. Hacemos nuestro trabajo, el de fachada y el verdadero. Intentaron lanzar espionaje industrial contra Mitchell & Smith, pero Ethan lo resolvió. Siempre lo hace.

—Dios bendiga a ese chico —sonrió, áspero, pero sonrió.

—No ha preguntado nada sobre Bia... —coloqué mi propio tema en su lista.

—¿Qué debería preguntar sobre ella? —se sorprendió—. Tú la elegiste: una completa desconocida, sin linaje, sin peso familiar y sin fortuna para unirse a la nuestra —cogió el mando de la televisión de la mesilla junto a la cama.

—Parece un buen resumen de quién es ella —dije con ironía.

—Hijo —mi padre me sujetó del brazo—. Tú la elegiste. Entre siete mil millones de desconocidos, la elegiste a ella. Yo no tuve esa oportunidad. Mis padres me obligaron a casarme con tu madre y ya habrás notado que el final de ese matrimonio no parece salido de un romance. Lo que quiero decir es: confío en ti, en tus juicios y en tus sentimientos. Eres adulto y más que capaz de tomar decisiones solo. La última que tomaste nos trajo a Anthony a la familia, así que tienes un buen historial de decisiones.

—Gracias, padre.

—Cuida bien de ella, hijo. Para que no intente matarte —rió.

—Para eso aún faltan unos años... —bromeé y acaricié su cabello gris.

—Eso espero. Ahora llama a mis abogados para que cerremos los pormenores del testamento y retomemos desde donde lo dejamos. Siéntete libre de anular el matrimonio, si quieres.

—Sí, señor, llamaré a los abogados. Pero no pienso anular el matrimonio. Bia y yo hablamos y creemos que podemos hacer que funcione.

—Excelente —dijo animado—. Después organiza una cena para que pueda conocer a Beatriz. Y, por lo visto, como es una buena muchacha, quizá tenga alguna amiga que presentarme —tosió y rió.

Incluso en la cama seguía queriendo dar guerra.

—Padre, créame, las amigas de Beatriz son de armas tomar.

Capítulo 39

Héctor Mitchell

Los días siguieron siendo los mismos en Mitchell & Smith: reuniones con el equipo de riesgos para mantener en secreto los asuntos de la empresa bajo la fachada de nobles actitudes, encuentros con los poderosos de Nueva York en nombre del Gran Templo e innumerables entrevistas con los medios de todo el país: el CEO interino, Héctor Mitchell, era ahora el CEO oficial de la compañía.

Nada siguió siendo lo mismo en mí. Todo cambió.

Mi relación con Anthony volvió a estrecharse. Resultaba extraño verle lejos de mis alas, ahora en el colegio, lleno de nuevas historias y quejas sobre los compañeros —de familias multimillonarias— que eran prepotentes y no querían mezclarse con gente «inferior», a lo que Anthony siempre respondía con orgullo que su madre venía de un mundo diferente al nuestro y era el mejor ejemplo para él.

Bia convirtió mi casa en un hogar.

De huir de romances y relaciones duraderas con personas que me aburrían, encontré una pieza única, rara, que hacía de lo cotidiano una novedad.

El jardín floreció, la mansión adquirió nuevos tonos, todo parecía más cálido, más humano; no habría otra palabra que no fuera hogar. El hecho de que mi hijo y yo viviéramos en aquel lugar nunca lo había convertido en nuestro hogar y ahora representaba eso y mucho más.

Abandoné los papeles delante de mis ojos al escuchar unos golpes en la puerta del despacho presidencial.

Beatriz recibió el permiso para entrar y asomó la cabeza para espiar dentro, después cerró la puerta tras de sí y vino hacia mí con una sonrisa.

—Dijiste que querías verme —se alisó el pelo, rodeó la mesa hasta encontrarme y me besó.

—Sí, quería verte —murmuré—. Siéntate.

Beatriz volvió a pasar junto a la mesa y se sentó frente a mí. Tanteó el abrigo oscuro y desabrochó el primer botón, desconcertándome por completo al regalarme aquella visión.

—Eres una diabla —me mordí el labio y negué con la cabeza —. Tengo novedades.

—Espero que sean buenas.

Asentí con cuidado y empujé la carpeta negra hacia ella.

Bia frunció el ceño y ni siquiera hizo ademán de cogerla. Me miró con desconfianza y suspiró.

—¿Debería?

—Sí, por favor —hice un gesto con la mano para que tomara el objeto.

Bia tiró de la carpeta, pero no apartó la vista de la mía. Siguió mirándome mientras la apoyaba en su regazo, la abría y sacaba de dentro un buen número de documentos. Entre ellos, su *Green Card*.

—¿Esto es…?! —dijo, emocionada.

—Sí lo es —sonreí.

Bia dio pequeños saltitos en la silla y vibró con toda la felicidad del mundo.

—¡Si hasta lo había olvidado! —exclamó conmovida.

—No lo habías olvidado —me rasqué la barbilla y la admiré.

Sí, la admiré. Estaba tan guapa feliz, riendo, vibrando, saltando en la silla como una adolescente.

—¿Y estos otros papeles? —Bia hojeó los documentos con cierto desinterés.

—Son los papeles del divorcio —expliqué.

Hubo un breve y solemne silencio entre nosotros dos.

Beatriz se puso seria, recostó la espalda en la silla y repasó toda la documentación para leerla. Pasó los ojos rápidamente por todo, pero mantuvo ese tono analítico y minucioso con el que solía examinar algo.

—Solo por si algún día te cansas de mí —justifiqué.

Bia se levantó, con el gesto ensombrecido.

—Quiero que te sientas libre. Para quedarte. Para irte. Para hacer lo que quieras.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó.

—Quiero que seas mía. Que sigas siendo mía. Y yo seré para siempre tuyo.

Beatriz Mitchell

La forma defensiva de actuar de Héctor a veces me preocupaba.

Tener los papeles del divorcio en mis manos resultaba aterrador, y eso que meses atrás había llegado a pensar que tener los documentos del matrimonio delante de mí era ya de por sí intimidante.

La simple idea de tener que marcharme me dolía. ¡Era tan pronto! ¡Quedaba tanto por hacer! En la mansión, con Anthony, en mi vida, en la suya… en la de nuestro bebé…

Sostuve los papeles del divorcio y caminé con sutileza alrededor de la mesa. Encajé la documentación en su preciosa trituradora de papel y fui hacia su sillón presidencial. Lo arrastré con cuidado, y cuando hubo un buen espacio entre la silla y la mesa me coloqué frente a él.

Me senté sobre la mesa, apreté el botón que cubrió todas las ventanas del despacho y cerró la puerta con llave.

—Los papeles de divorcio son para matrimonios que no funcionan. El nuestro sí.

—No lo habría dicho mejor —provocó Héctor.

—Me voy a quedar —saqué pecho. Aproveché para desabrochar un botón más.

—Estás perdiendo una oportunidad magnífica de hacerme suplicar para que te quedes —replicó con una sonrisa maliciosa que me recorrió entera, cada vez más cargada de intención.

—Súplica —pedí con sencillez.

Miré satisfecha la trituradora que había hecho un trabajo impecable. Cuando giré el rostro para observar a Héctor, ya se estaba quitando la chaqueta negra, con la mano tatuada sobre la corbata.

—Mi hijo me dijo que solo me ha visto sonreír tres veces en toda su vida —Héctor respiró hondo y se levantó.

Aquello bastó para que encogiera los hombros y lo mirara con el cuello erguido.

—Lo que siento por ti no lo había sentido nunca. No es solo deseo ni pasión, va un poco más allá del amor y de la amistad… tú eres… —Héctor no era un hombre de vacilar, pero vaciló.

Las palabras quedaron suspendidas en sus deliciosos labios; se arrodilló frente a mí y apoyó la frente en mi rodilla.

—¿Estás bien? —murmuré.

—Lo que siento por ti, Bia, es salvaje —Héctor levantó la cabeza y pude ver sus ojos azules, como zafiros, brillando solo para mí.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al sentir su mano fuerte ascender con cautela por mi pierna. Rozó mi rodilla con las uñas para después apretarme el muslo, obligándome a estirar el cuerpo y contener la respiración.

Era como una serpiente que se desliza y serpentea sobre su presa hasta inmovilizarla, domarla y devorarla.

—Lo que siento por ti, Bia, es algo nuevo cada día, y llevo más de seis meses sintiéndolo —la voz de Héctor era suave, absolutamente seductora, y cuando entornaba los ojos y se inclinaba hacia mí yo solo tenía una certeza.

Estaba inmovilizada, aun siendo libre. Estaba domada, aunque no hubiera cadenas ni látigo. Y iba a ser devorada, como él tan bien sabía hacer.

—Quiero descubrir lo que siento por ti —Héctor empezó a desabrochar mi abrigo de abajo hacia arriba hasta que solo quedó un botón.

Su ceja se arqueó con entusiasmo al darse cuenta de que estaba en lencería.

—Sé que prefieres verme en sudadera y vaqueros —dije, sacando del bolsillo mis guantes de látex y la máscara—. Pero sigo siendo una stripper.

—Mi stripper —gruñó él.

—Algunas cosas tienen que cambiar —sonreí.

Al menor intento de ponerme la máscara, Héctor sujetó con fuerza mi mano y subió por mi cuerpo. Su lengua ardía al rozar mi piel; los pocos vellos que tenía se erizaron con el roce de su barba, con su agarre, con la manera en que me atraía hacia sí y me poseía en la palma de sus manos.

—Me gusta ver la cara de mi mujer —me guió para dejar la máscara sobre la mesa—. Cada vez que cierras los ojos y te dejas llevar, cada vez que te pierdes en tus propios pensamientos y tus ojos lo revelan, cada vez que tu cuerpo responde a una caricia mía…

—¿Qué pasa?

—Me siento más vivo —Héctor me agarró del cuello y me besó.

El mordisco en mi labio inferior me dejó perdida; era imposible que mi cuerpo se tensara o se atara a los pesos del pasado.

Héctor me arrastraba al presente.

En su boca carnosa y prohibida, el pasado se disolvía poco a poco como una tormenta de arena en el desierto, permitiéndome sentir el oasis.

Héctor me ató con su propia corbata, ajustándola como un collar, y me guió hasta su sillón presidencial.

Jamás me había sentado allí. La sensación de poder era realmente inimaginable.

Y el hombre más poderoso de aquel edificio volvió a pasear su lengua por mi cuerpo; sus manos dejaron los rastros del crimen, el deseo y la locura que era tenerlo.

Si hubo otras palabras que no fueran nuestros nombres, gemidos o sonidos incomprensibles, se perdieron.

Héctor me abrió las piernas y avanzó con su boca cálida y húmeda, arrancándome, gota a gota, fragmentos de cordura.

Cuando su lengua recorría mi carne y su boca me succionaba con lentitud y ansia, sentía que me salía del cuerpo y era obligada a regresar a él.

Apreté con fuerza el cabello de Héctor, no para guiarlo, sino porque era delicioso sentir la ilusión de tener control sobre aquel hombre. Cuando en realidad sabía muy bien que era él quien estaba al mando.

Héctor Mitchell

Parte de mí era fuego, deseo y éxtasis desbordados por la sala. La otra parte de mí la deposité sobre la mesa tras derribar todos los objetos que ocupaban espacio y nos impedían continuar nuestra danza privada.

Bia parecía no querer soltar mi cuerpo.

Sus brazos me apretaban, seguía cabalgando con fuerza, sus uñas se clavaban en mi hombro; podría haberme quejado, pero me distraje con su hermoso cuerpo desnudo reflejado en el cristal de la ventana cubierta.

De todas las cosas que sentí en la vida, aquella era tan aterradora como fascinante.

Siempre escuché y supe todo lo que era: un hombre poderoso, descendiente de los Padres Fundadores, un multimillonario codiciado, un CEO competente, un padre ejemplar.

En los brazos de Bia yo era lo que nunca había sido.

Un chico que necesita contener la respiración para no tropezar ni perder el equilibrio ante la mujer que ama.

Y despojado de todos los títulos, de todos los honores y del peso de haber sido siempre lo que decían que era, tuve que admitir que ser el chico, el hombre de ella, el que la amaba, era sin lugar a dudas uno de los mejores papeles de mi vida.

Y mientras nuestros cuerpos se rozaban como dos piedras talladas en busca del fuego primordial, en la secreta danza que las parejas encuentran algún día para despertar el fuego invisible que habita dentro de ellas, volví a sonreír al ver en sus ojos no solo al chico que yo era, sino también al hombre en el que me había convertido y al que algún día llegaría a ser.

Parte de mí era la sonrisa que despuntaba en mis labios.

Y la otra parte de mí respondía no solo con una sonrisa, sino con gemidos y con esa dulzura que amansaba mi alma.

Y parte a parte, por primera vez, me sentía completo.

Capítulo 40

Héctor Mitchell

En el vestíbulo del Gran Templo de Nueva York, Adrian, Ethan y yo estábamos impecablemente vestidos con nuestros trajes negros, insignias en el pecho y mandiles en la cintura. Saludamos a los honorables ancianos que fueron los primeros en llegar, acompañados de algunos emisarios de otros templos de Estados Unidos, y después nos ocupamos de nuestros propios hermanos, los miembros de nuestro templo.

La casa estaba llena, todos conversaban animadamente, y mi padre fue agasajado por absolutamente todos los que se cruzaban con él, deseándole salud y larga vida.

Adrian, que estaba entre Ethan y yo, carraspeó y nos robó la atención.

—¿Cómo está tu stripper particular, también conocida como tu mujer?

—Bien —lo miré de inmediato—. Pasó por un momento difícil en el que quería estar sola. Le di el espacio que necesitaba, por un tiempo. Después...

—Sí, te conocemos, sabemos que eres pegajoso y no la dejaste en paz —Ethan se rascó las cejas.

—Brasileñas... —suspiró Adrian—. ¿Por qué brasileñas?

—No entiendo la pregunta —intenté reflexionar sobre lo que estaba diciendo.

—Todos vosotros os casasteis con brasileñas —aclaró él.

—Derick se casó con una rusa —dijo Ethan.

—Una espía rusa —cerré los ojos en desaprobación—. Ni hablemos de eso, qué dolor de cabeza.

—¿Y por qué esa conversación ahora? ¿Quieres que te consigamos una brasileña? —Ethan se volvió hacia él con un tono inquisidor.

—No. Estoy muy bien así. Ser el soltero más codiciado de Nueva York es un título que llevaré durante mucho tiempo y con mucho orgullo.

—Pero entonces, ¿por qué mencionaste a las brasileñas? Solo Ethan y yo nos casamos con... —casi terminé el pensamiento.

Casi, porque Ethan me puso la mano en el pecho y soltó un «ishhh!» tan sonoro que me hizo perder el hilo y hasta silenció a algunos que estaban cerca de nosotros.

—¿Qué pasa? —gruñó Adrian.

—Sentid ese olor —Ethan sonrió.

—¿Qué olor?! —preguntamos Adrian y yo a la vez.

—Tenéis un olfato pésimo —Ethan nos fulminó con la mirada y cruzó los brazos.

—No huelo nada... —antes de terminar de hablar parpadeé dos veces y abrí los ojos de par en par.

Pensé que nunca más lo vería.

Mi primera reacción fue dar un paso al frente y después extender ambas manos hacia las suyas.

—Ricardo... —susurré su nombre, solo para asegurarme de que era él.

Ricardo Leão estrechó mis manos y sonrió con suavidad.

Siempre dijeron que éramos bastante parecidos, incluso en los rasgos, y que lo único que nos diferenciaba era el color de los ojos y el tono de piel.

—«El hijo pródigo vuelve a casa», que es lo que dicen —Adrian se acercó y le agarró del hombro—. Qué ganas tenía de verte, hermano. ¿Cómo fue tu misión suicida?

Ricardo fue parco en la sonrisa y mostró con orgullo la cicatriz que le iba desde lo alto de la ceja hasta debajo del ojo.

—«Lo que no nos mata, nos hace más fuertes» —fue lo que respondió.

—Es muy bueno verte. Ojalá nos encontráramos en otra ocasión, sin los deberes de nuestro oficio, pero aun así me alegra mucho que hayas vuelto —aseguré.

—No me perdería esto por nada —Ricardo rió—. Además de esta «reunión importante», se acerca la fecha de las sindicaturas. Estoy ansioso por ver a quiénes vais a proponer para el Gran Templo y comprobar quién es capaz de pasar las pruebas.

No oculté mi disgusto. Este año nunca habíamos tenido tan pocas candidaturas que realmente valieran la pena. Y el nombre más sonado, Zimmerberg, era demasiado controvertido.

—Voy a saludar a nuestros honorables ancianos y luego vuelvo para escuchar las grandes noticias —Ricardo me guiñó un ojo.

—Héctor se casó. Con una stripper. Brasileña —resumió Adrian la novedad.

—Tres hermanos del Gran Templo casados con brasileñas —Ricardo rió—. Esto me parece una conspiración —dibujó una sonrisa ladeada y agarró a Ethan del brazo—. Me llevaré conmigo al más descarado, señores.

Adrian miró el reloj en su muñeca y respiró hondo.

—Ha llegado la hora. Tengo que abrir la puerta de la sala de reuniones, quedaos aquí.

Apenas dijo eso y fue a cumplir con su deber.

Yo permanecí allí, solo durante apenas dos minutos, contemplando las dos columnas que se alzaban frente al templo.

Volví al mundo real al ver una figura vestida de rojo delante de mí.

—Exprésate, comparte tus preocupaciones —sugirió ella—. Trae tus dolores a la luz y jamás podrán convertirse en sombras.

Lilith casi logró que sonriera. Pero me contuve y la reverencié con seriedad.

—Algún día Anthony estará aquí. Y eso me inquieta.

—Ah, el futuro… —sonrió.

—Sí. El futuro. Me preocupa.

—Claro que sí. Buda decía que solo hay dolor en el pasado o en el futuro. En el presente nunca hay dolor. En el presente lo tenemos todo y somos todo lo que necesitamos. La inseguridad o las expectativas del futuro, y las heridas o recuerdos del pasado, son lo que despierta el dolor dentro de nosotros.

—No te cansas de ser la mejor maestra —le dije en tono de elogio.

—No hay maestro sin alumno. No hay tinieblas sin luz. No hay verdad sin mentira. Los contrarios forman la armonía del universo. Nadie sabría lo que es el día si no existiera la noche —acarició con suavidad el dorso de mi mano—. Y tú has encontrado tu contrario. Algún día todos lo encontramos. Y así generamos la armonía de nuestro universo interior.

—¿Esto es sobre Anthony?

—Esto es sobre ti. En el pasado fue sobre tu padre. En el futuro será sobre Anthony. Pero ahora es sobre ti. Tú eres el Gran Templo de tu propia familia. Y un Gran Templo necesita columnas, paredes, techo… pero no sería más que una construcción burguesa y

majestuosa si no fuera por la llama sagrada que habita en su interior. Y nosotros somos esa llama.

Lilith se alejó despacio y se volvió hacia la puerta.

La figura que apareció frente a nosotros no nos inspiró ninguna reacción.

—Señora Embajadora del Mercado —fue el saludo del hombre —. La Caballera Roja, Madame Lilith, la Gitana —se detuvo ante el pilar blanco que estaba frente a la puerta del templo.

Lilith salió del templo, se detuvo ante el pilar negro que estaba frente a la puerta y extendió la mano.

—Señor presidente —dijo sin mostrar sentimiento alguno.

El hombre hinchó el pecho, balanceó el cuerpo hacia adelante y hacia atrás en un movimiento casi imperceptible y levantó la ceja.

—Dentro del Gran Templo soy solo un hermano más —sonrió mientras le estrechaba la mano.

—Entonces estás invitado a entrar —Lilith tocó su mano y entró primero; él la siguió.

—Héctor —me saludó.

Le devolví el apretón de manos y permanecí allí, inmóvil como una estatua, observándolos.

—¿Dónde está tu celadora? ¿Esa extraña? —el hombre se volvió hacia Lilith.

—Anda por ahí.

—Antes de entrar... —vaciló en dar un paso más—. Quiero preguntarte algo y necesito tu verdad.

—Dime.

—Esto no es asunto del gobierno, sino del Gran Templo. Habíamos seleccionado a algunos hombres para que fueran nuestros informantes sobre lo que ocurría en Brasil. Uno fue asesinado. Otro

está preso. El que espiaba de cerca a la presidenta sigue en el poder, pero no logró completar la misión que le encomendamos.

Lilith permaneció atenta.

El hombre, de cabello rubio y rostro anaranjado, respiró hondo con esa ironía que siempre dejaba traslucir.

—¿Tiene esto que ver con el nuevo Embajador de allí?

Lilith sonrió de una forma casi maternal, algo capaz de desarmar a cualquiera.

—Ese país es una situación delicada —explicó el hombre—. Podemos invadir y generar guerra en Oriente porque a nadie le conmueve. Irak no es la postal de ningún lugar, nadie se despierta diciendo «vamos a pasar las vacaciones en Irak». Pero con Brasil es distinto. Por eso la situación es delicada y necesitamos tomar lo que queremos de la manera más… transparente posible.

Lilith arqueó las cejas como si desconociera el asunto.

—Queremos el petróleo —dijo muy serio—. Y aún no tenemos todo el petróleo que deseamos. —Su expresión se endureció, las aletas de la nariz se ensancharon, sus ojos pequeños parecieron agrandarse.

—Todo ocurre en el momento oportuno.

—No tengo tiempo para tu filosofía. Soy hijo del Gran Templo de Nueva York. Cargo con una responsabilidad y quiero ser recordado como el hombre que cambió escenarios importantes en el mundo.

—Sí —tuve que coincidir con Lilith—. El futuro genera inseguridad y expectativas, y eso provoca dolor...

El hombre alzó una ceja y me miró sorprendido.

—¿Cómo?

—Haré llegar tus quejas a los Señores del Mercado —Lilith se interpuso entre nosotros y sonrió—. Hasta entonces, tenemos

asuntos del Gran Templo que resolver.

—De acuerdo.

Nos dirigimos a la sala principal de reuniones, la más grande del lugar.

Cuando entré, todos ya estaban sentados en sus lugares; la luz tenue se reflejaba suavemente en el suelo blanco y negro. Me senté en la mesa directiva junto a Derick; Lilith se colocó detrás de nosotros, en el gran trono reservado a un cargo que iba más allá de aquellas paredes, más allá de todas las fronteras.

Un minuto después entró Adrian y condujo al hombre a su antiguo asiento, donde asistió al inicio de la ceremonia, a los informes y a algunas cuestiones de orden antes de tomar la palabra.

Se mantuvo rígido en la silla, a ratos distraído, a ratos sin prestar demasiada atención a los asuntos importantes que teníamos en la agenda.

Y, como de costumbre, cuando le tocó hablar, respiró como un dios, sonrió y se movió como si estuviera en un auténtico espectáculo, desbordando ironía y plagado de muecas burlonas.

—Es un honor volver a mi casa, a mi tienda, a mi Gran Templo, donde mi padre fue iniciado y yo cargo con la ancestralidad —dijo con toda pompa y sonrió a su audiencia.

Todos respondieron con miradas serias y atentas.

—Somos la capital del mundo. Creamos el mundo contemporáneo y lo mantenemos en pie. De aquí salen las grandes decisiones que cambian el rumbo de toda la humanidad, y nosotros tomamos muy en serio la carga, el privilegio y el legado que dejaron los Padres Fundadores de esta nación.

Adrian soltó un suspiro tan alto que tuve que darle un puntapié por debajo de la mesa.

—Fui privilegiado y me convertí en presidente. No es propio de mí dar explicaciones, pero es inconcebible que los hermanos de mi templo puedan decir que conspiré con los rusos para llegar a donde llegué. Eso no ocurrió. Yo di voz a los deseos del pueblo. Vieron en mí la materialización de sus sueños, de sus proyectos y de sus sentimientos, no solo sobre nuestra gran nación, sino también sobre sí mismos.

—Despiértame cuando termine —murmuró Adrian.

—Juntos vamos a reconstruir la nación del futuro. Dejar de lado ese populismo de querer ayudar a los más pobres y centrarnos en lo que realmente sabemos hacer: la guerra, la soberanía y el mantenimiento del sistema.

Mi padre lo observaba con una mezcla de admiración e incredulidad. Tuve que reprenderlo con la mirada cuando empezó a negar con la cabeza en algunos momentos.

—Es nuestra misión destruir de una vez por todas el gran fantasma que nos acosó en el siglo pasado. Y evitar que América sea infectada con la enfermedad que azotó a nuestros hermanos en Oriente. Somos los iluminados, los más viejos y sabios. De colonizados a colonizadores. Inspiramos revoluciones. Nunca permitiremos que el mal triunfe sobre el bien. El Bien Mayor es lo más importante que existe, y con él colonizaremos el mundo y convertiremos al mundo en el patio trasero de nuestra gran nación.

Recibió el apoyo de varios miembros del salón que, como en un grito de guerra, mostraron estar de acuerdo con su discurso.

—Somos los poseedores del verdadero poder. Y si el poder es petróleo, ese poder es nuestro.

De nuevo estallaron gritos de aprobación.

—Si los inmigrantes vienen aquí a intentar robarnos nuestro poder, los pondremos en su sitio.

El apoyo no hizo más que aumentar. Derick arqueó una ceja y me miró, incrédulo.

—El mundo necesita saber que solo hay un señor, y ese señor es el Gran Colonizador, armado con el Bien Mayor, al que se le encomendó iluminar y someter a todo el mundo.

—Creo que dormí demasiado y desperté en marzo de 1933 — Adrian se acomodó en la silla.

—Basta ya de asistencialismo. Basta de hacer la vista gorda ante los errores de las naciones. Basta de empujar los problemas hacia adelante. Enfrentaremos lo que venga y cumpliremos lo que nos fue legado: nuestra gran misión.

Hizo una pausa, infló las aletas de la nariz y el pecho, y antes incluso de terminar fue ovacionado en pie:

—¡Haremos América grande otra vez!

Epílogo

Héctor Mitchell

Ocho años después.

Allen Rodríguez Mitchell, un niño de siete años, estaba sentado en su escritorio en la sala presidencial de Mitchell & Smith, rodeado de libros, bolígrafos, lápices de colores y una tableta. Parecía algo rígido, erguido en la silla, con la mirada fría e impersonal. Con un bolígrafo negro garabateaba lo que debía de ser un nombre y pasaba el papel hacia la derecha.

Contuve la sonrisa y respiré hondo. Lo observaba desde mi mesa de trabajo y apartaba los ojos antes de que se diera cuenta de que estaba siendo vigilado.

Era divertido y extraño ver a mi hijo imitarme. Era perfeccionista en cada gesto. Sabía mantener una expresión neutra, sin emociones; cuando cogía la tableta y miraba la pantalla se mordía el labio inferior —igual que yo hacía cuando la foto de nuestra familia aparecía en mi móvil—, y mantenía siempre una postura de alguien cuyo tiempo es muy valioso.

—¿Qué estás haciendo, hijo? —rompí el silencio.

—Jugando —respondió con una sola palabra, torció la cara hacia la izquierda con gesto de desagrado, arrugó un folio en blanco y lo tiró a la papelera.

Otra vez tuve que contener la risa. Estiré el cuello para evaluarlo.

—¿Jugando a qué?

Allen volvió sus brillantes ojos azules hacia mí, suspiró muy despacio y, con la madurez de sus siete años, dijo:

—A ser CEO.

Fruncí el ceño y de inmediato empujé la silla hacia atrás para observarlo más de cerca.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué eres CEO?

—De una empresa —lo dijo como si fuera algo obvio.

Era un atrevido, incluso con su propio padre.

—¿Y qué hace tu empresa? —insistí.

—Dinero —Allen volvió a garabatear formas abstractas en el papel, lo que cualquiera llamaría arte moderno, y con una casi sonrisa ladeada deslizó la hoja hacia la derecha—. Acabo de cerrar un contrato multimillonario.

Al terminar, mi hijo me miró fijamente, parpadeó y golpeó la mesa con las manos:

—¿Y usted no va a trabajar?

—No. Voy a jugar contigo.

—Usted juega a ser CEO todos los días —se encogió de hombros.

—Entonces podríamos buscar algo divertido para jugar —me levanté de la silla, me quité la chaqueta y la dejé sobre la mesa.

Allen empujó la silla hacia atrás y buscó una ruta de escape. No tenía escapatoria. Intentó escabullirse por debajo de la mesa, pero lo atrapé por los brazos y lo subí a mis hombros.

—Papá, ya no soy un niño, soy el CEO —protestó.

—Vale, pero vamos a jugar a los aviones —eché a correr con él por el despacho. Allen tardó, pero cedió. Abrió los brazos, empezó a imitar el sonido de una turbina con la boca y a moverse encima de mí.

—¡Turbulencias! —gritó.

Tuve que agacharme, lo sujeté con firmeza por las piernas y empecé a balancearlo.

—Comando a la torre, comando a la torre, tenemos un problema en este avión. Es viejo y se cae a pedazos —Allen se echó a reír.

—¡Eh! —me quejé.

—Pero este piloto es muy competente y va a conseguir aterrizar. Cambio. Señores pasajeros, abróchense los cinturones, ¡la bajada va a ser con emoción!

Seguimos jugando hasta que Beatriz llegó.

Al abrir la puerta se encontró con su hijo ya sin traje ni pantalón, solo en calzoncillos, pintado entero como un indio. Allen pasó corriendo junto a ella y salió del despacho.

—No voy a preguntar qué ha pasado —hizo una mueca y vino directa a mis brazos.

—Hola, amor. Solo estaba recordándole a Allen que uno solo es niño una vez. Y que necesita dejar de imitar al padre estirado y empezar a ser más espontáneo y divertido, como su madre.

Bia entrelazó los brazos alrededor de mi cuello y apoyó la cara en mi pecho. Yo la sujeté por la cintura y apoyé la barbilla sobre su cabeza.

—¿Mucho trabajo en la clínica?

—Sí, muchísimo. Necesito vacaciones. Deberíamos irnos otra vez de vacaciones en familia, las últimas fueron hace tres meses.

—Marca un lugar en el mapa y me avisas —la mantuve entre mis brazos un rato más hasta reunir el valor de soltarla—. Anthony viene para acá también —la informé—. Ha recibido la carta de Harvard.

—¿Ha sido admitido? —se animó de repente.

—No tuvo valor de abrirla —me apoyé en la mesa y me senté —. Dijo que era mejor que tú la abrieras.

Bia frunció el ceño y rodeó la mesa, colocó la silla presidencial en su sitio y se sentó en ella.

—Anthony tiene un currículum impecable. Lleva dos años ayudándome en la clínica, además de haber hecho prácticas en la empresa de Ethan Evans. No entiendo por qué lo rechazarían.

—No lo harán —me levanté y metí las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Una madre licenciada en psicología en una de las mejores universidades del país, un padre ingeniero, sin hablar del apellido...

—Ya entiendo, piensas que se siente inseguro —analizó Bia—. Pero me parece tierno que quiera compartir este momento con nosotros. Yo también lo compartí cuando solicité plaza y me aceptaron en psicología.

Asentí.

—¿Y cómo te sientes con que se vaya tan lejos? —preguntó.

—¿Eres mi mujer o mi terapeuta? —me quejé.

Bia puso los pies con sus tacones rojos encima de mi mesa.

—Soy muchas cosas, señor Mitchell.

—Y buena en todas ellas —me acomodé la corbata y caminé despacio hacia ella.

Siempre había creído imposible amar a alguien durante mucho tiempo. Una semana era suficiente para cansarme de las personas con las que salía. Pero con Bia algo extraño pasaba cada vez que nos mirábamos.

Era como la chispa de una llama en plena oscuridad.

Y poco a poco las miradas se transformaban en sonrisas.

Y las sonrisas en respiraciones entrecortadas.

Y esa falta de oxígeno en el cerebro nos empujaba a ciertas locuras.

—¡Ha llegado! ¡Ha llegado! —Allen irrumpió en la sala, desnudo, y corrió hacia su mesa de estudio, donde se sentó y fingió la misma cara impasible del principio.

Anthony entró por la puerta segundos después. Vestía formal, dejó la mochila sobre la butaca frente a la mesa, se quitó los auriculares y vino hacia mí, me besó en la cara y me abrazó.

—¿Y el resultado? —pregunté.

—Lo descubriremos juntos, papá —se apartó y fue hacia Bia —. Aquí tienes, mamá, en tus manos —le entregó el sobre, levantó la cara y llenó los pulmones de aire—. Estoy listo.

Bia rompió el sobre sin ceremonias. Antes de sacar el contenido, Anthony se quedó sorprendido al ver a su hermano.

—¿Qué estás haciendo?

—Jugando.

—¿Y a qué estás jugando?

—A ser CEO.

—Allen, estás desnudo.

—Soy el CEO, yo pongo las reglas —protestó Allen y volvió a garabatear los papeles frente a él.

Anthony negó con la cabeza. Al volver la atención hacia Bia le hizo una señal para que se detuviera.

—Yo... yo no... no sé si...

—Hijo —me acerqué a él.

—No me siento... yo no... —empezó a tartamudear.

Bia se levantó, yo fui hacia él y le cogí las manos. Anthony me miró con los ojos azules asustados y el rostro muy enrojecido.

—Estoy teniendo un ataque de pánico —murmuró.

—Está bien. Sabemos cómo manejarlo, ¿verdad? —puse una mano en su cintura y lo conduje fuera del despacho—. Bia, vigila al CEO desnudo.

—Claro que lo vigilo.

Anthony y yo fuimos al vestíbulo que precedía la sala presidencial. Hice una señal a mi secretario para que saliera y nos dejara a solas.

Lo conduje hacia uno de los sofás y me senté frente a él.

—Dime qué estás sintiendo —le sujeté los brazos.

—Yo no... yo... —Anthony empezó a enredarse con las palabras—. ¿Y si... yo no... soy suficiente?

—¿Cómo?

—¿Y si no soy suficiente para Harvard? Soy un adolescente con ansiedad y ataques de pánico, estoy lejos de ser un genio como el tío Ethan o un hombre firme y decidido como tú... Y ya sabes que lo que yo quiero es ir a la escuela de robótica, no quiero hacer la misma carrera que tú, yo solo...

—Shhh —apreté sus brazos y lo acerqué con cuidado a mí.

Anthony temblaba. Una vida entera así no me había preparado para cada vez que sufría uno de esos episodios; cada vez era como enfrentar por primera vez todo aquel huracán.

—Para empezar, eres más que suficiente para Harvard. Lo eres para Harvard, Oxford, Stanford, Cambridge... Te apasiona lo que quieres hacer, te entregas en cuerpo y alma a todo lo que emprendes, tienes un gran corazón, ayudas a tu madre en la clínica y has hecho prácticas con Ethan. Ellos valoran que seas proactivo y que te involucres en cuestiones sociales.

Jamás le diría a mi hijo que, por el historial familiar y por el apellido, sería aceptado en cualquier universidad del mundo. Eso

sería afirmar que era quien era solo por la familia y eso, en gran parte, era mentira.

Anthony se había preparado, había construido una trayectoria impecable para poder ser admitido a la primera. Y como me pidió que no usara mi influencia para facilitarle las cosas, le di mi palabra.

—Confío en ti. Eres más que suficiente —repetí.

—¿Y si me aceptan? No quiero decepcionarte. Sé que debería ser el próximo presidente de Mitchell & Smith, pero yo no me veo feliz aquí, papá.

Respiré hondo. Como hacen los padres cuando ven crecer a sus hijos y tienen que decirles algunas verdades.

—Anthony, mírame —le pedí—. No me vas a decepcionar por no seguir mis pasos. Sigue tu corazón. Busca, por encima de todo, tu realización personal, sin importar lo que digan los demás. Encuentra tu lugar en el mundo, y si no existe, constrúyelo. Nunca vas a estar solo, me tienes a mí, a Bia, a tu hermano, a tus parientes, a tus tíos...

Él asintió.

—No te preocupes por lo que pase después de descubrir lo que dice la carta. Yo estaré aquí y vamos a decidir juntos qué hacer. Deja que el futuro llegue a su debido tiempo. En el presente me tienes a mí como apoyo, y eso basta.

—Gracias, papá —Anthony cerró los ojos y me apretó las manos.

—Yo también estuve muy ansioso en mi época —confesé—. Es un fastidio que otros te evalúen para poder seguir tus sueños.

—Sí.

—Pero tus sueños no dependen de Harvard. Encontrarás la manera de construirlos por ti mismo, porque eso es lo que hacemos desde el inicio de la humanidad, hijo. Encontramos un camino.

—Vale.

—Te visitaré cada semana —le avisé.

—Papá... —me reprendió.

—Tienes un buen corazón, hijo. Aunque te hagan daño, aunque intenten aprovecharse de él, nunca permitas que tu corazón se endurezca. Sé valiente para afrontar los obstáculos y sé amable al tratar con las personas. Confío en ti y en la educación que te he dado.

—Puedes visitarme cada quince días —rió mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos.

—Cada semana y sin negociación —me puse en pie—. Cuando estés listo, yo también lo estaré.

Anthony permaneció sentado un minuto más. Con los ojos cerrados aún parecía tenso, intentando calmarse.

Era imposible no ver cómo el tiempo pasaba ante mis ojos.

El pequeño y frágil bebé dentro de una incubadora del que todos decían que no sobreviviría; el niño introspectivo y tímido que poco a poco se fue abriendo al mundo; el chaval al que hirió alguien que debería haberlo protegido y que encontró en una completa desconocida la fuerza para seguir, hasta acabar llamándola madre; y el adolescente que, como todos los adolescentes, estaba lleno de paranoias, miedos e inseguridades, pero también de una valentía, una osadía, una firmeza y unas ganas de lo nuevo que los adultos jamás deberían perder.

—Estoy listo —anunció, levantándose.

Le acomodé el traje y le indiqué que pasara delante.

Cerré la puerta tras nosotros al entrar y esperé algún gesto de Bia que revelara el contenido de la carta.

Ni siquiera la había tocado.

—¿Listos? —preguntó.

—Lo estaremos cuando suceda —respondí.

Bia sacó el contenido del sobre y torció la boca al leer el encabezado y la decisión de la solicitud.

Miró a Anthony y luego a mí.

—Espero que le hayas dicho que lo visitaremos todos los fines de semana.

—Se lo dije —aseguré.

Bia asintió.

—Has sido admitido, cariño.

Anthony se quedó completamente en shock. Permaneció quieto, con los ojos muy abiertos. Estiró la mano para coger la carta y comprobar por sí mismo la veracidad de la noticia.

—He aprobado —dijo, aún incrédulo.

El niño del que oí toda la vida que no sobreviviría, iba a Harvard.

Recibí su abrazo con todo mi cariño y le acaricié el pelo. Bia se unió también y lo estrechó con ternura.

Fue ella quien lo cambió todo. Nos encontró en un momento en que estábamos heridos, sin esperanzas y separados.

Y aquel era uno de tantos momentos en los que no podía imaginar mi vida sin Bia, alguien de quien me enamoré despacio, pero a quien amé rápida y perdidamente.

—Gracias, familia —agradeció Anthony, apretado entre los dos.

El desnudo también vino al abrazo y se agarró a la pierna de su hermano.

—Yo también voy a Harvard, ¿verdad, mamá? —preguntó Allen.

—Claro que sí, hijo —respondió ella.

—Pero dentro de once años. ¡Y ni se te ocurra crecer tan deprisa! —le advertí.

Dentro de poco...

Adrian Cavalieri

Yo no nací para amar.

No te dejes engañar por lo que esas tres chicas hermosas, desnudas, marcadas y exhaustas, encima de la cama, puedan decirte.

—Adrian... —una de ellas aún susurra mi nombre. Lo gritó durante horas, hasta hace unos minutos, cuando alcanzó su último orgasmo y se rindió.

—Ven a dormir... —la rubia, con los ojos semicerrados, embriagada por su propia lujuria, se aferra con fuerza a mi pantalón de traje mientras abrocho el cinturón.

Hombres como yo no duermen.

Hombres como yo no duermen, no dan explicaciones y mucho menos saben lo que es amar.

El problema debe de estar en mí, sin duda, porque todo lo que me atreví a amar en la vida se deshizo entre mis manos. Fueron tantos golpes que hace mucho tiempo renuncié a ese estúpido sentimiento.

Yo no nací para el amor, y él no existe para mí.

He vivido lo suficiente para ver cómo me arrancaban todo lo que amaba: mis hermanos mayores, que sustituyeron a mi padre en los negocios de la Famiglia; la mujer que creí amar... incluso a mi hermana gemela.

Ni siquiera he llegado aún a los treinta, si es que algún día llego. Y ya estoy agotado.

Y aun así, no queda absolutamente nada, ni fuera ni dentro de mí, salvo poder, sexo y vicios.

Poder que me permite usar y abusar de quien soy para estar, tener y ser todo lo que quiera. Sexo para poder follar con quien quiera, cuando quiera, como quiera; ¿acaso existe un pasatiempo mejor? Y vicios, por supuesto, para entregarme a las noches luminosas de Nueva York en busca de un destello de luz para mi espíritu sombrío.

Lo que me queda es anestesiar el alma y librarme, al menos por una noche, a veces solo por unas horas, de los fantasmas que me persiguen.

Créeme, son muchos.

Y siempre regresan.

Cuando no estoy demasiado ocupado enfrentándome a mis propios fantasmas, me toca lidiar con los de los demás.

Me cubro con un abrigo slim, sujeto con firmeza el sombrero fedora y lanzo al aire un billete de cien dólares como propina. Salgo del hotel de cinco estrellas y, antes de mirar el reloj en mi muñeca, me topo con un coche negro frente a mí. Su puerta se abre en mi dirección y avanzo. Soy recibido enseguida con un:

—*Buongiorno, signore*. La hija de Virgilio se casa la semana que viene, por favor no lo olvide —me recuerda Marco, mi *consigliere*, ese compromiso importante.

Veo cómo abre su agenda de tapa negra, repleta de anotaciones con fechas, garabatos, nombres, sentencias y cifras.

El coche arranca, contemplo la calle por la ventana y me mantengo en silencio.

Me gusta.

—Todas las veces que se dan estas ocasiones y todas las *Famiglias* se reúnen, aquel asunto suyo vuelve a salir... —dice Marco. Debo de haberle hecho algún mal para que empiece el día hablando de un compromiso tan torpe.

A Marco no le gusta el silencio.

Sé que va a insistir en esa conversación. Y él sabe que a mí no me gusta y que estoy dispuesto a abrir su puerta y echarle fuera del coche, a la mayor velocidad posible.

Mi padre, Constantino Cavalieri, junto con dos poderosos socios, miembros de las más influyentes *Famiglias* italianas, los Sartori y los Tomazini, residentes en Estados Unidos, lograron una gran hazaña que fue llamada: el Pacto de Sangre.

A partir de la iniciativa de esos tres hombres, la guerra de los italianos en EE. UU. por poder, territorios y ventajas llegó a su fin, convirtiéndonos en una sola gran *Famiglia*, perfectamente jerarquizada, ilustrada como un árbol gigantesco cuyas raíces descendían hasta el infierno y cuya copa alcanzaba la bóveda celeste. Los troncos de ese árbol eran las distintas familias que componían nuestra organización, y el primero entre iguales, el gran padrino, el hombre encargado de mediar, dirigir y organizar toda la estructura, no era otro que yo.

Primero fue mi padre, que consiguió con habilidad poner fin a las guerras internas y aplastar a los rebeldes; después, la familia Tomazini tomó el control cuando él murió, pero carecían de la mano firme de los Cavalieri.

Enrico, mi hermano mayor, dirigió los negocios de las *Famiglias* mientras yo estaba en la guerra en 2011; fue traicionado por su propia esposa y entregado a los rebeldes en 2015. Aquello no hizo más que reforzar la idea de que el amor, ese sentimiento repugnante, no es más que una ilusión para engañar a idiotas.

Alessandro, mi otro hermano, no duró mucho; era demasiado amable, demasiado conciliador, intentaba complacer a todos... Un

día amaneció muerto. Mejor dicho, un día simplemente no despertó, a pesar de que su casa estaba custodiada por buenos hombres.

—¿Cuál será su excusa esta vez, señor? —insiste Marco en el tema.

Le miré como si estuviera a punto de echarle del coche de una patada, y él me sostuvo la mirada, preparado para aferrarse donde fuera necesario.

Yo solo quería alejarme de aquella conversación, perderme en las calles que desfilaban con tanta rapidez por la ventana del coche, las mismas donde Enrico me enseñó a montar en bicicleta y Alessandro y yo pasábamos buena parte del tiempo intentando ligar con chicas de familias pudientes... pero el deber me llamaba.

—Soy el primero entre todos, el jefe. No me voy a casar.

—La familia de Virgilio insiste en que se case. Se espera del jefe, del gran padrino, que tenga esposa e hijos, eso transmite la seriedad necesaria para controlar a esos hombres. Y, por supuesto, al casarse con una de sus hijas...

—No me voy a casar —recalqué. Aproveché para subirme la bragueta, que había quedado abierta—. Lo último que necesito ahora, en esta mierda de vida, es una mujer como un candado en mis pelotas.

Como puedes ver, esa frágil y virtual alianza entre las familias se mantuvo a través de matrimonios concertados.

Los hijos e hijas de los jefes más prominentes de las *Famiglias* fueron «subastados» como si fueran objetos: obligados a casarse para levantar esta montaña de poder que ahora parecía más bien un volcán a punto de estallar.

Enrico se casó con la hija mayor de los Vitalli, que fueron castigados como correspondía por su traición; su linaje fue borrado y no quedó ni un solo niño para contar la historia. El ejemplo surtió efecto: no volvieron a producirse rebeliones internas. Alessandro se

atrevió a casarse con alguien de fuera de la *Famiglia*; al fin y al cabo, Enrico era el jefe, estaba vivo, y nunca pensó que un día ocuparía el cargo...

Yo nunca fui subastado.

No es que no fuera atractivo, muchas veces los poderosos intentaron cortejarme para que pidiera la mano de sus hijas. Pero mi padre tenía planes más grandes para mí.

Toda la mafia ya estaba bajo su dominio, mis hermanos mayores lo sucederían, así que él quería expandir los negocios.

Mi hermana y yo fuimos los únicos Cavalieri que nacimos en suelo estadounidense, y fue así como buscó la oportunidad de insertarnos en la mayor red de poder americana: los italianos tienen la mafia, los americanos tienen sus órdenes secretas y, entre ellas, la sociedad madre, que a lo largo de la historia recibió muchos nombres.

Aquí llamémosla simplemente «El Gran Templo» o «La Colmena».

Y fue así como todas las *Famiglias* me quisieron como sucesor de Alessandro. Yo era más grande, más poderoso, más influyente que todos ellos juntos, no solo por haber nacido Cavalieri, sino por ser miembro de las entrañas mismas del poder americano.

Así fue como me convertí en El Jefe.

Y ahora todos deseaban casarme con sus excelentísimas hijas para llevarse un pedazo de mi poder.

El coche negro en el que iba se detuvo. El mismo modelo que estaba justo delante y también detrás hizo lo mismo.

En una avenida muy concurrida del centro de Nueva York, encontramos a nuestro objetivo. Era una mujer rubia, alta, escondía sus hermosas curvas bajo un abrigo blanco, caminaba con mucha prisa y pareció darse cuenta de que habíamos parado por su culpa.

—¿Es ella? —preguntó Marco.

Entrecerré los ojos, mi memoria nunca fallaba, sí que era ella.

—Sí, es ella. Amanda Lavinsky —respondí.

Vi a dos hombres salir del coche de delante, abordaron a Amanda, que enseguida fingió no entender. Alzó las manos, trató de llamar la atención de la gente más cercana, incluso buscó ayuda de unos policías que estaban allí.

—Señor, por favor... —Marco me sujetó del brazo cuando abrí la puerta del coche.

Le lancé una sola mirada y enseguida retiró la mano. Sabía perfectamente que yo era capaz de arrancársela de cuajo sin pensarlo dos veces.

Cuando vi que los policías se acercaban a Amanda, me quité el sombrero negro y me acomodé el pelo para que quedara impecable. No hizo falta decir nada: simplemente fingieron que Amanda ya no existía en cuanto me situé a su lado.

¡Qué mafiosos tan inútiles! Ni siquiera saben manejar a una mujer... tsk.

—¡Por favor! ¡Necesito ayuda! —sollozó ella.

—*Buongiorno, Amanda* —la saludé.

Dejemos algo claro desde el principio: ¿soy un monstruo? Sí. Pero bien educado.

—Adrian, por favor... —suplicó, con las lágrimas arrastrando el maquillaje de su rostro, dejando al descubierto un desespero aún más evidente—. Necesito hablar con Héctor, puedo explicarlo todo, él sabe que no fue mi intención... yo solo estaba obedeciendo órdenes...

Le puse el dedo índice delante de los labios e hice un «shh» muy suave, lo que, al parecer, la puso todavía más nerviosa. Yo, en cambio, me mantuve imperturbable, como siempre. Me incliné poco

a poco hacia ella, hasta que nuestras narices se rozaron. Amanda abrió los ojos de par en par y yo dibujé lo que parecía una sonrisa.

—Quiero que recuerdes las crueldades que cometiste con el pequeño Anthony Mitchell, Amanda —suspiré—. Vas a aprender conmigo que podrías haber sido mucho más creativa y cruel. Y espero que esos recuerdos te hagan lo bastante fuerte como para soportar lo que voy a hacer contigo —el dorso de mi mano se deslizó por aquella piel suave.

No pude contener la sonrisa ladeada.

—Fue su madre, Adrian... ¡ella me lo prometió! Dijo que aquello lo arreglaría todo. ¡Necesito a Héctor, a Héctor...! —intentó.

—Shhh —volví a pedirle.

La mujer que había ayudado a maltratar psicológica y físicamente a mi ahijado, el heredero de los Mitchell, tembló. Sus pupilas se dilataron y sus dedos se estremecieron sobre el abrigo.

Di una breve vuelta alrededor de Amanda y me situé a su espalda. La rodeé por el cuello con mi brazo, le cubrí la cabeza con un saco negro y esperé hasta que su cuerpo cedió y cayó en mis brazos.

La calma con la que actuaba en esos momentos perturbaba a la gente. Bueno... no los culpaba.

Lidiar con terroristas era mi especialidad. Y enviarlos a hablar con el diablo en persona era mi misión en la tierra.

—¿Por qué cojones no han abierto todavía el maletero? —pregunté con calma, sin alterar la voz.

De inmediato, mis hombres abrieron el compartimento y yo la lancé dentro, como si no pudiera romperse.

¿A quién le importaba, al fin y al cabo?

Cerré el maletero y marqué un número en el móvil. Al segundo tono, me contestaron.

—¿Sí? ¿Adrian?

—*Buongiorno, señora Mitchell* —la saludé.

Beatriz Mitchell pareció bastante animada al oír mi voz, y no pude contener la fina sonrisa que se dibujó en mis labios. Nunca fui de mostrar sentimientos, pero ella era la esposa de uno de mis mejores amigos y, por tanto, formaba parte de mi familia.

—Está hecho —fue lo único que dije antes de colgar.

Observé cómo el coche negro con mis hombres y Amanda en el maletero se alejaba, mientras la avenida abarrotada seguía con su rutina: turistas buscando dónde empezaban los rótulos luminosos, policías haciendo su trabajo, artistas callejeros ganándose la vida con unas monedas...

La busqué.

Fue allí donde la perdí.

No importaba cuánto tiempo hubiera pasado, yo seguía creyendo que era posible recuperarla...

—¿Señor? —la voz de Marco volvió a arrebatarme lo poco que quedaba de lo mejor en mí.

Dios bendiga a ese hombre, cada vez que me siento débil y humano me despierta al monstruo que soy.

—¿Sí? —me giré hacia él.

—Señor, ha ocurrido algo urgente y lo han solicitado.

—¿Más problemas? —me masajeé las sienes—. ¿Asuntos de la *Famiglia*?

Solo me venía a la cabeza la maldita boda de la hija de Virgilio Barone la próxima semana y tener que soportar a mil muchachas vírgenes siendo ofrecidas a mí.

Arqueé una ceja, divirtiéndome de antemano al imaginar la escena; ser el soltero más codiciado de Nueva York no era un

problema, podía ostentar ese título al menos un par de décadas más...

—¿Qué ha pasado, Marco?

—Problemas en esa Sociedad Secreta suya.

Próximamente, la historia de Adrian Cavalieri:

Perseguida por el mafioso

También te puede gustar...



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FKTNYPD8/

Relación jefe y empleada + secretaria virgen y director + dominante y sumisa + Atracción prohibida

Aurora López es una Cenicienta moderna. Nunca ha sido la más guapa, nunca ha tenido novio, nunca la han besado. Y, por supuesto, nunca ha hecho el amor con nadie.

No tiene ratoncitos por amigos ni un hada madrina, pero creía que cumpliría sus sueños en Nueva York. Solo que… nada salió como esperaba. Con su familia al borde del colapso, recibe un ultimátum de su abuela: casarse con un viejo ranchero de su ciudad natal, que tiene el doble *(¿el triple? ¿quizá el cuádruple?)* de su edad.

En un último intento por cambiar su destino, se presenta a una oferta de empleo en la empresa de **Edward Cooper**, un CEO implacable, frío, calculador… y peligrosamente atractivo. Edward no es ningún príncipe azul, pero podría ser el único capaz de salvarla antes de que suenen las doce campanadas.

Lo que empieza como un trabajo se convertirá en una atracción irresistible.

Y cuando los secretos salgan a la luz… ni el amor podrá protegerlos.

No recomendada para menores de 18 años.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FH7LNGHJ

RELACIÓN FALSA · VENGANZA ROMÁNTICA · PADRE SOLTERO · VECINOS CON TENSIÓN SEXUAL · NIÑO AUTISTA · ROMANCE RÁPIDO

Anne Moore siempre va detrás de lo que quiere.

Ha luchado mucho para sacar adelante su pequeña agencia de eventos en Miami y mantener una relación de diez años con Samuel Griffin, dos logros de los que se siente muy orgullosa.

Hasta que, tras un fin de semana increíble con su novio, recibe al día siguiente una propuesta para organizar su boda… *¡pero con otra mujer!*

Entre el desespero, un ataque de locura y unas gotitas de Rivotril, Anne decide que lo mejor que puede hacer es aceptar el trabajo y convertir el gran día de su ex en una auténtica pesadilla.

¿Y cómo?

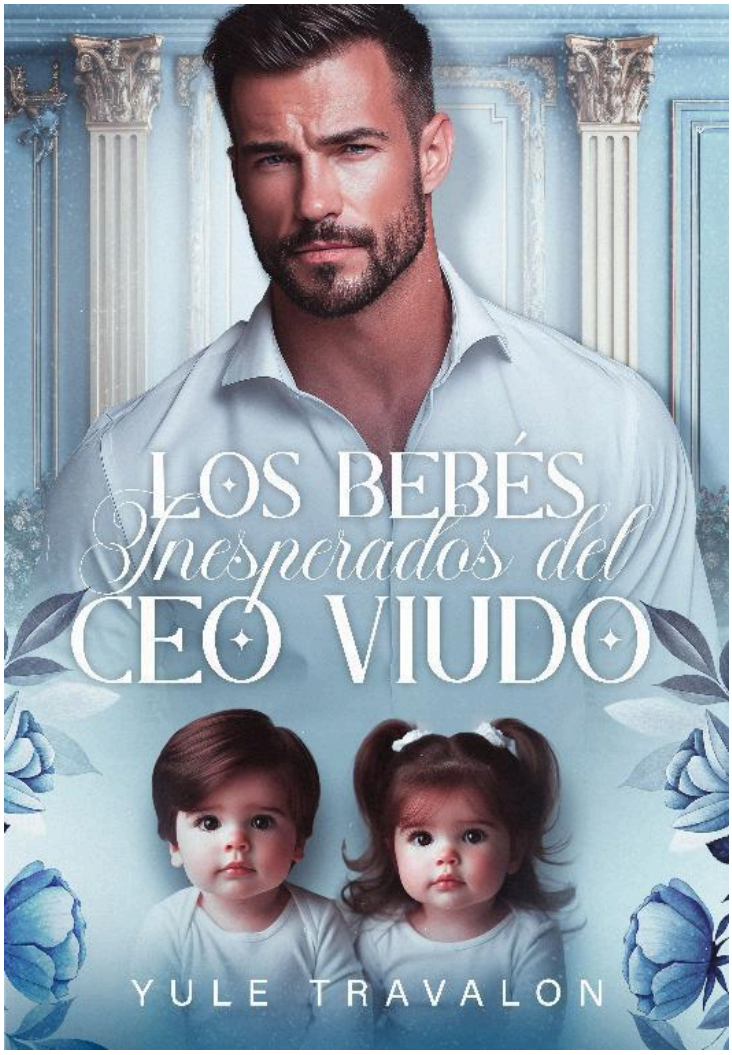
Muy fácil: solo necesita invitar a *su vecino buenorro* —al que lleva tiempo observando y está convencida de que es un escort de lujo— para hacerse pasar por su *nuevo novio,* provocar celos, descolocar por completo a Samuel y, con un poco de suerte, recuperarlo a sus pies.

Kaleb Petterson no tiene tiempo para tonterías, romances ni nada que le saque del control absoluto que impone sobre su vida. Por fin todo parece estar en orden: como inversor multimillonario, sus negocios van viento en popa; está aprendiendo a cuidar de su hijo autista de cinco años y preparándose para vengarse de quienes le arrebataron todo en el pasado…

Hasta que su encantadora —*y algo chiflada*— vecina le propone un plan disparatado: fingir una relación para arruinar la boda de uno de los hombres que más desprecia y que, casualmente, va a casarse con… *su hermana*.

¿Y si esta farsa fuera la puerta de entrada a un gran amor?

Recomendado para mayores de 18 años.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FCSK147T

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE Y EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + ROMANCE RÁPIDO + NIÑO ADORABLE

Massimo Zampieri, un viudo italiano de 37 años, viaja a Brasil para vender uno de los hoteles de su familia. Desde la muerte de su esposa, ha volcado toda su vida en cuidar de su pequeño hijo y

dirigir los negocios familiares, convirtiéndose en un hombre frío, sin tiempo para relaciones y con el corazón cerrado al amor.

Pero algo cambia cuando sus ojos se cruzan con los de Gabriela.

Un malentendido los une, desafía sus convicciones y pone en duda todas sus prioridades.

Gabriela Sierra creció en un orfanato y conoció las durezas de la vida desde niña. Al cumplir los 18 años, la echaron sin nada más que los recuerdos de las monjas que la cuidaron. Decidida y con el sueño de formar una familia, lo único que tiene es su trabajo como camarera en el Hotel 6 Continentes, frente a la playa de Copacabana.

Hasta que un hombre misterioso aparece y amenaza con quitárselo.

Massimo le ofrece un mundo lleno de lujo, protección y poder. Gabriela se encuentra dividida entre un amor imposible y una familia italiana que la ve como una interesada, mientras secretos oscuros comienzan a salir a la luz.

Con un embarazo inesperado y el choque de dos mundos opuestos, ¿lograrán Massimo y Gabriela superar los obstáculos y descubrir el verdadero significado del amor?

No recomendado para menores de 18 años. Contenido explícito.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com